

La Ilustración

Boletín general de suscripción

**TALLER DE
ENCUADERNACIONES**

Paraiso 9, Córdoba.

25

BIBLIOTECA CLASICA.

La BIBLIOTECA CLÁSICA se publica en tomos en 8.^o elegantemente impresos en papel satinado, de 400 á 500 páginas.

Las traducciones estan hechas directamente del idioma en que fueron escritos los originales y por las personas más competentes.

El precio de cada tomo en rústica es de *tres pesetas*, comprándolo a los libreros corresponsales.

Haciendo el pedido directamente al editor *D. Luis Navarro, calle de Isabel la Católica, 25, Madrid*, y remitiendo el importe al *hacerlo, dos pesetas y cincuenta céntimos*. Encuadernados en tela, *tres pesetas y cincuenta céntimos*.

Se publica un tomo cada mes.

Puede hacerse la suscripción recibiendo el suscriptor mensualmente los tomos que desee.

El suscriptor no está obligado á adquirir más tomos de los publicados ó que en adelante se publiquen, que los que sean de su agrado.

Todos los tomos se venden separadamente.

OBRAS PUBLICADAS.

Clásicos griegos.

Tomos.

HOMERO.— <i>La Iliada</i> , traducción directa del griego en verso y con notas de D. José Gómez Hermosilla.....	3
HERODOTO.— <i>Los nueve libros de la historia</i> , traducción directa del griego, del padre Bartolomé Pou.....	2
PLUTARCO.— <i>Las vidas paralelas</i> , traducción directa del griego por D. Antonio Ranz Romanillos.....	5
ARISTOFANES.— <i>Teatro completo</i> , traducción directa del griego por D. Federico Baráibar.....	3
POETAS BUCOLICOS GRIEGOS <i>Teócrito, Bión y Moscos</i> . Traducción directa del griego, en verso, por D. Ignacio Montes de Oca, Obispo de Linares (Méjico).....	1
ODAS DE PINDARO.—Traducción en verso del mismo....	1
ESQUILO.— <i>Teatro completo</i> traducción directa del griego por D. Fernando Brieva Salvatierra.....	1
XENÓFONTE.— <i>Historia de la entrada de Cyro el Menor en Asia</i> , traducción directa del griego por D. Diego Gracián, corregida por Flórez Canseco.....	1
— <i>La Cyropedia ó Historia de Cyro el Mayor</i> , traducción del mismo.....	1
LUCIANO.— <i>Obras completas</i> , traducción directa del griego de D. Cristóbal Vidal. Se ha publicado el tomo I.....	4
ARRIANO.— <i>Expediciones de Alejandro</i> , traducción directa del griego de D. Federico Baráibar.....	1
POETAS LIRICOS GRIEGOS.— Traducción directa del griego por los señores Baráibar, Menéndez Pelayo, Conde, Canga Argüelles y Castillo y Ayensa.....	1
POLIBIO.— <i>Historia Universal</i> , traducción de D. Ambrosio Rui Bamba.....	3

Clásicos latinos.

VIRGILIO.— <i>La Eneida</i> , traducción directa del latín, en verso y con notas de D. Miguel Antonio Caro.....	2
— <i>Las eglogas</i> , traducción en verso, de Hidalgo.— <i>Las geórgicas</i> , traducción en verso, de Caro; ambas traducciones directas del latín, con un estudio del Sr. Menéndez Pelayo.....	1

CICERON. — <i>Tratados didácticos de la elocuencia</i> , traducción directa del latín de D. Marcelino Menéndez Pelayo...	2
— <i>Tratados filosóficos</i> , traducción del mismo.....	2
— <i>Epístolas familiares</i> , traducción de Pedro Simón Abril.	4
TACITO. — <i>Los anales</i> , traducción directa del latín de don Carlos Coloma.....	2
— <i>Las historias</i> , traducción del mismo.....	1
SALUSTIO. — <i>Conjuración de Catilina.</i> — <i>Guerra de Jugurta</i> , traducción del Infante D. Gabriel.— <i>Fragmentos de la grande historia</i> , traducción del Sr. Menéndez Pelayo, ambas directas del latín.....	1
JULIO CESAR. — <i>Los Comentarios</i> , traducción directa del latín por D. José Goya y Muniein.....	2
SUETONIO. — <i>Vidas de los doce Césares</i> , traducción directa del latín de D. F. Norberto Castilla.....	1
SÉNECA. — <i>Epístolas morales</i> ; traducción directa del latín por D. Francisco Navarro y Calvo.....	1
— <i>Tratados filosóficos</i> ; traducción directa del latín por el licenciado D. Pedro Fernández de Navarrete y D. Francisco Navarro y Calvo, Canónigo de Granada.....	2
OVIDIO. — <i>Las Heroidas</i> ; traducción de D. Diego Mexia.....	1

Clásicos españoles.

CERVANTES — <i>Novelas ejemplares y viaje del Parnaso</i>	2
CALDERON DE LA BARCA. — <i>Teatro selecto con un estudio preliminar del Sr. Menéndez Pelayo</i>	4
HURTADO DE MENDOZA. — <i>Obras en prosa</i>	1
QUEVEDO. — <i>Obras satíricas y festivas</i>	1
QUINTANA. — <i>Vidas de españoles célebres</i>	2
DUQUE DE RIVAS. — <i>Sublevación de Nápoles</i>	1
ALCALA GALIANO. — <i>Recuerdos de un anciano</i>	1
MANUEL DE MELO. — <i>Guerra de Cataluña y Política Militar</i>	1

Clásicos ingleses.

MACAULAY. — <i>Estudios literarios.</i> — <i>Estudios históricos.</i> — <i>Estudios políticos.</i> — <i>Estudios biográficos.</i> — <i>Estudios críticos.</i> Traducción directa del inglés de M. Juderías Bänder.	5
— <i>Historia de la Revolución de Inglaterra</i> , traducción directa del inglés de M. Juderías Bänder y Daniel López.	4
— <i>Discursos parlamentarios</i> , traducidos por Daniel López.	1
MILTON. — <i>Paraíso perdido</i> , traducción directa del inglés en verso castellano por D. Juan Escoiquiz.....	2
SHAKESPEARE. — <i>Teatro selecto</i> , traducción de D. Guillermo Macpherson con un estudio preliminar de don Eduardo Benot.....	5

Clásicos italianos.

MANZONI. — <i>Los Novios</i> , traducción directa del italiano por D. Juan Nicasio Gallego.....	1
— <i>La Moral Católica</i> , traducción directa del italiano por D. Francisco Navarro y Calvo.....	1

Clásicos alemanes.

SCHILLER. — <i>Teatro completo</i> , traducción directa del alemán por D. Eduardo Mier.....	3
HEINE. — <i>Poemas y fantasías</i> , traducción en verso castellano por D. José J. Herrero.....	1

Clásicos franceses.

LAMARTINE. — <i>Civilizadores y conquistadores</i> , versión española de D. Norberto Castilla y D. M. Juderías Bänder.	2
---	---

COMPENDIO DE LAS HAZAÑAS ROMANAS.



MADRID. — IMPRENTA CENTRAL Á CARGO DE VÍCTOR SAIZ
Colegiata, 6, bajo.

848.9
F
BIBLIOTECA CLASICA
TOMO LXXXIV

XIX
1850
COMPENDIO

DE LAS

HAZAÑAS ROMANAS

ESCRITO EN LATÍN

POR

LUCIO ANNEO FLORO

Y

PUESTO EN LENGUA CASTELLANA

POR

J. ELOY DÍAZ JIMÉNEZ

Director del Instituto de León

MADRID

LUIS NAVARRO, EDITOR

COLEGIATA, NÚM. 6

1885

204694



ADAM & CO. 1815

COMPTON

HAZEL NORTON

LECTURE 1815

THE NEW YORK

THE NEW YORK

CUATRO PALABRAS

SOBRE EL NOMBRE, ÉPOCA, PATRIA Y MÉRITO

DE LUCIO ANNEO FLORO.

I.

Entre los escasos testimonios que respecto á la personalidad de Lucio Anneo Floro han llegado hasta nosotros, ni uno tan solo aparece que nos presente, de una manera directa, al escritor hispano-romano como autor del conocido y célebre escrito que corre con el título de *Compendio de la historia de Roma*.

Lactancio, apologista del siglo iv de la Iglesia, expone la división en cuatro edades, que en su concepto hizo Séneca el filósofo, de la historia romana. La conformidad que guarda la idea capi-

tal de aquélla con la que á Floro sirve de principio para desenvolver el contenido de su obra, dió lugar á que no pocos críticos le identificaran con el hijo de Marco Séneca el retórico.

Aun no considerando que nuestro historiador se muestra menos arrebatado en el empleo de las imágenes que el maestro de Nerón, y que floreció, por lo menos, en los últimos tiempos de Trajano, el solo cotejo de los dos pasajes en que uno y otro escritor exponen respectivamente análoga idea, demuestra bien á las claras diferencias de al índole, que acusan la existencia de dos distintos autores.

Como el pensamiento de Floro puede apreciarse en la presente traducción, nos limitaremos á transcribir el pasaje del filósofo cordobés.

He aquí las palabras citadas por Lactancio: «La infancia, primera edad, corrió bajo Rómulo, por quien Roma fué constituida y como educada. La niñez se desarrolló en tiempo de los reyes que le sucedieron, siendo por éstos engrandecida y organizada la ciudad con muchas leyes é instituciones; mas comenzando su adolescencia en el

reinado de Tarquino, y no pudiendo soportar la servidumbre, sacudió el yugo de la altiva dominación de aquél, prefiriendo someterse, más que á los monarcas, á las leyes. Terminada su adolescencia y vigorizada al espirar la guerra púnica, dió principio su juventud. Destruída Cartago, que fué por largo tiempo su rival, extendió su dominio terráqueo y marítimo por todo el mundo, hasta que, una vez subyugados todos los reyes y todos los pueblos, no pudiendo hacer guerra alguna, y abusando de sus propias fuerzas, se destruyó á sí misma. Inicióse por este modo su senectud, y, herida por las luchas civiles é intestinas discordias, fué de nuevo gobernada por monarcas, como si tornara á una segunda infancia. Perdida la libertad que Bruto había defendido, de tal modo envejeció, que no pudiendo sostenerse por sí sola, le fué necesario el apoyo del imperio.»

Entre el citado fragmento y el prólogo de Floro existe gran analogía y hasta identidad del pensamiento que en uno y otro se desenvuelve; pero cotejándolos con alguna detención, aparecen diferencias bastante marcadas.

Séneca admite, entre la edad de la infancia y la de la adolescencia, el período de la niñez, que según su opinión tuvo lugar bajo el reinado de los sucesores de Rómulo; mas Floro denomina infancia á todo el tiempo que duró en Roma la monarquía. Para éste la adolescencia termina con el principio de la primera guerra púnica; Séneca la prolonga hasta el fin de las luchas romano-cartaginesas. La senectud de Roma se inicia, según Floro, en el principado de Augusto; constituyendo, en opinión de Séneca, su primera manifestación las guerras civiles de César y Pompeyo.

Cierran ambos pasajes dos ideas opuestas de tal modo, que no pueden considerarse como debidas á un solo escritor.

Séneca expresa la firme convicción de que la decadencia de Roma fué tan profunda y completa, que perdió, para no recobrarlas jamás, su antigua vitalidad y energía; idea que se compadece con la época en que vivió, y en la que el prestigio de venerandas instituciones había sucumbido bajo el peso de la inmoralidad de las costumbres

y de la tiranía del hijo de Agripina. No así para Floro, que siendo testigo de las virtudes de Trajano, le cupo la suerte de presenciar la reparación de la influencia política del Senado, la preponderancia de los comicios y el renacimiento de las artes y las letras que en otro tiempo brillaron con gran esplendor, merced á la protección que dispensó Mecenas á sus cultivadores.

Si las razones alegadas no se creen suficientes para negar que Séneca fuera el autor del *Compendio de la historia de Roma*, nos inclinarían á ello las palabras que cierran el prólogo de esta obra, y por las cuales aparece coetáneo de Trajano quienquiera que sea el que la hubiere escrito. Por último; las mismas palabras con que encabeza Lactancio el pasaje citado, no autorizan para suponer, con Justo Lipsio, que Séneca escribiera historia alguna de Roma, sino tan sólo para creer que pudo muy bien hacer tan decantada división en algunos de sus escritos ó cartas no llegados hasta nosotros (1).

(1) Sabiamente (dice Lactancio) distribuyó Séneca en edades los tiempos de la ciudad de Roma.

No es tampoco nuestro escritor el Julio Floro á quien Horacio dirigió dos de sus epístolas. Para sostener tal aserto se vió Titze en la necesidad de considerar á Lucio Anneo como uno de los ingenios de la época de Augusto, contra cuya suposición protesta el estilo dominante de su obra, el que ciertamente presenta todos los caracteres de la segunda edad de la literatura del Lacio. Las mismas palabras de Floro en el prólogo de su *Historia* demuestran que vivió, por lo menos, bajo el imperio de Trajano; y no se niegue la autenticidad del pasaje á que aludimos, pues en tal caso habría que negar la de todo el prólogo y, en su consecuencia, la de varios capítulos de la citada producción.

Ninguna regla de crítica autoriza para desechar como apócrifo el lugar á que nos referimos. Aparte de que en este se observan los mismos caracteres de estilo que en el resto del escrito, los antecedentes sentados por el escritor piden de suyo el lugar citado como término y complemento natural del pensamiento en aquéllos comprendido. «Si se considera (dice Floro) al pueblo romano

como un solo hombre, y se abraza con el ánimo la duración de su existencia, esto es, cómo nació, cómo creció, de qué manera llegó á la flor de su edad, y por fin, cómo vino á la decadencia, encontraremos en su historia cuatro grados ó procesos.»

Ahora bien, el historiador continúa á renglón seguido fijando los límites y caracterizando cada una de estas edades, y considera terminada la tercera, ó sea la viril, en César Augusto, en cuya época se inicia la decadencia de Roma. Si se supone que hasta este punto puede considerarse el prólogo como auténtico, será imprescindible confesar que Floro no completó la idea expuesta en los antecedentes, pues no se determina la extensión del cuarto período de la vida del pueblo romano.

Además, el pasaje que se discute aparece en todos los códices y no se excluyó de ninguna de las ediciones. Si, á pesar de esto, se persiste en la idea de desecharle, permítasenos asegurar que la misma obra se encargaría de reconstituirle. Léanse los siguientes textos, y dígase si en todos ellos no

palpita el pensamiento desenvuelto en el prólog de la *Historia*.

«Esta es la primera edad del pueblo romano y como su infancia, que corrió (por permisión de los hados) bajo la dominación de los siete reyes, tan diferentes por sus caracteres cual lo reclamaban el gobierno y utilidad de la república» (1).

«La segunda edad... puede considerarse como su adolescencia. En ella desplegó todo su vigor, y ardió y se agitó á impulso de un valor á toda prueba... Conservaba aún cierta rudeza pastoril que le comunicaba algo de indomable... Aun en medio de tales agitaciones admirarás al pueblo-rey que defendió, ora la libertad, ora el pudor, ya la nobleza del nacimiento y cuándo la majestad y decoro de las dignidades» (2).

«Bello, magnánimo, piadoso, justo y grande osténtase el pueblo de Roma; mas si grandes son los restantes hechos de este siglo, no son menos turbulentos y criminales, hasta el punto de que

(1) Lib. I, cap. VIII.

(2) Lib. I, caps. XXII, XXVI.

los vicios crecieron á medida que se engrandecía su imperio... Por último, en el delirio de su criminal furor, Roma, volviendo contra sí misma, se hirió despiadadamente por las manos de Mario y Sila y recientemente por las de Pompeyo y César» (1).

Como habrá podido conocerse por la simple lectura de los lugares transcritos, es imposible desechar el pasaje á que nos venimos refiriendo, sin que se desconozcan las reglas más elementales de la crítica.

Bien puede asegurarse que el *Compendio* es una exposición de la idea que domina en su prefacio.

No menos desacertado es confundir á nuestro historiador con el Julio Floro de quien hace mención Marco Anneo Séneca, y cuyo decir enfático y ampulosa frase castiga el retórico cordobés con inexorable crítica. Vosio opina, con alguna probabilidad, que pudo ser nieto de aquel declamador.

Por lo que respecta á los sobrenombres de Sé-

(1) Lib. II. cap. XVIII.

neca y de Floro, con que aparece designado en varios libros, diremos, con el citado crítico, que ambos pudieron pertenecerle; el primero como de procedencia familiar, y el segundo por razón del que le hubiera *adoptado*; no de otra manera que Lucio Anneo Novato fué llamado Galión por adoptarle en calidad de hermano el personaje de este nombre.

El gentilicio de Anneo de lleno le pertenece, pues así aparece en cabeza del Códice Nazariano, el más antiguo y correcto de todos los manuscritos, según parecer de Claudio Salmasio, y también al frente de la primera edición publicada en París con el título: *Lucii Annaei Flori, Epitomae de Tito Livio, Libri quatuor*.

Todas las reflexiones que venimos haciendo nos confirman en la creencia de que sólo á Lucio Anneo Floro debe adjudicársele tan preciosa y siempre estimada producción.

El historiador hispano-romano tiene personalidad propia, y en su consecuencia no debe confundírsele ni con Séneca el filósofo, ni con el amigo de Horacio, ni con el declamador Julio.

No puede ser otro que aquel poeta coetáneo de Adriano, cuyos versos á éste dirigidos nos ha conservado Esparciano, y al que llama Carisio Anneo Floro; testificando que, en carta dirigida á Publio Elio, decía de sí mismo que se deleitaba con la poesía. Y en efecto, los rasgos verdaderamente poéticos que se encuentran en sus escritos, las atrevidas imágenes que le matizan, la profusión con que emplea el símil y su afán por imitar los pensamientos de los vates latinos (1) descubren en él al Anneo que con el emperador español sostenía correspondencia é íntima amistad.

II.

¿En qué tiempo floreció? Para Titze es indudable que vivió imperando Octavio.

(1) Véanse en el lib. I los números 3 del cap. I y 14 del cap. XI; en el lib. II, el 35 del cap. II y el 1 del cap. VI, y en el lib. IV, los números 4 y 14 del cap. II; en cuyos lugares imita respectivamente á Virgilio, Ovidio, Homero, Silio Itálico y Lucano.

Entre las diferentes razones que aduce para demostrar su aserto, muestra predilección por aquellas que pretende deducir de dos pasajes de la obra de Floro. Es el primero aquel del capítulo XII del libro IV, en el que el historiador, al dar cuenta de la derrota de Varo, afirma que los Germanos conservaban aún en su tiempo las *águilas* arrebatadas á las legiones romanas, lo que no hubiera asegurado, según Titze, de escribir en tiempos posteriores al primer emperador de Roma, pues aquellas insignias militares fueron recuperadas, según testifican Tácito y Dión.

Prescindiendo del valor histórico que quiera concederse al testimonio del alemán Cuspiniano, el cual afirma que en sus días aún se conservaban aquellos trofeos militares (4); pasando por alto el que la índole y estilo de la producción que estudiamos protestan contra la conjetura de Titze, y aun no teniendo para nada en cuenta la probabilidad de que Floro se sirviera para narrar tales hechos de escritores anteriores á la recuperación

(4) De Caesaribus atque imperatoribus a Julio Caesare ad Maximilianum primum Commentarius.

de las águilas romanas, siempre resultará imposible mantener una opinión que el mismo historiador contradice frecuentemente con el relato de hechos que no tuvieron lugar en la época en que se supone que trazó la historia del pueblo romano.

Si es muy probable que ignorara algún acontecimiento pasado, no es siquiera verosímil que diera cuenta de los venideros; y en efecto, Floro nos habla de la conquista definitiva de la Dacia, de la ocupación de los bosques de Caledonia y de las erupciones del Vesuvio, acontecimientos que ocurrieron respectivamente bajo las dominaciones de Trajano, Claudio y Tito (1).

El segundo pasaje que sirve á Titze de fundamento para probar su aserto, es el del lib. iv, capítulo iii, en el que Floro se felicita de que, en medio de las grandes perturbaciones que siguieron á la muerte de Julio César, recayera la direc

(1) Lib. i, cap. xvi; lib. iii, cap. x; lib. iv, cap. xii. La primera erupción del Vesubio no tuvo lugar hasta el año 79: el 63 hubo sólo un temblor de tierra, y Diodoro y Strabón no hablan de erupción alguna, sino de los caracteres volcánicos de la montaña.

ción del estado romano en manos de Octavio Augusto, hecho que, según la opinión del crítico citado, debió tener lugar en los días del historiador, pues éste le refiere empleando el tiempo presente en vez del pasado (1). Semejante argumento no es más afortunado que el anterior. Es tan frecuente el empleo de la enálaje en el escrito que estudiamos, que si asintiéramos á tal razonamiento, nos veríamos en la precisión de admitir el absurdo de que su autor fué coetáneo de una porción de acontecimientos que narra desde la fundación de Roma hasta los primeros tiempos del Imperio (2) .

No debe olvidarse que cuando Floro exclama: «*gratulandum tamen in tanta perturbatione est... etc.*», se refiere al pueblo romano, sujeto implícito de la citada oración, y al que, en su lenguaje poético, personifica con frecuencia ha-

(1) *Gratulandum* tamen intentan *perturbatione est*, quod potissimum ad Octavium Caesarem Augustum summa rerum rediit..... etc.

(2) Consúltense los números 4 del cap. ix del lib. i; 13 del cap. ii del lib. ii; 5 del cap. vi del lib. ii; 14 del cap. vi del lib. ii..., etc., etc.

ciéndole objeto de sus apóstrofes, admiraciones y no escasos elogios.

Titze no perdona medio alguno para colocar á nuestro historiador entre la pléyade de ingenios que rodearon al primer Emperador romano.

Firme en su propósito, no retrocede ante las dificultades que por doquiera le opone el estilo del sucesor de los Anneos. Intenta aquél amenguar el espíritu vehemente é innovador que revela el lenguaje del sucinto *Compendio* escrito por Floro, con el objeto de identificar su personalidad con la del Julio del mismo sobrenombre, poeta del siglo de Augusto, y á quien poco ha nos referíamos.

Si bien no queda composición alguna del vate ensalzado por Horacio, podemos sin embargo negar que pueda considerársele como autor de la obra que estudiamos, teniendo en cuenta, primero: que las dotes atribuídas por el príncipe de los líricos latinos al amigo de Claudio Nerón distan mucho de ser las que caracterizan á Lucio Anneo; y segundo, que su latinidad no es propia de un escritor del siglo de oro.

De elocuente y tierno califica Horacio á su ami-

go predilecto (1), y á fe que ninguna de estas prendas adornan al escritor hispano-romano. La elocuencia jamás se confundirá con la declamación, ni la ternura con la brillantez del estilo.

La pompa y afectación de la dicción de Floro debían ahogar necesariamente toda expresión sentida y todo pensamiento delicado, por más que algunos acontecimientos, en el decurso de la narración histórica, prestaran ocasión propicia para la manifestación de tiernos afectos.

Otro de los rasgos que caracterizan á los escritores del segundo período de la literatura latina es la profusión con que esparcen en sus obras los pensamientos sentenciosos; y por cierto que algunos de los de Floro son muy análogos á otros que al mismo intento formula Séneca el filósofo (2).

-
- 1)non tibi parvum
 Ingenium, non incultum est, nec turpiter hirtum.
 Seu *linguam* causis *acuis*, seu *civica* jura
 Respondere paras, seu condis *amabile carmen*,
 Prima feres *hederae* *victicis* *praemia*.....
 Hor. Epist. III, lib. I.

(2) Encomiando la constancia y heroísmo de Régulo en medio de sus infortunios, dice Floro: «...*immo his om-*

Mas si estas consideraciones no se creyeran suficientemente fundadas para llevar á nuestro ánimo la convicción de que el escritor floreció en tiempos posteriores al primer emperador romano, muchas de las locuciones por aquél empleadas nos confirmarían en semejante opinión. Y con efecto, aparecen frases en el escrito que llevan el sello de una latinidad posterior á los buenos tiempos de Augusto (1), otras propias del histo-

nibus admirabilior, quid aliud quam victus de victoribus; atque etiam, quia Carthago non cesserat, de fortuna triumphavit?» Y Séneca, *De Benef.* 3: «*Et Regulus captus est a Poenis, non victus; et quisquis alius saevientis fortunae vi ac pondere oppressus non submittit animum.*

Hablando Floro de la situación política del pueblo romano durante las luchas que siguieron á la muerte de César, dice: «*Nam aliter salvus esse non potuit, nisi confugisset ad servitutem;*» y Séneca, *De Benef.* 5, 16: «*Eo redegit populus Romanus ut salvus esse non posset, nisi beneficio servitutis.*»

La misma semejanza presentan los pensamientos que en sí encierran otros pasajes de ambos escritores. Véanse Fl., lib. III, cap. II, 7, y Séneca, *De Benef.* 1, 9; Fl., lib. IV, cap. II, 92, y Séneca, *De Benef.* 2, 18 y siguientes; Fl., lib. IV, cap. IV, 6; Sén. *De Ira*, 2, 10.

(1) Entre otras muchas locuciones que pudiéramos citar, las siguientes descubren al escritor posterior á la época de oro de la literatura latina: *Circumacta fortuna est;*

riador y que caracterizan su estilo, y no pocas empleadas en una acepción diferente de la ordinaria (1).

Quo Floro debió escribir en la época de Adriano, lo declaran las siguientes palabras que cierran el prólogo de su *Historia*: «No mucho menos de doscientos años trascurrieron desde César Augusto

en vez de *mutata*, etc.: sólo refiriéndose al viento aparece empleado el verbo *circumagere* en T. Livio, xxxvii, 16, *circumagente se vento*. *Equitare flumen*; *equitare campum*, en lugar de *per flumen*, *per campum*. *Litare diis sanguinem humanum*, en vez de *sacrificare*; frase es esta del segundo período de la lengua del Lacio: así Tácito dice: *cui* (Mercurio) *certis diebus humanis quoque hostiis titare fas habent*. Al mismo género pertenecen: *offocare fauces*; *rebomuere victoriam*; *percaedere exercitum*, y otras que juzgamos inútil aducir.

(1) *Velificari favori civium*, buscar la popularidad; *accendere facem certaminum*, encender la tea de la discordia; *regyrare bellum*, volver la guerra al punto de donde surgió; *repurgare aurum venis*, extraer, limpiando, el oro de las entrañas de la tierra; *excandescere in ullionem*, arder en deseo de venganza; *obliquus adversus potentes*, hostil á los poderosos; *exigere gladium per viscera*, atravesar á uno las entrañas con la espada; *excutere hostem regionibus*, arrojar del territorio al enemigo; *committere ponte fluvium*, echar un puente sobre el río; *documentum facere*, ensayar; *mandare aliquid*, dejar en testamento; *recoquere ferrum*, forjar de nuevo el hierro, etc., etc.

hasta nuestros días, y sin embargo, durante este tiempo, debido á la inercia de los Césares, como que envejeció y estuvo á punto de agotar todas sus fuerzas el pueblo romano, á no ser porque imperando Trajano despierta de su letargo, y recobrando el vigor, convierte en juventud la decrepitud del Imperio.»

Sin que pretendamos vindicar á Floro de las frecuentes inexactitudes cronológicas que comete, no por ello debemos pasar por alto la falta de fundamento con que le acusan no pocos expositores de haber incurrido en el error de contar cerca de doscientos años desde Augusto hasta los días en que escribió su libro.

Los que así piensan creen que lo verificó imperando Trajano; mas como Floro dice: «no mucho menos de doscientos años trascurrieron,» etcétera, claramente se refiere al reinado del segundo de los emperadores españoles, desde cuya época hasta la del fundador del Imperio se cuentan ciento sesenta y ocho años.

III.

No suministrando la historia literaria noticia alguna respecto á la nacionalidad de Lucio Anneo, sólo podremos averiguar con alguna probabilidad cuál fuera aquélla examinando detenidamente aquellos intrínsecos caracteres que en la producción revelan la genialidad y estilo peculiares de su autor.

A pesar de los esfuerzos, nobles sí, pero infructuosos, realizados por Mela, Silio Itático y Quintiliano para contener la corrupción de las letras latinas, y no obstante el movimiento restaurador iniciado por Adriano (1), Floro se muestra ardiente continuador del nuevo derrotero que á la literatura romana habían trazado sus esclarecidos predecesores.

Su espíritu independiente le separó de la imi-

(1) Vives dice, á este propósito, que Adriano convirtió á todos en imitadores de los antiguos.

tación de los antiguos historiadores de tal manera, que «renunciando á esta empresa... fiel á la estrella del suelo que le vió nacer y de los ingenios cuyo nombre le honraba, dejó Lucio Anneo volar libre de todo freno su fogosa imaginación, y señalado entre los más fogosos declamadores, entró con planta osada en el campo de la historia; revistiéndola con todas las galas de la poesía, abultó á sabiendas los acontecimientos, y ya sembró la narración de los últimos de metáforas é hipérboles por demás atrevidas, ya prestó á los primeros excesivo relieve y pintoresco y ardiente colorido» (1).

La concisión de su estilo, que á veces le hace degenerar en oscuro, contribuye no pocas á que de un solo rasgo caracterice un personaje, describa un acontecimiento ó trace el más acabado cuadro de la vida de un pueblo (2).

(1) Amador de los Ríos, *Historia crítica de la literatura española*, pág. 188.

(2) «En pocas palabras nos representa los defectos de Anníbal: «Cum victoria posset uti, frui maluit.» Con sólo decir «introisse victoria fuit,» nos da una idea de toda la guerra con Macedonia. Pone ante nuestros ojos la vida de Scipión, cuando de su juventud dice: «Hic erit Scipio qui in exitium Africae crescit;» y por último, describe el gran

En medio de la galanura del lenguaje, más propia para ataviar el pensamiento poético que la narración de los hechos de la historia, descuellan con toda severidad máximas nobles y profundas, cuya lectura traen á nuestra memoria la rígida moral del filósofo cordobés.

Su tono declamatorio se ostenta con el empleo de frecuentes amplificaciones, exageradas hipérbolos y más que atrevidos pensamientos (1).

Con razón podemos asegurar que en las exiguas proporciones de su obra refleja Floro aquel cúmulo de vicios y virtudes literarias peculiares de los escritores paganos de nuestra patria: el espíritu libre de Latrón, el nervio y concisión de Marco Anneo, el estilo sentencioso de Séneca y la fastuosidad de Lucano.

Si todas estas cualidades no se consideran sufi-

carácter de Anníbal, la situación del universo y toda la grandeza del pueblo romano, diciendo: «Qui, profugus ex Africa, hostem populo Romano toto orbe quaerebat.» (Montesquieu, *Ensayo sobre el gusto*.)

(1) En comprobación de lo dicho, véanse los núms. 12 del cap. xvii del lib. ii; 9 del cap. vi del lib. ii; 17 del capítulo xiii del lib. i; 19 del cap. v del lib. iii; 16 del capítulo v del lib. iii, y 10 del cap. xxi del lib. iii.

cientes para filiarle en el número de nuestros ingenios, nos obligarían á darle carta de naturaleza el amor y predilección que revela por los hombres, las empresas y la honra de nuestra patria.

Fuerte y audaz apellida á Olondico, jefe de los Celtíveros (1), y en su concepto hubiera sido Viriato el Rómulo de España á serle propicia la fortuna (2). Sagunto, sacrificada al cálculo y ambición de Roma, se presenta ante sus ojos como grande, pero triste ejemplo de fidelidad (3); y si Numancia era inferior por sus riquezas á Cartago, Capua y Corinto, las aventajaba, en cambio, por su heroísmo: ninguna otra guerra promovieron más injustamente los Romanos, y entusiasmado al narrar su enérgica resistencia, exclama: «Gloria á tí, esforzada ciudad, y para mí dichosísima en medio de tu infortunio» (4).

Noble por sus varones y sus armas, es la belicosa España semillero de ejércitos enemigos

(1) Lib. II, cap. XVII, núm. 13.

(2) Lib. II, cap. XVII, núm. 15.

(3) Lib. II, cap. VI, núm. 3.

(4) Lib. II, cap. XVIII, núm. 16.

de Roma y maestra de Anníbal en el arte de guerrear (1). Duélese amargamente al contemplarla presa de las discordias civiles de la República (2); pero en medio de ellas ningún pueblo la excede en constancia ni en ardor bélico (3). Si se hubiera levantado como un solo hombre, si en tiempo oportuno hubiera tenido conciencia de su poder, jamás se enseñoreara Roma de su suelo (4). Y cuando, acosados los Españoles por las numerosas legiones de Augusto, defienden palmo á palmo su suelo en los montes astúricos y se acogen dentro de los muros de Lancia, Floro llega hasta suponer que Carisio impidió la ruina de la poderosa ciudad para que sirviera de monumento que atestiguara la victoria obtenida por Roma (5).

No creemos que puedan darse muestras más ardientes de amor patrio: sólo Marcial, el poeta de Bilbilis, pudiera compararse con el historiador

(1) Lib. II, cap. VI, núm. 38.

(2) Lib. III, cap. XXII, núm. 8.

(3) Lib. IV, cap. II, núm. 73.

(4) Lib. II, cap. XVII, núm. 3.

(5) Lib. IV, cap. XII, núm. 57.

hispano; pero siempre le llevaría éste la ventaja de ensalzar, no la rica naturaleza de Iberia, sino el espíritu independiente y el indomable valor de sus hijos. Hay más; Floro sólo tiene palabras de admiración y de alabanza para el pueblo español, siendo así que, donde quiera que aparezcan, estigmatiza el vicio, rechaza la perfidia y condena la inhumanidad, no librándose ni la misma Roma de sus censuras.

IV.

Para apreciar en todo su valor el mérito del historiador cuya obra traducimos, es necesario que no consideremos á los escritores de la época imperial como simples imitadores, en la forma y el fondo, de las producciones hijas de los buenos tiempos de las letras latinas.

Green no pocos que las muestras de cultura dadas por los escritores gentiles españoles, desde Julio César hasta el imperio de Adriano, fueron debidas exclusivamente al benéfico influjo de las

libertades políticas otorgadas por el Imperio. De manera que, según esta opinión, bastaron unos cuantos lustros para que se desarrollara en todo su vigor aquel árbol lozano de la literatura patria que tanto contribuyó á contener la decadencia de las letras del Lacio.

Los que tal piensan prescinden por completo de cuantos elementos civilizadores depositaron en nuestro suelo los pueblos que precedieron al romano en la ocupación de nuestra península, y niegan, en consecuencia, que en las producciones de nuestros primeros escritores palpite otra idea que la encarnada en la literatura romana.

Roma, á no dudarlo, tuvo buena parte en aquel movimiento literario, sobreponiéndose su idioma á los múltiples hablados en nuestra península, y siendo aquél á manera del molde en que se vaciaron los diversos elementos que constituyeron las obras de aquellas civilizaciones. Pero si esto es cierto, no lo es menos que mucho debieron aprender los Españoles en los siglos que constante é íntimamente comunicaron con tales gentes, sin que la carencia de producciones trasmitidas á

la posteridad sea fundamento suficiente para desconocer la influencia que debieron ejercer aquéllas en la cultura de las razas que poblaban nuestro pueblo.

Prescindiendo del verdadero estado de progreso que se nota en la agricultura, industria, comercio y artes mecánicas españolas, muy superior al de las romanas en los tiempos de la República, y sea cualquiera la autoridad que se dé al claro testimonio de Estrabón respecto á la antigua civilización de Túrdulos y Turdetanos, no puede negarse que en semejante obra llevaron los Griegos no pequeña ventaja á todos los demás colonizadores. Sus establecimientos se esparcieron por las costas de Levante, algunas del Mediodía y de Occidente; sus relaciones con los indígenas revis-tieron un carácter sumamente pacífico, contribuyendo no sólo á dulcificar la rudeza de los naturales del país, sino también al desarrollo de sus facultades intelectuales. La lengua griega se propagó rápidamente: fundáronse escuelas en diversos puntos de España, descollando la de Córdoba, donde enseñaron Asclepiades Mirleano é Isqui-

lino. El mismo Aníbal fué instruído por Sosilo, lacedemonio, y entre los Iberos adquirió aquellos conocimientos que le hicieron tan gran político como militar.

Sin estos antecedentes quedaría sin racional explicación el movimiento literario iniciado por los Españoles en los primeros días del Imperio. La vasta erudición y serios conocimientos de Julio Galión, Turrino Clodio y Lucio Cornelio Balbo, en tiempo de César; de Julio Hygino en vida de Augusto, y los verdaderamente portentosos de que dió fehacientes muestras Lucio Anneo Séneca en sus múltiples producciones, no se improvisan en el corto transcurso de setenta y tantos años.

Los mismos escritores romanos del siglo de oro deponen acerca de la ilustración de los Españoles. Cicerón menciona en su oración *Pro Archia* los poetas que de Iberia fueron llevados á Roma por Metelo Pío: en su oración *Pro Balbo*, no duda proclamar sabios y expertos en el derecho público á nuestros compatriotas; y el mismo Horacio tiene á gala que sus versos sean leídos por los entendidos Iberos.

Muestras tan palpables de ingenio no surgen como por encanto; ni se cambian repentinamente la faz y costumbres de un pueblo, por atinadas que se supongan las reformas políticas de César, y por grandes que fueran las liberalidades concedidas por Augusto y los que le sucedieron á los pueblos aherrojados al carro triunfador de la República.

Convengamos en que la teoría de la generación espontánea no corre mejor suerte, aplicada á la formación de los ideales, que á la explicación de las leyes biológicas.

Los Españoles no sólo supieron asimilarse todos los elementos de cultura que recibieron de los diversos pueblos con quienes comunicaron, sino que, al producir, dieron á sus composiciones verdadero carácter de originalidad por lo que al fondo de aquéllas se refiere.

Séneca, según dice un ilustre y respetable escritor de nuestros días, es acaso el único filósofo de la antigüedad que entendió con cierta claridad relativa la existencia de la ley del progreso humano en el terreno social, en el político y, sobre

todo, en el de las ciencias y las artes (1). Lucano levanta constantemente su voz para condenar el espíritu inhumano de la conquista. Marcial no es un simple imitador de Cátulo: sus epigramas encierran pensamientos verdaderamente profundos, que contrastan con las ligeras poesías de aquél; su talento epigramático es raro, y si la censura de los vicios de su tiempo degenera á veces en acre y desnuda, con frecuencia arranca á la lira dulces acentos que cantan la virtud y el sufrimiento en medio de las adversidades.

Mela es el primero que concibe la vasta obra de una geografía universal, y Quintiliano inaugura, en sus *Instituciones*, la docta y elevada crítica literaria...

Sólo á la luz de estos principios nos será posible formar un juicio algún tanto aproximado de lo que en sí vale realmente el *Compendio de la historia de Roma*; vindicar á su autor de algunas acusaciones que le ha lanzado una crítica apasionada y á nuestro modo de ver incompleta, y, pe-

(1) Fr. Ceferino González, *Historia de la Filosofía*.

netrando en el fondo de la producción, descubrir aquello por lo que realmente se distingue de la ruta común seguida hasta entonces por cuantos se dedicaron á cultivar el género de la Historia.

La vigorosa imaginación de nuestro autor, la brillantez del estilo y su dicción casi poética, llamaron de tal manera la atención de la generalidad de los críticos, que no parando mientes en el fondo de la producción, la calificaron de apasionado panegírico del pueblo romano, más que de verdadera historia; pero si nos fijamos en su contenido encontraremos datos sobrados para adjudicar á Floro la nota de imparcialidad con mayor fundamento que á los llamados historiadores mayores de Roma.

Atribuye á la ambición de la República la causa de la primera guerra púnica; califica de bárbara la orden de expatriar de Cartago á sus habitantes (1), y de criminal la conducta que siguió con la ciudad de Corinto, al destruirla sin

(1) Lib. II, cap. II, núm. 2; lib. II, cap. XV, núm. 8.

preceder la declaración de enemistad exigida por el derecho de gentes (1).

La guerra de Creta reconoció por causa el deseo de subyugar la noble isla; y sólo la codicia fué el móvil que impelió á Roma contra Chipre, conculcando las leyes de alianza y amistad que la unían con Ptolomeo (2).

Ni los actos de los personajes más notables se ven libres de severa crítica. Censura el injusto é implacable odio á Cartago de Catón el censor, y el ensañamiento de César con los vencidos de Munda. No oculta los intereses personales que adunaron á los hombres del primer triunvirato, ni las debilidades y defecciones de Marco Antonio (3).

Elogia, en verdad, la energía y perseverancia desplegadas por el pueblo en medio de muchas de las supremas crisis por que atravesó la República, sin que por esto desconozca la veleidad de

(1) Lib. II, cap. XVI, núm. 1.

(2) Lib. III, cap. VII, núm. 1; lib. III, cap. IX, núms. 1, 2 y 3.

(3) Lib. II, cap. XV, núm. 4.

aquél, ni oculte su ingratitud para con los mismos hombres que volvieron en más de una ocasión por sus derechos.

Cierto que el estado económico y social de Roma en tiempo de los Gracos exigía serias reformas; pero su perspicacia descubre los poderosos obstáculos que se oponían al planteamiento de la ley agraria (1), y la escasa prudencia con que Tiberio y Cayo acometieron tan ardua empresa.

Creemos tarea inútil la de acumular mayor número de pruebas que confirmen el espíritu de imparcialidad que domina en la obra de Floro. Sólo una crítica incompleta pudo desautorizarle por completo como historiador, llegando al extremo de aconsejar Ruperto que fuera leído cautamente y decir Barthio que más que una historia de Roma escribió un canto de sus victorias.

No quedó mejor parada la originalidad del es-

(1) Léanse los capítulos XIII, XIV, XV y XVII del lib. III de Floro, y cotejense con lo que dicen Cantú en su *Historia Universal*, tom. II, pág. 206, respecto á la ley agraria, y Mommsen en su *Historia de Roma*, tom. V, pág. 143 y siguientes, respecto á la conducta de los Gracos.

critor. Como los hechos que narra son los comprendidos casi en el mismo período de tiempo que abrazan las *Décadas* de Tito Livio, creyeron no pocos que Floro no fué otra cosa que un hábil compilador del historiador paduano.

Justo Lipsio, Vosio, Alberto Fabricio, Pontano y otros, con mejor acuerdo rechazaron semejante parecer. Y en efecto, no sólo tuvo Floro á la vista para componer su libro las obras de muchos que le precedieron, sino que disiente con frecuencia de Livio en la narración de algunos acontecimientos, y en el modo de apreciar las causas que dieron lugar á otros.

Sigue á Polibio en la exposición de algunos hechos de la primera guerra Macedónica; debió tener muy á la vista á Salustio y las oraciones de Cicerón para escribir su excelente capítulo sobre la conjuración de Catilina.

Reproduce las reflexiones que hizo Plutarco al hablar de la jornada de Brindis; válese de Pátrculo para exponer las circunstancias que precedieron á la muerte de Julio César, y le auxilió sobremanera para referir la campaña que éste llevó

á cabo en Egipto quienquiera que fuese el continuador de los *Comentarios*.

Innumerables son los puntos en que se aparta de la narración de Tito Livio, y no escasos aquellos otros en que la contradice. Sin pretender designarlos todos, apuntaremos los más principales.

No con los de Cennina, sino con los Veyentes midió Rómulo por vez primera sus armas, al decir de Lucio Anneo (1): absuelve á Tarpeya del crimen de traición (2): á su parecer, fué Tulo Hostilio el instigador de la guerra sostenida contra los Albanos (3); y á Marcio se debió, no sólo la unión

(1) Tito Livio, en el lib. 1, capítulos del x al xv, hace mención, antes de la sostenida con los Veyentes, de las luchas con los Ceninenses, Antenates, Sabinos y Fidenates. Las incursiones y devastaciones que los de Veyes hicieron en el territorio de Roma, fueron con el ánimo de favorecer á los de Fridenas, con quienes les unían lazos de parentesco y amistad.

(2) La versión aceptada por Floro la calificó Livio de fabulosa; premeditación, y por consiguiente, traición hubo por parte de la hija de Tarpeyo al franquear las puertas de la fortaleza á los enemigos de Roma. (Véase Tito Livio, lib. 1, cap. xi.)

(3) El pretexto para la guerra le dieron los de Alba, pues no quisieron, según expone Livio, devolver á los Ro-

del monte Janículo á la ciudad de Roma, sino también el amurallamiento de toda ella (1).

No guarda mejor acuerdo con el historiador pa-duano al exponer las reformas políticas realizadas por Tarquino Prisco (2), ni al dar cuenta de la guerra sostenida por Fabio Máximo con los Etruscos y Samnitas (3).

Ni en el número de pueblos con quienes Roma debeló durante el espacio de tiempo comprendido

manos las presas que les hicieron en las incursiones verificadas en el territorio de aquéllos. (Véase Tito Livio, lib. 1, cap. xxii.)

(1) Livio nada dice de esta muralla general, sino tan solo de la unión del Janículo á la ciudad por medio de un muro, á fin de que no sirviera de posición estratégica á los enemigos de Roma. (Tito Livio, lib. 1, cap. xxxiii.)

(2) Una de las reformas de Tarquino fué la de aumentar el orden ecuestre con nuevas centurias (Tit. Liv., lib. 1, cap. xxxvi); mas Floro considera que el aumento se verificó en las tribus. He aquí sus palabras: «Contribuyó á engrandecer el Senado aumentando el número de sus individuos, y reforzó las tribus creando nuevas centurias.» (Floro, lib. 1, cap. v.)

(3) Son dos y no una, según Livio, las victorias obtenidas por Quinto Fabio en esta campaña: la primera batiendo á los Etruscos en el año 308 a. C.; y la segunda alcanzada sobre los Galos y los Samnitas en el año 295. (Tit. Liv., lib. ix, cap. xxxv, y lib. x, cap. xxviii.)

entre la primera y segunda guerra púnica (1), ni en varias circunstancias de la batalla de Cannas (2), ni en algunos hechos de la guerra de Istria (3), se ajustó el escritor hispano á las narraciones de Livio.

Imposible parece que ante divergencias tan palpables se haya sostenido en nuestros días la ase-

(1) Peleó Roma, no sólo con los Ligurios, sino con los Sardos, Corsos, Ilirios é Istrios. (Epit. lib. xx, Livii.)

(2) No está de acuerdo con Livio en la posición respectiva de los ejércitos cartaginés y romano al comenzar el combate; ni en el nombre del viento que azotó al romano durante la pelea; ni en la cantidad de los anillos de los caballeros romanos, remitidos por Aníbal á Cartago, como signo de su victoria; y menciona además algunas circunstancias de que no da cuenta Livio. (Tit. Liv., lib. xxii, capítulo xLvi, y lib. xxiii, cap. xfi.)

(3) Según Floro, los Istrios, una vez que se apoderaron del campamento de Manlio, de tal manera se entregaron á los excesos de la victoria, que engolfados en la presa fueron sorprendidos y derrotados por Apio Pulquer. Semejante relato se opone por completo al hecho por Tito Livio; pues, según éste refiere, fué aquel mismo, quien conteniendo la fuga de los suyos, al observar que no era perseguido por los Istrios, vengó el desastre que éstos le causaron recuperando sus reales. (Tit. Liv., lib. xli, capítulo iii y iv.) Según el mismo, el cónsul Claudio Pulquer, y no Apio, se apoderó al siguiente año de algunas ciudades de los Istrios.

veración de que Floro fué un simple abreviador de Tito Livio.

Pero lo que le caracteriza entre cuantos cultivaron el ramo de la historia, es su espíritu coordinador. Tan acertadamente agrupó los hechos y los distinguió en medio de su multiplicidad, y con tal concisión los narró, que sin esfuerzo alguno puede la razón abarcarlos y comprenderlos en su armonioso conjunto.

En vano buscaremos entre los historiadores de la antigüedad pagana un pensamiento, un principio bajo el que se ordene el cúmulo de acontecimientos por aquéllos narrados.

Herodoto escribe para que no se borren de la memoria los grandes hechos y maravillosas hazañas. Tucídides no encuentra hecho alguno más digno de escribirse que las guerras del Peloponeso. Tito Livio prescinde en sus Anales de cuanto cree que no puede tratarse espléndidamente, y se detiene allí donde se le presenta ocasión propicia para hacer una descripción ó desenvolver una arenga (1)..... Lucio Anneo, guiado por el espí-

(1) Cés. Cantú, *Hist. Univ.*

ritu de independencia que caracteriza á todos los escritores españoles, abandona la senda por tantos recorrida é introduce en la historia una atrevida innovación, no hija exclusivamente de la brillantez y galas poéticas de la forma, sino de la metódica exposición de los hechos, cuya razón se esfuerza por explicar valiéndose de una concepción que, si no es suya, no puede despojársele, por lo menos, del mérito de haber sido el primero que trató de aplicarla á la narración de los hechos realizados por el pueblo romano.

La idea de que se sirve para dar unidad á los anales de más de siete siglos, encerrados en su pequeño libro, es la de contemplar toda la vida de Roma como si fuera la de un solo individuo, determinando en aquélla los cuatro períodos ó edades de la infancia, la adolescencia, la virilidad y la senectud (1).

Pensamiento ha sido éste tan hábilmente explotado por cuantos afiliados á las escuelas psicológica ó panteísta se propusieron explicar las cau-

(1) Prólogo, núm. 4 y siguientes.

sas de los hechos realizados por los hombres, que desde Vico, con sus célebres períodos divino, heroico y humano, hasta Krause y sus secuaces, que admiten con la misma denominación las tres primeras edades del historiador hispano-romano, ni uno solo ha existido que no le erija en principio de lo que ha dado en llamarse Filosofía de la Historia. Sin embargo, la concepción de aquél dista mucho de la de sus plagiarios. Es la de éstos una idea concebida *a priori*, por medio de la cual pretenden explicar de un modo necesario las leyes de la vida de las sociedades humanas, prescindiendo las más de las veces de la atenta observación de los hechos. Floro, por el contrario, teniendo en cuenta los acontecimientos, aplica, sólo por analogía, á la entidad del pueblo romano las distintas fases por que atraviesa la vida del individuo, dejando á salvo su voluntad y la responsabilidad moral de sus actos.

Tal es nuestra sincera opinión respecto al mérito del historiador Lucio Anneo Floro.

Entre las muchas versiones que de su escrito se hicieron en casi todos los idiomas europeos,

sólo una, de autor anónimo, aparece en lengua castellana, dada á la estampa en Maguncia por el año 1540, y de la que debe ser reproducción la que citan los mejores autores de bibliografía, impresa en Strasburgo en el año 1550. La escasez del tal libro nos decidió á poner mano en la presente traducción. No abrigamos la confianza de haber llenado el cometido que nos propusimos; pero siempre nos quedará la satisfacción de haber puesto toda la diligencia que nuestras escasas fuerzas nos permiten, para que de algún modo puedan apreciarse las excelencias que en sí encierra el *Compendio de la historia de Roma*.

V.

No creeríamos haber dado cima á nuestro estudio si no dijéramos algo acerca de otras composiciones que se atribuyen á tan renombrado escritor, y de los importantes estudios que sobre el mismo se han llevado á cabo por no pocos humanistas.

Partiendo del supuesto, combatido por nosotros, de que la obra de nuestro historiador no es otra cosa que una abreviación de las *Décadas* de Tito Livio, creyeron muchos autores que los extractos que figuran á la cabeza de los libros de aquéllas fueron debidos á la pluma de Floro. Semillante parecer carece de sólido fundamento, y aun cuando aceptáramos la suposición indicada, siempre aparecería como cosa evidente que aquéllos no contienen ni el más pequeño rasgo de las cualidades que adornan la dicción de Floro. Y no se diga que esto es debido á lo sucinto de tales extractos ó á la necesidad en que se vió el compilador de ceñirse al contenido de la obra que resumía; pues á lo primero contestaremos que muchos de los *Eptomes* de Livio se equiparan y aun exceden en extensión á varios de los capítulos del *Compendio* de Floro, y á lo segundo, que es cierto que el oficio de compilador obliga á observar estricta fidelidad respecto á la manera de recapitular los puntos capitales de la producción, por lo que toca al estilo no sucede lo mismo; y es más, hay hasta imposibilidad para que

un escritor que ha llegado á formar un estilo propio no revele, al consagrarse á semejante faena, algunos de los giros, frases ó construcciones que son peculiares á su manera de sentir y pensar.

Es opinión muy generalizada la de atribuir á Floro varios fragmentos poéticos dados á luz por Pitheo en su colección de epigramas antiguos, las poesías *De qualitate vitae*, *Pervigilium Veneris* y la *Octavia*, una de las diez tragedias que corren amparadas bajo el nombre de Lucio Anneo Séneca. Por lo que respecta á las primeras composiciones, excepción hecha de esta última, la conjetura no tiene en su abono otras razones que el carácter poético que á veces reviste la dicción del historiador y el propósito más ó menos acertado de dar un nombre á escritos hasta el presente de autor desconocido. No sucede lo mismo con la *Octavia*, que desechada por la mayor parte de los críticos de entre el número de las producciones del filósofo cordobés, se le da lugar entre las obras del poeta é historiador de los tiempos del emperador Adriano, si hemos

de creer al sabio Martín Antonio del Río (1).

Aun cuando del Río no aduce prueba alguna en confirmación de su sospecha, creemos, no obstante, que el atento examen de la citada tragedia pueda arrojar de sí no escasos grados de probabilidad en favor de aquélla.

Sabido es por demás que Séneca buscó en la historia de la Grecia los asuntos y personajes de sus tragedias, abandonando el rico venero de inspiración que le hubieran proporcionado los grandes acontecimientos de Roma, ya movido por la erudición helénica, ya por carecer la tragedia latina de verdaderos orígenes literarios.

Otra de las notas que distinguen el teatro de Séneca, es su carácter sentencioso y declamatorio: el escritor fiaba el éxito de sus composiciones, no á las situaciones dramáticas que pudieran surgir de una acción convenientemente dispuesta, sino á las máximas, razonamientos y discursos que con profusión esparcía por sus tragedias.

En la *Octavia*, asunto y personajes son roma-

(1) *Nuevo comentario de las diez tragedias que vulgarmente se atribuyen á Séneca*. Amberes, 1594.

nos, y si el estilo es declamatorio y sentencioso, no busca los recursos en las *Suasorias*, ni las sentencias en la filosofía del *Pórtico*, sino en los heroicos hechos y austeras costumbres de los primitivos tiempos de Roma.

Mas si diferencias tan esenciales, nacidas del mismo fondo de la producción, no se conceptuarian suficientes para segregarla de entre las restantes piezas dramáticas de Lucio Anneo Séneca, bastarían para decidirnos á ello las consideraciones siguientes:

El argumento de la tragedia que nos ocupa le constituye uno de los crímenes cometidos por el emperador Nerón: el repudio y muerte de su mujer Octavia. Séneca, á quien el autor hace intervenir en la acción, trata por todos los medios de calmar la furia del hijo de Agripina, le aconseja la benignidad con los enemigos, elogia las virtudes de Octavia y condena enérgicamente los amores con Popea, que manchaban la castidad del tálamo conyugal. Semejante oposición á los proyectos sanguinarios del tirano, no se concibe en Lucio Anneo Séneca, á no suponer que, de

intento, se proponía concitar sobre su cabeza todas las iras de Claudio Domicio. Tal decisión y tan gran firmeza de carácter no cuadran bien al que, en circupstancias menos difíciles, no tuvo valor para soportar el destierro, no pronunció una palabra en favor de Agripina, y le faltó el tiempo para desarmar el enojo de Nerón arrojando á sus pies toda su valiosa fortuna. Finalmente, la muerte de Séneca ocurrió tres años antes que la del Emperador, y sin embargo, en la tragedia se predicen el suicidio de éste y las circunstancias que le precedieron y acompañaron (1).

Estas son, si bien ligeramente expuestas, las razones que tuvieron en consideración los críticos para desechar como escrita por Séneca la tragedia *Octavia*.

Veamos si la sospecha de Antonio Martín reúne en su favor algunas probabilidades que la confirmen.

En vano buscaremos en *Octavia* ninguno de los caracteres delineados por el filósofo español en

(1) Véase en la *Octavia*, acto iv, escena 1.ª, toda la relación de Popea á la *Nutrix*.

las mujeres de sus composiciones dramáticas: ni el valor verdaderamente fiero de Andrómaca, ni las impetuosas pasiones de Phedra, ni la serenidad estoica de Antígona.

La repudiada por Nerón no tiene en medio de su infortunio más que suspiros dolorosos, vanas declamaciones y tristes quejas. Semejantes lamentaciones son muy análogas en la forma á aquellas con que Floro interrumpe con harta frecuencia la narración de los hechos de su historia.

Así como las demás tragedias de Séneca se distinguen por su fondo filosófico, pues no aparece en ellas personaje alguno, sean cualesquiera su condición y estado, que no se manifieste iniciado en la filosofía y conocedor de sus diversas escuelas; la composición que estudiamos se aparta por lo general de esta tendencia, y si se exceptúan la primera parte del diálogo mantenido entre Séneca y Nerón, y el monólogo de aquél, toda ella reviste un carácter verdaderamente histórico.

Si el coro lamenta el extravío del Emperador y su incestuosa conducta, lo hace invocando las primitivas virtudes romanas, el heroísmo de Lu-

crecia y la resolución de Virginio, y el fin desastroso de los Gracos y de Livio le sirve de fundamento para censurar la inconstancia del favor popular.

Séneca aconseja á su discípulo que sea benévolo con sus enemigos y le excita á seguir el ejemplo de Augusto; y Nerón procura sincerar sus proyectos sanguinarios aduciendo en su favor el triste fin de Julio César, que cayó á los golpes del puñal de aquel mismo á quien salvó la vida, y la sangre romana derramada por Octavio en los campos de Filipos, en las aguas de Sicilia y en los mares de Accium.

En atención á lo expuesto, creemos que la conjetura de Antonio del Río merece tenerse en cuenta, y que los grados de su probabilidad acrecientan al observar que algunos lugares de la tragedia que examinamos presentan no escasa analogía en su construcción con otros del *Compendio de la Historia de Roma*, á pesar de las diferencias esenciales respecto á la dicción que aparecen necesariamente en dos composiciones escritas en tan diversa forma.

Al leer en la *Octavia*:

" dedit infandi
 Sceleris poenas cum Tarquinio
 Tullia conjux: quae percaesi
 Membra parentis saevos egit
 Impía currus. » (1),

parece que tenemos á la vista lo que de la mujer de Tarquino el Soberbio dice Floro:

«Nec abhorrebat moribus uxor Tullia, quae...
 supra cruentum patrem vecta carpento, consternatos equos egit» (2).

No menos análogos son aquellos dos pasajes en que se elogian las cualidades que adornaban á los Gracos:

" genere illustres
 Pietate, fide, lingua claros,
 Pectore fortes, legibus acres» (3).

Floro dice de Tiberio: «...Tiberius Gracchus...: genere, forma, eloquencia facile princeps» (4).

(1) *Octavia*, act. 1, Cohr.

(2) *Floro*, Epit. lib. 1, cap. vii.

(3) *Octavia*, act. v, Cohr.

(4) *Floro*, Epit. lib. iii, cap. xiv.

Y al leer en la *Octavia*:

«Pavere volucres et feras saevas diu
Tristes Philippi. » (1),

viene á nuestra memoria aquella frase del historiador, presagiando la catástrofe á que se alude: «Nam et assuetae cadaverum pabulo volueres castra, quasi jam sua circumvolabant» (2).

Pocos son los autores latinos de cuyas obras se han hecho tan numerosas y variadas ediciones. Los modernos bibliógrafos, ante número tan considerable, se vieron en la precisión de agruparlas por edades, cuyos respectivos límites marcaron con los nombres de los más doctos comentadores.

Iniciase la primera en el año 1470, por cuya fecha se cree que apareció la edición impresa en París en la Sorbona, y termina en el de 1518, en que se publicó la anotada y seguida de un índice debido á Juan Ricucio Vellino, conocido vulgarmente por el nombre de Camers. Fué éste, sin duda alguna, el que inauguró los comentarios á Lucio Anneo Floro, procurando, aunque

(1) *Octavia*, act. II, sc. 2.º

(2) *Floro*, Epit. lib. IV, cap. VII.

no siempre con buen éxito, restaurar la genuína lección del texto; sin embargo, contribuyó á facilitar su inteligencia con notas de carácter histórico, en las que compara muchos lugares de Floro con otros de varios escritores latinos. La última edición de este período es la que vió la luz en Lyón el año 1552 y en la que se publica el *Compendio* unido á los escritos de varios historiadores romanos.

Inaugúrase la edad llamada Vinetiana en 1554. Elías Vineto, excelente crítico y hombre de mayores conocimientos que Camers, enmendó muchos pasajes del texto, y puso á la vista algunas inexactitudes cometidas por Lucio Anneo. Juan Stadio siguió el mismo camino, y anotó varios errores históricos en que aquél había incurrido. Ciérrase esta edad en 1596 con la edición en 16.º, impresa en Leiden, y da principio la cuarta en 1597, llamada Grutero-Salmasiana, de Juan Grutero y Claudio Salmasio, á quienes siguieron en sus tareas Isaac Pontano y Boxhornio. Entre todos éstos, se distinguió Salmasio, el cual tuvo á la vista los códices Nazariano y los dos Pa-

latinos. Con auxiliares tan poderosos, corrigió muchos lugares adulterados por la incuria ó poca pericia de los copistas, é iluminado por su claro talento y nada común erudición, obtuvo loable fruto de sus constantes y detenidos trabajos. Concluyen los de aquellos treinta y seis años con dos nuevas ediciones: la publicada en Leiden en 1632, y corregida por Marco Zuevio Boxhornio, y la que se dió á luz en 1633, decorada con observaciones políticas, morales, históricas y filosóficas, por el poeta Santiago Zevcott. Desde esta fecha hasta la de 1680, se extiende la edad que recibe el nombre de Freinsehmio. Guiado el bibliotecario de la Reina de Suecia más por la agudeza de su ingenio que por la consulta de nuevos códices, presentó el texto de nuestro historiador mucho más correcto que hasta entonces se había leído, ilustrándole con observaciones tan atinadas, que á juicio de Andrés Dukero, ningún otro le trató con más acierto, si se exceptúa á Claudio Salmasio.

Dentro de este mismo período, merecen citarse Isaac Pontano, que siguió el texto de la edición

Comeliniana y añadió al capítulo xv del libro I algunas observaciones de escasa importancia. De la edición *in usum Delphini*, puede decirse, con el erudito antes citado, que ni debe elogiarse sobremanera ni despreciarse por completo.

La última etapa bibliográfica de Floro abraza desde el año 1680 hasta nuestros días, y recibe la denominación de Grevio-Dukeriana.

Juan Jorge Grevio castigó cuidadosamente el texto, valiéndose del códice que, según confiesa el mismo, le facilitó el filólogo Teodoro Reyckio, y del concurso del ilustre Nicolás Heinsio. La edición que con el título de *Florus recensitus et illustratus*, etc. se publicó en Utrech en 1680, contiene sabias notas y muchos facsímiles de monedas, objetos y monumentos de la antigüedad romana, con el fin de aclarar las referencias, no escasas, que el historiador hace á las costumbres del pueblo latino.

El prólogo que precede á la obra contiene una crítica, incompleta por cierto, pues si bien pone sumo cuidado en notar todos los defectos del historiador, en cambio no cita ni una sola de las

muchas bellezas que, aun considerado sólo bajo el punto de vista de la forma, contiene el *Compendio de la historia de Roma*.

Carlos Andrés Dukero atesoró en sus dos ediciones cuantos trabajos hicieron los más notables eruditos que le precedieron, uniendo juiciosas observaciones, hijas de un atento estudio de gran número de códices y cuyas variantes cotejó y razonó con acierto para restaurar en su pureza el texto del historiador hispano-romano. Entre otros códices, mostró predilección por los tres de Vossio, no desatendiendo tampoco la antigua edición de Marco Antonio Sabéllico. Menos ingenioso que Freinshemio, pero más considerado con la tradición, respetó el juicio de los que en esta índole de tareas le precedieron, y vindicó la crítica de Grevio de los ataques que la dirigió Lorenzo Begero.

La segunda edición, publicada en Leiden por Samuel Luchtmas en 1744, es la más apreciada; complétanla, además de una carta geográfica del Imperio romano, un extracto cronológico y un índice completísimo en el que puede estudiarse la

latinidad de Floro. Al final lleva unido el *Libro memorial* de Lucio Ampelio, más accediendo al deseo del editor, que por voluntad de Dukero, según confiesa este mismo en su largo prefacio. A éste siguieron preferentemente cuantos en los tiempos modernos han reproducido las ediciones del escritor que constituye el objeto de nuestro estudio.

Dentro de esta sexta y última edad editorial deben citarse los trabajos encomiásticos de Lorenzo Bejero, consejero áulico de Federico Guillermo, elector de Brandeburgo. Su edición, publicada en Colonia en el año 1704, sólo comprende los libros primero y segundo del *Compendio*: la muerte sorprendió al autor sin poder publicar los dos restantes. En el prólogo que precede á su escrito constituye en blanco de su crítica las aseveraciones de Grevio acerca de la dicción de Floro, vindicando á éste de los cargos que aquél le hace como corruptor de la lengua del Lacio. Para Bejero apenas si existe nada en Lucio Anneo que merezca tildarse de defectuoso, presentándole como acabado modelo de elegancia y corrección.

De las posteriores ediciones citaremos la que en 1819 se publicó en Praga, anotada por mister Titze, y en la que este escritor pone formal empeño en demostrar que el autor del *Compendio* vivió en los tiempos de Augusto, no debiendo ser otro que el Lucio Julio Floro á quien Horacio dedicó dos de sus epístolas. Por último, no existe colección alguna moderna en que no aparezca la obra de Floro, siendo la última la de Tauchnitz, correctísima por cierto y de la que, en unión de la Dukeriana segunda, nos hemos valido para la presente traducción.

J. ELOY DÍAZ JIMÉNEZ.

ELOGIOS TRIBUTADOS Á LUCIO ÁNNEO FLORO.

Salmasio, comentando la vida de Adriano, escrita por Elio Esparciano: «Floro dió á luz, imperando Adriano, este elegantísimo compendio de la Historia de Roma.»

Felipe Beroaldo, en sus cartas á Pedro María Rubeo: «Leyendo conocerás las guerras que hizo el pueblo romano, así dentro como fuera de Italia; por medio de qué varones y por qué artes dió origen al Imperio, y una vez formado éste, cómo se acrecentó, y acrecentado, de qué manera llegó á su apogeo por sus propias fuerzas, y una vez elevado, cómo le erigió á sublime altura César Augusto. Lucio Floro resumió tan sabiamente todos estos hechos en cuatro libros compendio-

sos; los distinguió con tal claridad, tan brevemente los narró, que sin esfuerzo podrás abarcarlos y verlos cual si estuvieran colocados en artístico monumento. Floro aparece elocuente, impetuoso, claro, vario, conciso y elegante, uniendo á todas estas notas la claridad y brillantez del estilo.»

Colero, en su carta sobre el estudio político:
«La obra de Lucio Anneo Floro, más que una abreviación de la de Livio, es un compendio de los hechos romanos. No sin razón la tendrás por un cuadro en el que se ve impresa la imagen de toda la República romana; el mismo Floro le dió aquel nombre. A fe mía que, cual si contemplaras una tabla de Apeles, nada desagradable encontrarás en tan correctísimo libro: tal es su orden y elegancia. Me admira el discernimiento, que unido á la sutileza y brevedad de las máximas, supo reflejar en todas las partes de una obra en la que se narran tantos y tan variados acontecimientos.»

Luis Vives, en su escrito del modo de comunicar los estudios: «Poseemos un compendio de

la historia de Roma escrito por Floro, en comparación del cual, nada puede escribirse en su género ni más sutil ni más elegante.»

Erycio Puteano. Historia de la Lombardía, prólogo: «Floro desenvolvió los hechos del pueblo romano, desde Rómulo hasta César Augusto, en un compendio tan bello como fácil, quizá con menoscabo de la integridad de aquéllos, pero no de su veracidad.»

Baltasar Bonifacio. Esclarecidos escritores de la Historia de Roma: «Floro es ingenioso, vehemente y fecundo en máximas y preceptos; es asimismo elocuente, ameno y casi florido.»

Barthio: «El compendio de la Historia de Roma, de este escritor, me parece que debe enumerarse entre los antignos monumentos como una acabadísima estatua corintia por su arte y su materia.»

Laurent. Estudios sobre la Historia de la Humanidad: «Cuando Floro escribe estas bellas palabras, *que no hay verdadera victoria, sino la que se obtiene sin violar la buena fe y sin atentar contra el honor*, se pudiera creer que, bajo

la forma de una máxima general, quiere hacer el elogio de los Romanos. Pero no es así; es una regla general, á la que el historiador se mantiene fiel en sus apreciaciones sobre la política romana.»

Baehr. Historia de la literatura latina: «La obra que analizamos... viene á ser un compendio de la historia de Roma desde su fundación hasta el año 925, en el que el autor expone los sucesos con brevedad, pero entretejiendolos y mezclándolos con hartas declamaciones, de modo que, en general, más que á una historia, se asemeja á un panegírico de Roma, escrito con elegancia y primor de estilo.»

Larousse. Gran diccionario universal del siglo XIX: «La narración (de Floro) es rápida, brillante y animada: las apreciaciones son, por lo general, juiciosas, pero algunas veces parciales en favor de Roma: el estilo, rico y florido, es con frecuencia declamatorio y por demás conciso.»

Amador de los Ríos. *Historia crítica de la literatura española:* «...mostróse L. A. Floro, en lo sustancial de su *Epítome*, digno abreviador de Tito Livio, mereciendo en vida los aplausos de

los mismos que imitaban con ahinco los escritores del siglo de Augusto, y conquistando en la posteridad las alabanzas de los doctos.»

Ediciones que se han formado de la obra del historiador hispano-romano.

EN FRANCIA.

En el año 1470, con el título: «Los cuatro libros del compendio de Tito Livio, escritos por Lucio Anneo Floro,» aparece la primera edición en 4.º, é impresa en la Sorbona por Ulrico Gering, Martino Crants y Miguel Friburger, París.

En el de 1510, y en París, se hizo una segunda edición á expensas de Juan Parvo, y por este mismo se volvió á publicar la obra de Floro, unida á las de Justino y Sexto Rufo: en fol., en París.

En 1528, en 8.º, con notas de Juan Camers, impresa en casa de Juan Hervagio. Strasburgo.

En 1539, en 4.º, en casa de Vascosan, con anotaciones de Juan Camers. París.

En 1542 se imprimió por Cristiano Wechelio, unida al compendio de Sexto Rufo. París.

En 1552, con notas de Camers, unido á los historiadores Veleyo Patérculo, Sexto Rufo, Mesala Corvino y Eutropio, en 12.º Lyon.

En 1553 apareció dado á la estampa en Poitiers, en 4.º, corregido por Elías Vineto: es esta una buena, pero rara edición.

En 1560, con notas de Camers, en 16.º, unido á Veleyo Patérculo é impreso por Jerónimo Marnefio.

En 1563 apareció la segunda edición de Vineto, en 4.º, impresa en Poitiers, por cierto muy rara.

En 1576, en 4.º, corregido por Vineto. París.

En 1606, unido al *Epítome* de los libros de Tito Livio, corregido por Vineto y con las notas de Camers, Lipsio y Grutero. Lyon.

En 1632, corregido por Juan Freinshemio, en 8.º Strasburgo.

En 1636, publicado á expensas de los herederos de Lázaro Zetznerio, en 8.º, y precedido de un nuevo prólogo debido á la pluma de Freinshemio.

En 1656, anotado por Francisco La Mothe-le-Vayer, en 8.º París.

En 1674 se publicó la obra de Floro, en 4.º, París, por mandato del Rey Cristianísimo y para uso del Delfín, con el título: *Lucio Anneo Floro con explicación y notas de Ana Tanaquil, hija de Fabro*: edición que se reprodujo en 1726.

En 1827, unido al *Libro memorial* de Ampe-lio, y con las notas de Freinshemio, le ilustró con nuevas interpretaciones Eloy Lemaire, en 8.º París.

En 1838 aparece ilustrado con notas de Langlois, en 8.º París.

En 1845 publicó Charpentier otra edición en 8.º París.

EN ALEMANIA.

En 1480 aparece la primera edición de Floro, en 4.º Leipzig.

En 1494, en Leipzig, impresa en la casa de Martín Wurtzbourgense. Sin fecha, y en el mismo lugar otra edición impresa en la casa de Santiago Thannero.

En 1512, con el título de «Los cuatro compendios de Lucio Anneo Floro,» en fol., por Thannero. Leipzig.

En 1518, unido á Tito Livio, corregido por Ulrico Hutten é impreso en la casa de Juan Schaffer, en fol., Maguncia. Figura esta edición entre las incunables de la biblioteca de Offenbach.

En 1525, unido á Tito Livio, en fol. Colonia.

En 1537, con notas de Juan Camers. Colonia.

En 1540, unido á Sexto Rufo y Mesala Corvino, anotado por Camers, en 8.º Colonia.

En 1551, con notas de Camers, en 8.º Maguncia.

En 1557 aparece otra edición de Floro publicada por Gualtero Fabricio, en 8.º Colonia.

En 1562, con notas de Juan Camers, en 8.º Colonia del Rhin.

En 1579, con comentarios de Juan Stadio, en 8.º, Colonia, edición que se reimprimió en 1589.

En 1588, con el título *De gestis Romanorum*, etc., corregido por Fr. Syburgo, en fol. Francfort.

En 1592, corregido y comentado por Juan Stadio, en 8.º Colonia del Rhin.

En 1597, corregido por Juan Grutero é impreso en la casa de Jerónimo Commelino, en 8.º Heidelberg.

En 1599, con el título de *Historia romana* de Lucio Anneo Floro, en 8.º Casel.

En 1600, corregido por Juan Stadio, en 8.º Colonia.

En 1609, corregido por Grutero y unidas las notas de Salmasio, en 8.º, en la casa de Commelino. Heidelberg.

En 1611, corregido y anotado por Juan Grutero, en fol. Hannover.

En 1612, con comentarios de Stadio, en 12.º Colonia del Rhin.

En 1704, Lorenzo Bejero (para uso del Príncipe heredero del electorado y reino de Brandenburgo), publicó los dos primeros libros del *Compendio* de Floro, corrigiéndolos con las observaciones de los críticos, con el razonamiento del texto y las notas históricas, políticas y arqueológicas de varios escritores: en fol. Colonia.

En el mismo año que el anterior, se publicó, anotada por Cristiano Junckero y en 12.º, otra edición en Leipzig. En 1718 apareció otra en el mismo lugar, y en 1734 otra en 12.º

En 1852, corregido por Jahn y con el título: «*Dos libros del Compendio de Tito Livio*, que comprende todas las guerras de setecientos años,» en 8.º Leipzig, y en 1854 una segunda edición, revisada por Halm, en 4.º

En 1877, sin notas, pero sumamente correcta, en la colección de autores latinos de Tauchnitz, publicada á expensas de Offón. Leipzig.

A todas estas ediciones debe unirse la que, sin fecha, aparece impresa en Hamburgo, en la casa de Enrique Valcker.

EN ITALIA.

En 1472 aparece la primera edición de Floro unida á Justino, impresa por los alemanes Conrado Sweynheyn y Arnolfo Pannartz, en folio. Roma.

En 1493, con Justino, en folio, impreso por Felipe Pincio Mantuano. Venecia.

En 1497, en folio, sin nombre del impresor. Venecia.

En 1502, unido á Justino, en folio, impreso por Minuciano. Milán.

En 1510, con el título de *Cuatro libros de los hechos de los Romanos, corregidos por Beroaldo*, y á expensas de Felipe de Giunta, en 8.º, Florencia. En el mismo año, en folio. Milán.

En 1520, con Justino y Sexto Rufo, en folio, en la imprenta Minutiana. Milán.

En 1521, con el título de *Compendio de toda la historia de Livio por Floro*, comentado por Nicolás Perotto; impreso en la casa de Aldi. Venecia.

En 1549, corregido por Camers, en 12.º Venecia.

En 1715, anotada por Ana de Fabro, en 4.º Venecia.

En 1723, en 8.º Florencia.

En 1724, con notas de Pontano, en 12.º Venecia.

EN LOS PAÍSES BAJOS.

En 1577 aparece la primera edición de Floro, corregida por Stadio, en 8.º Amberes.

En 1584, enmendado y anotado por Stadio, en 8.º Amberes.

En 1593, enmendado por Stadio, en 8.º Amberes.

En 1626, con notas de Isaac Pontano, impreso por Hondt, en 24.º Amsterdam. Edición que aparece reimpressa en el mismo lugar, en los años 1627 y 1632, respectivamente, y la de 1627 se repite, en 24.º, en 1635.

En 1638, con observaciones políticas por Santiago Zevcot, en 12.º Amsterdam.

En 1647, publicado con las obras de Velejo, Sexto, Festo, etc., en la imprenta de Janson, en 12.º Amsterdam.

En 1648, con los comentarios de Claudio Salmasio, y todas las observaciones publicadas é inéditas del mismo y las de Blancard, en 8.º, en casa de Haek. Leiden.

En 1655 salió de la imprenta Elzeviriana, con notas completas de Salmasio y agregándole el *Libro memorial* de Lucio Ampelio. Leiden. En 1657, en el mismo lugar y procedente de la misma casa, otra edición de Floro unida á Ampelio.

En 1660 aparece publicado, bajo la dirección de Cornelio Schevelio, con notas de Salmasio y un índice completísimo de Freinshemio, en 8.º, casa Elzeviriana. Amsterdam.

En 1664, con notas de Minelio, en 12.º Rotterdam. En el mismo año aparece publicado en 24.º, sin notas, en Amsterdam, y en 1670 con las notas de Minelio, en Rotterdam.

En 1672, en el *Museo* de Isaac Pontano, en 12.º Amsterdam.

En 1674, Floro y Ampelio, con notas de Salmasio, en 8.º Amsterdam.

En 1680, con notas de Minelio, en 12.º Rotterdam. Y en 1683 y 1698, con notas del mismo, en Amsterdam y Rotterdam respectivamente.

En 1686, con notas de Isaac Pontano, cronología é índice y varias lecciones de Freinshemio, en 12.º Haya.

En 1702, corregido y anotado por Grevio, en Amsterdam; propiamente no puede llamarse Greviana á esta edición, pues se introducen en ella muchas correcciones de distintos autores.

En 1722 aparece la primera y notable edición de Dukero, enriquecida con las notas de éste, además de las de Salmasio, Freinshemio, Grevio y otros autores, y precedida de un prólogo en el que se defiende la crítica de Grevio de los ataques de Bejero, en 8.º Leiden.

En 1736, con notas de Pontano y Freinshemio, en 24.º Amsterdam.

En 1744, la segunda edición Dukeriana aumentada y enmendada, impresa en casa de Samuel Luchtmans, en 8.º Leiden.

EN SUIZA.

En 1518, con notas de Juan Camers y un índice, impresa en folio en casa de Juan Singrenio. Basilea.

En 1529, con notas de Camers, en 8.º Basilea.

En 1532, con notas de Camers y unido á los

escritos de Sexto Rufo y Mesala Corvino, impreso en la casa de Hervagio, en folio. Basilea.

En 1557, con comentarios de Camers, unido á Solino, en folio. Basilea.

En 1623, entre los antiguos escritores latinos de la historia de Roma, en folio. Ginebra.

OTRAS EDICIONES.

En 1544, corregido por Juan Freinshemio, dado á la estampa en la casa de Juan Winter, en 4.º Viena.

En 1664, con notas de Juan Stadio, unido á Lucio Ampelio, en 12.º Oxford.

En 1675, con el índice de Freinshemio, bajo la dirección de Juan Gezelio, en 12.º Abo.

En 1690, edición repetida de Ana Fabro, etc., en 8.º Londres.

En 1845, por M. Inhaltsanz, en 8.º Praga.

Sin fecha ni lugar, Floro y Justino, corregidos por Marco Antonio Sabéllico.

No menos numerosas fueron las versiones que de la obra de tan afortunado escritor se hicieron

en diversos idiomas. Sin proponernos enumerarlas todas, haremos mención de las más notables.

En el año 1540, en 8.º, y con el título: *Compendio de las catorce décadas de Tito Livio, por Lucio Floro*, se hizo en lengua castellana la primera traducción, en Maguncia, por autor anónimo. Reimpreso fué, á no dudarlo, por Agustín Frisio en Strasburgo el año 1550, con este título: «Compendio de las catorce décadas de Tito Livio, Príncipe de la Historia Romana, escrita en latín por Lucio Floro, y al presente traducido en lengua castellana.»

De las que se hicieron en lengua francesa citaremos la que en 1618 se publicó por Sebastián Cramois, debida á la pluma de Nicolás Coeffeteau; la que dió á luz en París en el año 1656 M. de la Motte-le-Vayer; la de Ana, hija de Tranquilo Fabro, París, año 1674; la de Constantin, Ginebra, en 1580; la que con el texto latino al frente llevó á cabo l'abbé Paúl, publicada en París en 1774, y las que en los años 1823, 1826 y 1829 verificaron, respectivamente, en París, Paganel, Ragou y Durozoir. La de este último es notable

por las notas críticas é históricas que contiene.

En italiano aparece publicada en Roma, por autor anónimo, la primera versión de L. A. Floro, en el año 1546. Santos, Conde de la Roca Contrada, verificó la suya en 1639, publicada en Roma con esta fecha y en 8.º, y en 1823 y 1828 las de Carlo di Ligni y Massuco.

En inglés se imprimió, en 8.º Londres, la traducción hecha por Merico Casaubon; la de Edmundo Botton en el mismo lugar el año 1648; en 1667 la de Juan Davies; en 1727 la de Clarke en York, y la de Astley en Londres en 1730.

De entre las alemanas haremos mención de la que se publicó en Gotha en 1679, debida á Jerónimo Bruckner: créese que los dos primeros libros de esta obra fueron traducidos por Alberto, Duque de Sajonia, siendo los otros dos obra de Bruckner; las de Sella, Böttger y Kretschmann, fueron publicadas, en Leipzig, respectivamente por los años de 1781, 1782 y 1785.

En danés, por Magno Wingardo, se publicó el Floro en 1708 en Copenhague.



HAZAÑAS ROMANAS.

LIBRO PRIMERO.

PRÓLOGO.

Durante los setecientos años (1) que trascurrieron desde Rómulo hasta César Augusto, verificó el pueblo romano tal número de hazañas, así en paz como en guerra, que si alguno compara la grandeza de su imperio con el tiempo de su existencia, á buen seguro que le atribuya más larga duración. Extendió de tal manera sus armas por el ámbito del mundo, que cuantos lean su historia no sólo conocerán los hechos de un pueblo, sino los de todo el género humano (2), y vióse agitado por tantos contratiempos y peligros, que parece que Valor y Fortuna se esforzaron para consolidar su poderío. Aun cuando el conocimiento de todo esto nos interese señaladamente y constituya el objeto de esta obra, como quiera que la misma grandeza del asunto sea un poderoso obstáculo y la diversidad de los acontecimientos distraiga nuestra atención, haré lo que suelen aquellos que trazan los

lugares del mundo, á saber: comprender toda la faz del pueblo rey en pequeña tabla, consiguiendo así, según espero, que todos le admiren si pongo á la vista de un solo golpe y tal cual es toda su grandeza.

Si se considera al pueblo romano como un solo hombre y se abraza con el ánimo la duración de su vida, esto es, cómo nació, cómo creció, de qué manera llegó á la flor de su edad y, por fin, cómo vino á la decadencia, encontraremos en su historia cuatro grados y procesos (3).

Recorre en su primera edad, bajo el gobierno de los reyes, un período de doscientos cincuenta años, durante los cuales lucha con los pueblos comarcanos sin alejarle del regazo materno (4): tal fué su infancia. A partir del consulado de Bruto y Colatino hasta el de Claudio y Quinto Fulvio, se cuentan otros tantos años en cuyo lapso de tiempo dominó la Italia: período que podemos llamar de la adolescencia, por ser fecundísimo en hechos de armas y esclarecidos varones. Desde aquí hasta César Augusto discurren doscientos años, durante cuyo tiempo conquistó todo el orbe: esta época es como la juventud del Imperio y á modo de robusta virilidad. No mucho menos del tiempo citado ha transcurrido desde César Augusto hasta nuestros días, y sin embargo, por la inercia de los Césares, como que envejeció y estuvo á punto de agotar todas sus fuerzas, á no ser porque, imperando Trajano, despertó del letargo recobrando su virilidad y convirtiendo, contra la común esperanza, en juventud la decrepitud del Imperio.

CAPÍTULO PRIMERO.

El fundador de la ciudad é imperio de Roma fué Rómulo, hijo de Marte y de Rhea Silvia (5), según declaró la misma sacerdotisa hallándose en cinta. No tardó en atestiguarle por lo extraordinario de los acontecimientos, pues arrojado Rómulo al río en unión de su hermano Remo por orden de Amulio, Tiberino encauzó las aguas (6), y una loba, abandonando sus cachorros, siguió el vagido de los niños, les amamantó y desempeñó para con ellos las funciones de madre. En tal estado los encontró, junto á un árbol, un pastor de las majadas reales, los condujo á su cabaña y en ella les dió albergue y educación (7).

Alba (8), erigida por Yulo, era á la sazón cabeza del Lacio (9), pues aquél abandonó á Lavinio (10), fundada por su antecesor Eneas. Reinaba la décimocuarta dinastía con Amulio, el cual arrebató el trono á su hermano Numitor, abuelo de Rómulo. Joven éste, arroja á aquél del alcázar de sus antepasados y repone á su abuelo. Encariñado con el río y los montes, cerca de los cuales se había educado, proyecta levantar junto á ellos una nueva ciudad, mas siendo dos hermanos, plúgoles consultar á los Dioses cuál de los dos había de ser el que la diera nombre y gobernara (11). Al efecto, Remo ocupa el monte Aventino y el Palatino Rómulo; aquél ve seis buitres; éste, posteriormente, doce, y favorecido por el presagio levanta la ciudad, alentado por la esperanza de que llegaría á ser conquistadora; pues así lo auguraba la presencia de aquellas aves rapaces y sanguinarias.

Creyóse que una empalizada bastaría para su custodia; mas Remo, despreciando tan débil defensa, la traspasó de un salto (12), por cuyo hecho fué muerto, dudándose aún si por mandato de su propio hermano.

Fué Remo la primera víctima que consagró con su sangre la fábrica de aquel naciente pueblo.

Más que ciudad, erigió Rómulo un simulacro de ella, pues faltaban pobladores. Convirtió en asilo un bosque cercano, y acudió al punto multitud de hombres, entre ellos pastores del Lacio y de la Etruria (13), algunos del otro lado de los mares, y los Frigios y los Arcadios (14), que invadieron la Italia guiados respectivamente por Eneas y Evandro. De este modo formó un solo cuerpo con elementos distintos, y dió origen al pueblo romano (15). Una generación á lo sumo hubiera podido durar semejante estado de cosas, pues sólo hombres había en la ciudad.

Los Romanos pidieron, en matrimonio, mujeres á los pueblos limítrofes, mas no habiéndolo conseguido se apoderaron violentamente de ellas. Al celebrar unos juegos ecuestres, que con este fin simulaban, arrebataron á las doncellas que al espectáculo acudieron. Semejante hecho fué causa inmediata de las guerras. Fueron vencidos y dispersados los Veyentes, tomada y destruída la ciudad de Cenina (16), y el mismo Rómulo depositó con sus manos, en el ara de Júpiter Feretrio, los más ricos despojos del rey de aquéllos.

Las puertas de la ciudad fueron franqueadas á los Sabinos por una doncella, la cual no lo hizo con el objeto de vender á su pueblo, pues les exigió en recompensa de su servicio lo que llevaban en los brazos izquierdos, (se duda si eran los escudos ó los brazaletes), mas aquéllos, con el fin de eludir el cumplimiento de la palabra y castigar su perfidia, la dieron muer-

te hacinando sobre ella los escudos (17). Habiendo, por tal arte, penetrado los Sabinos dentro del recinto, empeñaron con los Romanos, en el mismo Foro, lucha tan sangrienta, que Rómulo se vió obligado á implorar de Júpiter que contuviera la vergonzosa fuga de los suyos; lo cual conseguido se construyó un templo, y desde entonces se dió á Júpiter el sobrenombre de Stator.

Las Sabinas, desgrenado el cabello, pusieronse por medio de tan encarnizados enemigos, y por su mediación se hizo la paz y concluyó alianza con Tacio.

Admirable fué lo que después aconteció. Los mismos enemigos abandonaron sus moradas, vinieron á la ciudad y adjudicaron á sus yernos, en calidad de dote, el peculio de sus antepasados.

Aumentada la población, aquel rey tan sabio organizó de este modo la república. Dividió por tribus la juventud, para que estuviera pronta á montar á caballo y empuñar las armas ante los repentinos eventos de una guerra; encomendó la dirección de la cosa pública á los ancianos, á quienes se daba el nombre de *Padres* por su autoridad, y en atención á su edad se denominó Senado al cuerpo que constituían.

Ordenadas así las cosas, Rómulo desapareció súbitamente al celebrar una asamblea junto á la laguna llamada de Caprea, y que estaba frente á la ciudad. Dicen algunos que por su altivez le dieron muerte los senadores; mas es el caso que habiendo estallado una tempestad y eclipsándose el sol, revistió este hecho la semejanza de una apoteosis. Dió validez á la idea Julio Próculo, asegurando haber visto á Rómulo transfigurado, y que le ordenó que se le tuviera como á un dios, siendo del agrado de los Dioses que se le diera en el cielo el nombre de Quirino, pues de esta manera Roma llegaría á enseñorearse del mundo entero.

CAPÍTULO II.

Sucede á Rómulo Numa Pompilio, el cual, viviendo en Cures, ciudad de los Sabinos, fué buscado por los Romanos en atención á su notoria religiosidad. Instituyó los pontífices, los augures, los salios y demás sacerdotes del pueblo romano; dividió el año en doce meses, y los días en *fastos* y *nefastos* (18); formó los escudos (19) y la estatua de Palas (prendas que constituían una garantía del poder de Roma) (20); erigió un templo al bi-faz Jano, testigo de la paz y de la guerra, y encomendó á doncellas alimentar el fuego de Vesta para que su llama, custodia del Imperio, luciera perennemente cual las estrellas del cielo.

Todo lo hizo como por mandamiento de la diosa Egeria, á fin de que lo aceptara más fácilmente aquel pueblo inculto. Finalmente, mudó su fiero natural hasta el punto de que gobernara religiosa y justamente aquel pueblo que había consolidado su poder valiéndose de la violencia y la injusticia (21).

CAPÍTULO III.

Inmediatamente á Numa Pompilio siguió Tulio Hostilio, á quien Roma de buen grado entregó el reino, rindiendo así pleito homenaje á su valor. Restableció la disciplina militar y el arte de la guerra (22); con lo que habiendo sido adiestrada en sumo grado la juventud, se atrevió á provocar á los Albanos, pueblo belicoso y que dominaba por largo tiempo en el Lacio.

Mas como uno y otro pueblo se debilitara peleando frecuentemente y con igual constancia de ánimo, encomendaron á unos cuantos la guerra, fiando así sus propios destinos á tres hermanos gemelos que de una y otra parte existían, llamados los unos Horacios y Curacios los otros.

El duelo fué noble, dudoso y digno de admiración por su desenlace.

Habiendo sido heridos los tres Curacios y muertos dos de los Horacios, el que de entre éstos sobrevivió, uniendo el ardid al valor, fingió huir, con el ánimo de separar uno de otro á sus enemigos, y atacándoles singularmente y por intervalos, logró vencerlos á todos.

¡Gloria extraordinaria á pocos pueblos concedida! Al esfuerzo de una sola mano se debió la victoria, que mancilló á poco con un fratricidio el mismo que la consiguiera. Observando el Horacio que su hermana lloraba al verle cubierto con los despojos de su prometido (23) (que era uno de los enemigos de Roma), vengó con su espada aquel inoportuno amor. Reclamaba la ley el castigo del delito; mas el valor del que le cometió fué causa de que se olvidara el fratricidio, y la gloria alcanzada acabó por borrar el crimen.

No duró mucho la fidelidad del Albano, pues militando, según lo pactado y en calidad de auxiliar, en la guerra que los Romanos sostenían con los Fidenates, tomó aquél una posición ventajosa entre los contendientes, con el propósito de unirse al que llevara la mejor parte. Comprendido esto por el astuto Hostilio, y viendo que el aliado se inclinaba al enemigo, levantó el espíritu de su pueblo diciendo que semejante movimiento había sido por él ordenado. Esto reanimó la esperanza en el corazón de los nuestros é infundió el pavor en el de los enemigos, quedando de esta ma-

nera sin efecto su artería. Vencidos los Albanos, el traidor Meto Fufecio fué atado entre dos carros y despedazado por el arranque impetuoso de sus fogosos caballos.

En cuanto á la ciudad de Alba, si bien madre de la nuestra, pero su rival, ordenó Tulio que fuera destruída, no sin que antes fueran trasladados á Roma los habitantes con todas sus riquezas; de manera que más que haber destruído la ciudad, que estaba unida á nosotros con tantos vínculos de afinidad, parecía que reunió los esparcidos miembros que la constituían dentro de un mismo cuerpo.

CAPÍTULO IV.

Ocupó después el trono Anco Marcio, nieto de Numa, y muy parecido á éste por sus dotes.

Circunvaló con un muro los edificios de Roma (24), unió, por medio de un puente, las orillas del Tíber, que atravesaba la ciudad, y fundó en la misma desembocadura del río la colonia de Ostia, presintiendo, á no dudarlo, que llegaría un día en que las riquezas y producciones del mundo entero se recibirían por medio de aquel como albergue marítimo de Roma.

CAPÍTULO V.

Tarquino Prisco, si bien oriundo del otro lado de los mares, consiguió el reino que solicitara, merced á su habilidad y cultura, pues como natural de Corinto, al ingenio griego unía la astucia itálica.

Contribuyó á engrandecer el Senado aumentando el número de sus individuos, y reforzó las tribus, creando nuevas centurias, contrariando para ello el parecer de Accio Navio, gran agorero, que se oponía á que se verificara semejante aumento. El Rey puso á prueba su ciencia preguntándole si era posible hacer lo que concebía en aquel momento, y una vez que aquél consultó el caso por medio del augurio, respondió «que era posible.» El Rey replicó: «Pues lo que yo pensaba era si podría cortar con mi cuchillo esta roca;» y el agorero dijo: «Puedes hacerlo;» y realmente cortóla el Rey. Desde entonces fué sagrado entre los Romanos el augurio.

Tarquino no fué menos diligente en la guerra que en la paz. Sujetó, después de continuas campañas, á doce pueblos de la Etruria. De su tiempo data el uso de las haces lictoriales (25), de la trabea (26), de las sillas curules (27), de los anillos (28), de los collares (29), de la clámide (30) y de la pretexta (31); de entonces mismo provino que se triunfara en dorada carroza arrastrada por cuatro caballos, y se vistiera la toga bordada y la túnica palmeada (32); en una palabra, cuantos ornamentos é insignias enaltecen la dignidad del poder.

CAPÍTULO VI.

Después de Tarquino, rigió la nave del Estado Servio Tulio, sin que su humilde linaje (pues fué su madre una esclava) le sirviera de obstáculo alguno. Tanaquil, mujer de su antecesor, educó liberalmente tan buen natural, prediciendo su esclarecimiento la llama que se vió arder sobre su cabeza.

Muerto Tarquino, y nombrado interinamente (33) rey por influjo de la reina, ejerció Servio con tal acierto el poder que había usurpado, que no pareció sino que por derecho le obtuviera.

Fué por éste empadronado el pueblo romano, dividido en clases y distribuído en curias y gremios (34). Por la suma sabiduría del monarca se ordenó de tal manera la república, que se encontraban consignadas en tablas las diferencias que existían de ciudadano á ciudadano, con respecto al peculio, dignidad, edad, profesión y cargo (35). Por semejante medio, la populosa Roma estaba ordenada con la misma escrupulosidad que la casa particular más insignificante.

CAPÍTULO VII.

El último de los reyes fué Tarquino, á quien por sus costumbres se le dió el sobrenombre de Soberbio. Prefirió usurpar el trono de su abuelo, ocupado á la sazón por Servio, á esperar que dejara de existir: con este fin le hizo asesinar, y no ejerció el poder más virtuosamente que le había adquirido. No se vió su mujer Tulia libre de semejantes costumbres, pues yendo en su carroza y apresurándose para saludar á su marido, obligó á los espantados caballos á pasar por encima del cuerpo ensangrentado de su mismo padre.

Tarquino maltrató al Senado con asesinatos y á todo el pueblo con su orgullo, que para los hombres honrados es más insoportable aún que la misma crueldad. Harto de ésta dentro de Roma, volvió las armas contra los enemigos, apoderándose, en el Lacio, de las plazas fuertes de Ardea (36), Ocrícolo (37), Ga-

bia (38) y Suesa-Pomecia (39). Aun en tales empresas se ensañó con los suyos, pues no titubeó en azotar á su hijo, con el objeto de que, fingiéndose desertor, marchara al campo enemigo y se granjeara la confianza de este.

Recibido aquél en Gabia, cual lo deseara su padre, despachóle mensajeros para que le preguntaran qué era lo que deseaba que se hiciera, y demostró Tarquino su voluntad (¡qué astucia!) sacudiendo fuertemente con una vara las altas cabezas de unas adormideras, dando á entender con este acto su deseo de que fueran muertos los magnates de la ciudad.

Con los despojos de los pueblos conquistados erigió un templo: al inaugurarse cedieron todas las aras de los Dioses (40); mas, ¡oh prodigio! sólo ofrecieron resistencia las de la Juventud y el dios Término. La tenacidad de las deidades agradó á los vates, pues auguraba que todo lo que allí se construyera sería estable y duradero. Pero lo más extraordinario del caso fué, que al derribar el edificio hallaron en los cimientos una cabeza humana. Nadie puso en duda que prodigio tan grande auguraba que Roma llegaría á ser el asiento del Imperio y la capital del mundo.

Sufrió resignado el pueblo romano la soberbia del monarca mientras á ella no se juntó la liviandad; mas no pudo soportar por más tiempo la insolencia cometida por uno de los hijos de Tarquino, el cual violó á la honradísima Lucrecia. Esta matrona expió su deshonra dándose muerte, y con tal motivo se suprimió el poder real.

CAPÍTULO VIII.

Esta es la primera edad del pueblo romano y como su infancia, que corrió, (por permisión de los hados), bajo la dominación de los siete reyes, tan diferentes por sus caracteres cual lo reclamaban el gobierno y utilidad de la república.

¿Quién fué más impetuoso que Rómulo? así se necesitó para que se apoderara del reino. ¿Quién más religioso que Numa? lo exigían las circunstancias, para que la fiereza del pueblo se dulcificara con el respeto á los Dioses. ¿Hubo alguno tan experto en la milicia como Tulio? fué en extremo provechoso á los guerreros, pues hizo más eficaz el valor reglándoles por medio de la disciplina. ¿Promovió alguno las obras públicas como lo hiciera Anco? extendió la ciudad fundando una colonia, facilitó sus comunicaciones tendiendo un puente de una á otra orilla del Tíber, y construyó las murallas para su defensa. ¿Cuanto no contribuyeron al acrecentamiento de la dignidad del pueblo romano las insignias y ornatos puestos en uso por Tarquino? Por último, la tiranía de Tarquino el Soberbio, lejos de haber sido infructuosa, produjo el beneficio de que cansado el pueblo de sobrellevar sus desafueros, ardiera en el deseo de libertad.

CAPÍTULO IX.

Bajo la conducta y por la acción de Bruto y Colatino, á quienes encomendó la moribunda matrona su venganza, el pueblo romano, impulsado como por

inspiración divina y con el ánimo de vengar la afrenta dirigida á su libertad y decoro, destituyó en el acto al monarca, le despojó de sus bienes, consagró su territorio al dios Marte, y adjudicó el supremo poder á los mantenedores de su libertad; no sin cambiar la duración de aquél, y el número y nombre de los que le ejercían (41).

Plugo al pueblo transformar el poder de perpetuo en anuo y vincularle en dos individuos, en lugar de uno, para que no se corrompiera poseyéndole uno solo y prolongándose el tiempo de su ejercicio. Sustituyó, asimismo, el nombre de reyes con el de cónsules, á fin de que tales magistrados tuvieran entendido que sólo debían tener presente en sus decisiones los legítimos intereses de sus conciudadanos.

Fué tan grande el gozo que inspiró la nueva libertad, que apenas si daban crédito á semejante mudanza de cosas. Tan solo porque uno de los cónsules tenía el nombre del rey y pertenecía á su linaje, se le despojó de su dignidad y fué expulsado de Roma: así fué que su sucesor Valerio Públicola puso todo empeño en aumentar la majestad del pueblo libre. Al presentarse en la asamblea popular, se humilló ante aquél, inclinando las haces, y le concedió el derecho de apelación contra los mismos cónsules; y para que su morada, situada en una eminencia, no inspirara recelo al pueblo por su aspecto de fortaleza, ordenó construirla de nuevo en más llano lugar. Bruto se granjeó el favor del pueblo con la extinción de su familia y el parricidio; pues como hubiese descubierto que sus hijos buscaban modo de reconstituir en el poder á los Tarquinos, les arrastró hasta la plaza y en ella dió orden de azotarlos y de decapitarlos; apareciendo paladinamente que cual padre de la patria adoptaba como hijo, en lugar de los propios, al pueblo romano.

Una vez libre Roma, empuñó las armas primero contra los extraños para defender su libertad, al poco tiempo con el propósito de ensanchar los límites del territorio, después en defensa de sus aliados, y finalmente por la gloria y el imperio, dando frente á las continuas agresiones que por doquiera le dirigían los pueblos comarcanos. Y en efecto, no poseyendo el pueblo romano ni el más pequeño trozo de suelo patrio, puesto que el mismo territorio que tocaba sus muros pertenecía á sus enemigos y él se encontraba colocado en medio de la Etruria y el Lacio como entre la espada y la pared, no asomaba por puerta alguna de la ciudad sin tropezar con aquellos; hasta que, ganando palmo á palmo el terreno y vencidos los pueblos comarcanos, sujetó bajo su dominación toda la Italia.

CAPÍTULO X.

Expulsados los reyes, combatió el pueblo por su libertad. Porsena, rey de los Etrurios, avanzaba á la cabeza de poderoso ejército, trayendo en su compañía á los Tarquinos. Aun cuando acosado el pueblo por las armas y el hambre, vió ocupado por el rey el monte Janículo y cercadas todas las puertas de la ciudad, sin embargo, resistió y rechazó al enemigo, siendo presa Porsena de tal estupor, que no obstante disponer de fuerzas superiores, hizo amistosa alianza con los que tenía medio rendidos. Entonces florecieron aquellos modelos y portentos del pueblo romano, llamados Horacio, Mucio y Clelia; portentos (42) que, de no hallarse consignados en los anales, corriera al presente como meras invenciones.

Viendo Horacio Cocles que él solo no podía rechazar á los enemigos que por todas partes le asediaban, cortó el puente y pasó á nado el Tíber, sin perder sus armas.

Mucio Escévola penetra insidiosamente en el campamento real; mas una vez que fué detenido por haber frustrado el golpe que asestó contra el Monarca, dando muerte á uno de sus ministros, y fué presentado delante de aquél, introdujo la diestra en el fuego de un brasero, y aumentando el terror que inspiró esta acción con un audaz engaño, habló á Porsena del siguiente modo. «No sabes de quién te has librado; pues bien, trescientos Romanos hemos jurado tu muerte.» Entre tanto,—¡cosa rara!—Escévola permanecía impassible, y el rey temblaba como si fuera su propia mano la que se abrasaba.

Portáronse de tal manera los varones; mas para que uno y otro sexo rivalizara en gloria, también tuvieron su heroísmo las doncellas. Clelia, una de las que en calidad de rehenes fueron entregadas á Porsena, burlando la vigilancia enemiga, atravesó á caballo el río patrio.

Aterrado el Rey á la vista de tantos y tan grandes prodigios de valor, ordenó la retirada y dejó libres á los Romanos. Los Tarquinos continuaron la guerra hasta que Arunte, hijo del Rey, murió á manos de Bruto: éste fué asimismo herido por el agredido, y espiró sobre su propio cuerpo, tal que no pareció sino que perseguía al adúltero hasta los mismos infiernos.

CAPÍTULO XI.

Aguijoneados los Latinos por la emulación y la envidia, favorecían á los Tarquinos con el propósito de que el pueblo romano, ya que dominaba en el exterior, fuera, por lo menos, siervo dentro de sus muros (43). Todo el Lacio, capitaneado por Mumilio Tusculano, se alzó para vengar al Rey.

Peleóse por largo tiempo y con desigual fortuna cerca del lago Regilo (44), hasta que el mismo dictador Postumio, apelando á un nuevo ardid, arrojó en medio del campo enemigo una de las insignias romanas para obligar á sus tropas á rescatarla, y Coso, jefe de la caballería, dió orden de soltar el freno á los caballos (cosa nueva también), para caer con más rapidez sobre el enemigo. Llegó á tal punto la fiereza del combate, que, según es fama, intervinieron en él los Dioses: á nadie se le ocurrió dudar de que dos que montaban en blancos caballos eran Cástor y Pólux. El general pidió que acudieran en su socorro, prometiendo, una vez conseguido el triunfo, erigir dos templos, lo cual cumplió, pagando de este modo tan sagrada deuda á sus divinos compañeros de armas.

Pearon hasta aquí los Romanos por la libertad; después con constancia y sin tregua con los mismos Latinos, con el fin de ensanchar los límites del territorio.

Cora (45) y Álgido (46), ¡quién lo creyera! fueron terror de Roma: Sátrico (47) y Cornículo (48) fueron sus provincias. ¡Vergüenza causa decirlo! mas triunfamos de Vérulo (49) y Bovila (50). Hacíanse fervientes votos en el Capitolio por la posesión de Tibur (51), que al presente es un arrabal de Roma, y por la de

Preneste (52), que constituye en el día nuestro recreo de verano.

Fesula (53), Aricino (54), Frégela (55) y el Tíber fueron entonces para nosotros lo que posteriormente Carras (56), Hercinia (57), Gesoriaco (58), y el Eúfrates.

Tan gloriosa se juzgó la victoria alcanzada sobre Coriolos (59) (¡oh vergüenza!), que á Cayo Marcio se le dió el sobrenombre de la ciudad vencida, como si ésta hubiera sido Numancia ó África. Aun permanecen los despojos ganados en Ancio (60); y que Menio clavó en la tribuna del foro, de aquella escuadra aprisionada al enemigo, si tal nombre merecen seis naves rostradas.

Tan exiguo número fué suficiente en aquellos tiempos para librar un combate naval.

De entre todos los Latinos, fueron los Equos y los Volscos los más obstinados, y, por decirlo así, cotidianos enemigos de Roma, á quienes sujetó señaladamente Tito Quincio, aquel célebre dictador del *arado* que con singular denuedo salvó los reales del cónsul Marco Minucio, sitiados y próximos á caer en poder del enemigo.

Corría el tiempo de la sementera, en ocasión que el lictor encontró al patricio inclinado sobre el arado y ocupado en su faena agrícola. Lanzóse Tito desde allí al campo de batalla, y para que en todo resultara la imagen de sus rústicas labores, obligó á los vencidos á pasar bajo del yugo, á manera de ganados. Una vez terminada la campaña, el victorioso labrador volvió junto á sus bueyes. ¡Gran Dios, y con cuánta rapidez se hizo aquella guerra! Quince días fueron suficientes para darla principio y ponerla fin, cual si el dictador se apresurara con el objeto de reanudar la tarea interrumpida.

CAPÍTULO XII.

De entre los pueblos de la Etruria, fueron los Veientes anuales enemigos de Roma, y tan pertinaces, que toda la familia de los Fabios prometió poner en pie de guerra contra aquéllos un ejército extraordinario, y sostuvo á sus expensas, la campaña.

Señalada fué la derrota que aquéllos experimentaron. Trescientos, esto es, todo un ejército de patricios, quedó tendido cerca de Crémora (61). La puerta de Roma que dió salida á los combatientes, recibió el nombre de maldita (62). Tamaño desastre se venagaba con esclarecidos triunfos obtenidos por varios de nuestros generales, los cuales se apoderaron, si bien por muy distintos medios, de ciudades en extremo fortificadas. Los Faliscios (63) se sometieron voluntariamente; los Fidenates perecieron envueltos en el fuego que ellos mismos produjeron, y los de Veyes fueron copados y exterminados por completo. Durante el sitio puesto á los primeros, hubo ocasión de admirar la lealtad del general romano, el cual les envió (64), atado y en unión de los jóvenes que le rodeaban, á un maestro que habiéndose aproximado al campamento, se proponía vender la ciudad. Tenía convencimiento aquel honrado é inteligente general de que no podía apellidarse verdadera victoria la que no se alcanzaba con nobleza y sin menoscabo del honor. Los de Fidenas, inferiores por sus tropas á los Romanos, hicieron una impetuosa salida, con teas encendidas en las manos y bandas de diversos colores á modo de serpientes, creyendo que de esta manera infundirían pavor á sus enemigos; mas este lúgubre aparato presagió su propia ruina.

Diez años de cerco patentizan cuán poderosa era la república de Veyes. Entonces fué cuando el soldado romano acampó durante el invierno bajo tiendas de pieles y se le pagó soldada. Todos juraron voluntariamente no regresar á Roma antes de posesionarse de la ciudad. El botín recogido del rey Larte Tolumio fué llevado á Júpiter Feretrio. Se tomó la ciudad, no por medio de la acometida y el asalto, sino valiéndose de minas y ocultos caminos. Se creyó de tan gran consideración la presa, que su décima parte se consagró al dios Apolo Pítico, y se llamó á todo el pueblo de Roma para que tomara parte en el saqueo.

Tal fué Veyes por entonces: hoy ¿quién recuerda su existencia? ¿Qué restos ni qué vestigios quedan de la ciudad? Se necesita toda la fe que prestamos á la historia para creer que existieron los Veyentes.

CAPÍTULO XIII.

La envidia de los Dioses ó el hado interrumpieron, si bien momentáneamente, el rápido curso de la conquista, con las invasiones de los Galos Senones (65).

Ignoro si semejante época fué funestísima para el pueblo romano, á causa de los desastres que experimentó, ó en extremo gloriosa por haberse puesto á prueba sus virtudes. Afligiéronle males de tanta monta, que juzgo le fueron enviados por permisión divina, deseando los Dioses conocer si el valor romano era merecedor del dominio del mundo.

Los Galos Senones, feroces por naturaleza y de groseras costumbres, eran tan terribles por su corpulencia, por las enormes armas que manejaban... en una palabra, bajo cualquier punto de vista que se les

considerase, que no parecía sino que les destinara naturaleza (66) para exterminio de los hombres y ruina de las ciudades. Salieron, en otro tiempo, estas gentes, en grandes hordas, de los últimos confines de la tierra y de las costas del Océano que ciñe el mundo, y después de talar cuanto encontraron á su paso, sentaron sus tiendas en el territorio comprendido entre los Alpes y el Pó; mas no siendo muy de su agrado estos lugares, se esparcieron por Italia. Asediaban á la sazón la ciudad de Clusium (67): el pueblo romano intervino en favor de los aliados enviando, según lo tenía por costumbre, una embajada á los sitiadores. Mas ¿qué conocimiento tenían estos bárbaros del derecho de gentes? Creció con esto su arrogancia y vinieron á las manos con los Romanos: abandonando á Clusium, se encaminaron á Roma, y al llegar al río Alias les salió al encuentro el cónsul Fabio. Dificilmente se contará mayor descalabro, por lo cual Roma consignó este día en sus fastos como calamitoso. Disperso nuestro ejército, los Galos se aproximaban á los muros de la ciudad, la cual se hallaba completamente desguarnecida (68). En esta ocasión, más que en otra alguna, resplandeció el verdadero valor romano. Reúnense con premura en la plaza pública los ancianos que ejercían la magistratura, y mientras que el pontífice pronuncia la imprecación, se consagran á los dioses Manes. Inmediatamente regresa cada cual á su morada revestido de la toga magistral y de sus más pomposos ornamentos, y colocándose en la silla curul, se dispone á morir dignamente cuando venga el enemigo.

Los pontífices y los Flamines recogen cuantos objetos sagrados existen en los templos: una parte la ocultan en excavaciones practicadas en la tierra; otra la conducen en carros bajo su inmediata custodia.

En unión de los sacerdotes, y á pie descalzo, acompañan la conducción de las cosas sagradas las doncellas destinadas al sacerdocio de Vesta. Dicese que un plebeyo, llamado Lucio Albino, se encontró en el camino con los fugitivos, y apeando del carro á su mujer é hijos, recibió en el á las vírgenes. ¡Hasta tal punto la religión patria se sobreponía, en los grandes peligros, á los más tiernos afectos de la familia!

La juventud, que, según consta, apenas si llegaba á mil hombres, se posesionó, capitaneada por Manlio, de la ciudadela del monte Capitolino, y una vez allí, como si tuviera presente al mismo Júpiter, le pidió: «Que así como ella se había reunido en aquel lugar para defender su templo, de la misma manera sostuviera aquél su ánimo por medio de su poderoso auxilio.»

Mientras esto tenía lugar, los Galos se aproximaban recelosamente á la ciudad, temiendo ser víctimas de alguna emboscada; mas así que se persuaden de que está desierta, la invaden con vocerío é ímpetu, tan grandes cual antes lo fuera su pavor (69). Francas las puertas de las moradas, penetran en ellas y reverencian, cual si fueran dioses ó genios, á los pretextados ancianos que estaban sentados en las sillas curules. Pero una vez que se persuaden de que son hombres que nada se dignan contestar, los inmolan con el mismo frenesí con que los reverenciaron, incendian sus casas, y con la tea en una mano y la espada en la otra asuelan toda la ciudad. Por espacio de seis meses (¿quién lo creará?), permanecieron los bárbaros como pegados á la roca (70) y haciendo, no sólo de día sino también de noche, frecuentes intentonas para apoderarse de ella; hasta que por fin, despertado Manlio por el graznido de los gansos, arrojó á aquellos de la cima de la montaña, que habían logrado ganar trepando al

amparo de las tinieblas de la noche. Para desesperanzar al enemigo, si bien los mismos Romanos experimentaban suma escasez, arrojó desde el alcázar, mostrando gran confianza, una parte de las provisiones (71). En día señalado envió, atravesando por entre las guardias enemigas, al pontífice Fabio, para que celebrara en el monte Quirinal un solemne sacrificio: aquél regresó ileso, protegido por el cielo, á través de los dardos arrojados por los Galos, y anunció á los sitiados que tenían de su parte la protección de los Dioses.

Cansados por fin los bárbaros del cerco, vendieron su retirada en mil libras de oro, llevando su demasia no solo hasta el punto de colocar una espada sobre los falsos pesos, sinó hasta increparles con esta amenaza: «¡Ay de los vencidos!» Camilo los atacó por la espalda, causando tal mortandad, que el torrente de la sangre derramada por los Galos apagó los últimos restos del incendio. Gracias deben darse á los Dioses inmortales, aun en nombre de este infortunio, porque el fuego hizo desaparecer las cabañas de los pastores y la llama ocultó la pobreza de Rómulo. El incendio de la ciudad destinada á ser morada de dioses y hombres ¿acaso no sirvió más para que se consagrara y purificara que de ruina y destrucción? (72). Así fué que salvada por Manlio y restablecida por Camilo, Roma se volvió con mayor fiereza y coraje contra los pueblos comarcanos.

Antes de acometer empresa alguna, el pueblo, no contento con haber arrojado á los Galos fuera de los muros de la ciudad, persiguió, bajo las órdenes de Camilo, los restos de aquellos que aún vagaban por Italia, hasta el punto que ni vestigio queda hoy de los Senones. Fueron derrotados por vez primera cerca del río Anio, donde en combate singular Manlio venció á

uno de los jefes de los Galos y le arrancó, entre otros despojos, un collar de oro, por cuyo hecho se le dió el sobrenombre de Torcuato. Quedaron vencidos por segunda vez en los campos Pontinos, y en lucha semejante á la de Manlio, Lucio Valerio, ayudado por un cuervo que se posó sobre el casco del Galo, venció y despojó á éste; por lo que aquel recibió el nombre de Corvino. Por fin, Dolobela aniquiló los restos de aquellos en la Etruria junto al lago Vadimón (73), para que de tal gente ni uno solo quedara que pudiera gloriarse de haber incendiado á Roma.

CAPÍTULO XIV.

Siendo cónsules Manlio Torcuato y Decio Muro, el pueblo romano, exterminados los Galos, se volvió contra los Latinos, los que impulsados siempre por la emulación del poder y en aquella ocasión por el desprecio que les inspiraba la incendiada ciudad, se atrevieron á más que á guerrear, esto es, á pedir el derecho de ciudadanía y participación en el poder y la magistratura. ¿A quién causará asombro que en tal ocasión fuera vencido el enemigo? Uno de los cónsules dió muerte á su hijo, que á pesar de haber obtenido un triunfo, combatió, no obstante, contra lo que su padre había ordenado, y para quien la observancia de la disciplina era de mayor monta que la misma victoria; y el otro, impulsado como por inspiración divina y velada la cabeza, se sacrificó colocándose en la primera línea del ejército y lanzándose en medio de los espesos dardos arrojados por el enemigo; marcándonos con el rastro de su sangre un nuevo camino que nos condujera á la victoria.

CAPÍTULO XV.

Vencidos los Latinos, Roma emprendió la guerra con la gente Sabina, que, olvidadiza del pacto celebrado bajo Tito Tacio, hizo causa común con aquéllos, impelida por cierto contagio belicoso; mas siendo cónsul Curio Dentato, fué devastado á sangre y fuego todo el territorio rodeado por el Nar (74), el Anio (75) y en el que están las fuentes Velinas (76), hasta el mar Adriático. Cayeron bajo el poder de Roma, con esta victoria, tan gran número de hombres y territorios, que el mismo vencedor no pudo apreciar cuál de las dos ventajas fué de más precio.

CAPÍTULO XVI.

Movido el pueblo por los ruegos de los pobladores de la Campania, hizo la guerra á los Samnitas, no por sí, sino, lo que es más sorprendente, en favor de sus aliados. Pacto tenía aquél celebrado con unos y otros; pero los Campanos le hicieron más antiguo y respetable entregando sus posesiones á los Romanos, por lo que éstos pelearon contra el Samnita como por causa propia.

Entre los lugares no sólo de Italia, sino del orbe todo, no se encuentra otro tan bello como el de la Campania. No existe cielo tan benigno como el suyo: durante la primavera, sus campos se cubren por dos veces de flores. Su suelo es tan fértil, que se dice que Ceres y Baco rivalizaron para enriquecerle. Nada se

conoce tan hospitalario como su mar; en él tienen asiento los nobles puertos de Gaeta (77), Miseno (78), las fuentes termales de Bayas (79) y las ciudades de Lucrino y Averno (80), sobre las que el mar reposa muellemente (81). Hállanse aquí, engalanados con la vid, los montes Gauro (82), Falerno, Masico (83) y el Vesuvio, más bello que ninguno y émulo del Etna por su fuego (84). Próximas á la costa están situadas las ciudades de Formia (85), Cumas (86), Púzola (87), Nápoles (88), Herculano (89), Pompeya (90), y Capua, la más importante de todas y que en otro tiempo se contaba como una de las más primeras al par de Roma y Cartago.

Por la posesión de esta ciudad y estas regiones invadió el pueblo romano el país de los Samnitas, gente de tal manera opulenta, que prodigaba el oro y la plata en las armas y los colores en las vestiduras; tan artera, que combatía cubriendo de celadas los bosques y las montañas; iracunda y feroz hasta el punto de concitarse para destruir á Roma por medio de juramentos inviolables y humanos sacrificios; por fin, de tal suerte pertinaz en sus propósitos, que después de romper el pacto por siete veces, sus desastres tan sólo sirvieron para darle nuevos alientos. Sin embargo, bastaron á Roma cincuenta años para que, por medio de los Fabios, los Papirios y sus hijos, quedaran vencidos y sometidos los Samnitas, demoliendo hasta tal extremo las ruinas de sus ciudades, que hoy se busca á Samnio en el mismo Samnio, sin que sea posible encontrar vestigio alguno de veinticuatro victorias campales.

Roma, á pesar de todo esto, experimentó una famosa derrota causada por esta gente cerca de las *Horcas Caudinas*, siendo cónsules Veturio y Postumio.

Fué encerrado por un ardid nuestro ejército en el

desfiladero del monte Caudio, y hasta tal punto quedó sorprendido de esta ventaja el jefe enemigo Poncio, que pidió parecer á su padre Herennio: éste, como más anciano (91), le aconsejó cuerdamente que pusiera en libertad ó que diera muerte á todos los Romanos. El Samnita prefirió hacerles pasar desarmados bajo del yugo, proponiéndose con esto que no les obligara el beneficio, y sí que la enemistad se acrecentara con la afrenta recibida.

No tardaron los cónsules en borrar magnánimamente la torpeza de semejante pacto, pues se entregaron voluntariamente al enemigo.

Ávido de venganza el soldado romano, conducido por Papirio, con la espada en la mano y gritando con furor (¡causa horror decirlo!), se lanza sobre aquéllos y no da fin á la matanza hasta que colocó bajo del yugo á los Samnitas y á su mismo general, una vez aprisionado.

CAPÍTULO XVII.

Hasta el presente, húboselas Roma con cada pueblo en particular; mas en lo sucesivo combatió contra todos reunidos, lo cual no fué obstáculo para contrarrestarlos.

Se conjuraron repentinamente, para borrar hasta el nombre romano, los doce pueblos que habitaban la Etruria, el Umbrío, el más antiguo de Italia, con quien nunca se había luchado, y los restos del pueblo Samnita. Grande era el terror que inspiraba la unión de tantas y tan poderosas gentes. Las banderas de cuatro ejércitos enemigos ondeaban por todas partes en la Etruria. Oponíase además entre ambos conten-

dientes la selva Ciminia, que entonces era casi impenetrable, como hoy lo son las de Caledonia y Hercinia, lo que infundía tal pavor, que el Senado puso en conocimiento del Cónsul que no osara arrostrar tan gran peligro.

Nada de todo esto amedrentó al General; antes al contrario, despachó á su hermano para que explorase las entradas del bosque. Este, después de haber inspeccionado durante la noche, disfrazado de pastor, todos los pasos, regresó, poniendo en conocimiento del Cónsul que había un lugar practicable.

Por un acto de arrojo terminó Fabio Máximo tan comprometida campaña, pues acometió repentinamente al enemigo, que estaba descuidado y en desorden, y habiendo ocupado los puntos más elevados de la montaña, cayó á capricho (92) sobre los que á sus pies tenía.

Fué esta guerra imagen de aquella en que, desde las nubes y el cielo, se arrojaban los rayos sobre los hijos de la tierra (93).

No se alcanzó esta victoria sin efusión de sangre: el cónsul Decio, acorralado por el enemigo en el fondo del valle, entregó su vida, consagrada de antemano, según costumbre patria, á los dioses Manes; consiguiendo el triunfo á costa de tan solemne y acostumbrado sacrificio de familia.

CAPÍTULO XVIII.

Siguió á ésta la guerra contra Tarento, que á juzgar por el nombre y la causa que la motivó, se creería que fué una sola, y sin embargo la victoria se obtuvo sobre muchos pueblos.

En efecto, envolvió en común ruina á los Calabreses (94), Apulios, Lucanos, á los Tarentinos, promovedores de aquélla, en una palabra, á toda la Italia, y en unión de todos éstos á Pirro, ilustre rey de Grecia; por lo cual, al mismo tiempo que Roma completó la conquista de Italia, auguró sus triunfos al otro lado de los mares.

Tarento, colonia de los Lacedemonios y en otro tiempo capital de la Calabria, Apulia y de toda la Lucania, era tan famosa por su extensión, murallas y puerto, como admirable por su situación. Colocada en la misma entrada del Adriático, despachaba sus embarcaciones para todas las tierras: á la Istria, Iliria, Epiro, Acaya, África y Sicilia.

Elévase sobre el puerto, dando vista al mar, un teatro demasiado extenso (95), que fué, á no dudarlo, la causa de todos los desastres que pesaron sobre aquella desventurada ciudad.

Celebrábanse, por acaso, los juegos, cuando viendo los espectadores, desde el mismo teatro, que la flota romana se acercaba á la costa en fuerza de remo, é imaginando que les era hostil, saltan repentinamente sobre la playa y la insultan sin respeto alguno, clamando: «¿Quiénes son y de dónde vienen estos Romanos?» No paró en esto: preséntanse en són de queja legados de los Romanos, y asimismo los maltratan, infiriéndoles obsceno ultraje, vergonzoso de contar. Tal hecho fué origen de esta guerra.

Formidable fué el apresto de tantos pueblos como á una se levantaron á favor de los Tarentinos, siendo el más impetuoso, entre todos los enemigos, Pirro, quien so pretexto de vengar á la semigriega población fundada por los Lacedemonios, se venía encima, por mar y por tierra, con todas las fuerzas del Epiro, Tesalia, Macedonia, y los elefantes, hasta entonces

desconocidos; uniendo de esta manera, á la fuerza de sus guerreros, armas y caballos, el terror que tales fieras infundían.

Bajo las órdenes del cónsul Levinio, cerca de Heráclea y del río Siris, se libró la primera batalla, y fué tan reñida, que Obsidio, jefe de la caballería ferentina, cayendo sobre el Rey, le desorientó y obligó á salir de la línea del combate, despojándose de las insignias reales. Todo hubiera terminado con esto, á no ser porque, revolviéndose los elefantes, corrieron al lugar de la lucha, y espantados los caballos ante la corpulencia, deformidad, extraño olor y agudo grito de aquellas fieras para ellos desconocidas y á las que creyeron más temibles de lo que eran, produjeron con su fuga una grande y sangrienta derrota (96).

Posteriormente, bajo la conducta de los cónsules Curio y Fabricio, se peleó con mejor fortuna en la Apulia, junto á la ciudad de Asculo (97), en virtud de haber pasado el terror producido por los elefantes, y de que Cayo Minucio, piquero de la cuarta legión, demostró que podían morir tales fieras, cortando á una de éstas la trompa. En vista de esto, lanzaron los Romanos contra los elefantes tal número de dardos y tantos haces encendidos sobre sus torres, que el ejército enemigo se vió cubierto por los incendiados restos de aquéllas. No cesó la lucha hasta que los combatientes fueron separados por las sombras de la noche. El mismo Rey fué herido en un hombro, y se retiró el último del campo de batalla, siendo conducido por sus guardias en su propio escudo.

El último combate se libró en la Lucania sobre los campos llamados Arusinos (98), y fué dirigido por los mismos jefes que ordenaron el anterior. Por esta vez se alcanzó un triunfo completo: el éxito que hubo de proporcionar el valor, fué hijo de una casualidad.

Habiendo sido colocados por segunda vez á vanguardia los elefantes, uno de los cachorros de éstos fué herido gravemente por un dardo que penetró en su cabeza, y salió de línea atropellando á los soldados y lanzando agudos aullidos, que oídos por la madre se abalanzó como para vengarle, y desbarató cuanto á su paso encontró con su gran mole, creyéndolo hostil. De este modo, las mismas fieras que arrebataron á los Romanos la primera victoria y dejaron indecisa la segunda, les adjudicaron un triunfo no dudoso (99) en esta tercera jornada.

No sólo fué preciso combatir á Pirro con las armas y en los campos de batalla, sino también con las deliberaciones y dentro de la misma ciudad (100).

El astuto monarca desde la primera victoria conoció el valor de los Romanos, y desconfiando poderlos reducir por medio de las armas, apeló al engaño. Mandó quemar los cadáveres, trató benignamente á los prisioneros, á quienes puso en libertad sin rescate alguno, y habiendo despachado comisionados á Roma, intentó por todos los medios, y previa la celebración de un tratado, adquirir nuestra amistad.

Brilló entonces el valor romano, así en la paz como en la guerra, así en la ciudad como fuera de ella; en una palabra, en todas circunstancias; mas ninguna otra como la victoria obtenida sobre Tarento puso tan de manifiesto la constancia del pueblo, la prudencia del Senado y la grandeza de ánimo de los generales.

¿Qué hombres tan extraordinarios serían aquellos que, según se nos dice, murieron en el primer combate aplastados bajo el peso de los elefantes? Todos recibieron las heridas en el pecho; algunos exhalaban el último suspiro sobre los cadáveres de sus enemigos, y todos empuñaban en sus manos las espadas, dibujándose en sus ojos la amenaza, cual si la ira so-

breviviera á la misma muerte. Por esto Pirro quedó tan asombrado, que exclamó: «¡Oh, y cuán hacedero sería dominar toda la tierra con soldados como los Romanos, ó teniéndome éstos por monarca!» Con qué prontitud no reharían los que sobrevivieron el ejército, cuando dijo Pirro: «Creo haber nacido bajo la constelación Hércules, pues las cabezas cortadas de mis enemigos renacen de su propia sangre, como le sucediera á aquél con las de la Hidra de Lerna.» ¡Qué Senado aquel! Preguntando el Rey á los legados que, á una con sus presentes, fueron expulsados de Roma, merced á la palabra de Apio *el Ciego*, qué juicio formaban de la ciudad, contestaron que ésta les había parecido un templo, y el Senado una asamblea de reyes. Por fin, ¡qué generales los nuestros! Vedlos durante la campaña: Curio envía al campo enemigo al venal médico de Pirro, que se presentó ante aquél ofreciendo la cabeza del Monarca, y Fabricio rechaza la oferta que aquél le hiciera de entregarle una parte de sus territorios.

Contemplémoslos durante la paz: Curio prefiere sus vasijas de barro al oro samnita, y el mismo Fabricio condena con grave censura, cual si fuera excesivo lujo, que el cónsul Rufino poseyera diez libras de plata elaborada.

En vista de esto, ¿quién se admirará de que el pueblo romano venciera, con semejantes costumbres y tal valor de sus soldados, y que sólo en el corto espacio de cuatro años sujetara bajo su poder la mayor parte de Italia, pueblos belicosos, opulentas ciudades y fértiles comarcas?

¿No parece inverosímil esta campaña, comparados sus orígenes con el fin? Vencedor Pirro en el primer combate, devastó las riberas del Siris, la ciudad de Frégelas, aterrando toda la Campania. Sobre las altu-

ras de Preneste, contempla en lontananza la ciudad, próxima á caer bajo su dominio, y á distancia de veinte millas cegó, con el humo y el polvo de sus ejércitos, á los azorados habitantes de Roma. Mas después, habiendo sido herido por dos veces y por otras dos arrojado de sus reales, y rechazado por mar y tierra hasta la Grecia, recuperó el pueblo romano el sosiego y la paz; siendo de tanta consideración el botín que se recogió de pueblos tan ricos, que apenas si había lugar capaz de contener los frutos de la victoria. Puede asegurarse, sin temeridad, que jamás penetró en la ciudad triunfo tan hermoso y magnífico.

Hasta entonces no se había visto en Roma otra cosa que los bueyes de los Volscos, los rebaños de los Sabinos, los carros de los Galos y las deterioradas armas de los Samnitas; mas al presente, si te fijas en los prisioneros, encontrarás á los Molosos, Tesalios y Macedonios, al Brucio (101), al Apulio y al Lucano; y entre los despojos, el oro, la púrpura, las estatuas, los cuadros..., cuanto constituía las delicias de Tarento. Mas nada vió el pueblo con mayor fruición que aquellas fieras que tanto terror le infundieran, siguiendo, cargadas con sus torres, á los vencedores caballos con la cerviz inclinada cual si no fueran ajenas al dolor de la esclavitud.

CAPÍTULO XIX.

Quedó al punto pacificada toda la Italia. ¿Quién hubiera osado turbarla después de la guerra de Tarento? Tan solo Roma, por el deseo de perseguir á los aliados de sus enemigos. Sujetó á los Picenos y se apoderó de Ásculo, capital de estas gentes, siendo

Sempronio el jefe de esta guerra. Habiéndose producido un terremoto durante la batalla, aplacó la ira de la diosa Tierra prometiendo que la erigiría un templo.

CAPÍTULO XX.

A la sumisión de los Pícnos se siguió la de los Salentinos (102) y la de Brindis (103), capital de esta región, con su notabilísimo puerto. Esta campaña estuvo á cargo de Marco Atilio; y la pastoril Palas en esta empresa reclamó que se la dedicara un templo como recompensa de la victoria conseguida.

CAPÍTULO XXI.

Los habitantes de la ciudad de Volsena, los más opulentos entre todos los pueblos de la Etruria, fueron los últimos de los Latinos que se sometieron á nuestro poder, con motivo de pedir á los Romanos que les prestaran ayuda contra los que, habiendo sido en otro tiempo sus esclavos, convirtieron en daño de sus propios dueños la libertad que éstos les otorgaron: se habían arrogado el poder y dominaban; mas recibieron su merecido siendo batidos por Fabio Gúrgites.

CAPÍTULO XXII.

La segunda edad del pueblo romano puede considerarse como su adolescencia: en ella desplegó todo su vigor, y ardió y se agitó á impulsos de un valor á toda prueba.

Conservaba aún cierta rudeza pastoril que le comunicaba algo de indomable. De aquí se originó que el ejército, sublevado en el campamento, apedreara al general Postumio, por negarse éste á repartir entre sus soldados el botín, cual lo había prometido; que, bajo Apio Claudio, no quisiera batir al enemigo, siendo así que pudo hacerlo; que capitaneados por Volerón, muchos del pueblo se resistieron á engancharse en la milicia, rompiendo las haces consulares. Este mismo pueblo castigó con el destierro á muy ilustres hombres que contrariaron su voluntad: á Coriolano, por haber ordenado que se cultivaran los campos; y éste hubiera vengado no menos cruelmente, por medio de las armas, la ofensa que se le infiriera, á no ser porque su madre Veturia desarmó con sus lágrimas la cólera del hijo en el momento en que se disponía á clavar sus banderas en las mismas murallas de Roma. El mismo Camilo fué desterrado por antojársele al pueblo que había repartido sin equidad, entre éste y el ejército, la presa obtenida en Velles; pero mejor patricio que Coriolano, se consumió de dolor (104) en la ciudad conquistada, hasta que, á ruego de los Romanos, salió de ella para vengarles del Galo enemigo.

También luchó el pueblo romano, traspasando los límites del bien y la justicia (105), con el Senado, de tal manera que, abandonando sus moradas, amenazó sumir á la patria en la soledad y la ruina.

CAPÍTULO XXIII.

Originóse la primera contienda por la tiranía de los usureros, los cuales se ensañaron con sus deudores, azotándolos como á esclavos.

El pueblo, armado, se retiró al monte Sagrado (106), y no sin repugnancia regresó, una vez que consiguió que se nombraran los tribunos (107) y movido por la autoridad del sabio y elocuente Menenio Agripa. Aun se conserva el apólogo de su antigua peroración, que fué harto eficaz para restablecer la concordia, y que dice así: «En cierta ocasión, los miembros del cuerpo humano se pusieron en pugna con el estómago, quejándose de que mientras éste pasaba la vida en el ocio, ellos trabajaban; mas una vez que notaron que languidecían por haberle negado su cooperación, hicieron las paces con aquél, convencidos de que, merced al trabajo del estómago, la sustancia de los alimentos, convertida en sangre, circulaba por sus venas.»

CAPÍTULO XXIV.

La licencia del decemvirato encendió, en medio de la ciudad, la segunda sedición.

Elegidos diez ilustres varones, por orden del pueblo, escribieron las leyes que de Grecia trajeron, ordenando todo el derecho en doce tablas; mas estimulados por cierto desordenado apetito de mando, retenían con empeño las *haces*, símbolo del poder que se les confiara. Apio Claudio se dejó arrastrar más que otro alguno por la pasión, hasta el punto de señalar como víctima de su incontinencia á una doncella de condición libre, olvidándose de Lucrecia, de los reyes y hasta del Código que él mismo había compuesto. Viendo Virginio, padre de aquélla, que condenada en juicio iba á ser entregada al mismo Apio, sin tubear un solo instante la dió muerte en medio del

Foro, é incitando á sus compañeros de armas á la rebelión, después de sitiar á los decemviro, los redujo á prisión, arrancándolos del monte Aventino (108).

CAPÍTULO XXV.

Fué causa de la tercera revuelta la dignidad nupcial, pues los plebeyos pretendieron unirse á los patricios. Esta disensión estalló en el monte Janículo, por instigación de Canuleyo, tribuno del pueblo.

CAPÍTULO XXVI.

Un inmoderado deseo de honores produjo el cuarto trastorno, pues los plebeyos pidieron participación en la magistratura.

Ocurrió que Fabio Ambusto casó sus dos hijas: la una con Sulpicio, patricio de origen, y la otra con el plebeyo Estolón. Como la mujer de este último se encontrara en cierta ocasión en casa de aquél, se asustó á causa del estrépito producido por las varas lictoriales, (cosa desconocida para ella dentro de su morada), por lo cual su hermana se burló descaradamente. Afrenta fué esta que no pudo soportar la mujer de Estolón: en su virtud, éste formó empeño en conseguir el tribunado, y una vez en posesión de él, obtuvo del Senado, aunque no de muy buen grado, que el pueblo tuviera participación en los honores y la magistratura.

Aun en medio de tales agitaciones admirarás al pueblo rey que defendió, ora la libertad, ora el poder, ya la nobleza del nacimiento, y cuándo la ma-

jestad y decoro de las dignidades. Pero de lo que de entre todo se mostró celoso guardador, fué de su libertad. Ninguna largueza que se le ofreció á trueque de aquélla, fué capaz de seducirle, no obstante de existir funestos ciudadanos en un pueblo numeroso y que acrecía por momentos.

Condenó en el acto á muerte, por sospecha de que ambicionaban el poder real, á Melio por sus liberalidades, y á Espurio con motivo de la ley agraria. El mismo padre de Espurio tomó á su cargo la ejecución de su hijo, y Servilio Ahala, jefe de la caballería, dió muerte á Melio en pleno Foro, cumpliendo las órdenes del dictador Quincio (109). Manlio, defensor del Capitolio, fué arrojado desde la misma fortaleza que defendió, porque habiendo concedido libertad á muchos deudores, afectaba una grandeza opuesta á la igualdad.

Tal fué el pueblo romano, así dentro de la ciudad como fuera de ella, en paz como en guerra, durante el ardor de su adolescencia, ó sea al recorrer la segunda edad de su dominación; durante la cual sometió con las armas toda la Italia comprendida entre los Alpes y el estrecho.

LIBRO SEGUNDO.

Vencida y subyugada Italia, llegó el pueblo romano á la adolescencia cuando se aproximaba al año quincuagésimo de su vida. Si alguna vez le adornaron la fortaleza y el vigor, en ninguna ocasión como en esta apareció fuerte, vigoroso y capaz de hacer frente al mundo entero. Admirable é increíble parece que, habiendo luchado por espacio de quinientos años para someter la Italia—¡tan difícil fuera darla capital!—sólo en los doscientos que siguieron recorriera velozmente (1) con sus combates y victorias el África, la Europa, el Asia... en una palabra, la redondez de la tierra.

CAPÍTULO PRIMERO.

Vencedor de Italia llegó hasta el estrecho, donde se detuvo repentinamente, como el fuego que, devastando con su incendio las selvas que á su paso se oponen, contiene su marcha y se extingue ante la presencia de caudaloso río.

Al contemplar el Romano ante sí presa tan rica (2),

en cierto modo cortada y separada de su Italia, codicióla tan de veras, que no siéndole hacedero unirla al continente por medio de firmes (3) ni de puentes, trató de aproximarla y adherirla valiéndose de las armas. No tardó el destino mismo en allanar el camino, presentando ocasión de realizarlo con motivo de haberse quejado Mesina (4), ciudad de Sicilia y aliada de Roma, de la tiranía que ejercía sobre ella el Cartaginés. Uno y otro pueblo combatían en aquélla, y por aquel tiempo ambos á dos aspiraban, con la misma vehemencia y disponiendo de iguales fuerzas, al dominio del mundo. Roma tomó las armas so pretexto de proteger á sus aliados, si bien en verdad lo hizo impulsada por el deseo de apoderarse de aquella isla; y aun cuando la novedad de la empresa debió aterrarla, sin embargo aquel pueblo rudo, pastoril y verdaderamente terrestre, manifestó—¡tanta confianza inspira el propio esfuerzo!—que nada importa al valor pelear á pie ó en las naves, por mar ó por tierra.

Bajo el consulado de Apio Claudio penetró por vez primera en aquel estrecho, peligroso por sus fabulosos monstruos (5) é impetuoso por la agitación de sus aguas; mas lejos de arredrarse, aprovechó la violencia de la corriente, y cayendo de improviso sobre Hierón de Siracusa (6), le derrotó con tal presteza, que éste mismo se creyó vencido antes de ver al enemigo. Roma se atrevió á pelear por mar, bajo el consulado de Duilio y Cornelio. Presagio favorable fué la rapidez con que se aparejó la escuadra. A los sesenta días de haberse cortado la madera, se encontraba anclada una armada de ciento sesenta velas; no pareciendo sino que los árboles se convirtieron en naves, más que por arte, por la eficacia de los Dioses.

Admirable fué la manera (7) de librarse la batalla. Nuestros tardos y pesados navíos apresaron los velo-

ces y ligeros del enemigo. De nada sirvió al Cartaginés su pericia náutica para romper los ramos (8) y eludir con la fuga el choque de nuestros espolones, pues aprisionadas sus naves con los puentes movibles de las romanas (9) y otras máquinas, de que el enemigo hizo chacota antes de comenzar la pelea, se vieron obligados á luchar como si estuvieran á pie firme. Vencedores los Romanos junto á las islas Líparas (10), después de echar á pique una parte de la armada enemiga y de haber dispersado la otra, celebraron el primer triunfo marítimo. Qué extraordinario sería el gozo producido por la victoria, cuando Duilio, jefe de la escuadra, no satisfecho con haber recibido una vez los honores del triunfo, mandó que durante su vida y al regresar de la cena le precedieran alumbrándole con antorchas y tocando flautas, como si diariamente hubiera triunfado (11). Ante ventaja de tal consideración, se tuvo como de poca monta la desgracia del cónsul Cornelio Asina (12), que llamado bajo pretexto de celebrar un parlamento, fué muerto por los enemigos. ¡Triste ejemplo de la perfidia cartaginesa!

El dictador Colatino arrojó casi todas las guarniciones que tenían los Cartagineses en Agrigento (13), Drépano, Panormo (14), Eryx (15) y Lilybea (16). Una sola vez, al atravesar el bosque Camerinense, temimos por la suerte de nuestro ejército; mas libramos de tal peligro, gracias al valor extraordinario de Calpurnio Flama, tribuno militar, que con un cuerpo escogido de trescientos hombres invadió una altura infestada y ocupada por el enemigo, atrayéndole hacia sí hasta que se puso á salvo todo el ejército. Esta victoria igualó en nombre, por su glorioso éxito, á la de las Termópilas y á su héroe Leónidas. Si se quiere, Calpurnio fué más esclarecido, pues si nada dejó es-

crita con su sangre, sobrevivió no obstante á tan arriesgada empresa.

Convertida la Sicilia en provincia suburbana de Roma, se trasladó el teatro de la guerra, siendo cónsul Cornelio Escipión, á la isla de Cerdeña y á su aneja la de Córcega. La destrucción de Olvia (17) en aquélla y la de Aleria en esta otra (18), aterró á sus moradores, y de tal modo limpió de Cartagineses el mar y la tierra, que solo restaba someter el Africa.

Una escuadra mandada por Marco Atilio Régulo llevaba la guerra á dicha región. Algunos desalentaron ante el terror que inspiraba el solo nombre del mar cartaginés, contribuyendo á aumentarle la medrosa conducta del tribuno Mannio. El General, levantando sobre la cabeza de este el hacha de abordaje, le redujo á la obediencia, diciéndole á embarcarse ante el inminente peligro de su vida. Tanto aceleró la armada su curso en fuerza de vela y remo, que sobreco-gida Cartago (19) con su inesperado arribo, estuvo á punto de caer en nuestro poder con sus puertas abiertas.

El primer fruto de esta campaña fué la ocupación de Clypea (20), que cual fortaleza y atalaya avanza en el litoral africano. Fué destruída con trescientos castillos más.

No sólo se combatió con los hombres, sino con los monstruos. Una serpiente de gran corpulencia y que nacida parecía para vengar al Africa, vejó nuestros campamentos situados cerca de Bragrada (21). Superados por Régulo estos contratiempos, amenazó con el sitio á Cartago, acampando á sus mismas puertas despues de esparcir por do quiera el terror de su nombre, de cautivar una buena parte del ejército, tener en prisión (22) á los jefes y enviar á Roma una escuadra

cargada con inmensa presa y agobiada con los trofeos de la victoria.

Tornóse—si bien por corto instante—la fortuna, tan solo á fin de que aparecieran nuevas muestras del valor romano, cuya grandeza se ponía á prueba en medio de los infortunios.

Cartago imploró el auxilio de otros pueblos, y Lacedemonia envió al general Jantipo, por cuyo experto varón fuimos derrotados. Entonces—¡desgracia vergonzosa y jamás experimentada por el Romano!—el esforzado Régulo cayó vivo en manos de los enemigos (23); mas supo soportar tanta desgracia. Ni la prisión á que le redujeron, ni la embajada de que se encargó cerca de Roma, fueron capaces de quebrantar su propósito, antes por el contrario, oponiéndose á las instrucciones recibidas, obligó á Roma á que no concediera la paz ni le aceptara á él mismo en canje de los prisioneros de Cartago (24). Ni su regreso voluntario entre los Cartagineses, ni los tormentos de la prisión, ni el suplicio de la cruz, alteraron su dignidad: engrandecido con el sufrimiento venció á los que le vencieron, y si no triunfó de Cartago, triunfó de su misma fortuna.

Con mayor energía y vehemencia combatió el pueblo romano para vengar á Régulo que para obtener la victoria.

Los jactanciosos Cartagineses trasladaron la guerra á Sicilia; mas el cónsul Metelo de tal manera los batió cerca de Panormo, que renunciaron á todo ulterior proyecto sobre aquella isla (25). La captura de cerca de cien elefantes es una muestra fehaciente de la importancia de este triunfo: fué tan grande la presa, que pareció que aquella grey fué aprisionada en una carcería y no en un combate.

Bajo el consulado de Apio Claudio, el Romano fué

vencido, no por el enemigo, sino por los mismos Dioses, cuyos vaticinios aquél menospreció. Sucumbió nuestra escuadra en el mismo lugar en que el Cónsul mandó arrojar los pollos sagrados, por haberle pronosticado que no empeñara la batalla (26).

Marco Fabio Butéón batió en el mar africano, cerca de Egimuro (27), una escuadra cartaginesa que á vela desplegada se encaminaba en dirección de Italia. Una tempestad amenguó tan notable victoria: asaltada por vientos contrarios la escuadra romana, que á la sazón se hallaba repleta de ricos despojos, llenó con su naufragio el África, las Sirtes y las costas de todas las islas situadas entre aquellos territorios (28). Considerable fué el desastre, mas redundó en alguna gloria para el pueblo rey, pues aun cuando la tormenta aminoró, la ventaja obtenida y el triunfo se perdió con el naufragio; los despojos cartagineses arrastrados por las olas se estrellaron contra los promontorios y las islas, proclamando por do quiera vencedor al pueblo de Roma.

Terminó esta guerra junto á las islas Egatas (29), en el consulado de Lutacio Cátulo. Jamás presenciaron los mares tan formidable batalla; la escuadra enemiga, tan sobrecargada estaba de soldados, vituallas, máquinas de guerra y armas, que parecía que á bordo de ella se encontraba todo Cartago—esto fué causa de su ruina;—mas la nuestra, pronta, ligera y ágil, semejaba á un ejército terrestre. El combate presentó el aspecto de una lucha de caballería: los remos se movían cual si fueran bridas, y los movibles espolones de nuestras galeras, dirigiéndose ora aquí, cuándo allá, parecían seres animados; así fué que maltrechas las naves cartaginesas cubrieron momentáneamente todo el piélago que se extiende entre Sicilia y Cerdeña. Ante la trascendencia de esta victoria, no se

pensó en destruir las fortificaciones enemigas; por cosa inútil se tuvo ensañarse con las murallas y castillos, siendo así que Cartago quedaba vencida por mar (30).

CAPÍTULO II.

Terminada la primera guerra púnica, se disfrutó de algún reposo, si bien corto, suficiente para cobrar nuevo aliento. Por vez primera desde la época de Numa, se cerró la puerta del templo de Jano en señal de paz y de la buena fe con que cesaba Roma de combatir; pero no tardó en abrirse repentinamente, pues los Ligurios (31), los Galos y también los Ilirios (32) nos provocaron. Parecía que un Dios excitaba constantemente estos pueblos situados al pie de los Alpes y como á la entrada de la Italia, para que las armas de nuestros soldados no se tomaran con el orín y el polvo. Por último, estos cotidianos y á manera de domésticos enemigos ejercitaban al Romano en el arte de la guerra, el que luchando con una y otra gente aguzaba como en una piedra la espada de su valor.

Fuertes los Ligurios en las escabrosidades de los Alpes, entre el Varo (33) y el Macra (34), y ocultos en los jarales silvestres, costaba más encontrarlos que vencerlos. Esta raza dura y ágil, protegida por el terreno y confiada en su veloz carrera, se entregaba al pillaje en vez de pelear.

Habiendo los Salios, Deciatos, Oxubios, Eburiatos é Inganos (35) eludido por muchas veces y durante largo tiempo todo encuentro, fueron al fin incendiadas por Fulvio sus guaridas; Bebio les atrajo á campo raso, y Postumio de tal modo les desarmó que apenas si les dejó hierro con que cultivar la tierra.

CAPÍTULO III.

A pesar de que los Galos Cisalpinos, como todos los pobladores de los Alpes, eran de ánimo feroz y muy corpulentos; sin embargo nos enseñó la experiencia que si más que de hombres era su primera acometida en la pelea, en las subsiguientes igualaban en debilidad á las de las mujeres. Sus cuerpos desarrollados bajo un cielo húmedo se asemejan á las nieves de los Alpes: apenas se agitan con la lucha, sudan, y al más ligero movimiento languidecen, cual se deshace la nieve herida por los rayos del sol (36).

Con frecuencia y en distintas ocasiones juraron, y al presente volvieron á jurar, mandados por Britomaro, no desceñirse el acero hasta ocupar el Capitolio; y por cierto que así sucedió: una vez vencidos, los desarmó Emilio en aquel mismo lugar.

No mucho después, bajo la conducta de Ariovisto, prometieron á su dios Marte un collar formado con la presa hecha á nuestros soldados: Júpiter se apropió el voto, pues Flaminio le dedicó un trofeo de oro construido con los collares de los Galos (37).

Reinando Viridomaro, hicieron promesa de consagrar á Vulcano las armas romanas; mas las cosas sucedieron de muy distinta suerte: Marcelo, después de dar muerte al Rey galo, suspendió por tercera vez las armas, á partir desde el tiempo de Rómulo, en el templo de Júpiter Feretrio (38).

CAPÍTULO IV.

Habitaban los Ilirios ó Liburnios las extremidades de la cadena formada por los Alpes, en el territorio comprendido entre los rios Arsia y Ticio (39), y se extendían á lo largo por toda la costa del mar Adriático.

Reinando la mujer Teuta, no contentos con el ejercicio de la piratería, unieron á la licencia el crimen, dando muerte, no con la espada, sino con la segur cual si se tratara de víctimas, á los legados que Roma envió para reclamar de aquéllos una reparación por tales excesos (40). Quemaron vivos á los prefectos de nuestra escuadra, y para colmo de vergüenza, todo era ordenado por una mujer. Por completo los sometió Cneo Fulvio Centimalo, y las cabezas de los más notables, rodando á los golpes del hacha, satisficieron á los Manes de los embajadores romanos.

CAPÍTULO V.

Cuatro años escasos de reposo disfrutaba Roma, terminada la primera guerra púnica, cuando estalló la segunda (41), menos duradera, pues no pasó de diez y ocho años, pero tan funesta por sus grandes desastres, que comparados los daños que por una y otra parte se experimentaron, puede considerarse como vencido el mismo pueblo vencedor.

Montaba en cóiera al noble Cartaginés (una vez que se le despojó del predominio marítimo) haber perdido

la Sicilia (42) y verse precisado á pagar tributos, él, que hasta entonces estaba acostumbrado á exigirlos.

Aníbal, niño aún, juró á su padre ante el ara de los Dioses vengar á su pueblo, y por cierto que no tardó mucho en cumplir el juramento.

Como pretexto para reanudar la guerra eligió á Sagunto (43), antigua y opulenta ciudad de España, ilustre, sí, pero ejemplo triste de lealtad para con los Romanos (44). Su independenciancia se hallaba garantida por un tratado celebrado entre Cartago y Roma; mas Aníbal, buscando ocasión de nuevos disturbios, la destruyó con sus manos y las de sus mismos pobladores (45), para que, conculcando el convenio, le quedara expedito el camino de Italia.

A pesar de que la noticia del asedio de la ciudad aliada llegó á oídos de los Romanos, éstos no acudieron á las armas, sino que cual fieles cumplidores de sus compromisos, y recordando que el mismo pacto les unía con los Cartagineses, prefirieron, siguiendo una respetable costumbre, querellarse ante el Senado enemigo.

Fatigados los Saguntinos, después de nueve meses de sitio, por el hambre, las máquinas de batir y las armas enemigas, convierten la defensa en desesperación, encienden en medio de la plaza una gran pira, y arrojándose en ella con sus familias y riquezas, sucumben á impulso de la espada y el fuego.

Roma pidió que se le entregara á Aníbal, autor de este desastre; mas tratando el Senado cartaginés de excusar el hecho, Fabio, jefe de la embajada, dice á los senadores: «¿Qué indecisión es esa? En el seno traigo la paz y la guerra. ¿Qué elegís?—¡La guerra! exclamaron aquéllos.—Pues tomad la guerra,» respondió aquel; y desplegando la toga en medio de la asamblea, declaró la guerra, con gran consternación

de los circunstantes, como si realmente la hubiera llevado oculta en su seno.

El éxito de esta campaña igualó á su principio. La devastación de Italia, la cautividad del África y la muerte de los generales más ilustres que en ella tomaron parte, vengaron la catástrofe saguntina. No parecía sino que los moradores de Sagunto reclamaron tales exequias al lanzar sus últimas imprecaciones en medio de la mortandad y el fuego.

No bien se había formado en España, por segunda vez, la horrible y desastrosa tempestad de la segunda guerra púnica y se encendió con el fuego de Sagunto el rayo destinado tiempo atrás para herir á los Romanos; cuando arrastrada súbitamente con vertiginoso ímpetu rompió por medio de los Alpes, y desde sus nieves, de fabulosa elevación, se desplomó sobre la Italia como si arrojada hubiera sido por los cielos.

La primera explosión de semejante torbellino estalló repentinamente con potente estampido entre el Pó y el Tesino (46). Dispersado el ejército que mandaba Escipión y herido éste mismo, se vió en peligro de caer en manos de sus enemigos, á no ser porque su hijo, niño aún, amparándole con su propio cuerpo le libró de una muerte segura. Era éste aquel Escipión que á la sazón crecía para ruina del África, y cuyas calamidades habían de valerle el sobrenombre de Africano (47).

Trebia (48) sucedió á Tesino, y en ella, siendo cónsul Sempronio, estalló la segunda tormenta de la guerra. El astuto Cartaginés, entumecido por la nieve y el frío del día, se calentó al fuego y se frotó con aceite antes de entrar en combate. ¡Causa espanto decirlo! aquellos hombres procedentes del sol del mediodía nos vencieron en nuestro frío clima.

Tercer rayo del furor de Aníbal fué el lago Trasi-

meno (49). Flaminio mandaba las fuerzas romanas. En esta ocasión dió el Cartaginés nueva muestra de su estrategia. Ocultó su caballería á favor de la densa niebla del lago y de los juncos pantanosos, y cayó repentinamente sobre nuestro ejército atacándole del revés.

No podemos quejarnos de los Dioses: vaticinaron el desastre al temerario caudillo el enjambre de abejas que se posó sobre las banderas, la resistencia que las águilas opusieron á ser arrancadas del suelo (50) y el gran terremoto que se dejó sentir al dar principio á la lucha: tal vez la vehemencia de aquella conmoción terrestre se produjera á impulso del movimiento de los hombres, de los caballos y del choque de las armas.

Cannas fué la cuarta y última herida que recibió el Imperio. Era aquella una insignificante aldea de la Apulia, que salió de su oscuridad por la gran derrota que experimentamos, y adquirió renombre con la muerte de cuarenta mil Romanos.

Todo se conjuró para aniquilar aquel desgraciado ejército: el general enemigo, la tierra, el cielo, el día, en una palabra, la naturaleza toda. No satisfecho Aníbal con haber despachado falsos tráfugas al campo romano, los que no tardaron en atacar por la espalda á nuestros soldados; luego que hubo observado que el campo de batalla era una vasta llanura abrasada por el sol, cubierta de arena y en la que sopla con frecuencia el Euro, que procede del Oriente, colocó de tal manera su hueste, que viéndose precisados los Romanos á darla cara, tuvieron en contra suya todos estos obstáculos. Parecía que Aníbal, manejando á su antojo el cielo, constituía en sus auxiliares al sol, al polvo y al viento.

Sucumbieron dos poderosos ejércitos, y el enemigo

no dió tregua á la matanza hasta que Aníbal exclamó: «¡Paz á la espada!» Uno de nuestros generales huyó, y el otro sucumbió en el combate. Dudoso es saber cuál de los dos mostró mayor esfuerzo; pues si Paulo ocultó su vergüenza con la muerte, Barrón no perdió la esperanza de salvar la República.

El Aufido (51), cuyas aguas corrieron por algún tiempo ensangrentadas; el puente de cadáveres tendido por mandato de Aníbal sobre el torrente Verge-lío (52); los dos modios de anillos enviados á Cartago, y la pérdida de la gente patricia, cuyo número puede valuar-se por el de aquellas prendas, fueron testimonio de nuestra derrota.

Aquel hubiera sido, á no dudarlo, el último día de Roma, y al quinto de librarse la batalla, el jefe cartaginés pudo haber cenado en el Capitolio, si, según es fama que dijo Maharbal, hijo de Himilcón (53), Aníbal hubiera sabido aprovecharse de la victoria del mismo modo que tuvo pericia para obtenerla. Mas, según se ha repetido con frecuencia, ó el destino que impelía á Roma á ser la señora del mundo, ó el mal acuerdo de Aníbal y los Dioses enemigos de Cartago, le indujeron á muy distinto propósito. Prefiriendo gozar del triunfo á sacar partido de él, abandonó á Roma y recorrió la Campania y Tarento, donde languideció de tal manera el ardor de su ejército y el suyo propio, que no sin razón se dijo que en Capua encontró Aníbal su Cannas (54).

El que no pudo ser contenido en su marcha por los Alpes, ni vencido por nuestros ejércitos, fué subyugado—¡quién lo creyera!—por el sol de la Campania y por las templadas fuentes de Baias.

Mientras tanto, respiró el Romano cual si saliera de su tumba. Carecía de armas, y echó mano de las depositadas en los templos: sin juventud que las empu-

ñara, compró esclavos y los alistó en la milicia. El Senado, ante la penuria del erario, entregó voluntariamente todas sus riquezas, no reservándose otro oro que el de las bulas y los anillos. Los caballeros siguieron el ejemplo del Senado, y las tribus imitaron la conducta de aquéllos. Por fin, tan excesivo fué el número de donativos particulares, que en el consulado de Levino y Marcelo apenas si eran suficientes los registros, ni bastaban las manos de los escribientes para consignarlos.

Cuál sería la conducta en la elección de los magistrados y la prudencia de las centurias, que los mismos jóvenes pidieron consejo á los ancianos para nombrar los cónsules. Necesitaban para luchar contra enemigo tan astuto y acostumbrado á vencer, no sólo del valor, sino de la prudencia.

Fabio fué el primer rayo de esperanza para aquel imperio que volvía en sí y recobraba la vida. Encontró un modo de vencer á Aníbal, y fué el de no presentar la batalla. Dícese por esto el sobrenombre de *Tardo*, y el pueblo por esta misma razón le apellidó *escudo del imperio*. Fatigó á Aníbal por todo el Samnio y por los desfiladeros del Falerno y el Gauro (55), hasta el extremo de verse quebrantado por la demora en combatir, él, que no pudo ser vencido por el valor.

Siendo jefe del ejército Claudio Marcelo, se combatió con aquél: atacóle éste, le puso en fuga en su misma Campania (56) y le obligó á levantar el sitio que tenía puesto á la ciudad de Nola (57). Sempronio Graco le persiguió y picó la retaguardia en la Lucania, á pesar de combatirse con un puñado de esclavos—á tal extremo habían conducido á Roma sus desastres;—mas aquéllos, una vez libres, supieron con su valor convertirse en verdaderos Romanos.

¡Admirable confianza en medio de tanta adversi-

dad! ¡Singular ánimo y audacia los del pueblo romano á pesar de lo embarazoso y aflictivo de la situación! Dudosa aún la salvación de Italia, Roma osó fijar sus miradas en las demás regiones, y teniendo al cuello la segur del enemigo, que invadiendo la Campania y la Apulia había convertido la Italia en media África, á la vez que peleaba en el interior, esparcía sus legiones por Sicilia, Cerdeña, España, por toda la tierra.

La Sicilia, encomendada á Marcelo, no opuso larga resistencia: con la ocupación de una sola ciudad quedó toda sometida. La grande y hasta entonces invicta Siracusa (58), sucumbió no obstante los esfuerzos que el genio de Arquímedes hizo por salvarla. Ni el triple muro que ceñía la ciudad, ni sus tres fortalezas, ni el puerto de mármol, ni la celebrada fuente Arethusa, fueron bastante para que, movidos por su belleza, la perdonaran los Romanos.

Graco se apoderó de Cerdeña, sin que pudiera impedirlo la fiereza de sus moradores y la prodigiosa elevación de las montañas llamadas *Locas*. Cruelmente trató el Cónsul romano las poblaciones sometidas, y mucho más á la ciudad de las ciudades, á Caralis (59), con el propósito de ver si ante la desolación del suelo patrio cedían aquellas gentes contumaces y que despreciaban su propia existencia.

Enviados á España Cneo y Publio Escipión, sustrajéronla casi por completo del dominio de los Cartagineses; mas víctimas de las asechanzas de éstos, volvieron por vez segunda á perderla; no obstante de haber derrotado en grandes combates las fuerzas cartaginesas.

El uno fué muerto, al acampar, por el hierro de los pérfidos Africanos, y el otro sucumbió, rodeado por el fuego, en una torre en que se había refugiado.

Escipión, á quien el hado reservaba esclarecido

nombre por sus hazañas en África, enviado al frente del ejército para vengar á su padre y á su tío, recuperó (¡increíble parece!), con tanta prontitud como fortuna, toda la belicosa España; noble por sus varones y hechos de armas, semillero de los ejércitos enemigos y escuela militar de Aníbal; ocupándola desde los montes Pirineos hasta las columnas de Hércules y el Océano.

Cuatro años de campaña atestiguan la rapidez de la conquista, y la felicidad de su término, la ocupación de una sola ciudad, tomada en el mismo día en que fué sitiada. La fácil sumisión de la española Cartago (60) auguró el triunfo que había de alcanzarse sobre África. Ciertó que, en la conquista de la provincia, entró por mucho la templanza del jefe romano, quien devolvió á los bárbaros varios jóvenes y doncellas de singular belleza que fueron hechos prisioneros, sin permitir siquiera que los condujeran ante su presencia, para que ni aun pudiera sospecharse que su mirada menoscababa la virginidad de aquellos.

El pueblo romano obtenía tales ventajas en diversas comarcas del mundo, y sin embargo no conseguía arrojar á Aníbal que estaba como adherido á las entrañas de la Italia. Considerable número de ciudades se aliaron con el enemigo, y el tenaz caudillo ponía en juego contra los Romanos todas las fuerzas del territorio italiano. A pesar de esto, se le arrojó de muchas regiones y ciudades; se recuperó á Tarento y se puso cerco á Capua, morada y á manera de segunda patria de Aníbal, cuya pérdida llegó de tal modo á preocuparle, que amenazó á Roma con el grueso de su ejército. ¡Oh pueblo digno de dominar el orbe, merecedor del favor de todos los Dioses y de la admiración de los hombres! No abandonó empresa comenzada en medio de tan grandes alarmas,

ni descuidó á Capua para atender a la defensa de la ciudad, pues dejando parte del ejército cerca de aquélla, hizo venir la otra á Roma al mando de Flaco; peleando, de tal manera, lejos, á la vez que cerca de esta. ¿Nos asombraremos de que fueran los Dioses—sí, los Dioses, no nos avergüenza confesarlo—los que por segunda vez rechazaron á Aníbal, obligándole á levantar el campamento que situado tenía á tres millas de Roma con el objeto de atacarla? En efecto, eran tan fuertes los aguaceros que caían y tan impetuoso el viento que se desencadenaba al menor movimiento verificado por el enemigo, que parecía que la tormenta producida por los Dioses para rechazarle, partía no del cielo, sino de las murallas de la misma ciudad y de las alturas del Capitolio. Aníbal, desistiendo de su empeño, huyó y se refugió en el último rincón de Italia, dándose por muy contento con haber abandonado la ciudad y no verse humillado delante de ella. De escasa importancia, pero en demasía elocuente para demostrar la grandeza del pueblo romano, fué el hecho de sacar á pública subasta (61), durante el cerco de la ciudad, el terreno sobre que Aníbal tenía sentados sus reales, y encontrar inmediatamente comprador. Quiso el Cartaginés dar una muestra de confianza haciendo lo mismo con las casas de banca de Roma, mas no encontró quien las licitara. ¡Augurio fué este de tristes destinos!

Inútiles hubieran sido tanto valor y tan decidida protección del cielo, y ciertamente todo hubiera concluído, si Asdrúbal, que avanzaba con nuevo ejército, nuevas fuerzas y gran aparato de guerra, hubiera podido unirse á su hermano Aníbal; mas reunidos Claudio Nerón y Livio Salinator, le batieron al constituir su campamento.

Nerón perseguía á Aníbal en las extremidades de Italia: Livio conducía su ejército, en opuesta dirección, por los desfiladeros en que tiene nacimiento aquélla. Es incomprensible cómo ambos cónsules, separados por tan gran distancia, se pusieron de acuerdo, juntaron sus fuerzas y, unidas sus enseñas, cayeron de sorpresa sobre Asdrúbal, sin que de nada de esto se apercibiera Aníbal. Sabedor éste del desastre, al ver la cabeza de su hermano arrojada en medio de su campamento, exclamó: «¡Conozco la desdicha de Cartago!» Tal fué la primera confesión que se escapó de los labios de aquel esclarecido guerrero ante el presentimiento de la triste suerte que le amenazaba. Ciertó que, por la misma confesión de Aníbal, el pueblo romano tenía la convicción de que podría vencerle; mas alentado con tantas prosperidades, se propuso exterminar en África á tan encarnizado enemigo. Trasladando allí, bajo el mando de Escipión, todo el núcleo del ejército, é imitando la conducta de Aníbal, comenzó á vengar en el mismo suelo africano los desastres de Italia. ¡Oh buenos Dioses y qué poderosos ejércitos de Asdrúbal y Sifax derrotó el Romano, y qué fuertes y extensos campamentos incendió en una sola noche! No sólo llegaba aquél á tres millas de Cartago, sino que atacaba la ciudad y batía sus mismas puertas. Por este medio se arrancó á Aníbal de la Italia, á la que se hallaba adherido como á su propia presa.

No conoció el Imperio romano día tan grande como aquel en que los más esclarecidos generales que existieron y pueden existir, vencedor el uno en Italia y el otro en África, desplegaron frente á frente sus banderas y se aprestaron para la pelea. Celebraron una conferencia, permaneciendo inmóviles contemplándose con mutua admiración; pero no ajustándose la

paz, hicieron las tropas la señal del combate. Ambos jefes estuvieron conformes en que no se pudieron tomar disposiciones más acertadas ni pelear con más valor. Así lo confesó Escipión del ejército de Aníbal, y éste del ejército de Escipión..... Aníbal fué vencido: África constituyó la recompensa de este triunfo: el mundo entero no tardó en seguir la suerte del África.

CAPÍTULO VI.

Subyugada Cartago, ningún pueblo se avergonzó por su derrota. A la sumisión del África no tardó en seguirse la del pueblo Macedonio, la de Grecia, Siria y todas las demás naciones, impelidas por el torbellino y torrente de la Fortuna.

El primer pueblo vencido fué el macedónico, que en otro tiempo aspiró al dominio del mundo; así fué que á pesar de ser á la sazón su monarca Filipo, creyeron los Romanos tener que habérselas con el mismo Alejandro. Esta campaña fué notoria, más por el pasado renombre de los Macedonios, que por su valer actual (62). Su causa no fué otra que la alianza de Filipo con Aníbal en los momentos en que éste se ensenoreaba de la Italia. Contribuyó á robustecerla el apoyo que los Atenienses pidieron á Roma contra las injurias del Rey de Macedonia, quien abusando del derecho que le confería la victoria, se ensañó con los templos y los altares sin respetar los mismos sepulcros.

Plugo al Senado conceder auxilio á tan ilustres comandantes. De esta manera se constituía Roma en salvaguardia de los reyes, los príncipes, los pueblos y las naciones.

Por primera vez, siendo cónsul Levino, penetró el pueblo romano en el mar Jónico, recorriendo su flota, como en triunfo, las costas de la Grecia, llevando por delante los despojos de las victorias obtenidas en Sicilia, Cerdeña, España y África, y augurando el nuevo triunfo el laurel que brotó espontáneamente en la popa del navío pretoriano (63).

Nos auxilió voluntariamente Atalo, rey de Pérgamo (64). Rodas, pueblo navegante, también nos prestó su ayuda, el cual invadiendo el mar con sus naves, y el Cónsul la tierra con su peones y caballos lo conmovieron todo (65). Por dos veces fué el Rey vencido, puesto en fuga y despojado de sus reales.

Nada aterró tanto á los Macedonios como el aspecto que presentaban las heridas, producidas, no por las flechas y dardos ni por el hierro de Grecia, sino por las grandes picas y espadas romanas que abrían más de una senda á la muerte.

Bajo el mando de Flaminio franqueamos los montes Chaones hasta entonces inaccesibles y el río Aoun, que se precipita por entre rocas penetrando en el mismo interior de la Macedonia. Esto equivalió á obtener la victoria; pues en lo sucesivo jamás se atrevió el Rey á pelear. Cerca de las colinas, llamadas Cinocéfalas, se le derrotó en un solo encuentro, que ni aun merece verdaderamente el nombre de batalla. Le otorgó el Cónsul la paz y le dejó en posesión de su reino. Con el fin de orillar todo obstáculo reprimió al punto á Tebas, Eubea y Lacedemonia agitada por Nabidio, y reconstituyó á Grecia en su antigua situación para que viviese bajo sus propias leyes y disfrutara de la libertad de sus mayores.

¡Qué trasportes de alegría! ¡Qué aclamaciones se produjeron al publicar el heraldo el edicto en el teatro de Nemea con ocasión de celebrarse los juegos quin-

cenales! ¡Qué concurso de aplausos, y cuántas flores se esparcieron á los pies del Cónsul! Una y otra vez pedía el pueblo que se repitiera aquella voz preconizadora de la libertad de Acaya. Más grata era á sus oídos la alocución consular, que el armonioso sonido de las flautas y las liras.

CAPÍTULO VII.

La sumisión del Asia y de su rey Antíoco sucedió en breve á la de Filipo y Macedonia.

Así como nuestra dominación pasó del Africa á la Europa, del mismo modo, por un golpe de fortuna y presentándose de suyo los motivos, se extendió de la Europa al Asia, envolviendo el círculo de nuestros triunfos todas las comarcas del orbe.

Ninguna guerra causó tanto espanto á los Romanos como ésta, pues traía á su memoria el Oriente, los Persas, Jerjes, Darío, aquellas inaccesibles montañas horadadas por la mano del hombre y aquellos mares cubiertos bajo el número de las velas. Mas como si todo esto no fuera suficiente, las amenazas celestes aumentaron el terror. El Apolo de Cumas se cubrió con un sudor constante, si bien era signo del cuidado que le inspiraba al Dios la suerte de su Asia predilecta.

No existía región alguna tan poblada, tan rica y belicosa como la Siria, pero había caído en manos de rey tan inepto, que la mayor gloria que pudo esperar Antíoco fué la de ser vencido por los Romanos. Incitáronle á la guerra, de una parte Thoas, príncipe de la Etolia, que se lamentaba de haber sido tratado con poca deferencia por Roma no obstante haberles

ayudado contra los Macedonios; y de otra Aníbal, que vencido, prófugo y mal avenido con la paz, trataba de suscitar por do quiera enemigos al pueblo romano.

¿Cuál hubiera sido nuestro peligro si prestando oídos el Rey á los consejos de Aníbal, este desventurado hubiera dispuesto de todas las fuerzas del Asia? El Rey confiando en sus riquezas y autoridad real, se creyó por sí solo suficiente para promover la guerra.

Sin duda alguna y por irrecusable derecho pertenecía Europa á los Romanos. Antioco reclamó de éstos, á título de bien hereditario, la ciudad de Lisimaquia (66), levantada por sus antepasados en las costas de la Tracia. Tal fué la causa de que la tempestad de la guerra asiática se presentara con la velocidad de un astro.

Satisfecho el más grande de los reyes con declarar enérgicamente la guerra, salió del Asia con grande alarma y estrépito, y ocupando instantáneamente las islas y costas de la Grecia, se entregó á la inacción y molicie, dándose humos de vencedor.

El Euripo (67), formando un pequeño canal con el movimiento de sus aguas, separó la isla de Eubea del continente. En ella desplegó Antioco sus tiendas recamadas de seda y oro; Hermanó con el murmullo de las olas el acorde de la flauta y la lira; hizo traer rosas de todas partes, á pesar de ser invierno; y para desempeñar en algún modo el papel de jefe victorioso, se entretenía en formar levadas de jóvenes de ambos sexos.

El pueblo romano, guiado por el cónsul Acilio Glabrió, avanza para atacar á este rey que podía considerarse vencido por su propia molicie: mas el solo anuncio de la proximidad del enemigo le obligó á evacuar repentinamente la isla. Acilio le alcanzó en su rápida huida cerca de las Termópilas, lugar de

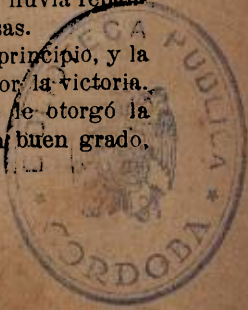
glorioso recuerdo por la heroica muerte de los trescientos Espartanos: ni aun allí se atrevió á sacar partido de las ventajas que el terreno le ofrecía. Se vió precisado á dejar el mar y la tierra y á ponerse en pronta marcha con dirección á la Siria. Dejó encomendado el mando de la armada real á Polixenidas y Aníbal; pues ni para presenciar el combate tenía ánimo. Toda fué destruída por Emilio Regilo, á quien prestaron auxilio las naves rodias.

¡Que no se vanaglorie Atenas! En Antioco vencimos á Jerjes; igualamos á Temistocles con Emilio, y en Efeso (68) contrarrestamos el lauro de Salamina (69).

Siendo cónsul Escipión, á quien voluntariamente servía en calidad de lugarteniente su hermano el Africano, vencedor de Cartago, determinamos concluir por completo con Antioco—verdad es que nos había cedido todo el mar;—pero nuestras miras iban más lejos.

Constituyéronse los reales en el monte Sipyló (70) y el río Meandro (71). Aquí se encontraba el Rey con numerosas tropas, así auxiliares como nacionales, y consistentes—¡increíble parece!—en trescientos mil infantes y un número proporcionado de caballos y carros armados con hoces (72). Los elefantes, resplandeciendo con su marfil y con el oro y púrpura de que estaban adornados, protegían ambas alas del ejército. La misma grandeza del apresto militar constituyó un poderoso obstáculo para el enemigo, á lo que se añadió—por dicha nuestra—una lluvia repentina que destempló los arcos de los Persas.

El azoramiento del enemigo en un principio, y la fuga después decidieron en nuestro favor la victoria. Al humillado y suplicante monarca se le otorgó la paz y una parte de sus estados de tan buen grado, como fácil había sido su derrota.



CAPÍTULO VIII.

Por una razón natural la guerra con Etolia (73) sucedió á la que se mantuvo con la Siria; pues una vez que fué derrotado Antíoco, los Romanos persiguieron á cuantos coadyuvaron al sostenimiento de la guerra en el Asia.

Esta reparación se encomendó á Fulvio Nobilior.

Batió con prontitud los muros de Ambracia (74), antigua residencia de Pirro, cuya ciudad terminó por rendirse. Las súplicas de Rodas (75) y Atenas, unidas á las de los Etolios y al recuerdo de la alianza que con unos y otros tuviéramos, nos obligaron á concederles la paz. Sin embargo, la guerra se extendió á gran distancia, sirviendo de complemento á la de Etolia la ocupación de Cefalonia (76), Zacynro (77), y de todas cuantas islas se hallaban comprendidas en aquel mar entre el cabo Maleo (78) y los montes Ceraunios.

CAPÍTULO IX.

Después de los Etolios atacó Roma á los Histrios (79), aliados de aquéllos en la última campaña.

El principio de esta guerra fué ventajoso para el enemigo; mas este mismo éxito fué causa de su ruina.

Tomados por los Histrios los reales de Cneo, de tal manera se engolfaron con tan rica presa, que ebrios por el vino y el contento, olvidaron del todo el lugar en que se encontraban. Sorprendidos por Apio Pul-

cher, devolvieron en medio de torrentes de sangre una victoria mal adquirida. El mismo rey Epulón, tambaleándose sobre el caballo, vagaba de un punto á otro, y sólo cuando recobró la razón vió con sorpresa que había caído prisionero.

CAPÍTULO X.

Los Galo-grecos (80) se vieron envueltos en el desastre ocasionado por la guerra Siriaca.

Si auxiliaron en unión de otros pueblos al rey Antíoco, ó si Manlio, ávido por obtener el triunfo simuló haberles visto entre aquéllos, es cosa por demás incierta; pero sí puede asegurarse que al vencedor se le negaron los honores del triunfo por no considerar el Senado bastante justificados los motivos de la guerra.

Los Galo-grecos, como su mismo nombre lo indica, procedían de los restos degenerados de aquellos Galos que, capitaneados por Breno, talaron la Grecia y penetrando en el Oriente se constituyeron en la parte central del Asia. Su ferocidad se dulcificó con la amenidad del nuevo suelo, no de otra manera que las plantas alteran su modo de ser con el cambio de clima.

En dos batallas consecutivas fueron aquéllos vencidos y ahuyentados, á pesar de abandonar sus moradas y guarecerse en las más elevadas montañas habitadas ya por los Tolostogobos y los Testosagios (81). Unos y otros, acosados por nuestros honderos y sagitarios, se rindieron, quedando sujetos á una perpetua paz. Milagrosamente fueron sometidos; pues mordían las cadenas para quedar en libertad, y unos á otros se oprimían las gargantas con el objeto de estrangularse.

¡Digno ejemplo de memoria nos dejó la mujer del rey Orgiagonte! Violentada por un centurión, escapó de la prisión dándole muerte, y presentó á su marido la cabeza del militar por ella misma cortada.

CAPÍTULO XI.

En medio de la común ruina en que tantos pueblos se vieron sumergidos por la guerra de Siria, la Macedonia se levantó por segunda vez en armas. Este esforzado pueblo se agitaba ante el recuerdo de su pasada grandeza, y Perseo, hijo y sucesor de Filipo, consideraba indigno de su nación que se viera subyugada perpetuamente por haber sido vencida una sola vez.

Los Macedonios, bajo el reinado de aquél, se presentaron más imponentes que en tiempo de su padre; pues atrayendo á su partido á los Tracios, robustecieron su pericia militar con la fuerza de éstos, así como con su disciplina regularizaron la ferocidad de los Tracios.

A todos estos medios se unió la prudencia del Rey, el cual, una vez que desde lo más elevado del Hemo inspeccionó la situación de todas las provincias, colocó los campamentos en los lugares más inaccesibles, ciñendo de esta manera con un círculo de armas y de hierro la Macedonia, que sólo quedó practicable á enemigos que descendieran de los cielos.

A pesar de tales medidas, el pueblo romano, bajo la dirección del cónsul Marcio Filipo, penetró en esta provincia después de explorar cuidadosamente todas las avenidas, costear el lago Ascuris (82), salvar es-

carpadas montañas y atravesar por sitios que parecían inaccesibles a las mismas aves.

El Rey, que se consideraba seguro y exento de todo peligro, se aterró con tan inesperada irrupción, llegando su aturdimiento hasta el extremo de mandar que su tesoro fuera arrojado al mar, y quemada la escuadra para que el uno no fuera ocupado y la otra quemada por el enemigo (83).

Ante el excesivo número y fuerza de las guarniciones macedónicas, Paulo se vió precisado á caer sobre la Macedonia siguiendo otra dirección para lo que con sumo arte y estrategia la amenazó por un costado, invadiéndola realmente por el opuesto.

Sobrecogió de tal manera al Monarca la proximidad del Cónsul, que no atreviéndose á combatir encomendó á sus generales la dirección de la campaña.

Vencido durante su ausencia, se lanzó á los mares buscando en Somotracia (84) un sagrado asilo, como si las aras y los templos protegieran al que no pudieron defender los ejércitos y las montañas.

No hubo rey alguno que conservara por tanto tiempo la conciencia de su pasada dignidad. Obligado á escribir al General romano en tono suplicante, al estampar su nombre en la carta, unióle el título de rey. Difícil sería encontrar también otro tan respetuoso como Paulo para con la *majestad* cautiva. Al presentarse su enemigo, le introdujo en su tienda (85), dióle asiento en su propia mesa, y exhortó á sus hijos á que se conformaran con los decretos de la fortuna, de cuyo tan veleidosa.

El triunfo macedónico fué uno de los más notables que celebró y presenció Roma. Su espectáculo se prolongó por espacio de tres días. En el primero se pasearon por la ciudad los cuadros y las estatuas; en el segundo, los tesoros y las armas, y en el tercero, todos

los prisioneros, incluso el mismo Rey, atónito y sin salir de su estupor, como si en aquel momento acabara de experimentar la catástrofe.

Llegó á conocimiento del Romano la fausta nueva de la victoria antes que el vencedor la comunicara. Cosa notoria es que el mismo día en que Perseo sufrió la derrota, fué anunciada por dos jóvenes montados sobre dos blancos caballos, y que en el lago Juturno se lavaron el polvo y la sangre que les cubría. Como eran dos, y como estaban cubiertos de polvo y fatigados, se creyó por el vulgo que eran Cástor y Pólux, que habían combatido y que venían de Macedonia.

CAPÍTULO XII.

El contagio de la guerra macedónica alcanzó á los Ilirios (86). Sobornados por el dinero de Perseo, tuvieron la misión de atacar por la espalda al ejército romano. No tardó en vencerlos el pretor Anicio: bastó la rendición de Escodra (87), su capital, para que se sometieran. Terminó esta guerra antes de que Roma tuviera conocimiento de su principio.

CAPÍTULO XIII.

Como impulsados por la fatalidad, y cual si de antemano se hubieran convenido Cartagineses y Macedonios para ser vencidos por vez tercera, empuñaron las armas á un mismo tiempo.

Macedonia fué la primera que sacudió el yugo, dando origen á una guerra tanto más terrible que la

anterior, por haberse menospreciado en sus orígenes. Sonroja la causa que la produjo. Un tal Andrisco, de baja estofa—ignórase si era esclavo ó libre; pero sí se sabe que fué mercenario,—se apoderó, al mismo tiempo que del reino, de la dirección de la guerra. Llamado *Pseudo-Filipo*, por su parecido con aquél, realzó su nombre y semejanzas reales con un valor digno de un rey.

Menospreciando Roma estas circunstancias, se contentó con enviar al pretor Juvencio, quien atacó temerariamente á aquel hombre, que en su apoyo contaba, no sólo con los Macedonios, sino con todos los recursos de la Tracia. El pueblo romano, que no pudo ser vencido por los verdaderos monarcas, se vió humillado por un rey imaginario y escénico.

El cónsul Metelo vengó por completo la pérdida del Cónsul y de las legiones; sujetó á servidumbre la Macedonia, y condujo cargado de cadenas á Roma al jefe de aquella guerra, que fué entregado por un reyezuelo de Tracia bajo cuyo amparo se acogiera. Andrisco, en medio de sus infortunios, debió á la Suerte el favor de que Roma triunfara de él como si se tratara de un verdadero monarca.

CAPÍTULO XIV.

En corto tiempo se llevó á cabo la tercera guerra africana,—sólo duró cuatro años,—y comparada con las anteriores, fué poco laboriosa, pues más que con los hombres hubo que combatir con la ciudad de Cartago; pero sus resultados fueron más importantes; pues aquélla quedó exterminada (88).

Si alguno se para á reflexionar sobre las tres épocas

de las guerras púnicas, notará que en la primera se inició la lucha, en la segunda casi llegó á su término y finalizó en la tercera (89). Fué causa de esta última guerra la escuadra y ejército que, infringiendo las cláusulas del tratado, aprestaron los Cartagineses contra los Númidas, y la frecuencia con que amenazaron los territorios de Masinisa, rey bueno y fiel aliado á quien Roma favorecía.

No bien se había declarado la guerra, ya se deliberaba acerca de las medidas que debían tomarse una vez que se terminara.

Catón, excitado por un implacable odio, siempre que se le proponía algo que contrariara su constante idea, exclamaba: «*¡Cartago debe ser destruída!*»

Escipión Nasica opinaba por su conservación, no fuera que exenta del temor que su rival la inspiraba, Roma se corrompiera en medio de su prosperidad. El Senado, eligiendo un buen medio, determinó trasladar la ciudad del lugar que ocupaba; pues nada podía ser más ventajoso que la existencia de Cartago sin que llegara á inspirar gran temor.

Siendo cónsules Manilio y Censorino, el pueblo romano atacó á Cartago. Sus habitantes, esperanzados de conseguir la paz, entregaron voluntariamente su escuadra y presenciaron su incendio. Convocados los nobles, se les perdonó la vida á condición de emigrar de Cartago (90). Semejante crueldad concitó la ira hasta el extremo de arrostrar las últimas consecuencias. El dolor se hizo rápidamente patrimonio del público; sonó la voz de alarma, y se pensó en agotar todos los medios de resistencia, no porque se tuviera la más ligera esperanza de salvación, sino porque se prefería ver destruída la ciudad por las manos enemigas, á que lo fuera por las de sus propios moradores.

Hasta qué punto llegó la desesperación de los Car-

tagineses puede juzgarse por los siguientes hechos. Para construir una escuadra emplearon el maderamen de las casas y sus techumbres; á falta de bronce y hierro con que forjar las armas, fundieron la plata y el oro en las fraguas de los armeros, y las matronas cortaron sus cabellos para tejer con ellos las cuerdas de las máquinas de guerra.

El cónsul Mancino apretaba el cerco por mar y por tierra. Arrojos los defensores del puerto, de la primera, segunda y tercera muralla (91), solo Brysa (92)—tal era el nombre de la ciudadela—ofrecía la resistencia de una ciudad.

Por inevitable que se creyera la ruina de Cartago, la República romana puso sus ojos en el segundo de los Escipiones—tan fatal se consideraba para el Africa este nombre,—y reclamó de él que la consumara.

El hijo del gran Escipión, el Africano, había adoptado, para gloria de su linaje, al que debía su existencia á Pablo el Macedónico, y que destinado estaba para destruir á Cartago, así como su abuelo lo fuera para humillarle.

De la misma manera que son más terribles las mordeduras de las fieras al morir, así también costó mucho más vencer á Cartago en su decadencia que cuando se encontraba en todo su apogeo.

Arrojado el enemigo á la ciudadela, Escipión obstruyó el puerto exterior (93). No tardaron los Cartagineses en construir otro nuevo en distinto lugar, no para evadirse, sino á fin de que nadie dudara que por aquella parte tenían asegurada su retirada.

Una nueva escuadra surgió como por encanto; de día ó de noche aparecían nuevas fortificaciones, máquinas de guerra y masas de hombres que, buscando una certera muerte, sin cesar se renovaban como asoma la llama entre las cenizas del extinguido fuego.

Reducidos á un estado afflictivo, se rindieron á discreción cuarenta mil Cartagineses, y lo que es aún más increíble, el mismo Asdrúbal que los capitaneaba. Más heroica fué la conducta de su mujer: con sus dos hijos entre los brazos se arrojó á las llamas desde lo más elevado de su morada, imitando con semejante hecho á la reina fundadora de Cartago.

Hasta dónde llegó la grandeza de la asolada ciudad, puede tenerse una idea—prescindiendo de otros detalles—con tener en cuenta que apenas si bastaron diez y siete días para extinguir el incendio producido por los Cartagineses en sus moradas y sus templos, con el objeto de que ardiera el triunfo, ya que no podían arrebatársele á los Romanos.

CAPÍTULO XV.

Como si este siglo estuviera destinado á la destrucción de las ciudades, así á la ruina de Cartago se siguió la de Corinto (94), capital de la Acaya, ornamento de Grecia y que se presenta al primer golpe de vista colocada entre los mares Jónico y Egeo.

Esta ciudad—¡oh atentado indigno!—fué destruída antes de que los Romanos la contaran entre el número de los enemigos.

Dió motivo para la guerra Critolao, quien usando de la libertad en perjuicio de los mismos que se la concedieron, ultrajó á los embajadores romanos, si no de obra, al menos por medio de la palabra. La reparación de tal ofensa se encomendó á Metelo, que á la sazón (95) estaba encargado de los asuntos de Macedonia: así dió principio la guerra de Acaya.

El cónsul Metelo batió el primer ejército de Crito-

lao en los llanos de la Élida que se extienden por las riberas del Alfeo. Un solo combate puso término á la campaña, y la misma ciudad experimentó las penalidades del sitio. Mas ¡oh capricho de la fortuna! peleó Metelo, y Munio recogió el laurel de la victoria. Éste deshizo el ejército de Dico, otro de los jefes de Acaya, en la entrada del Istmo, regando los dos puertos con sangre enemiga.

La ciudad fué abandonada por sus habitantes, saqueada primero y después destruída al sonido de las trompetas.

¡Cuánta riqueza en estatuas, cuadros y ropas se diseminó y fué incendiada!

Para tener una idea de lo que se depredó y fué pasto de las llamas, basta con saber que el bronce corintio, tan alabado por todo el mundo, fué producto de semejante incendio. El fuego producido en la ciudad dió origen á un metal de excelente calidad, pues fundidos con su calor los simulacros y estatuas corrieron mezclados en ríos de bronce, oro y plata.

CAPÍTULO XVI.

A la destrucción de Cartago siguió la de Corinto, y á ésta la de Numancia (96). Desde este momento no quedó lugar alguno del orbe donde no alcanzaran las armas de Roma. Incendiadas aquellas dos esclarecidas poblaciones, el fuego bélico se propagó, no lentamente y por intervalos, sino repentina y simultáneamente, como si fuera la continuación de una misma campaña. Parecía que aquellas ciudades, agitadas por los vientos, esparcían el incendio de la guerra por todo el mundo.

Nunca pensó España levantarse en masa contra

nosotros, ni medir sus fuerzas con las de Roma, ni sustentar con las armas su libertad; si tal se propusiera, ni aun osado hubiéramos subyugarla, encontrándose — como se encontraba — fuertemente defendida por el mar y los Pirineos. Mas Roma la dominó antes de que se reconociera, y fué la única entre todas las provincias que tuvo conciencia de sus propias fuerzas después de vencida (97).

Desde la época de los primeros Escipiones hasta la de César Augusto, esto es, cerca de doscientos años, se combatió en ella, no de un modo continuo y sin reposo, pero sí cuando las circunstancias lo exigían; ni con los Españoles en un principio, sino con los Cartagineses. De la lucha con éstos sostenida dimanó la serie de causas que produjeron las guerras que en España se desenvolvieron.

Publio y Cneo Escipión introdujeron por las gargantas del Pirineo los primeros estandartes romanos. En grandes encuentros derrotaron á Amnón y al mismo Asdrúbal, hermano de Aníbal, y á buen seguro que momentáneamente España hubiera sido arrebatada al Cartaginés, si varones tan esforzados vencedores por mar y tierra, no sucumbieran en su misma victoria, víctimas de la púnica perfidia.

Aquel Escipión, vengador de su padre y su tío y á quien bien pronto se le titularía Africano, invadió España como si tuviera que habérselas con una desconocida y no domada provincia.

Tomadas en corto tiempo Cartagena y otras ciudades, no se satisfizo aquél con arrojar á los Cartagineses, sino que hizo la provincia tributaria de Roma, y sujetando todo el territorio de uno y otro lado del Ebro, fué el primero de nuestros generales que llevó sus armas victoriosas hasta Cádiz y las costas del Océano.

Siendo más fácil conquistar una provincia que conservarla, se enviaron al efecto por todas partes jefes militares que, después de gran esfuerzo y sangrientos combates, dominaron la ferocidad de muchos pueblos hasta entonces libres y que se mostraban impacientes por sacudir el yugo romano.

Catón el Censor quebrantó en algunos encuentros á los Celtíberos (98), que constituían el nervio de España. Graco, el padre de los célebres Gracos, los castigó por segunda vez destruyendo ciento cincuenta poblaciones. El gran Metelo, que bien mereciera unir al sobrenombre de Macedónico el de Celtibérico, á la gloriosa empresa de apoderarse de Contrebia (99) y Nertobriga (100), unió la que aún fué más esclarecida: la de perdonar á los moradores de ambas poblaciones. Lúculo sometió á los Túrdulos (101) y Vacceos (102). Escipión obtuvo de ellos rica presa, después de sostener un combate singular con el Rey de aquellos pueblos, por quien había sido provocado. Décimo Bruto hizo la guerra en lejanas comarcas y venció á los Celtas, Lusitanos (103) y todos los pueblos de Galicia, llegando hasta el río del Olvido (104), tan temido por nuestros soldados. Recorrió vencedor todo el litoral del Océano, no regresando hasta que hubo contemplado—no sin cierto temor de haber cometido un sacrilegio—al sol ocultarse en el mar y cubrir su fuego dentro de las aguas.

La verdadera resistencia en esta campaña la opusieron los Lusitanos y Numantinos, y con fundamento, pues entre todos los pueblos de España eran los únicos que estaban dirigidos por generales. La misma resistencia hubieran opuesto los Celtíberos á no perecer en el principio de la guerra Salóndico (105), jefe de este levantamiento, hombre astuto y en extremo audaz. Agitaba en su mano una lanza de plata que

decía haber recibido del cielo, y semejante á un profeta, logró captarse la voluntad de todos.

La temeridad de penetrar una noche en el campamento romano y llegar hasta la misma tienda del Cónsul, le ocasionó la muerte, cayendo atravesado por la lanza de uno de los centinelas.

Recobraron ánimo los Lusitanos gracias á Viriato, hombre de gran habilidad, que de pastor se hizo bandolero, de bandolero se convirtió súbitamente en militar y general, y á no abandonarle la suerte hubiera sido el Rómulo de España (106).

No contento con defender por catorce años (107) la libertad de sus compatriotas, devastó con la espada y el fuego las tierras de una y otra parte del Ebro y el Tajo; atacó los reales de los pretores y prefectos de las provincias; exterminó casi por completo el ejército de Claudio Unimano, y con las banderas, trabeas y fascas que nos arrebató erigió en sus montañas grandes trofeos.

El cónsul Fabio Máximo consiguió batir á Viriato; mas esta victoria fué mancillada por el sucesor de aquél, Popilio (108), quien impaciente por terminar la guerra, no titubeó en emplear contra el caudillo abatido y que se proponía capitular, la traición, el fraude y el puñal de sus mismos subordinados; adjudicando con esta conducta al enemigo la vanagloria de creer que de otra manera jamás hubiera sido vencido.

CAPÍTULO XVII.

Si por sus riquezas era Numancia inferior á Cartago, Capua y Corinto, igualábalas, no obstante, por su valor y renombre, y á juzgarla por sus guerre-

ros, bien pudiera llamársela honor de España. Sola, sin murallas, sin torres y levantada apenas junto al Duero, sobre una pequeña colina, sostuvo durante catorce años con solo cuatro mil Celtíberos el empuje de un ejército de cuarenta y cuatro mil hombres.

No sólo resistió sus ataques, sino que batiendo en repetidas ocasiones batalla á los Romanos, les obligó á verificar pactos vergonzosos. Persuadida Roma de que la ciudad era invencible, le fué necesario recurrir al destructor de Cartago.

A decir verdad, no hubo causa más injusta que la que dió lugar á esta guerra.

Numancia acogió dentro de sus muros á sus con-sanguíneos y aliados los Seguedanos (109) que lograron escapar de la persecución de las fuerzas romanas. Infructuosos fueron los ruegos que aquella elevó en su favor, y aun cuando los Numantinos no tomaron parte en aquella campaña, se les mandó que depusieran las armas en prenda de la fidelidad del tratado. Exigencia era ésta para los bárbaros que equivalía á si se les cortara la mano (110). Corrieron presurosos á las armas, conducidos por el valiente Megara, batieron á Pompeyo, y á pesar de que pudieron concluir con él, prefirieron la paz. Atacaron después á Hostilio Mancino, y fueron tan frecuentes y sangrientas las derrotas que experimentó su ejército, que apenas si había Romano que resistiera la mirada y la voz de un Numantino. Nuevamente optaron por la paz (111), satisfaciéndose con desarmar á nuestros soldados, si bien pudieron ensañarse dándoles á todos la muerte. Roma, indignada y corrida de vergüenza por este tratado, tanto como por el que se celebró en Caudium, labó la deshonra de aquel desastre poniendo á disposición de Numancia al mismo Mancino; por último, se perpetró la venganza por

medio de Escipión, á quien el incendio de Cartago adiestró en la destrucción de las ciudades.

Más tuvo que luchar dentro del campamento con nuestros soldados, que en el campo de batalla con los Numantinos. Vejados aquellos con asiduos y serviles trabajos, se les mandaba construir empalizadas, ya que olvidaron el manejo de las armas, y mancharse con el lodo, ya que rehusaron cubrirse de sangre. Arrojó del campamento todas las mujeres deshonestas, los leñadores y las bestias de carga, dejando tan sólo las que consideró de imprescindible necesidad. Tan cierto es el dicho de que *tal cual es el general es el ejército*. Disciplinado el soldado, presentó batalla al enemigo, pudiendo todos presenciar lo que hasta entonces por nadie se esperó, y fué, ver huir á los de Numancia (112). Propicios se mostraban á capitular los Numantinos si se les proponían humanas condiciones; mas deseando Escipión obtener una verdadera victoria exenta de toda transacción (113), les redujo á tal extremo que decidieron morir peleando. Antes de efectuarlo se prepararon con la celebración de un banquete fúnebre, en el que comieron carnes á medio cocer y tomaron una bebida confeccionada con trigo y á la que los naturales del país daban el nombre de Celia. Escipión, que conoció el propósito, esquivó todo encuentro con hombres casi moribundos.

Circunvalados por fosos, empalizadas y cuatro campamentos, y apretados por el hambre, pidieron al General romano el combate, para siquiera morir como hombres; mas viendo que se les negaba, hicieron una brusca salida. En la lucha pereció un gran número de Numantinos, y acosados por el hambre los que les sobrevivieron, se alimentaron con los cadáveres.

Como extrema determinación, se pensó en huir; pero aun este recurso fracasó: las mujeres, impulsa-

das por el amor, cometieron la imprudencia de dar suelta á los caballos. Perdida esta esperanza y cayendo en los últimos trasportes del delirio y el coraje, decidieron morir. Los Numantinos con el fuego y el veneno acabaron con sus jefes, consigo mismos y con su patria.

¡Gloria á la esforzada y, en mi entender, venturosa ciudad aun en medio de sus desdichas!

Defendió con fidelidad á sus aliados, y con un puñado de valientes resistió por largo tiempo á un pueblo que disponía de todas las fuerzas del mundo. Aquella ciudad sometida por tan gran capitán no dejó ni la más pequeña cosa que pudiera servir de pláceme al enemigo.

Ni uno solo de los Numantinos fué hecho prisionero: ni un solo despojo se logró, pues aquellos quemaron hasta las armas ..

Roma triunfó sólo en el nombre.

CAPÍTULO XVIII.

Bello, magnánimo, piadoso, justo y grande osténtase hasta el presente el pueblo romano; mas si grandes son los restantes hechos de este siglo, no son menos turbulentos y criminales, hasta el punto de que los vicios crecieron á medida que el Imperio se engrandecía.

Si dividimos esta tercera edad constituída por los doscientos años que Roma empleó en sus conquistas al otro lado de los mares, resultará que los cien primeros, en que sujetó el África, la Macedonia, la Sicilia y España, con justicia pueden llamarse de oro, como lo cantaron los poetas, y los ciento siguientes, de hie-

ro, sanguinarios y si se quiere inhumanos, pues con las guerras de Jugurta, los Cimbrios, Mitrídates, los Partos, los Galos y Germanos que tanto enaltecieron la gloria del pueblo romano, se mezclaron las matanzas de los Gracos y Drusos, las guerras de los esclavos y las de los gladiadores, para colmo de nuestra deshonra.

Por último, en el delirio de su criminal furor, Roma, volviendo contra sí misma, se hirió despiadadamente por las manos de Mario y Sila, y recientemente por las de Pompeyo y César.

Si bien todos estos acontecimientos se presentan mezclados y confundidos entre sí, á fin de exponerlos con orden y que las virtudes no sean oscurecidas por los vicios, los marcaremos separándolos unos de otros. Siguiendo el plan que de antemano nos propusimos, recordaremos en primer término las honrosas y justas guerras (114) sostenidas con las naciones extranjeras, para contemplar cómo de día en día crece la grandeza del Imperio, y posteriormente volveremos nuestra vista á los crímenes é impías y torpes luchas que mantuvieron nuestros conciudadanos.

CAPÍTULO XIX.

Vencida España en el Ocaso, Roma disfrutaba de paz en el Oriente; y como si esto no fuere bastante, por desusada y no conocida dicha entraba en posesión de riquezas y de reinos que en herencia le adjudicaban los mismos monarcas.

Atalo, rey de Pérgamo, hijo de Eumenes nuestro antiguo aliado y compañero de armas, consignó en el testamento la siguiente cláusula: «*Instituyo heredero*

de mis bienes al pueblo romano.» Entre estos bienes se encontraba el reino. Roma adquirió esta nueva provincia, no por medio de la guerra y de las armas, sino, lo que es más justo, por disposición testamentaria. Difícil nos sería decir si este Estado se recuperó con más facilidad que se hubo perdido. Aristónico, joven arrojado y de real estirpe, ganó sin esfuerzo las ciudades acostumbradas á sufrir el yugo real, y ocupó á viva fuerza algunas que hicieron resistencia, tales como Minda, Samos y Colofon. Derrotó é hizo prisionero al pretor Craso, quien por el buen nombre de Roma y su familia, saca un ojo, valiéndose de una vara, á uno de los guardias, logrando que le dieran muerte, que era lo que con semejante hecho se había propuesto. Aristónico no tardó en ser vencido, capturado por Perpena, aherrojado en una prisión. Aquilio puso fin á la guerra asiática empleando—¡crimen horrible!—el medio de envenenar las fuentes para rendir algunas poblaciones. Este hecho, si bien apresuró el término de la campaña, infamó, no obstante, la victoria, pues faltando á las costumbres de nuestros antepasados y á las leyes divinas, manchó el honor sin tacha de las armas romanas.



LIBRO TERCERO.

CAPÍTULO PRIMERO.

Tal fué lo ocurrido en el Oriente; mas no disfrutó de igual tranquilidad el Mediodía. ¿Quién había de pensar (1) que en África se suscitara guerra alguna, después de la ruina de Cartago? Y sin embargo, la Numidia se levantó violentamente, y Roma tuvo en Yugurta temible enemigo después de Aníbal. El astuto monarca combatió al pueblo romano, ilustre é invencible por las armas, valiéndose del oro; mas la fortuna hizo (fuera de lo que generalmente se esperaba) que el más artero de los reyes fuera víctima del engaño.

Yugurta tuvo por abuelo á Masinisa y por padre adoptivo á Micipsa. Agitado por el afán de reinar, se propuso dar muerte á sus hermanos, á quienes no respetó más que al pueblo y Senado romanos, bajo cuyo amparo y tutela se encontraba el reino (2). Perpetró su primer delito valiéndose de la traición. Dueño de la cabeza de Hiempsal, vuélvese contra Adherbal; éste se refugia en Roma; pero Yugurta consigue atraerse al Senado sobornándole por medio de sus emisarios.

Tal fué la primera victoria que alcanzó sobre nosotros. Los embajadores enviados para repartir el reino entre él y Adherbal fueron ganados por igual procedimiento, y venciendo en la persona de Escauro las íntegras costumbres del pueblo romano, consumó Yugurta, con indecible audacia, el crimen que había comenzado. Sus maldades no podían permanecer ocultas largo tiempo: descúbrese el soborno de los emisarios, y se acuerda declarar la guerra al fratricida.

El primero enviado á Numidia fué el cónsul Calpurnio Bestia; mas el Rey, aleccionado (3) por la experiencia de que el oro era arma más poderosa que la espada para vencer á los Romanos, compra la paz. Citado como reo de este nuevo delito por el Senado, y garantido por un salvo conducto, no sólo tuvo la audacia sin igual de presentarse, sino que hizo asesinar á Masiva (4), su competidor al trono de Masinisa. Esta fué otra de las causas de la guerra contra el Rey. Albino fué encargado de obtener esta nueva reparación (5); pero el Númida ¡oh vergüenza! de tal modo sobornó al ejército mandado por aquél, que nuestros soldados, apelando á una simulada fuga, abandonaron en manos de Yugurta la victoria y nuestros campamentos. Este puso en libertad, celebrando un afrentoso pacto, al mismo ejército que poco antes había sobornado.

En tales circunstancias se levanta Metelo, no tanto para vengar á Roma como para reivindicar su honra. Poniendo en juego idénticas artes, ataca con astucia al enemigo, el cual trata de eludir mañosamente todo encuentro, ya por medio de súplicas, ya con amenazas, ora huyendo de un modo real ó ficticio. No satisfecho el Cónsul con la devastación de los campos y las aldeas, cayó enérgicamente sobre las principales ciudades de la Numidia, y si bien en vano intentó por

mucho tiempo apoderarse (6) de Zama, saqueó, no obstante, á Thala, depósito de armas y del tesoro real. No tardó en perseguir al enemigo por la Mauritania (7) y la Getulia (8), una vez que le hubo despojado de sus ciudades, obligándole á huir más allá de sus estados.

Por último, Mario, después que movido por su oscuro linaje engrosó las filas del ejército con los *capite censi*, cayó sobre Yugurta, que aun cuando derrotado y sin fuerzas, le dió tanto que hacer para vencerle como si se tratara de un nuevo y vigoroso enemigo. Por una dicha casi maravillosa hízose aquél dueño de Capsa (9), ciudad consagrada á Hércules, situada en el centro del África y rodeada y defendida por las serpientes y los arenales. También penetró en Mulu-cha (10), que tenía su asiento en una elevada roca, merced á un Ligurio que le mostró un camino escarpado y hasta entonces desconocido. Bien pronto derrotó completamente junto á Cirta (11), no sólo á Yugurta, sino también á Boccho, rey de Mauritania, que obediente á la voz de la sangre, acudió para vengar al Rey de la Numidia. El Mauritano, perdida toda esperanza de éxito y temiendo ser envuelto en la ruina ajena, convirtió á Yugurta en *precio* de su alianza y amistad con Roma. De esta suerte el más astuto de los reyes cayó en las asechanzas que le tendió su mismo suegro, y fué entregado en manos de Sila.

Por fin, el pueblo romano vió á Yugurta conducido en el triunfo y cargado de cadenas, y también éste contempló, pero vencido y encadenado, la ciudad que había motejado de venal, y de la cual dijo que se vendería á sí misma si tuviera comprador... Como si realmente se vendiera, Roma encontró su comprador; mas éste fué Yugurta, que quedó en ella aprisionado: prueba evidente de que la ciudad no perecería.

CAPÍTULO II.

Si de esta manera guerreó el pueblo romano en el Mediodía, en el Norte tuvo que sostener luchas más terribles y continuadas. No existe región tan temible como ésta; la aspereza del cielo se comunica á la índole de sus moradores (12). El enemigo se lanzó impetuoso de todas partes; por la derecha (13), por la izquierda (14) y por el centro del Septentrión.

Antes que otros algunos, sintieron los Salios (15) el peso de nuestras armas al otro lado de los Alpes, con ocasión de haberse querellado de sus incursiones nuestra muy fiel y amiga Masalia (16). Siguieron á éstos los Alóbroges y Auvernios (17), contra los cuales y por la misma causa solicitaron los Eduos (18) nuestro auxilio y protección.

El Varo (19) el Isara (20), el Vindélico (21) y el Ródano, río el más impetuoso de todos, fueron testigos de nuestra victoria. Entre los bárbaros infundieron gran pavor los elefantes, semejantes á aquéllos por la fiereza.

Nada hubo en el triunfo que llamara tanto la atención como el rey Bituito, cubierto con sus armas de múltiples colores y colocado en el mismo carro de plata sobre el que había combatido.

Puede formarse idea de la alegría producida por una y otra victoria por el cuidado que tuvieron Domicio Enobarbo y Fabio Máximo de erigir en los mismos campos de batalla torres de piedra, sobre las que colocaron trofeos formados con las armas enemigas, costumbre desconocida para nuestros antepasados, pues nunca insultó el pueblo romano la derrota de un enemigo vencido.

CAPÍTULO III.

Los Cimbrios (22), los Theutones (23) y los Tiguri-
nos (24), ahuyentados de los últimos confines de la
Germania (25) á causa de que el Océano inundó sus
territorios, buscaban por do quiera nuevas comarcas
donde asentarse. Rechazados de Galia y España, pene-
traron en Italia; despacharon emisarios al campamen-
to de Silano y desde aquí al Senado, pidiendo que, á
título de sueldo, el pueblo de Marte les concediera al-
gunas tierra, á trueque de las cuales aquél podría ha-
cer uso, cuando á bien lo tuviera, de sus servicios
militares. Mas ¿qué podría ceder el pueblo romano,
próximo á entablar una lucha intestina con motivo
de la ley agraria? (26). Denegada la petición, resuel-
ven, una vez que no han sido atendidos, apelar á las
armas.

A Silano no le fué posible contener el primer ímpetu
de estos bárbaros, ni á Manlio ni Escipión resistir su
segundo y tercer empuje. Todos fueron dispersados
y arrojados de sus campamentos. Roma hubiera su-
cumbido, á no aparecer Mario en aquel siglo. No atre-
viéndose á empeñar en seguida combate alguno, tuvo
al soldado encerrado en el campamento hasta que
languidecieran el furor é ímpetu irresistibles que, á
manera de valor, poseían los bárbaros (27). Pasaron és-
tos á la vista de los Romanos provocándoles, y les pre-
guntaban (tal era la confianza que tenían de apode-
rarse de Roma) «si mandaban algo para sus mujeres.»
Prontos á ejecutar sus amenazas, avanzan, divididos
en tres cuerpos de ejército, por los Alpes, barrera de
la Italia.

Mario, marchando con pasmosa rapidez por los atajos, salió al encuentro del enemigo. En las mismas faldas de los Alpes alcanzó á los Teutones y en el lugar denominado Aquæ Sextiæ (28). ¡Oh Dioses, y qué batalla les presentó! Ocupaban aquéllos el valle y río que le atraviesa: nuestros soldados carecían de agua. Mario, ya lo hiciera de intento, ora sacase partido de su misma imprecaución, lo cierto fué que agijoneado el valor por la necesidad fué causa de una completa victoria. Como el ejército pidiera agua, el Cónsul les contestó: «¿No sois hombres? pues delante de vosotros la tenéis.» Fué tanto el ardor con que se peleó y tal la carnicería producida en el enemigo, que el Romano victorioso bebió en el ensangrentado río menos agua que sangre derramada por los bárbaros. El mismo rey Theutobohco, acostumbrado á montar sucesivamente sobre cuatro ó seis caballos (29), apenas si encontró uno sobre el que huir. Apresado en un bosque inmediato, fué el más curioso espectáculo en el día del triunfo: este hombre de talla gigantesca sobresalía por cima de sus mismos trofeos.

Quitados por completo de en medio los Theutones, Mario se vuelve contra los Cimbrios. Estos, ¿quién lo creyera? á pesar del invierno que con sus nieves aumentaba la elevación de los Alpes, cayeron sobre Italia desde las alturas del Tridentino, llevando en pos de sí la desolación. Propusieron en un principio pasar el río Athesio (30) sin puentes ni barcas, oponiendo con bárbara ignoracia la masa de sus propios cuerpos; mas cuando se hubieron persuadido de que sus esfuerzos para contener la corriente del río con las manos y los escudos eran inútiles, le atravesaron arrojando en él un bosque entero (31).

Si las temibles hordas se hubieran dirigido repentinamente á Roma, la hubieran puesto en inminente

peligro; mas deteniéndose en Venecia, la región más apacible de Italia, languideció su fiereza con la clemencia del cielo y del territorio. Mario los atacó aprovechando la enervación de sus fuerzas por el uso que hicieron del pan, de las carnes cocidas y de los exquisitos vinos.

Pidieron los bárbaros á nuestro General que les designara el día del combate, y les señaló el siguiente día (32). Libróse la batalla en el anchuroso campo llamado Raudio (33). Perecieron sesenta mil Cimbrios, llegando apenas á trescientos hombres la pérdida sufrida por los nuestros (34). La carnicería duró todo el día.

Mario, imitando la estrategia desplegada por Aníbal en la batalla de Cannas, hermanó la astucia con el valor. Escogió un día nebuloso y agitado por el viento para sorprender al enemigo; y á fin de que el polvo cegara y sacudiera su rostro; y habiendo ordenado que las legiones dieran cara hacia el Oriente, el reflejo de los rayos solares sobre los brillantes cascos romanos semejaba que ardía todo el cielo, según confesaron los mismos prisioneros.

No fué menos tenaz la lucha mantenida con las mujeres de los enemigos, que la que se sostuvo con éstos. De lo alto de los carros y bagajes por do quiera esparcidos, cual desde torres combatían con picas y bastones ferrados. Tan heroica como la defensa fué la muerte. No pudiendo conseguir que Mario les concediera la libertad y el sacerdocio (35) (cosas ambas á dos que habían solicitado por medio de emisarios), y después de ahogar con sus propias manos á los hijos, pusieron fin á sus días; unas hiriéndose mutuamente, y otras suspendiéndose de los árboles ó de las lanzas de los carros, sirviéndose, como de cuerdas, de sus propios cabellos. El rey Boyorix sucumbió peleando.

do con esfuerzo y no sin haber vengado su muerte

El tercer cuerpo, formado por los Tigurinos, que á modo de reserva ocupaba las colinas Nóricas de los Alpes, se esparció por diversos lugares, desapareciendo después de esta vergonzosa fuga acompañada de latrocinios.

La grata y feliz nueva de la libertad de Italia y salvación del Imperio la supo el pueblo romano, no por los hombres, sino por conducto de los Dioses, si nos es lícito creerlo así. En el mismo día en que tuvo lugar el acontecimiento, se vió delante del templo de Cástor y Pólux que dos jóvenes coronados de laurel entregaban al pretor una carta. El rumor de la victoria, obtenida sobre los Cimbrios, llegó hasta el teatro donde todos los espectadores clamaron «¡Felicidad!» (36).

¡Suceso grande y digno de ser admirado! No parecía sino que Roma desde la cima de sus colinas presenciaba, como si fuera una lucha de gladiadores, el espectáculo de la guerra, aplaudiendo en el mismo instante en que sucumbían los Cimbrios en el campo de batalla.

CAPÍTULO IV.

Plugo á los Dioses que los Tracios, tributarios en otro tiempo de los Macedonios, se rebelaran contra nosotros después de éstos. No contentos con haber invadido las cercanas provincias de Tesalia y Dalmacia, llegaron hasta el mar Adriático: detenidos por este dique que la naturaleza les opuso, lanzaron indignados sus flechas contra las aguas. Todo el tiempo que duraron sus incursiones, se ensañaron cruelmente contra los prisioneros. Libaron el ara de sus Dioses con san-

gre humana; bebieron la derramada por las víctimas en sus cráneos, y añadiendo el ludibrio á los tormentos de la muerte, acabaron con aquéllos por medio del fuego, ahogándolos con el humo; y torturando á las mujeres que se hallaban en cinta, les arrancaron el fruto de sus entrañas.

Cruelísimos entre los Tracios aparecen los Escordiscos (37). Juntaban la astucia á la fortaleza, y la misma situación de los bosques y montañas en que vivían se hallaba en consonancia con sus costumbres.

El ejército mandado por Catón no sólo fué deshecho, sino que, como por un prodigio, fué completamente aniquilado. Didio, sorprendiéndolos dispersos y entregados al pillaje, les rechazó hasta la misma Tracia. Druso los arrojó aún más allá, impidiéndoles el paso del Danubio: taló Minucio todos sus campos á lo largo del Hebro (38), no sin que el ejército sufriera considerables pérdidas al atravesar los crudos hielos del río. Pisón penetró en el Rhódope (39) y el Cáucaso. Curión llegó hasta la Dacia (40); pero retrocedió espantado ante la espesura de sus bosques. Apio penetró en tierra de Sármatas (41), y Lúculo hasta el Tanais (42) y el Palus-Meotides (43), últimos confines de aquel pueblo.

Sólo empleando su misma crueldad fué posible sujetar enemigos tan fieros: se atormentó á los prisioneros con el fuego y el hierro. Lo que más aterró á estos bárbaros fué la idea de sobrevivir al tormento de háberseles cortado las manos.

CAPÍTULO V.

Los pueblos Pónticos habitan el Norte del Asia, junto al mar situado á la izquierda de Europa, de cuyo mar reciben el nombre (44). El rey más antiguo de estas gentes y regiones fué *Ætas*; reinó después *Artabazo*, descendiente de los siete reyes persas, y por último *Mitrídates*, el más grande de todos; pues si nos fueron suficientes cuatro años para batir á *Pirro* y diez y siete para concluir con *Aníbal*, *Mitrídates* resistió por espacio de cuarenta, hasta que, vencido en tres sangrientas campañas, fué exterminado por la fortuna de *Sila*, el valor de *Lúculo* y la grandeza de *Pompeyo*.

Pretextó ante el legado *Casio* que el motivo de la guerra era la invasión que en su territorio llevó á cabo *Nicomedes*, rey de *Bitinia*, si bien es cierto que, arrebatado por el orgullo, ansiaba conquistar toda el Asia y, á serle posible, la Europa.

Nuestros vicios alentaban su esperanza, y para realizar su propósito buena ocasión le prestaban nuestras discordias civiles y las contiendas de *Mario*, *Sila* y *Sertorio*, que dejaban desamparada (45) esta parte del Imperio romano. En medio de las desdichas y turbulencias que agitaban la república, la avalancha de la guerra póntica, formada en las más lejanas alturas del Septentrión, cayó repentinamente, como si hubiera acechado el momento oportuno, sobre los Romanos, fatigados y distraídos con sus discordias.

El primer ímpetu de esta guerra llevó en pos de sí la *Bitinia*. No tardó el terror en sobrecoger al Asia, y los pueblos y ciudades que estaban bajo nuestra do-

minación se apresuraron á reconocer la soberanía de Mitrídates. Este se encontraba en todas partes, atizaba por doquiera el fuego de la guerra, y se valía de la crueldad como si fuera del valor. ¿Puede haber orden más terrible que aquella en virtud de la cual mandaba, por medio de un edicto, dar muerte á todos los ciudadanos romanos residentes en Asia?... El hogar, el templo, el ara; en una palabra, todos los derechos, tanto divinos como humanos, fueron violados.

La consternación del Asia abría á Mitrídates el camino de Europa. Sus capitanes Arquelao y Neoptolemo ocuparon, á excepción de Rodas que permaneció fiel, las Cicládes, Delos, Eubea y la misma Atenas, honra de Grecia. El terror inspirado por el Monarca cundió por Italia, llegando hasta la misma Roma. Lucio Sila, notable guerrero, marcha presuroso y rechaza fácilmente, y con ímpetu igual, al enemigo. Sitia la ciudad de Atenas y la reduce ¿quién lo creyera? á alimentarse con carne humana, ¡ella, que había arrojado el primer grano de trigo en la tierra! Destruye el puerto del Pyreo y sus siete murallas, después que hubo sujetado, según decía, á los más ingratos de los hombres. Sin embargo; usó con ellos de benignidad en consideración á la sagrada y antigua fama de sus mayores. Arrojadas sin tardanza de Eubea y Beocia las guarniciones reales, derrotó consecutivamente el ejército del Monarca en las batallas de Queronea (46) y Orcomenes (47). Invade sin perder un momento el Asia; acosa al mismo Mitrídates, y con él hubiera concluído á no haber preferido la prontitud á la seguridad del triunfo.

Sila dejó arreglados los asuntos de Asia del modo siguiente: concluyó un tratado con Mitrídates, por el cual Nicomedes recibió la Bitinia, y Ariobarzanes la Capadocia (48), quedando el Asia como propiedad

nuestra, cual lo fué en un principio. Pero Mitrídates había sido tan solo rechazado, lo que contribuyó, no á quebrantar los ánimos de los habitantes del Ponto, sino á irritarlos. El Rey, fuertemente atraído por Asia y Europa, no las consideraba como provincias extranjeras, sino como Estados que había perdido, que le habían sido arrebatados, y que tenía el deber de reclamar por la fuerza de las armas.

Así como el fuego de un incendio mal extinguido se reproduce con mayor energía, del mismo modo Mitrídates renueva sus empresas, y puesto á la cabeza de numerosos ejércitos, cae sobre el Asia con todo el peso de sus Estados, invadiéndola por los ríos, los mares y el continente.

La noble ciudad de Cyzico (49), gloria de la costa asiática por su ciudadela, murallas, puerto y mármores torres, fué atacada con el grueso de las fuerzas como si fuera otra Roma; mas sus moradores opusieron tenaz resistencia, animados por la noticia que les dió un mensajero de la aproximación de Lúculo. Aquel emisario logró escapar por medio de las naves de nuestros enemigos sobre un odre henchido que movía con los pies, creyendo aquéllos que de lejos le veían que era un monstruo marino. Trocada la fortuna, Lúculo dió alcance al Rey, que, acosado por el hambre ante tan prolongado sitio, y desarrollada la peste en su campamento, se vió precisado á retirarse, batiéndole de tal manera, que se ensangrentaron las aguas del Gránico (50) y del Esapo (51). Conocedor el astuto monarca de la codicia del Romano, mandó á los fugitivos esparcir los bagajes y la plata con el fin de contener la persecución. Su retirada no fué más afortunada por el mar que lo había sido por tierra. Una tormenta asaltó su escuadra, compuesta de más de cien naves cargadas con gran apresto de guerra,

quedando tan mal parada como si hubiera salido de una batalla naval. Parecía que Lúculo, en inteligencia con las olas y las tempestades, entregó á Mitrídates á merced de los vientos para que le combatieran.

Deshechos habian sido los ejércitos más escogidos del Monarca; mas su valor crecía en medio de la adversidad. Volvió la vista á las naciones vecinas, y precipitó al Oriente y al Septentrión en su propia ruina. Solicitó la alianza de los Íberos (52), de los habitantes del Caspio, de la Albania y de las dos Armenias. No de otra suerte preparaba la fortuna por todas partes á su favorito Pompeyo triunfos, gloria y renombre. Observando Pompeyo que el Asia se hallaba agitada con nuevas revueltas, y que á unos reyes se sucedían otros, sin pérdida de tiempo y antes de que se adunaran las fuerzas de tantas naciones, tendió un puente de barcas sobre el Eúfrates; le atravesó, y alcanzando al fugitivo Monarca en medio de la Armenia, fué tal su fortuna que le derrotó por completo en una sola batalla. La lucha se trabó durante la noche: la misma luna tomó parte en aquélla, y cual si combatiera en favor nuestro, se presentó á espaldas de las huestes contrarias, iluminando de frente á los Romanos. Engañados los soldados del Ponto ante lo desmesurado de sus propias sombras, las dirigían sus golpes tomándolas por verdaderos enemigos. En esta misma noche se consumió la ruina de Mitrídates, á pesar de que, agotando todos los recursos, se defendió tenazmente á la manera que la serpiente, una vez aplastada su cabeza, sacude su cola en todas direcciones. Refugiado en la Cólquida (53), se propuso aterrarnos invadiendo súbitamente las costas de Sicilia y de nuestra Campania. Para ejecutar esta empresa proyectaba atraer á su partido todos los pueblos situados entre el Bósforo y la Cólquida; cruzar la Tra-

cia, la Macedonia, la Grecia, é invadir repentinamente la Italia. Semejante plan quedó frustrado por la defección de los suyos y por la traición de su mismo hijo Farnaces. Mitrídates cortó con la espada el hilo de su vida que repetidas veces había resistido á la prueba del veneno.

Entre tanto, el gran Cneo recorría distintas comarcas de la tierra persiguiendo los restos de la rebelión asiática. Por el Oriente siguió á los Armenios, se apoderó de Artaxata, su capital, y movido por sus ruegos dejó á Tigranes en posesión del reino. Siguiendo, cómo si navegara, el derrotero que los astros le marcaban, por el Norte de la Escitia, derrotó á los moradores de la Cólquida, perdonó á los Íberos y Albanos, y constituído su campamento al pie del mismo Cáucaso, mandó descender á la llanura á Orodes, rey de los Colcos; y á Artoces, rey de los Íberos, no sólo le ordenó lo mismo, si que también le obligó á entregarle en calidad de rehenes á sus hijos. Orodes encontró gracia junto á Pompeyo por haberle enviado espontáneamente desde la Armenia su lecho de oro y otros presentes.

Pompeyo condujo su ejército en dirección del Mediodía; atravesó el Libano (54) de Siria, y pasando de Damasco (55), llevó los estandartes romanos á través de aquellos bosques y montañas perfumados por el incienso y el bálsamo. Los Árabes se apresuraron á ponerse bajo sus órdenes: los Judíos intentaron defender á Jerusalén, mas penetró en la ciudad y descubrió el arcano que aquel pueblo impío ocultaba bajo un velo de oro.

A la sazón se disputaban el trono dos hermanos, y Pompeyo, constituyéndose en árbitro, adjudicó el cetro á Hircano y aprisionó á Aristóbulo por renovar sus querellas.

De esta manera el pueblo romano, capitaneado por Cneo, recorrió toda el Asia, convirtiendo en centro del Imperio esta provincia que antes constituía su límite; pues á excepción de los Partos, que prefirieron hacerse nuestros aliados, y de los Indios, que aun no eran conocidos, toda la parte del Asia comprendida entre el mar Rojo, el Caspio y el Océano sucumbió por la guerra ó ante el terror que inspiraban las armas pompeyanas.

CAPÍTULO VI.

Distraídos los Romanos en distintos puntos de la tierra, invadieron el mar los Cilicios (56). Interrumpieron las comunicaciones comerciales, y hollando el derecho de gentes (57) con la guerra, cerraron los mares á la navegación cual pudiera verificarlo una tormenta. La agitación producida en Asia por las guerras de Mitrídates alentó á tan desalmados piratas, que favorecidos por los trastornos consiguientes á una guerra extranjera y por el odio que inspiraba el Monarca, cometían á mansalva sus latrocinios.

Mandados por Isidoro, se contentaron en un principio con piratear en su propio mar; mas posteriormente extendieron sus correrías al comprendido entre Creta y Cirene, la Acaya y el golfo Maleo, que recibió el sobrenombre de áureo por la rica presa que en él hacían (58).

Enviado Publio Servilio para combatirlos, si bien dispersó con sus pesadas naves de guerra los frágiles y ligeros bergantines (59) de aquéllos, no lo hizo sin que tuviera que lamentar pérdidas de consideración.

No sólo los arrojó del mar, sino que además ocupó

sus plazas más fuertes, depósito de sus cotidianas presas, tales como Faselis, Olympos (60), y la misma Isaura (61), ciudadela de la Cilicia. Este anheló el sobrenombre de Isáurico, sabedor de los grandes esfuerzos que le costó semejante victoria.

Ni estos descalabros, ni la imposibilidad de permanecer en tierra firme fueron suficientes para sujetar á los piratas, que semejantes á ciertos brutos que por su doble naturaleza pueden vivir en agua y tierra, impacientes de su permanencia en ésta, una vez que se hubo retirado el enemigo, se lanzaron á su propio elemento, llevando aún más allá sus acostumbradas correrías.

Creyóse que el único capaz de obtener la victoria era el afortunado Pompeyo, por lo que se le encomendó esta guerra como una continuación de la sostenida contra Mitrídates. Propúsose extinguir de una vez para siempre tal calamidad esparcida por todos los mares, y á este fin hizo contra los piratas aprestos más que humanos; y uniendo á su potente escuadra los navíos de los Rodios, distribuyó el mando entre varios lugartenientes y prefectos, ocupando todos los pasos del Ponto Euxino y del Océano.

Gelio se posesionó del mar de Toscana; Ploción del de Sicilia; Gratilo invadió el golfo Ligústico (62); Pompeyo el mar de las Galias; Torcuato el Baleárico; Tiberio Nerón el Estrecho Gaditano, puerta que conduce á nuestro mar; Léntulo el de Libia; Marcelino el de Egipto; los hijos de Pompeyo el Adriático; Terencio Varrón el Egeo y el Pónico; Metelo el que baña la Pamfilia; Scipión el mar Asiático, y las naves de Porcio Catón cerraron como una puerta las entradas de la Propóntide (63).

De esta suerte, los puertos, golfos, escondrijos, refugios, promontorios, estrechos, penínsulas, en una

palabra, cuanto pudiera servir de albergue á los piratas, fué comprimido y cercado como por un cordón.

El mismo Pompeyo volvió á Cilicia, origen de esta guerra. Los enemigos, no con la esperanza de vencer, sino desesperados por la persecución, aceptaron el combate; mas su audacia tan sólo fué capaz de resistir el primer encuentro. Una vez que se vieron rodeados en todas direcciones por nuestras naves, arrojaron los dardos y los remos, y levantando las manos en señal de ruego, imploraron el perdón de sus vidas. Jamás obtuvimos victoria menos sangrienta; ni en lo sucesivo encontramos pueblo alguno tan fiel. Todo fué obra de la sabiduría de nuestro general, que trasportó lejos del mar y encadenó, por decirlo así, en el continente á aquel pueblo marítimo, poniendo á la vez en posesión de los mares á los navíos, y de la tierra á sus moradores.

No se sabe qué admirar más en esta victoria. ¿Su rapidez? bastaron cuarenta días para obtenerla. ¿Su feliz éxito? ni una sola nave se perdió. ¿La duración de sus efectos? jamás volvieron á levantarse los piratas.

CAPITULO VII.

Si hemos de ser francos, hicimos la guerra á Creta (64) movidos por el exclusivo deseo de subyugar la famosa isla.

La sospecha de que hubo auxiliado á Mitrídates bastó para exigir una reparación por medio de las armas.

Marco Antonio fué el primero que atacó la isla. Alentado por una extraordinaria esperanza y confiado

en la victoria, condujo á bordo de su escuadra más cadenas que armas. Bien caro pagó su loca temeridad: los enemigos apresaron la mayor parte de sus naves; de los mástiles de las suyas ataron y suspendieron los prisioneros romanos, y virando, dirigieron á toda vela y en són de triunfo á sus puertos.

Tiempo adelante, Metelo devastó á sangre y fuego toda la isla, y encerrando á sus moradores en las ciudades y puntos fortificados, se apoderó de Cnosa (65), Erytrea (66) y Cidonia (67), llamada por los Griegos *madre de las ciudades*.

Trató con tal crueldad á los prisioneros, que muchos se envenenaron, y no pocos de los insulares ofrecieron su sumisión á Pompeyo, el que á la sazón se encontraba ocupado en los asuntos de Asia; mas habiendo mandado á su prefecto Antonio, se hizo famoso en provincia ajena, por lo mismo que, siendo Metelo azote de los enemigos, ejerció el derecho de vencedor. Derrotado que hubo á Lastenes y Panares, jefes de Cidonia, regresó vencedor á Roma, no reportando para sí otra ventaja de semejante triunfo que el sobrenombre de *Crético*.

CAPÍTULO VIII.

Acostumbrada la familia de Metelo el Macedónico á ornarse con los nombres de las guerras, no tardó uno de sus descendientes en recibir el de *Baleárico*, así como al anterior se le había adjudicado el de *Cretense*.

En aquel mismo tiempo, instigados por un furor pirático, infestaban los habitantes de las Baleares el mar. De admirar hubiera sido que hombres tan rudos

y feroces osaran siquiera contemplarle desde sus rocas, y sin embargo, lanzándose sobre sus frágiles esquifes, infundieron terror con sus bruscos ataques á cuantos surcaban las aguas del Mediterráneo. Viendo que desde alta mar se dirigía contra ellos la escuadra romana, acometiéronla, como á segura presa, lanzando contra ella una lluvia de piedras.

Cada Balear peleaba armado de tres hondas. A nadie extrañará que sus golpes fueran certeros, considerando que aquéllas eran sus únicas armas, en cuyo manejo se adiestraban desde sus primeros años. El niño no recibía otro alimento que el que le mostraba la madre y había de derribar con la piedra lanzada con la honda (68) De corta duración fué la sorpresa experimentada por los Romanos; pues una vez que les fué posible combatir más de cerca y los Baleáricos sintieron el efecto de los espolones y picas, lanzando un alarido á modo de fieras, huyeron á las costas, y esparciéndose por los montes, hubo necesidad de buscarlos para batirlos.

CAPÍTULO IX.

La hora fatal para las islas había sonado. Chipre fué ocupada sin resistencia. Aun cuando por sus delicias se hallaba consagrada á Venus, y regía sus destinos Ptolomeo, tan grande, y no sin motivo, era la fama de sus riquezas, que el pueblo vencedor de tantas naciones y acostumbrado á distribuir los reinos, acordó, proponiéndolo el tribuno Publio Clodio, confiscar en vida del monarca sus bienes, no obstante ser nuestro aliado (69).

Ptolomeo, tomando un veneno, apresuró el curso

de su existencia. Porcio Catón introdujo en Roma á bordo de sus galeras por la embocadura del Tiber las riquezas de Chipre, que llenaron el erario mucho más que triunfo otro alguno.

CAPÍTULO X.

Sujeta el Asia por las armas de Pompeyo, la suerte eligió á César para someter el resto de Europa.

Faltaban por subyugar los Galos y Germanos, pueblos los más feroces de la tierra, y la Bretaña, que á pesar de hallarse aislada del continente, encontró un hombre que la dominara.

Los Helvecios iniciaron el primer movimiento en la Galia. Siéndoles insuficientes los terrenos que ocupaban entre el Rhin y el Ródano, se presentaron exigiendo otros, después de incendiar sus moradas para que ni el recuerdo les quedara de regresar á ellas. César pidió una tregua bajo pretexto de pensar sobre la petición que le hicieron, y dando largas á su resolución, cortó el puente del Ródano, impidió á pueblo tan belicoso la retirada, y atacándole después, le obligó á refugiarse en sus guaridas, como el pastor conduce los rebaños al establo.

Mucho más sangrienta fué la campaña contra los Belgas, porque combatían por su independencia. En ella realizaron los Romanos hechos verdaderamente heroicos, descollando entre todos el de César, que al ver huir sus legiones arrebató el escudo á uno de los que huían, y colocándose en la primera línea, logra rehacer el combate.

Se peleó por mar con los Vénetos (70), y más hubo que luchar con el Océano que con las naves enemí-

gas. Informes éstas y mal construídas, viniéronse á pique al recibir el primer choque de nuestros espolones; pero aquél, retirándose al empeñarse la batalla, efecto de la baja marea, obligó á continuar aquélla en la misma playa.

La guerra revistió diversos aspectos en relación con el carácter de los pueblos con que se luchaba y de la naturaleza de los territorios en que tuvo lugar.

César acosó á los astutos Aquitanos (71) dentro de las mismas cuevas que les servían de refugio, é incendió los bosques donde se ocultaban los Morinos (72). No se diga que los Galos eran sólo feroces; también ponían en juego la astucia. Induciomar congregó á los Treverinos (73); Ambiorix á los Eburones (74), y levantándose en armas durante la ausencia de César, entrambos atacaron á sus lugartenientes. El primero fué vigorosamente rechazado por Dolabela (75), perdiendo la vida en el encuentro; mas el segundo, encerrando astutamente en un valle nuestro ejército, le derrotó y saqueó su campamento, pereciendo en esta jornada los legados Aurumculeyo Cotta y Titurio Sabino (76). No fué posible tomar pronta venganza; pues Ambiorix anduvo siempre fugitivo al otro lado del Rhin. Ni este río quedó exento de la guerra; pues no era justo quedara impune habiéndose constituido en defensor y encubridor de nuestros enemigos.

La primera campaña que César sostuvo con los Germanos reconoció justísimos motivos; pues los Eduos (77) se quejaron de las incursiones de aquellos pueblos. Ariovisto demostró su altanería sin límites cuando invitado por los emisarios á celebrar una entrevista con César, respondió: «¡Bien! y ¿quién es César? Si quiere, puede venir á vernos. ¿Qué le importa lo que haga nuestra Germania? ¿Por ventura me inmiscuo yo en los negocios de Roma?»

Fué tan grande el terror que este nuevo enemigo infundió en el ánimo de los soldados, que muchos antes de entrar en acción hacían testamento ante sus mismos jefes.

La corpulencia de los Germanos prestaba certero blanco á nuestros dardos y espadas.

Prueba fehaciente del ardor con que lucharon nuestros soldados fué el degüello que hicieron de los bárbaros, saltando sobre los escudos con que aquéllos se habían cubierto formando la tortuga.

Quejándose por segunda vez los Téncteros (78) del Germano, César tomó la pronta resolución de atravesar el Mosela y el mismo Rhin, tendiendo un puente de barcas. Buscó al enemigo en la misma selva Hercinia; pero fué tal el pavor de este ante la repentina aparición sobre la ribera del río del ejército romano, que se diseminó por los bosques y los pantanos.

César pasó por segunda vez el Rhin valiéndose de un puente. El espanto de los bárbaros subió de punto al ver que su río se encontraba sujeto por el puente como con un yugo, y nuevamente volvieron á internarse en las selvas y terrenos palúdicos.

Lo que más contrarió á César fué no encontrar enemigos que vencer.

Dueño de todos los lugares por mar y tierra, dirigió sus miradas al Océano, y como si el orbe romano no le bastara, ideó otro en su fantasía.

Aprestada una escuadra pasó á Bretaña con pasmosa rapidez; pues habiéndose hecho á la vela á media noche desde el puerto Morino (79), arribó á la isla antes de mediodía.

Su inesperada presencia suscitó en la costa extraordinario tumulto; y asombrados los enemigos ante el nuevo espectáculo, huían azorados, rodando sus carros de guerra por una y otra parte.

Semejante terror fué una victoria para nuestras armas. César recibió de los aterrados Britanos armas y rehenes, y hubiera penetrado aún más allá si el Océano no hubiera castigado con un naufragio á la escuadra, audaz en demasía (80).

De regreso á las Galias formó una armada más numerosa, y habiendo reforzado el ejército, penetró por vez segunda en el Océano; persiguió á los Britanos en los bosques de Caledonia (81) y apresó á uno de los jefes de Casivelaum (82). Satisfecho con este resultado (pues no se propuso conquistar nuevas provincias sino adquirir renombre), regresó llevando consigo un botín más rico que el de su primera expedición, recibéndole el Océano más sosegado y propicio por creerse incapaz de contrarrestar su poder.

La última conjuración de los Galos fué, sin duda alguna, la más formidable y en la cual Vercingentórix (83), terrible por su corpulencia, valer, armas y hasta por el nombre, obligó á tomar parte juntamente á los Arvernos, Biturigos, Carnutos y Sequanos (84), excitándoles á recobrar su antigua libertad con sus enérgicas arengas al congregarse en sus bosques para celebrar las asambleas y los días festivos. Encontrábase César á la sazón reclutando gentes en Rávena; los Alpes habían aumentado la elevación con las nieves, y los Galos creían que todos los pasos se nos habían cerrado; mas al primer anuncio del levantamiento, César, afortunado siempre aun en sus empresas más temerarias, franquea montes hasta entonces inaccesibles; pisa caminos y nieves no hollados; ocupa la Galia con algunas tropas armadas á la ligera, y concentrando las legiones que tenía distribuídas en lejanos cuarteles de invierno, se presenta en el corazón de aquélla en ocasión en que ni aun se sospechaba que hubiera podido pasar sus fronteras.

Atacó la población que había encendido la guerra; rinde la ciudad de Avarico (85) con sus cuarenta mil combatientes: Alesia (86), defendida por doscientos cincuenta mil Galos, es arrasada por el fuego. Todos los esfuerzos de la campaña se dirigieron contra Gergovia (87), ciudad de los Auvernios guarnecida por ochenta mil hombres, y protegida por sus murallas, ciudadela y escarpadas montañas. César acosó por hambre esta fuerte población, cercándola con un foso, en el que vertió las aguas del riachuelo que la baña, y con una extensa estacada defendida por diez y ocho torres y una gran trinchera.

El enemigo que osó hacer alguna salida, al llegar á nuestras trincheras, encontró una muerte segura en las espadas y dardos de nuestros soldados. El mismo Vercingentórix (presa la más excelente de esta victoria) se presentó en el campamento romano implorando perdón; arrojó á los pies de César las armas y el arnés de su caballo, prorrumpiendo en estas palabras: «Tu valor es superior al mío; tuya es la victoria.»

CAPÍTULO XI.

Mientras el pueblo romano sujetaba en el Septentrion á los Galos con las armas de César, experimentaba en el Oriente una gran derrota luchando contra los Partos. ¡Ni siquiera en medio del desastre nos quedó el consuelo de lamentar nuestra mala fortuna!

La codicia de Craso por las riquezas de los Partos, contraria á los Dioses y los hombres, fué castigada con la ruina de once legiones y con la muerte del Cónsul.

Metelo, tribuno de la plebe, maldijo al general expedicionario. Atravesando nuestro ejército por Zeug-

ma (88), un torbellino arrebató nuestras enseñas, que fueron á sumergirse en el Eúfrates.

Craso acampó junto á Nicéforo (89); los emisarios del rey Orodes le hicieron presente que con semejante conducta infringía los tratados celebrados con Pompeyo y Sila. Ciego por la avaricia que le inspiraban los tesoros reales, ni aun de un modo aparente se cuidó de justificar sus hechos, contentándose solo con decir que en Seleucia (90) contestaría. Los Dioses vengaron este atentado contra el derecho de gentes, alentando el valor de los enemigos y favoreciendo sus asechanzas.

Craso abandonó el Eúfrates, canal seguro para la conducción de los convoyes, y único baluarte que podía asegurar la retirada; y fiándose de un Sirio llamado Mazara, que se fingió desertor, penetró en medio del desierto, dejando de tal manera descubiertos sus flancos al ataque del enemigo. Apenas hubo llegado á Carras (91), cuando vió á Silaces y Surenas, prefectos el Rey, agitar por todas partes los refulgentes estandartes de seda y oro.

La caballería enemiga envolvió repentinamente las legiones romanas, y arrojando sobre ellas una granizada de flechas, sucumbieron de un modo lamentable. El mismo Craso, atraído bajo pretexto de celebrar un parlamento, hubiera caído vivo en manos de los Partos, si los esfuerzos que por salvarle hicieron sus lugartenientes no hubieran obligado á los bárbaros á darle muerte para impedir su evasión. Su cabeza sirvió de escarnio al enemigo. Craso vió caer á su mismo hijo cubierto por los dardos enemigos. Los restos de aquel desdichado ejército, huyendo al azar, se diseminaron por Armenia, Cilicia y Siria. Apenas si quedó un hombre que pudiera referir la catástrofe.

La cabeza y mano derecha de Craso, separadas del

tronco, sirvieron de mofa (y no inmerecida) al Rey... Se arrojó oro fundido en la boca de aquél, para que este metal consumiera los restos exánimes é insensibles del hombre, cuyo corazón ardió á impulso del desco de riquezas.

CAPÍTULO XII.

Esta es aquella tercera edad del pueblo romano durante cuyo tiempo, viéndose obligado á salir de Italia, llevó al otro lado de los mares sus conquistas y extendió el poderío de sus armas por todo el orbe.

Un período de virtud y justicia constituye los primeros cien años, á los que, como ya dijimos, podemos apellidar *edad de oro*. Corrió ésta, sin que el crimen y la infamia la mancillaran, todo el tiempo que íntegras y puras se conservaron las costumbres pastoriles, y mientras que el temor á Cartago mantuvo la antigua disciplina. La última centuria, que se extiende desde la ruina de Cartago, Corinto, Numancia y la herencia asiática del rey Atalo, hasta César, Pompeyo y Augusto, sucesor de éstos, cuyos hechos narraremos, si bien fué ilustre por sus esclarecidas hazañas, sin embargo nos avergüenza y entristece con sus discordias civiles. Si bella, honrosa y esclarecida (ya que no útil) fué para el nombre romano la adquisición de provincias tan fértiles y poderosas como las Galias, Tracia, Cilicia, Capadocia, Armenia y Bretaña; vergonzosas y deplorables fueron en aquel mismo tiempo las disensiones interiores, las luchas con los aliados, los esclavos, los gladiadores y la honda división suscitada dentro del mismo Senado.

Ignoro si ventajoso hubiera sido para Roma con-

tentarse con la dominación de Sicilia y África, ó más bien circunscribirse á los límites naturales de su Italia, careciendo de aquéllas, que levantarse á tan grande altura, de la que había de caer agobiada con el peso de su propia grandeza (92).

¿No fué una excesiva prosperidad la que engendró las guerras civiles? La conquista de Siria primero, y la herencia legada en Asia por el Rey de Pérgamo después, nos corrompieron. Las riquezas y la opulencia pervirtieron las costumbres de este siglo y sumergieron la República en la sentina de sus propios vicios.

¿Hubiera jamás el pueblo romano exigido de sus tribunos víveres y territorios, si á ello no le hubiera obligado el hambre producida por el lujo? Esta fué la causa de las dos sediciones de los Gracos y de la de Apuleyo.

Jamás se hubieran los caballeros separado del Senado con el fin de obtener el poder judicial, si la avaricia no les impeliera á traficar con las rentas públicas y con la administración de justicia. Por esto se ofreció á los del Lacio los derechos de ciudadanía é hicieron los aliados armas contra Roma. La guerra de los esclavos ¿no reconoció por motivo el acrecentamiento excesivo de su número? ¿Por qué se armaron contra sus señores aquellos ejércitos de gladiadores, sino porque la desenfrenada prodigalidad de aquéllos para captarse la voluntad del pueblo idólatra de espectáculos, convirtió en un arte lo que en otro tiempo estaba reservado para suplicio de los enemigos? Y si en más poderosas pasiones paramos mientes ¿no fueron las riquezas las que despertaron el anhelo por adquirir honores, dando origen á las revueltas de Mario y Sila? La opulencia ¿no produjo la magnificencia en los banquetes y el derroche, cau-

sas del empobrecimiento que desencadenó á Catilina contra su misma patria? Por último, á las riquezas, que no á otra cosa, se debió aquel vertiginoso deseo de poder y supremacía que armó las manos de César y Pompeyo con la tea incendiaria que asoló el Imperio.

Por su orden, y separadamente de las justas guerras suscitadas con los pueblos extranjeros, expon-dremos las revueltas civiles del pueblo romano.

CAPÍTULO XIII.

La potestad tribunicia fué causa de todas las sediciones. Bajo el pretexto de favorecer á la plebe (en garantía de cuyos derechos fué aquélla instituída), pero en realidad con el propósito de robustecer su poder, trataron los tribunos de captarse las simpatías populares por medio de leyes sobre el reparto de territorios, distribución de granos y administración de justicia. Tales disposiciones encubríanse bajo la apariencia de equidad.

Nada tan justo, al parecer, como el que la plebe romana recuperara los derechos que le fueron usurpados por los patricios á fin de que el pueblo, vencedor de todas las gentes y poseedor del mundo, no viviera como desterrado en su mismo suelo y hogar (93); ni cosa alguna más equitativa que un pueblo necesitado viviera á expensas de su propio erario.

Nada podía existir más adecuado para establecer la igualdad (condición necesaria para ser libre) como adjudicar al orden ecuestre, por lo menos, el derecho de juzgar sin apelación, contrabalanceando de tal suerte el poder del Senado, á cuyo cargo se hallaba

el gobierno de las provincias. Pero en realidad, semejantes reformas eran perniciosas, y la desdichada República se convirtió en precio de su propia ruina.

Pasando el poder judicial de manos del Senado á las del orden ecuestre, se extinguían los impuestos, verdadero patrimonio del Estado: la compra de granos empobrecía el erario, nervio de la República; y al poner al pueblo en posesión de sus territorios, se irrogaba grave perjuicio á sus poseedores, que además de constituir parte de aquel mismo pueblo, venían disfrutando aquellas propiedades legadas por sus ascendientes y á cuya posesión había dado el tiempo el carácter de un derecho hereditario.

CAPÍTULO XIV.

Tiberio Graco, notable por su origen, presencia y elocuente palabra, fué el primero que encendió la tea de nuestras discordias.

Identificado con el partido popular, ya porque temiese le alcanzara parte del castigo que á Mancino se impuso por su tratado, y del que el mismo Graco salió fiador (94), ora porque, inspirado en el bien y la justicia, se compadeciera, al ver que le arrebatában los territorios á aquel pueblo que, vencedor de las naciones y dueño del mundo, era arrojado de su campo y hogar, ó sea por el motivo que quiera, ello es que acometió empresa ardua en extremo (95).

Llegado que hubo el día de la presentación de la ley, Graco sube á la tribuna rodeado de una gran multitud. A su vez encontrábase allí la nobleza formando un solo cuerpo con sus tribunos adictos. Apercebido Graco de que Cneo Octavio oponía su *velo* al

planteamiento de sus leyes, sin respeto al colega, ni al derecho de que le investía su cargo, le manda echar mano y arrojarle del banco de los tribunos, amenazándole con la muerte de tal modo, que aterrado aquél, se vió en la precisión de renunciar la magistratura.

Nombrado triunviro para la distribución de los territorios (96), como en el día de los comicios pidiere se prorrogase su tribunado con el objeto de consumar su planteada reforma, la nobleza y cuantos fueron despojados de sus propiedades se le oponen, derramándose en el Foro la primera sangre. Graco huye al Capitolio. Al llevar su mano á la frente, demandando el auxilio de los suyos, se cree que pide para sí el trono y la real diadema: Escipión Nasica arma al pueblo contra el tribuno, y es muerto con cierta apariencia de justicia.

CAPÍTULO XV.

Con no menor calor que presteza tomó Cayo Graco á su cargo la venganza de la muerte de su hermano y el planteamiento de sus leyes. Del mismo modo aterrador y tumultuario que lo hizo Tiberio, excitó al pueblo para que se distribuyera los territorios de sus mayores, prometiéndole asimismo para su sustento la herencia que Atalo había adjudicado á Roma (97). Su orgullo y poderío llegaron bien pronto al último grado con el favor del pueblo y la obtención de un segundo tribunado.

Habiéndose opuesto á sus leyes el tribuno Minucio, Cayo, apoyado por los suyos, invade el Capitolio, lugar siniestro para su familia. Arrojado de aquél por

la mortandad que en sus partidarios se hizo, buscó un asilo en el Monte Aventino. Hasta allí fué perseguido por los partidarios del Senado, y muerto por el cónsul Opimio. Los inanimados restos del tribuno fueron profanados, y su inviolable cabeza se compró á peso de oro á sus mismos asesinos.

CAPÍTULO XVI.

No por esto dejó de sostener Apuleyo Saturnino las leyes de los Gracos, animado con el favor que Mario le otorgaba. Enemigo eterno de la nobleza, y confiando en el consulado de Mario, que él miraba como suyo, dió muerte en pleno comicio á su competidor al tribunado Annio, llevando su audacia hasta el punto de colocar en lugar de éste á Cayo Graco (98), hombre de oscuro linaje, sin nombre, y que adjudicándose semejante titulo, se dió á sí mismo plaza en tan ilustre familia.

Engreído Apuleyo con la impunidad de los desmanes cometidos, con tal vehemencia se empeñó en que fueran aceptadas las leyes de los Gracos, que obligó al Senado á jurar su observancia, amenazando privar del agua y el fuego á cuantos rehusaran prestar el juramento. Tan solo uno de los senadores optó por el destierro.

Consternada la nobleza con la fuga de Metelo, y alentado Saturnino con una dominación de tres años, llevó tan allá su audacia, que introdujo la perturbación en la misma asamblea consular con un nuevo asesinato. Con el objeto de nombrar cónsul á Glaucia, satélite de su furor, dió orden de matar á su competidor el cónsul Cayo Menio; y en medio del tumulto

oyó con fruición que la voz de sus secuaces le aclamaba rey.

Fraguada por el Senado una conspiración, y habiendo sido abandonado por Mario, que no pudo continuar favoreciéndole, se vino á las manos en el Foro. Expulsado Saturnino de este lugar, se refugió en el Capitolio. Habiendo sido sitiado, y cortadas que fueron las aguas, hizo presente al Senado por medio de legados su arrepentimiento. Bajó de la fortaleza y fué recibido en la Curia en unión de los principales jefes de la facción; mas invadida aquélla por el pueblo, acabó con el tribuno á palos y pedradas, mutilando después su cadáver.

CAPÍTULO XVII.

Por último, Livio Druso se propuso consolidar las mismas leyes, valiéndose, no sólo del poder tribunicio, sino que también de la autoridad senatorial y del consentimiento de toda Italia.

De petición en petición llegó á producir un incendio cuyo primer chispazo fué imposible extinguir, dejando á sus sucesores la guerra como única herencia al ser repentinamente arrebatado por la muerte.

Los Gracos con la ley del *jurado* dividieron al pueblo romano, creando dentro de la ciudad dos poderes. Tan grande fué el adquirido por los caballeros, que á su antojo disponían de los destinos é intereses de los más esclarecidos ciudadanos, y distraendo el producto de los impuestos, depredaban al Estado.

El Senado, debilitado con el destierro de Metelo y la condenación de Rutilio, perdió todo su prestigio.

En semejantes circunstancias aparecieron dos hom-

bres, iguales en fortuna, valor y dignidad (igualdad que encendió la emulación en Druso): Servilio Cepión, que se constituyó en defensor de los derechos de los caballeros, y Livio Druso, en mantenedor de los del Senado.

Levantáronse por una y otra parte las insignias, las águilas y las banderas. Dentro de la ciudad se formaron dos partidos. Cepión fué el primero que, atacando al Senado, acusó de *concusión* á Escauro y Filipo, jefes de la nobleza. Druso, para contrarrestar estos ataques, atrajo al pueblo por medio de las leyes Gracianas y á los aliados con la promesa de concederles el derecho de ciudadanía; jactándose, según su dicho, *de no dejar que destruyé, á cualquier otro que quisiera mostrar su largueza, otra cosa que el cielo ó el cielo.*

Llegado que fué el día de la promulgación de estas leyes, apareció repentinamente en la ciudad tan gran número de gentes, que pareció invadida por el enemigo. El cónsul Filipo se opuso al planteamiento de la ley; mas el que convocaba al Senado le agarrotó de tal modo, que no le soltó hasta que la sangre brotó de su rostro y de sus ojos.

Las leyes se propusieron y se aprobaron merced á tales violencias. Los aliados reclamaron con insistencia el precio de los auxilios prestados. En tal apuro, una muerte violenta arrebató á Druso, que se encontraba en difícil situación, y arrepentido de sus temerarias innovaciones. No por esto dejaron aquéllos de exigir del pueblo romano con las armas la realización de la promesa que se les había hecho.

CAPÍTULO XVIII.

Si en algo queremos atenuar su odiosidad, daremos á la guerra de los aliados el nombre de *social*; mas si hemos de ser sinceros, fué una verdadera guerra civil.

Siendo el pueblo romano un conjunto de Etruscos, Latinos y Sabinos, unidos por los vínculos de la sangre y formando un solo cuerpo de diversos miembros y un todo de partes heterogéneas, la rebelión de los aliados en Italia era un crimen no menor que la de los ciudadanos dentro de Roma (99).

Con justicia pedían estos pueblos el derecho de ciudadanía á Roma, que se había engrandecido mediante sus esfuerzos, y que se realizaran las esperanzas que Druso les había hecho concebir á impulso de su ambición de mando. Habiendo sucumbido éste, víctima de un crimen doméstico, la misma tea, que le consumió, encendió en los aliados el fuego de la guerra, y se aprestaron para atacar la ciudad.

¿Hay algo más triste y doloroso que esta desgracia? Todo el Lacio, el Piceno, toda la Etruria y la Campania; en una palabra, la Italia en masa, se rebeló contra Roma, que era su madre y su metrópoli.

Vióse á los fieles y esforzados aliados agruparse bajo sus respectivas banderas y ser conducidos por aquellos héroes que produjeron las ciudades municipales.

Popedio conducía á los Marsos, Lafrenio á los Latinos. Un Senado y cónsules al efecto elegidos regían á los Umbríos, y Telesino capitaneaba las gentes del Samnio y Lucania (100). De tal suerte aquel pue-

blo, árbitro del destino de los reyes y de las naciones, no pudiéndose gobernar á sí mismo, presencié que Roma, vencedora del Asia y de Europa, tenía frente á frente como rival á Corfinio (101).

El primer proyecto de rebelión se fraguó en el monte Albano. Los cónsules Julio César y Marcio Filipo debían ser asesinados el día de las ferias latinas al pie de los altares, al celebrarse los sacrificios; mas descubierto por una traición el secreto de tan horrible complot, descargó sobre Aúsculo (102) el furor de los aliados, siendo asesinados, durante la celebración de los juegos, los legados que habían llegado de Roma. Tal fué el juramento en virtud del cual se lanzaron á esta impía guerra.

No tardó su instigador y caudillo Popedio en recorrer todos los puntos de Italia. La militar trompeta se dejó oír en todos los pueblos y ciudades. La desolación excedió á la causada por Aníbal y Pirro.

Ocrículo, Grumento, Fesula, Carfeoli, Reate, Nuceria y Picencia fueron asoladas con la carnicería, el hierro y el fuego; las fuerzas de Rutilio y Cepión dispersas; el mismo cónsul Rutilio, perdido su ejército, fué conducido á la ciudad cubierto de heridas, donde lastimosamente espiró, dejando en pos de sí, al pasar por ella, las huellas de su sangre (103). La fortuna, que en medio de los peligros acrecenta el valor del Romano, reconcentra sus fuerzas y le da nuevo aliento. Catón dispersa á los Etruscos; Gabinio á los Marsos; Carbón á los Lucanos; Sila á los Samnitas, y Strabón Pompeyo, talándolo todo á sangre y fuego, no dió tregua á la carnicería hasta que satisfizo los manes de tantos ejércitos y cónsules, y aplacó con la ruina de Aúsculo á los Dioses de las ciudades saqueadas.

CAPÍTULO XIX.

Si la guerra social fué un crimen, al menos se combatió con hombres libres por su condición y nacimiento; mas ¿quién puede soportar sin indignarse que el pueblo rey de todas las naciones midiera sus armas con los esclavos? Ya en los primeros tiempos de Roma, durante las revueltas tribunicias, hubo un conato de insurrección en la misma ciudad, promovida por Herdonio Sabino; pero el Cónsul sitió y tomó el Capitolio, pudiendo asegurarse que semejante hecho fué un tumulto, más que una guerra.

¿Quién ni aun sospechar pudiera, que habiendo extendido Roma su poderío por parte del mundo, hubiera Sicilia de padecer más cruelmente con la guerra de los esclavos, que durante las guerras púnicas?

En este fértil territorio, en esta provincia que en cierto modo podía considerarse como un barrio de Roma, tenían sus ciudadanos grandes posesiones rurales, para cuyo cultivo disponían de gran número de esclavos, que fueron los promovedores de la guerra.

Un Sirio llamado Euno (cuyo nombre nos trae á la memoria los grandes desastres), simulando un furor fanático y agitando la cabellera de la diosa Siria, como por orden de los Dioses, hace un llamamiento á los esclavos para que empuñen las armas y recobren la libertad. Para que se diera crédito á su misión divina, introdujo en su boca una nuez llena de azufre y fuego, y por una ligera inspiración, á la vez que hablaba, salían de su boca las llamas. Uniéronsele dos mil, fascinados por este hecho extraordinario, y bien pronto, rotas las prisiones de los esclavos, según cos-

tumbre de guerra, reunió un ejército de sesenta mil hombres.

Adornado con las insignias reales (para que ninguna calamidad dejara de pesar sobre Sicilia), llevó la ruina y el pillaje á las fortalezas, las ciudades y las aldeas. Para colmo de deshonra de esta guerra, los campamentos de los pretores cayeron en poder de Euno. No nos avergonzamos de nombrarlos: fueron los reales de Manlio, Léntulo, Pisón é Hipseo. Los que debían ocultarse de los perseguidores de esclavos siguieron á los jefes pretorianos fugitivos después del combate.

Castigados como reos fueron los esclavos, siendo general Perpena. Vencidos por éste, sitiados en Enna (104) y diezmados por el hambre y la peste, los que sobrevivieron de estos facinerosos fueron encadenados y crucificados. Satisfizose aquél con la *ovación*; pues no quiso que una inscripción servil deshonrara la dignidad del *triumfo*.

Apenas alentó Sicilia cuando se presentan de nuevo los esclavos (105), y de un Sirio dimos ahora en un Cilicio.

El pastor Atenión asesina á su señor, pone en libertad á sus compañeros de esclavitud y los agrupa bajo su bandera.

Cubierto con una túnica de púrpura, empuñando un cetro de plata y ceñida la cabeza con la real diadema, levanta un ejército no menor que el del fanático que le precedió; y como si se hubiera propuesto vengar su muerte, saquea las aldeas, las ciudades y plazas fuertes, y se ensaña con los señores, y mucho más cruelmente con aquellos esclavos que él consideraba como tráfugas.

También batió los ejércitos pretorianos, apoderándose de los campamentos de Servilio y Lúculo; mas

Aquilio, á imitación de Perpena, redujo al último extremo al enemigo, privándole de los víveres, y destruyó fácilmente por hambre sus fuerzas, que hubieran opuesto á las armas larga resistencia. No se entregaron por temor al suplicio, y prefirieron una muerte voluntaria. Ni el jefe de la insurrección pudo ser castigado á pesar de haber caído prisionero; pues luchando nuestros soldados por quién le había de echar mano, la presa cayó muerta en manos de los contendientes.

CAPÍTULO XX.

Tolerable en algún modo puede ser la deshonra de haber peleado con los esclavos; que si la fortuna les expuso á sufrir toda clase de vilipendio, al menos son como una segunda especie de hombres que podemos asociar á los bienes que merced á nuestra libertad disfrutamos. Pero no tiene nombre la guerra capitaneada por Espartaco: en ella militaron los esclavos y mandaron los gladiadores, y tanto aquéllos, hombres de ínfima condición, como éstos, de peor fortuna, unieron el ludibrio á la desdicha.

Espartaco, Crixos y Enomaos, forzando las puertas de la escuela de Léntulo, salieron repentinamente de Capua seguidos de treinta ó más de su misma clase. Llamados bajo sus banderas los esclavos, se reunieron en un momento más de diez mil hombres, que no satisfechos de verse libres, aspiraron á tomar venganza.

El Vesubio fué el primer lugar sagrado donde se acogieron. Sitiados por Clodio Glaber, descendieron desde los cavernosos cráteres de la montaña, descol-

gándose por cuerdas formadas con sarmientos, hasta su base, y cruzando senderos impracticables se apoderaron, por un repentino ataque, del campamento del desprevenido jefe romano. A esta captura se siguieron otras (106). Discurrieron después por toda la región (107) de la Campania, y no contentos con haber devastado las casas de campo y las aldeas, hicieron grandes estragos en las ciudades de Nola, Nuceria, Turio y Metaponto. Aumentando sus fuerzas de día en día, regularizaron un ejército, formaron groseros escudos de mimbres cubiertos con pieles, y fundiendo las cadenas de los esclavos, se armaron de espadas y dardos; y para que en la apariencia nada faltara de lo necesario á un ejército regular, montaron parte de sus fuerzas en los caballos de que se apoderaron, y á su jefe le entregaron las insignias y haces cogidas á nuestros pretores. No lo rehusó Espartaco, que de mercenario de Tracia se hizo desertor, después bandolero, y en virtud de su fuerza, gladiador.

Celebró los funerales de su lugarteniente, muerto en el combate, con toda la pompa digna de un general, y obligó á los prisioneros á combatir entre sí en derredor de la pira, como si se propusiera borrar su deshonoroso pasado dando un espectáculo de gladiadores cuando él dejaba de serlo.

Atacó después los ejércitos consulares, derrotando el de Léntulo en el monte Apenino, y destruyendo el campamento de Cayo Casio junto á Módena.

Engreído con tales ventajas, pensó, para colmo de nuestra vergüenza, invadir á Roma.

Todas las fuerzas del Imperio tuvieron que ponerse en movimiento para hacer frente al vil gladiador. Licinio Craso volvió por la honra del pueblo romano. Dispersos y puestos en fuga los enemigos (¡vergüenza causa darles tal nombre!), se refugiaron en las extre-

midades de Italia. Acosados en el ángulo formado por el Brucio, se propusieron huir á Sicilia, mas carecían de naves; intentaron en vano lanzarse en el rápido curso del estrecho valiéndose de balsas formadas con mimbres y toneles entrelazados con juncos, y siendo vano su empeño encontraron una muerte digna de valientes lanzándose sobre los Romanos y peleando sin cuartel, cual convenia á soldados de un gladiador. El mismo Espartaco murió, puesto á la cabeza de los suyos, combatiendo esforzadamente como si fuera un general.

CAPÍTULO XXI.

Tan solo faltaba, para colmo de las desdichas que afligían al pueblo romano, que contra sí mismo suscitara una guerra parricida, y que en la ciudad y en el Foro, cual en la arena, lucharan unos con otros los ciudadanos, como si fuesen gladiadores. Mi indignación no sería tan grande si los que produjeron lucha tan criminal hubieran sido jefes plebeyos ó nobles despreciables. Mas ¡oh vergüenza! generales tan notables y esclarecidos en su siglo como Sila y Mario mancharon su prestigio con semejante atentado.

Bajo la influencia de tres diferentes astros, si así podemos hablar, se desarrollaron estas borrascas. En un principio, más que verdadera guerra, se produjo un ligero y débil tumulto, en el que la barbarie de los jefes se ejerció entre ellos mismos: no muy tarde, la victoria, de un modo cruel y sanguinario, se ensañó dentro del mismo Senado (108). Por fin, el furor que anima no sólo á los partidos, sino á encarnizados enemigos, creció de tal manera, que buscó apoyo en

toda Italia, y no cesó el encono hasta que faltaron víctimas que inmolar.

El principio y causa de esta guerra fué debido á la inconcebible sed de honores que impelió á Mario á solicitar, por una moción de Sulpicio, el gobierno de la provincia que se había adjudicado á Sila. Enojado con la afrenta, se rodeó con presteza de sus legionarios, y suspendiendo la guerra con Mitrídates, introduce en Roma por las puertas Esquilina y Colina, su ejército dividido en dos porciones. Sin deliberación Sulpicio y Alvinobano opusieron las turbas á las legiones, arrojando sobre éstas, desde todos los puntos elevados, maderos, piedras y dardos. Sila, mandando disparar dardos incendiados, se abrió paso y se posesionó, como de un prisionero, de aquel Capitolio que se había librado de las manos de los Cartagineses y de los Galos Senones.

Declarados enemigos de la patria por un decreto del Senado los adversarios de Sila, se dió muerte legalmente al tribuno Sulpicio (109), que había permanecido en Roma, y á otros varios de su misma facción. Mario se puso á salvo disfrazado de esclavo. La suerte le reservaba para otra campaña.

Bajo el consulado de Cornelio Cinna y de Cneo Octavio se reanimó aquel fuego mal extinguido, por la discordia promovida entre los dos cónsules al presentarse ante el pueblo la aprobación de una ley por la cual se levantaba el destierro á todos los que, como enemigos de la República, fueron juzgados por el Senado. La Asamblea fué atacada por fuerza armada; mas obtenido el triunfo por los amantes de la paz y el sosiego, Cinna huye de Roma y se reúne con sus adictos.

Mario volvía del Africa engrandecido por la desgracia: la prisión, las cadenas, la fuga y el destie-

rro daban á su dignidad cierto aspecto de terror.

A su solo nombre acuden de todas partes. Mas ¡oh conducta criminal! se arma á los esclavos, se abren las puertas de las prisiones, y el desventurado general encuentra fácilmente un ejército. Reclamando con la fuerza la patria de que violentamente fuera expulsado, hubiera podido creerse que obraba en justicia á no haber desacreditado su causa con la crueldad. Mario vuelve irritado con los Dioses y los hombres: Ostia, cliente y como nodriza de Roma, es saqueada con crueldad, y penetra repentinamente en la ciudad con cuatro ejércitos; pues dividieron sus fuerzas Cinna, Mario, Carbón y Sertorio.

Desalojado del Janículo todo el ejército de Octavio, y dada la señal para exterminar á los caudillos, ensañase Mario en Roma más que si se tratara de una ciudad cimbria ó cartaginesa.

La cabeza de Octavio se expuso en las tribunas; la del cónsul Antonio en la mesa del mismo Mario. Los dos Césares son muertos por Fimbria al pie de sus dioses Penates, y Craso, padre é hijo, mueren á la vista uno de otro.

Los garfios de los verdugos arrastraron por medio del Foro á Bebio y Numitorio, y Cátulo se asfixia aspirando el humo del carbón para no servir de ludibrio al enemigo. Mérula, flamin de Júpiter, abre sus venas en el Capitolio, y la sangre salpica la faz del mismo Dios. Anchario pereció en presencia de Mario por no haber tendido éste su fatal mano al que le saludaba (110).

Con la muerte de tantos senadores se invistió Mario por séptima vez con la púrpura, ocupando el poder desde las calendas á los idus de Enero. ¿Qué hubiera acontecido si hubiera terminado el año de su consulado? (111).

Siendo cónsules Escipión y Norbano estalló en todo su furor la tercera tormenta de la guerra civil.

La facción de Mario tenía en armas ocho legiones y quinientas cohortes, y Sila regresaba apresuradamente del Asia al frente de un ejército victorioso. ¿Qué crueldad no debiera desplegar Sila para vengarse de Mario, que tanto se había ensañado con sus parciales?

El primer encuentro tuvo lugar junto á Capua, á orillas del Volturno. En él fueron deshechas las tropas de Norbano, y Escipión pierde las suyas engañado con la esperanza de ajustar la paz.

Los cónsules Mario el joven y Carbón, desesperanzados de obtener el triunfo, pero no queriendo morir sin venganza, preparaban sus funerales derramando la sangre de los senadores. La Curia fué invadida, y cuantos habían de morir degollados eran sacados del Senado como de una prisión. ¿Qué asesinatos se realizaron en el Foro, en el Circo y dentro de los mismos templos!

Quinto Mucio Escévola murió abrazado al altar de Vesta, faltando poco para que el mismo fuego le sirviera de sepultura.

Lamponio y Telesino, capitanes de los Samnitas, talaban la Campania y la Etruria con más furor que Pirro y Aníbal, vengándose de tal modo bajo pretexto de auxiliar á un partido.

En *Puerto Sagrado* (112), y junto á la puerta Colina, fueron vencidos los ejércitos enemigos: en aquél Mario; en ésta Telesino.

Las crueldades no terminaron con la guerra: los aceros se desnudaron durante la paz contra los que voluntariamente se rindieron.

En ley de guerra dió Sila muerte en *Puerto Sagrado* á más de setenta mil hombres; mas ¿no fué una cruel-

dad ordenar, en plena paz, que fueran degollados en un edificio público (113) cuatro mil indefensos ciudadanos que voluntariamente se habían entregado? ¿Quién será capaz de enumerar los que perecieron en la ciudad á impulso del odio particular, hasta que Fufidio aconsejó á Sila que dejase con vida á algunos ciudadanos para tener sobre quién ejercer su imperio? Entonces pudo verse aquella larga lista que contenía los nombres de dos mil romanos elegidos de entre lo más selecto del orden ecuestre y del Senado, y á quienes se condenaba á morir por semejante edicto, nuevo en su clase.

Vergüenza da, después de esto, hacer mención de los horrores y ultrajes cometidos con Carbón, con el pretor Sorano y con Venuleyo. Hablaré de Bebio, que fué despedazado, no por el hierro, sino por las manos de sus mismos asesinos cual si fueran bestias feroces; y de Mario, hermano del General, que sin ojos, sin manos y sin piernas, se le dejó junto á la tumba de Cátulo para que la vida, digámoslo así, se escapara por cada uno de sus miembros.

Abandonados los suplicios de los particulares, vendieron públicamente ciudades tan esclarecidas como Espoleto, Interanio, Preneste y Florencia. En cuanto á Sulmona, antigua amiga y aliada de Roma, Sila, antes de ocuparla por el asalto, la exige, cometiendo un horrible atentado, rehenes que condena á muerte y envía á la ciudad, anunciándola de este modo la sentencia de su destrucción.

CAPÍTULO XXII.

¿Qué otra cosa fué la guerra Sertoriana sino herencia legada por las proscripciones de Sila? Dudo si he de apellidar á esta guerra civil ó extranjera; pues si bien la sostuvieron los Celtíberos y Lusitanos, fué dirigida por un general romano.

Huyendo en el destierro de las crueles proscripciones, Sertorio, hombre de heroico pero de funesto valor, llenó con sus infortunios el mar y la tierra. Intentó fortuna en África y en las Baleares, y lanzándose al Océano, llegó hasta las islas Afortunadas (114), poniendo por fin en armas á toda España. Jamás el valor de los Españoles rayó tan alto como en esta ocasión en que fueron capitaneados por un jefe romano: bien que fácilmente se entienden entre sí los hombres de corazón.

No creyendo Sertorio suficiente el apoyo que España le prestaba, buscó la alianza de Mitrídates y los pueblos del Ponto, ayudando al Monarca con una escuadra. ¿Qué males surgirían en pos de semejante alianza?... Roma no podía hacer frente á enemigo tan poderoso con un solo general; así fué que á Metelo unió á Cneo Pompeyo. Ambos quebrantaron las fuerzas de Sertorio en repetidos combates, pero sin llegar á un resultado definitivo; sucumbiendo aquél no á impulso de nuestras armas sino por el crimen y traición de los suyos. Nuestros generales persiguieron sus ejércitos casi por toda España, los debilitaron en repetidas batallas, pero ninguna de ellas fué decisiva.

Los lugartenientes de una y otra parte inauguraron la campaña, Domicio y Torio por la de Roma, y

por la de Sertorio los dos Herculeyos: éstos fueron derrotados cerca de Segovia; aquéllos junto á el Anas. Los mismos jefes midieron sus fuerzas, experimentando igual suerte cerca de Laurón (115) y de Sucrón (116).

Aquéllos talaban los campos; éstos destruían las ciudades, y en tanto la infeliz España sufría todo el peso de la animosidad de los generales romanos.

Por fin Sertorio fué víctima de la traición de los suyos; Perpena, vencido y entregado, y las mismas ciudades se sometieron al poder de Roma, tales como Huesca, Termes (117), Tucia, Valencia, Auxima (118) y Calahorra (119), después de sufrir los rigores del hambre. Sólo así pudo pacificarse España.

Los jefes, con el fin de recibir los honores del triunfo, dieron en llamar extranjera á esta guerra, en vez de civil.

CAPÍTULO XXIII.

Bajo el consulado de Lépido y Quinto Cátulo se suscitó una nueva guerra civil, que fué ahogada en su mismo nacimiento. ¡Cuán grande fué la propagación del incendio producido por las discordias de Sila!

Lépido, ávido de innovaciones, pretendió abolir los actos de aquel hombre extraordinario: deseo nada injusto si se hubiera podido realizar sin detrimento de la República. Sila, amparado por el derecho de la guerra, había proscrito á sus enemigos; y Lépido, levantando el destierro á los que de aquéllos sobrevivieron, ¿qué otra cosa hacía sino llamarles á empuñar las armas? Los bienes que pertenecieron á los ciudadanos expatriados habían sido injusta pero le-

galmente repartidos por Sila. Ahora bien: pedir su restitución, no era más que perturbar el Estado con nuevas disposiciones. Necesitaba aquella República, enferma y herida, la paz á toda costa, pues el remedio podía renovar sus llagas.

Después de alarmar á los ciudadanos con tumultuosas arengas, cuyos ecos resonaron como clarín de combate, Lépido marchó á la Etruria, levantó un ejército y se dirigió á Roma. Lutacio, Cátulo y Cneo Pompeyo, jefes del partido de Sila, cuyo nombre enarbolaron como bandera, ocuparon con otro ejército el puente Milvio y el monte Janículo. Rechazado Lépido en el primer encuentro, y declarado enemigo por el Senado, regresó á Etruria, y no queriendo derramar sangre, pasó á Cerdeña, donde enfermó y murió agobiado por la dolencia y el pesar. Los vencedores (ejemplo único en las luchas civiles) se satisficieron con haber restablecido la paz.

LIBRO CUARTO.

CAPÍTULO PRIMERO.

La lujuria primero, la consiguiente pérdida de su patrimonio después, y la propicia ocasión de hallarse guerreando los ejércitos romanos en las extremidades del mundo, impulsaron á Catilina á tomar la criminal determinación de perder su patria. Para elló intentó acometer la empresa de acabar con el Senado, asesinar á los cónsules (1), incendiar la ciudad, saquear el erario; en una palabra, conmover por sus bases la República, llegando aún más allá de lo que Aníbal se propusiera. ¿Y quiénes fueron ¡grandes dioses! los cómplices de su atentado? Verdad es que pertenecía Catilina al orden patricio; pero nada valía esto ante los nombres de Curio, Porcio, Sila, Cetego, Autronio (2), Vargunteyo y Longino: ¡qué gentes! ¡y qué honra de Senadores! Hasta el pretor Léntulo tomó parte muy activa en la conspiración. Catilina dispuso de todos como de cruelísimos satélites de su maldad.

El vínculo que unió á los conjurados fué la sangre humana que bebieron, circulando de mano en mano la copa en que estaba contenida. Semejante acto hu-

biera constituido el colmo de la maldad, á no ser más infame el motivo que le diera origen. Sucumbido hubiera tan hermoso Imperio, si la conjuración se fraguara en otro consulado que en el de Cicerón y Antonio. Aquella descubrió con su talento: éste la reprimió con su espada. El primer indicio se tuvo por Fulvia, vil ramera, pero que no tomó parte en el complot parricida. Reunido el Senado, Cicerón acusó al culpable en su misma presencia, no logrando otra cosa por medio de su arenga que ahuyentar al enemigo y que lanzara aquella amenaza de que «sólo la ruina de la República extinguiría el incendio por él suscitado» (3). Él mismo tomó el mando del ejército que Manlio organizó en Etruria, con ánimo de llevar las banderas de la rebelión hasta las puertas de Roma.

Poseído Léntulo de que los versos de la Sibila auguraban que el poder de Roma llegaría á manos de su familia (4), prepara en toda la ciudad, para el día señalado por Catilina, las armas, las teas y los conjurados. No contento con la sedición interior, solicita el concurso de los Alobroges por sus embajadores que por casualidad allí se encontraban. El furor de la guerra se hubiera extendido al otro lado de los Alpes, si Vulturcio, por una segunda defección, no entregara las cartas del pretor. Los bárbaros fueron al punto apresados por mandato de Cicerón. El pretor fué convicto de traición en el Senado. Al deliberarse acerca del castigo merecido, César se inclina á la piedad, habida consideración á la dignidad de los reos; Catón, al rigor, teniendo presente la deformidad del delito (5). Conformes todos con tal parecer, los parricidas fueron estrangulados en la prisión. Aun cuando en parte fué la conjuración reprimida, no por ello desistió Catilina de su empeño. Desplegado en el centro de la Etruria el estandarte de la rebelión, dirigíase á Roma;

pero fué derrotado por el ejército de Antonio que le salió al encuentro. El resultado demostró el esfuerzo con que se peleó. Ningún enemigo sobrevivió al combate; cada cual después de muerto cubría con su cuerpo el mismo lugar que había ocupado durante la pelea. Á Catilina se le encontró distante de los suyos y confundido entre los cadáveres de sus enemigos. ¡Muerte gloriosa si hubiera sucumbido por la patria!

CAPÍTULO II.

Pacificado casi por completo el universo, el Imperio romano se hizo tan poderoso que, no existiendo fuerza alguna extraña capaz de aniquilarle, la fortuna, envidiosa del pueblo-rey, le armó contra sí mismo para su ruina.

El furor de Mario y Cinna parece como que preludió (6) y ensayó dentro de Roma la guerra civil: á mayor distancia dejó oír su estampido la tormenta suscitada por Sila, si bien dentro de los límites de Italia; mas la ira de César y Pompeyo se extendió como un diluvio é incendio á Roma, Italia, los pueblos, las naciones; en fin por donde quiera que el Imperio se extendía. Propiamente hablando, no podemos llamar á esta guerra ni civil, ni social, ni extranjera; pues es un conjunto de todas éstas, y algo más que una guerra (7).

Si consideras quiénes fueron sus jefes, hallarás que todo el Senado tomó parte en ella: si los ejércitos de que dispuso, once legiones peleaban al lado de César y diez y ocho siguieron á Pompeyo; toda la flor, todo el vigor de la sangre italiana. ¿Qué auxilios prestaron los aliados? Allí se encontraba lo más escogido de la

Galia y de la Germania; aquí peleaban Deyorato, Ariobarzanes, Tarcondimoto, Coto; todas las fuerzas de la Tracia, Capadocia, Cilicia, Macedonia, Grecia, Etolia... todo el Oriente. Cuatro años duró la guerra, corto tiempo si se compara con la extensión de sus desastres (8).

¿Quieres saber en qué lugares y países se desarrolló? Nació en la Italia; de aquí pasó á la Galia y la España; y abandonando el Occidente, dejó sentir todo el peso de sus fuerzas sobre Tesalia y Epiro. Se trasladó súbitamente á Egipto, amenazó el Asia, se arraigó en África, y por último, replegándose en España, se extinguió.

Los odios de partido no terminaron con la guerra, ni se aplacaron hasta que los vencidos saciaron su encono dando muerte al vencedor en la misma ciudad y en pleno Senado.

La causa de tanta desgracia fué la misma que produjo los males del pueblo romano: su excesiva prosperidad (9).

Como bajo el consulado de Quinto Metelo y de Lucio Afranio resplandeciera por todo el mundo la majestad del Imperio, y Roma cantara en los teatros de Pompeyo los triunfos del Ponto y de la Armenia, todo esto, unido á la preponderancia de aquél, suscitó, como de costumbre, la envidia de los ciudadanos ociosos.

Metelo, que veía eclipsarse la gloria que adquirió en Creta, y Catón, receloso (10) siempre de los poderosos, no cesaban de oponérsele y censurar sus actos. Resentido con esta conducta, Pompeyo dió albergue en su pecho á torcidos proyectos (11), y procuró por todos los medios defender su posición.

A la sazón brillaba Craso por su nacimiento, dignidad y riqueza, ventajas que se esforzaba por aumen-

tar (12); alentaba á César su valor, elocuencia y el consulado que recientemente había obtenido; mas Pompeyo se levantaba sobre uno y otro.

Deseando César adquirir prestigio, Craso acrecentarle, y conservar el suyo Pompeyo, y todos tres ocupar el poder, llegaron fácilmente á común acuerdo para distribuirse el mando de la República. Guiados por el medro personal, se prestaron mutuo auxilio con sus respectivas fuerzas, y César ocupó el gobierno de las Galias, Craso el de Asia y Pompeyo el de España, teniendo bajo sus órdenes tres grandes ejércitos: por semejante alianza el imperio del orbe pasó á manos de estos grandes hombres. Su poder duró diez años. El temor era el único vínculo que los unía. Así fué que, muerto Craso en guerra con los Partos y muerta Julia, hija de César, casada con Pompeyo, matrimonio que mantenía la concordia entre yerno y suegro, la emulación estalló súbitamente.

Pompeyo sospechaba del crédito de César, y César no sufría la grandeza de Pompeyo: ni éste soportaba igual, ni aquél consentía superior. ¡Oh criminal conducta! ambos aspiraban á la hegemonía, como si la fortuna de tan colosal Imperio no fuera suficiente para los dos (13).

Suelto el primer lazo que contenía esta conjuración contra la República bajo el consulado de Léntulo y Marcelo, el Senado, esto es, Pompeyo, trataba dar á César un sucesor (14). No lo rehusaba éste, siempre que en cuenta se le tuviera en los próximos comicios. Se le negaba simuladamente el consulado, que estando ausente, y no hacía mucho, se le había otorgado por diez tribunos, gracias al favor del mismo Pompeyo. Queríase que, siguiendo una antigua costumbre, viniera él mismo en persona á solicitarle. A estas pretensiones oponía el decreto que se expidió en

su favor (15), diciendo: «que no licenciaria el ejército si aquél no era fielmente cumplido.» Conocida su actitud, fué declarado enemigo de la patria. César, ofendido, resolvió sustentar con las armas en la mano lo que con las armas adquiriera. Italia fué el primer teatro de la guerra civil, cuyas plazas fuertes ocupó Pompeyo con escasas guarniciones; todas cedieron al brusco ímpetu de César. En Rimini se dejaron escuchar los primeros sonidos de la militar trompeta. Libón fué arrojado de la Etruria, Termo de la Umbría y Domicio de Corfinio (16). Terminado hubiera la guerra sin efusión de sangre, con tal que César aprisionara á Pompeyo en Brundusio (17), recientemente sitiada; mas éste escapó durante la noche, franqueando los diques que debían cerrar el puerto. ¡Vergüenza inaudita! el que poco ha era el primero de los senadores, árbitro de la paz y de la guerra, huía por el mismo mar en que había obtenido sus victorias, á bordo de una rota y casi desarbolada nave. No bien hubo Pompeyo salido de Italia, cuando ya el Senado abandonó á Roma. César penetró en la ciudad, que ante el temor de su aproximación quedó casi desierta, y se nombro cónsul. Resistiéndose los tribunos á entregar el erario sagrado, forzó sus puertas, y antes que del poder se posesionó del censo y del patrimonio del pueblo romano.

Después de la expulsión y fuga de Pompeyo, antes que en perseguirle pensó César en organizar los asuntos de las provincias. Envioó sus lugartenientes á Sicilia y Cerdeña con el objeto de asegurar las subsistencias.

Ningún temor podía inspirarle la Galia, que él mismo había pacificado: sólo Marsella osó cerrarle las puertas en ocasión de verse obligado á pasar por ella para combatir los ejércitos que en España tenía Pom-

peyo. La desdichada, codiciosa de la paz, dió en la guerra por huir de ella. Estaba defendida por fuerte muralla, y César dió orden para que fuera sometida durante su ausencia. La ciudad que á pesar de su origen helénico no conocía la negligencia, se atrevió á romper el cerco, incendiar las máquinas de guerra y pelear en el mar; mas Bruto, á quien se encomendó la dirección de esta campaña, sujetó á los Marsiliotas, venciénolos por mar y por tierra. Una vez rendidos, todo les fué arrebatado, menos la libertad, prenda para ellos de grande estima.

Cruel, varia y dudosa en su éxito se presentaba en España la guerra con Petreyo y Afranio, lugartenientes de Cneo Pompeyo. César intentó sitiarnos en el mismo campamento que tenían constituido cerca de Ilerda (18), junto al río Sícoris (19), y cerrarles las comunicaciones con la ciudad. En estas operaciones las lluvias de la primavera aumentaron el caudal del río, interceptando la llegada de los convoyes. El hambre se dejó sentir en el campamento, y César, de sitiador se convirtió en sitiado. Mas luego que el río volvió á su cauce, dejando abiertos los campos á los combates y las escursiones, César los atacó con más energía, persiguiéndoles en su retirada hasta la Celtiberia, donde, encerrados entre estacadas y trincheras, les obligó á capitular antes de experimentar los horrores de la sed.

De este modo fué subyugada la España citerior, corriendo, no mucho después, la ulterior idéntica suerte. ¿Qué podía hacer de provecho una sola legión después que cinco sucumbieron? (20). Así que Barrón hubo cedido voluntariamente de su empeño, Cádiz, el Estrecho, el Océano, todo, en fin, siguió fácilmente la buena estrella de César (21). Sin embargo, durante su ausencia, parece que la fortuna le fué

de intento algún tanto adversa en Iliria y África para que los reveses hicieran resaltar aún más su prosperidad.

Habiendo recibido Dolabela y Antonio orden de ocupar las entradas del Adriático, aquél colocó sus reales en las costas de Iliria, éste en el litoral de Curicta (22). Dueño Pompeyo de todo el mar, su lugarteniente Octavio Libo cercó á uno y otro con grandes fuerzas navales. Sólo el hambre hizo que Antonio se rindiera.

Las barcas que á falta de navíos despachó Basilio en auxilio de aquél, fueron aprisionadas como en una red por los cables que los diestros Cilicios, partidarios de Pompeyo, tendieron bajo el mar. Dos de las barcas fueron deshechas por la corriente, y otra, que á bordo conducía á los de Opitergio (23), encalló en la arena y pereció, dejando un glorioso recuerdo á la posteridad. Los mil jóvenes escasos que la tripulaban, rodeados por todo un ejército, sostuvieron por espacio de un día los asaltos de que fueron objeto, hasta que, viendo la inutilidad de sus heroicos esfuerzos y siguiendo los consejos del tribuno Voltego, antes que rendirse, prefirieron darse muerte los unos á los otros.

En Africa corrieron parejas el valor y la desgracia de Curión. Enviado para recobrar esta provincia, venció á Varo, y engreído con su persecución fué sorprendido por el rey Juba, no siéndole posible sostener el empuje de la caballería mauritana. La derrota le dejaba francas las puertas de la retirada; mas el honor le aconsejó morir al frente del ejército cuyo desastre había causado su temeridad (24).

Mas la fortuna exigía ya la presencia de dos atletas en la arena. Pompeyo eligió el Epiro como teatro de la guerra; César no se hizo esperar. Una vez que hubo ordenado cuanto en pos de sí dejaba, lánzase á cam-

pañá á través de las tormentas, y despreciando todos los obstáculos que le oponían los rigores del invierno, coloca sus reales cerca de Orico (25). Como demorara su arribo una parte del ejército, que por falta de navíos dejara en Brindis á las órdenes de Antonio, impaciente con el deseo de dar vista á sus soldados, penetra durante una noche oscura en el mar, agitado por los vientos, intentando pasarle sólo en un frágil esquife. Conocidas son las palabras que dirigió al piloto, trémulo ante peligro tan eminente: «¿Por qué temes? César va contigo.»

Reuniéronse por fin todas las fuerzas que estaban esparcidas, y se colocaron los campamentos uno frente á otro; pero los planes de ambos capitanes eran distintos. César, fogoso por naturaleza, y deseando terminar su empresa, presenta la batalla á Pompeyo, le provoca é irrita, ora sitiando sus campamentos con una empalizada de diez y seis millas de extensión (mas ¿qué cuidado podía darles á los pompeyanos por tal bloqueo, cuando tenían abierto el mar, recibiendo por él todo género de socorros?); ora atacando sin éxito alguno á Dirrachio (26), inexpugnable por su misma situación; ya combatiendo frecuentemente á los enemigos en sus salidas, brillando en semejantes encuentros el valor del centurión Sceva, en cuyo escudo se clavaron ciento veinte dardos; cuándo por fin saqueando y destruyendo las ciudades aliadas de Pompeyo, tales como Orico, Gomphos (27) y otras fortalezas de Tesalia.

Pompeyo, siguiendo opuesta conducta, difería el combate y trastornaba los planes de sus adversarios para que, encerrados éstos por todas partes, desmayaran (28) ante la escasez de víveres y languideciera el ímpetu del fogoso capitán.

No pudo Pompeyo aprovecharse largo tiempo de

las ventajas que tan acertado plan le ofrecía: echáronle en cara los soldados su inacción; los aliados su morosidad; y los jefes sus miras ambiciosas. Impelido por tales exigencias, eligió la Tesalia como teatro de la guerra, y en los llanos de Filipos (29) se jugó la suerte de Roma, del imperio y del género humano. Jamás vió la Fortuna que Roma reuniera en un solo lugar tanta grandeza y tan poderosos ejércitos (30). Más de trescientos mil hombres encontrábanse frente á frente de una y otra parte, sin contar los ejércitos auxiliares de los reyes y de los pueblos aliados. Ninguna catástrofe se vió precedida de tan patentes prodigios: huyeron las víctimas; las abejas se posaron en las banderas; sombras tenebrosas oscurecieron el día, y el mismo Pompeyo, trasportado en sueños durante la noche, escuchó en su teatro resonar en torno suyo aplausos que tenían algo de siniestro, viéndosele de mañana (¡presagio funesto!) en medio de la plaza de armas de su campamento, cubierto con la toga de luto.

En ninguna ocasión mostró el ejército de César tanto valor y alborozo: en sus filas se dió la primera señal de pelea, y de ellas salieron los primeros tiros. Notable se hizo la lanza de Crastino, inaugurador del combate: bien pronto se le encontró entre los cadáveres con una espada atravesada por la boca, poniendo de manifiesto herida tan extraña el encarnizamiento y furor con que había peleado.

No menos admirable que el principio fué el resultado de la batalla. Confiado Pompeyo en su numerosa caballería, creyó envolver á César; mas él mismo se vió rodeado. Largo tiempo hacía que se peleaba con igual fortuna; la caballería se desplegó por mandato de Pompeyo y cayó sobre el ala enemiga que tenía á su frente; mas á una señal repentina, las co-

hortes de los Germanos atacaron con tal ímpetu á los esparcidos jinetes, que no parecía sino que éstos eran infantes y que aquéllos peleaban á caballo. Al destrozo causado en la caballería siguió la derrota de las tropas ligeras. Esparcido por do quiera el terror é introducida la confusión en el ejército, el desastre apareció cual si hubiera sido ocasionado por un solo brazo. La misma grandeza del ejército de Pompeyo contribuyó á su ruina.

César se multiplicó en esta jornada, combatiendo ora como general, ya como simple soldado.

Dos frases pronunciadas al recorrer sus filas á caballo llegaron hasta nosotros: la una cruel, pero atinada y eficaz para obtener la victoria: «Herid al enemigo en el rostro;» la otra jactanciosa, pues al exclamar: «Perdonad á los ciudadanos,» él mismo les iba dando alcance.

Por dichoso se hubiera tenido Pompeyo en medio de sus infortunios, si hubiera corrido la misma suerte que cupo á su ejército. Sobrevivió á su grandeza para huir vergonzosamente á caballo por los valles de la Tesalia y refugiarse en Lesbos (31), conducido por frágil barquilla; para ser arrojado á Syedra (32), pedrada roca en el desierto de Cilicia, y deliberar si encaminaría sus fugitivos pasos á Partia, Africa ó Egipto; muriendo por fin asesinado, ante la vista de su mujer y de sus hijos, en Pelusio (33), por orden dictada, á instigación de los eunucos, por el más vil de los reyes, y, lo que aun es más triste, ejecutada por la espada de Septimio, desertor de sus filas.

¿Quién no hubiera dado por terminada la guerra con la muerte de Pompeyo? Y sin embargo, de las cenizas de Thesalia surgió un incendio más terrible y vehemente que el anterior. El Egipto, sin haber tomado partido en favor de Pompeyo, hizo la guerra á

César. Tolomeo, rey de Alejandría, cometió el mayor de los crímenes de la guerra civil y sancionó su amistad y alianza con César, entregándole como garantía la cabeza de Pompeyo.

No tardó en presentársele al hado ocasión de satisfacer á los manes de tan esclarecido varón. Cleopatra, hermana del Rey, se arrojó á las plantas de César reclamando la parte que del reino la correspondía.

Todo hablaba en su favor: la hermosura, que acrecía en proporciones bajo la apariencia del ultraje, y el odio que inspiraba el Monarca egipcio, que asesinó á Pompeyo movido por la infausta suerte de su causa, no por la amistad de César, á quien también hubiera sacrificado en aras de su propio interés.

Tan luego como César ordenó que se adjudicara el reino á Cleopatra, vióse al punto cercado en su palacio por los mismos asesinos de Pompeyo. Heroicamente resistió con un puñado de hombres la acometida de un poderoso ejército. Rechazó primero el ataque de los enemigos pegando fuego á los edificios contiguos, al arsenal y al puerto; ganó luégo con suma prontitud la península de Faros (34), desde donde se arrojó al mar y llegó á nado con gran felicidad á bordo de su escuadra que á la vista se hallaba, desprendiéndose de su manto casualmente ó de intento para que sirviera de blanco á los disparos de arco y de honda dirigidos por sus enemigos. Unido á su tripulación, les atacó súbitamente por todas partes, logrando vengar á los *manes* de su yerno con la derrota de aquella gente villana. Teodoto, maestro del Rey y promovedor de la guerra, Potino y Ganimedes, verdaderos monstruos, vagaron fugitivos por mar y tierra hasta que al fin murieron. El cuerpo del Rey fué hallado sumergido en el lodo, y reconocido gracias á la coraza de oro que le cubría.

En Asia fué el Ponto teatro de nuevas revueltas, como si el destino reservado tuviera de intento al reino de Mitrídates, que el padre fuera vencido por Pompeyo y derrotado el hijo por César.

Confiado más en nuestras discordias que en su valor, Farnaces invadió con numerosas gentes la Capadocia (35); mas César, en una jornada—y no completa—le aniquiló, cual el rayo que en un solo instante cae, hiere y se disipa. Con verdad pudo decir César que venció al enemigo antes de verle (36).

Estos fueron los sucesos que tuvieron lugar con los pueblos extranjeros. En Africa tuvo César que pelear con sus conciudadanos con más crueldad que en Farsalia. El vendaval de la indignación arrojó sobre las costas africanas los restos del ejército de Pompeyo, ¿qué digo restos? todo un apresto militar.

Las fuerzas enemigas habían quedado más bien dispersas que aniquiladas (37), y el desastre de su jefe contribuyó á estrechar los vínculos que unían á sus partidarios. No faltaron capitanes dignos de tal empresa; los nombres de Escipión y Catón sustituyeron honrosamente al de Pompeyo.

Juba, rey de Mauritania, se les incorporó con sus tropas tan sólo para que César ensanchara el círculo de sus triunfos.

No en otra cosa se diferenciaron Tapsos (38) y Farsalia sino en que los cesarianos desplegaron en aquella mayor y más terrible ímpetu que en ésta, indignados al considerar que la guerra tomó mayores proporciones con la muerte de Pompeyo.

Contra toda costumbre, y anticipándose al mandato del General, las cornetas dieron por sí mismas la señal del ataque.

El estrago dió principio por Juba; sus elefantes, poco ha traídos de las selvas y no acostumbrados á

la guerra, se espantaron ante el repentino estruendo de los clarines, y el ejército se puso en precipitada huida: los jefes, si bien envueltos en la fuga no pudieron dar muestras de su valor, buscaron sin embargo una muerte honrosa.

Escipión, que encomendó su salvación á una nave, como fuera alcanzado por sus enemigos, se atravesó con la espada, y preguntándole uno de ellos dónde se encontraba el General, respondió: «El General está ya seguro.»

Juba se retiró á su palacio, y en una espléndida comida celebrada al siguiente día en unión de Petreio, su compañero de huida, y en medio del festín, le presentó el pecho desnudo para que le hiriera; aquél le mató, dándose después á sí mismo la muerte: de este modo la sangre del Monarca, mezclada con la del Romano, roció las viandas aun no consumidas en este fúnebre banquete.

Catón no tomó parte en la batalla; acampaba junto á Bágrada con el fin de proteger á Útica (39), que podía considerarse como la segunda llave del África. Conocedor de la derrota de los pompeyanos, sin temor alguno y hasta con la alegría propia de un sabio, llamó en su auxilio á la muerte. Después de abrazar á su hijo y sus amigos, y de leer durante la noche á la luz de una lámpara el libro de Platón, en que se prueba la inmortalidad del alma, descansó algunos instantes, y muy de mañana, desnudando la espada, hirió por dos veces su descubierto pecho. Los médicos se atrevieron con sus remedios á profanar las heridas de este gran hombre (40). Catón sufrió con paciencia sus cuidados á fin de que se retiraran; mas una vez que así lo hicieron, volvió á descubrir sus llagas, de las cuales manaba la sangre con abundancia, dejando metidas en ellas sus moribundas manos.

Con el mismo vigor cual si jamás se hubiera peleado, vuelve el partido vencido á tomar las armas, superando en esta contienda España al África tanto como creces llevó ésta á la Tesalia.

Favorecía extraordinariamente (41) al partido pompeyano tener dos jefes que eran hermanos: dos Pompeyos en lugar de uno; así es que no se conoció campaña tan sangrienta ni victoria tan disputada.

Inauguraron la lucha en la embocadura misma del Océano los lugartenientes Varo y Didio: no tanto entre sí cuanto con el mar tuvieron que combatir sus naves. Una tempestad deshizo ambas escuadras; como si el Océano se hubiera propuesto castigar la ira de los contendientes.

¡Qué horroroso espectáculo no sería ver luchar envueltos y á un mismo tiempo las olas, los vientos, los hombres, los buques y todos los pertrechos navales! (42). Completaba semejante cuadro lo espantoso del lugar: de un lado se veían las playas de España, y del otro las costas africanas que amenazaban unirse por su proximidad; los mares interior y exterior arrojaban ferviente espuma con el choque de sus aguas, y las columnas de Hércules se levantaban con aspecto amenazador. Por todos lados aparecía simultáneamente el furor de la guerra y de la tormenta.

Procedióse al punto por una y otra parte á sitiar de las ciudades, y estas infortunadas sufrieron por su alianza con Roma crueles castigos de los jefes de una y otra bandería. La última de las hazañas de César fué la batalla de Munda (43). Su buena suerte le abandonó algun tanto en esta ocasión; pues el combate fué dudoso y presentó por largo tiempo un aspecto alarmante. No sé qué era lo que la fortuna podía deliberar consigo misma (44). César se entristeció antes de inaugurarse la lucha; ya ante la consideración de

la humana fragilidad, ya porque la misma persistencia de su prosperidad se le hiciera sospechosa, ó bien porque le asaltara la idea de experimentar el fin de Pompeyo, puesto que como éste había llegado al colmo de la gloria.

En medio del combate, y después de hacer por una y otra parte iguales prodigios de valor, de repente (cosa que nadie recordó haber visto en ocasión alguna) reinó profundo silencio en lo más fogoso de la pelea y la carnicería, como si ambos ejércitos, animados de un mismo sentimiento, hubieran convenido en ello. Con asombro vió César que el cuerpo de veteranos perdía terreno, no obstante su valor demostrado en catorce años de campaña. Aun cuando los veteranos no huían, conocíase que era el pundonor el que les contenía, mas que su propio esfuerzo. César lanza impetuosamente su caballo á la primera línea de batalla; contiene á los que huyen y alienta á los que desfallecen con su mirada, su actitud y su palabra. Se asegura que en tan crítico momento cruzó por su mente la idea de la muerte y que en su rostro se reflejó el propósito del suicidio: le hubiera perpetrado, á no ser porque se tuvo por retirada la marcha de cinco legiones enemigas que destacó Labieno para socorrer su campamento seriamente amenazado. Sea que César participara de esta creencia ó que á fuer de experto militar sacara partido de ella, lo cierto fué que atacando al enemigo, como si realmente huyera, á la vez que levantó el ánimo de los suyos, abatió el de los contrarios; pues aquéllos creyéndose vencedores persiguen con empeño á los pompeyanos, y éstos en la inteligencia de que los suyos abandonan el campo se pronuncian en retirada.

Cuán numerosas fueron las pérdidas de los vencidos y hasta dónde rayó la ira y la rabia de los vence-

dores, puede apreciarse por el siguiente hecho. Como los fugitivos se refugiaron en Munda y ordenara César que fueran sitiados, se levantó una trinchera con montones de cadáveres clavados unos á otros con los mismos dardos y flechas que los habían atravesado. ¡Hecho afrentoso aun entre los mismos bárbaros!

Los hijos de Pompeyo desconfiaron conseguir la victoria. Cesonio alcanzó cerca de Laurón á Cneo, que herido en una pierna y fugitivo de la acción vagaba por lugares desiertos y extraviados; dióle muerte, no sin que se defendiera como el que aun no ha perdido la esperanza. El destino ocultó á Sexto en la Celtiberia, reservándole para nuevas guerras después de muerto César. Este regresó victorioso á su patria.

La Galia fué el objeto de su primer triunfo, y en él además del Rhin y del Ródano, se vió al Océano en la imagen de un cautivo esculpida en oro. El Egipto constituía el segundo lauro, y con este triunfo aparecieron las imágenes del Nilo, de Arsinoe y del mismo Pharo (45), que brillaba como con sus mismos fuegos. Objeto del tercero fueron Farnaces y el Ponto; y del cuarto, Juba, los Mauritanos y la España, por dos veces subyugada.

Entre los trofeos no se vieron ni á Farsalia, ni á Tapsos, ni á Munda; y sin embargo, ¡de cuánta mayor importancia no fueron estas victorias de que no triunfó!

Las armas cesaron por algún tiempo: la paz fué incruenta, y el vencedor compensó con su clemencia la crueldad de la guerra.

A nadie se arrebató la vida por orden suya, á excepción de Afranio, á quien una vez había otorgado el perdón, y á Fausto Sila, pues á César llegaron á inspirar recelo sus yernos (46), y á la hija de Pompeyo en

unión de los primos hermanos por parte de Sila, con el fin de asegurar en lo sucesivo la tranquilidad.

No se mostraron desconocidos á César sus conciudadanos; así fué que acumularon sobre su persona todo género de honores: cerca de los templos érigieron sus estatuas; se le autorizó para que se presentara en el teatro con la cabeza ceñida por una corona radiada; en el Senado se le concedió un puesto preeminente y fastigio en la morada; se dió su nombre á uno de los meses del año (47), agregándose á todas estas distinciones los títulos de *padre de la patria* y *dictador perpetuo*, y por último,—igóranse si con su aquiescencia,—el mismo Antonio le entregó en la tribuna las insignias de la autoridad real.

Todos estos honores parecían las galas con que se adornaba la víctima destinada al sacrificio. La clemencia de César no fué suficiente á calmar el odio de sus émulos, y la profusión de sus beneficios se convirtió en carga insoportable para los ciudadanos libres. No se dilató por mucho tiempo la hora fatal: Bruto y Casio en unión de otros senadores conspiraron contra su vida... ¡Oh fuerza incontrastable del hado! aun cuando se dejaron sentir los rumores de tan vasta conspiración, y César recibió un anónimo en que se le prevenía contra el peligro, y de cien víctimas sacrificadas, ni una dió un presagio favorable; sin embargo César se encaminó al Senado preocupado con la idea de realizar una expedición contra los Partos. Apenas tomó asiento en la silla curul, cuando asaltado por los senadores dió en tierra atravesado por veintitres puñaladas. De este modo regó con su sangre la sala del Senado, aquel hombre que había inundado el mundo con la de sus conciudadanos.

CAPÍTULO III.

Muertos César y Pompeyo, era de esperar que el pueblo romano volviera á su estado de primitiva libertad; y la hubiera ciertamente recuperado si Pompeyo no dejara hijos, ni César heredero, ó, lo que aun es más de lamentar, si Antonio, compañero de éste y émulo de su poder, no hubiera sobrevivido tan sólo para producir la agitación y encender la tea de la discordia en el siguiente siglo. El terror que por los mares esparció Sexto, reclamando la herencia paterna; la conmoción suscitada segunda vez en Tesalia por Octavio, con el fin de vengar la muerte de su padre, y el carácter inconstante de Antonio, indignado unas veces al ver á Octavio sucesor de César, y otras ávido del poder real por su amor á Cleopatra, redujeron á Roma á tal estado, que no pudo encontrar salvación más que en la servidumbre (48). Debió, no obstante, alegrarse de que en medio de tanta perturbación el supremo poder viniera á manos de Octavio César Augusto, quien, con su habilidad y talento, dió paz á la República, por doquiera revuelta y quebrantada. Imposible, á no dudarlo, hubiera sido acordar y unir fracciones tan opuestas, á no ser aquella regida por la voluntad de un solo hombre que fué como su alma y su cabeza (49).

Trasladado por la fortuna á manos de los Césares el poder de Roma, bajo el consulado de Marco Antonio y Publio Dolabela, produjéronse en la República varias y múltiples conmociones. Así como en la anual revolución celeste el cambio y movimiento de los astros se anuncia por el trueno y la tormenta, del

mismo modo la alteración de gobierno experimentada por Roma, ó, mejor dicho, por todo el mundo, hizo temblar por sus fundamentos al coloso del imperio agitado por todo género de trastornos y de guerras civiles así terrestres como navales.

CAPÍTULO IV.

El testamento de César fué el primitivo origen de los disturbios civiles. Irritado Antonio por la preferencia que á Octavio se concedía, hizo una guerra sin tregua á la adopción de éste. No viendo más que al joven de diez y ocho años, cuya tierna edad tan sólo le hacía apto para entregarse á la injusticia, y plenamente poseído del prestigio que le daba por haber sido compañero de armas de César, Antonio no perdonó medio de mermar con usurpaciones la herencia de Octavio, de perseguirle con ultrajes, de impedir, valiéndose de todo arte, su adopción en el seno de la familia Julia; y, por último, levantándose en armas para concluir con aquel joven, aprestó un ejército y sitió en la Galia Cisalpina á Décimo Bruto, que se oponía á sus proyectos.

César Octavio, que por su edad, las injurias de que era objeto y la dignidad de su nombre se había granjeado la estimación pública, llamó en rededor suyo á los veteranos, y siendo un simple ciudadano—¡quién lo creyera!—se atrevió á combatir al mismo Cónsul. Libró á Bruto del asedio de Módena, y cae en su poder el campamento de Antonio. Valiente apareció en esta jornada: herido y ensangrentado se le vió dirigirse al campamento llevando sobre sus hombros el águila que al morir le entregó un *porta-estandarte*.

CAPÍTULO V.

El pretexto de repartir entre los veteranos (50) los territorios que César les había asignado como recompensa por sus servicios en la milicia, produjo otra campaña. Fulvia, mujer de ánimo varonil, ciñéndose la espada, animaba á su esposo Antonio, cuyo corazón siempre propendía al mal.

Este álzase en armas por segunda vez, sublevando á los colonos que fueron despojados de sus campos. Declarado enemigo de la patria, no por los votos de unos cuantos particulares, sino por los de todo el Senado, es atacado por César; le encierra en los muros de Perusa, y reduciéndole á experimentar todos los horrores del hambre, le fuerza á rendirse á discreción.

CAPÍTULO VI.

Como si Antonio por sí solo no fuera un obstáculo para la paz y el Estado, se le asoció Lépido no de otro modo que la leña al fuego. ¿Qué resistencia podía oponer César (51) á dos ejércitos? Le fué necesario tomar parte en aquella cruel alianza. Miras diversas les movían. Lépido estaba agitado por la codicia, que pensaba saciar favorecido por la perturbación de la República: impulsaba á Antonio el deseo de vengarse de los que le declararon enemigo de la patria, y César sólo trataba de vengar la muerte de su padre, sacrificando á sus manes á Bruto y Casio. Tales fueron

las condiciones de la alianza celebrada por los tres jefes. En la confluencia de dos ríos, entre Perusa y Bolonia, se estrecharon las manos y se saludaron recíprocamente sus ejércitos.

Siguiendo un funesto ejemplo, formaron un triunvirato (52). Roma quedó oprimida bajo el peso de sus armas, y se renovaron las proscripciones á manera de las de Sila. La muerte de ciento cuarenta senadores fué el acto menos cruel de esta persecución. Los proscriptos, en su huída por todo el mundo, sufrieron una muerte afrentosa y sensible. ¿Quién podrá dolerse lo bastante de semejantes medidas? Antonio destierra á Lucio César, su tío materno, y Lépido á su hermano Lucio Paulo.

Por más que Roma estaba acostumbrada á ver clavadas en la tribuna las cabezas de los que eran asesinados, no pudo contener sus lágrimas al encontrarse con la de Cicerón en aquel mismo lugar que había constituido su gloria: la concurrencia para verle no fué menor que la que acudía á oír su elocuente palabra. Todas las víctimas estaban designadas de antemano en las listas formadas por Lépido y Antonio. En cuanto á César, se satisfizo con el castigo de los asesinos de su padre, y por justa se tuviera esta venganza, á no haber sido en demasía sangrienta.

CAPÍTULO VII.

Inmolado César, no parecía sino que Bruto y Casio arrojaron de Roma otro Tarquino, y sin embargo, la misma libertad que trataron de restablecer pereció con aquel atentado. Consumado el hecho, abandonaron la Curia y se acogieron al Capitolio, temiendo, no

sin motivo á los veteranos de César. No faltaba á éstos valor para vengar la muerte de su capitán, pero carecían de un jefe que les dirigiera.

Ante la consideración de que nuevos trastornos pudieran amenazar al Estado, no se pensó en la venganza, y el Cónsul publicó un decreto de amnistía. A pesar de esto, Bruto y Casio, no pudiendo soportar los testimonios de dolor dados por el pueblo ante la muerte de César, marcharon á la Siria y Macedonia, provincias cuyo gobierno les había aquél otorgado. Estas circunstancias hicieron, no que se abandonara, sino que se aplazara la venganza de la muerte de César.

Ordenados los asuntos de la República, no cual debieran, sino del modo que fué posible, y encargado Lépido de la custodia de Roma, César y Antonio marcharon contra Bruto y Casio. Éstos reunieron numerosas fuerzas y acamparon en el mismo sitio que fué tan funesto para Cneo Pompeyo. No lo ocultaron las evidentes señales precursoras del desastre que estaban próximos á sufrir. En derredor del campamento, cual sobre segura presa, se cernían las aves de rapiña acostumbradas á saciarse en los cadáveres; y al dirigirse ambos caudillos al campo de batalla, encontráronse con un Etiope, señal por demás infausta. Bruto, que á la luz de una lámpara se entregaba como de costumbre durante la noche á las meditaciones, vió levantarse ante sí un negro fantasma, y habiéndole preguntado quién era, le respondió: «Tu mal Genio;» desapareciendo repentinamente de la vista del atónito Bruto.

El vuelo de las aves y las entrañas de las víctimas presagiaron más favorablemente en el campamento de César (53); pero ningún vaticinio hubo tan notable como aquel en que el médico de César fué advertido en sueños para que sacara de los reales á su

caudillo, próximo á caer en manos de los enemigos, como así se verificó.

Empeñada la lucha, se combatió por algún tiempo con igual ardor, á pesar de no hallarse presente ninguno de los dos jefes: el uno se encontraba enfermo; al otro se lo impedían el temor y el desaliento. Indecisa estuvo la victoria en un principio, y las ventajas fueron iguales por una y otra parte, como lo demuestra el hecho de que fueron tomados los campamentos de César y de Casio.

¡Cuánto más poderosa es la suerte que el valor! y ¡qué verdaderas son las últimas palabras pronunciadas por el moribundo Bruto! «*El valor no es más que vana palabra.*» Un error dió la victoria á César. Observando Casio que el ala derecha de su ejército se replegaba, y que su caballería después de tomar el campamento enemigo regresaba precipitadamente, creyó que huía; entonces se posesionó de una altura, desde cuyo punto el polvo, el estrépito y la proximidad de la noche no le permitieron apreciar el hecho en su realidad, y uniéndose á todo esto la tardanza de un explorador por él enviado, se persuadió de que su causa estaba perdida y entregó la cabeza al filo de la espada de uno de los que le acompañaban. Faltó el ánimo á Bruto con la muerte de Casio, y fiel á la promesa que mutuamente se hicieron de no sobrevivir á la derrota, presentó su pecho á la espada de uno de sus compañeros de armas. ¿Quién no extrañará que hombres tan sabios no pusieran por sí mismo término á su existencia?

Tal vez se persuadirían de que no debían manchar sus manos con el suicidio, y que bastaba desearle para salvar sus almas encomendando á otros el crimen de su ejecución.

CAPÍTULO VIII.

Quitados de en medio los matadores de César, faltaba aún luchar con la familia de Pompeyo. Uno de sus hijos murió en España (54); el otro debió su salvación á la fuga, y una vez que hubo reunido los restos de aquella guerra desdichada y armó hasta los mismos esclavos, dominó la Cerdeña y la Sicilia y ocupó con su escuadra el Mediterráneo. ¡Oh, y cuán distinto del padre fué el hijo! aquél extinguió á los piratas Ciliicios; éste hizo causa común con ellos.

El joven Pompeyo sucumbió por completo en el estrecho de Sicilia bajo el peso abrumador de semejante guerra. A no haber después intentado empresa otra alguna, hubiera adquirido al morir el renombre de gran capitán; mas propio es de grandes caracteres no perder jamás la esperanza. Malograda aquella empresa, huyó dirigiendo su rumbo al Asia, donde vino á dar en las manos y cadenas de sus adversarios y, lo que es más afrentoso para un hombre esforzado, á morir bajo el golpe de un puñal asesino, preparado por sus mismos enemigos. Después de la de Jerjes, no se tiene noticia de otra fuga tan desastrosa como ésta: el que poco ha era dueño de trescientos cincuenta navíos huyó con seis ó siete, viéndose en la precisión de extinguir la luz de la nave pretoriana, de sepultar sus anillos en el mar (55) y de dirigir por do quiera inquietas é inciertas miradas, temiendo á cada instante la muerte.

CAPÍTULO IX.

Si bien es cierto que, muertos Bruto y Casio, César concluyó con el partido de Pompeyo y borró hasta su nombre con la catástrofe de Sexto, no lo es menos que aún nada había hecho en favor de la consolidación de la paz; pues dificultaba su afianzamiento Antonio, que era un escollo, un obstáculo, una rémora para la seguridad pública. Los vicios precipitaron su ruina, pues entregándose á los escesos de la ambición y la lujuria, sucumbió, librando de su terrible existencia, primero á sus enemigos; después á sus conciudadanos, y por último al mismo siglo en que vivía.

Enorgullecidos los Partos con la derrota de Casio, vieron con fruición las discordias civiles del pueblo romano. Dispuestos á no perder la primera ocasión que se les presentara, no dudaron en hacer armas contra nosotros, instigados por Lavieno, á quien Casio y Bruto, en medio del delirio de su crimen, enviaron para que reclamara el auxilio de los mismos enemigos de Roma.

Capitaneados por Pacoro, joven de estirpe regia, baten las fuerzas de Antonio, y su legado Saxa logra salvarse de las manos del enemigo cortando con su propia espada el hilo de su existencia. Arrebatada la Siria y vencedores los Partos á título de aliados (si bien lo fueron por sí mismos), el mal amenazaba tomar mayores proporciones, si Ventidio, otro de los lugartenientes de Antonio, por un evento increíble no hubiera destrozado las tropas de Lavieno, las del mismo Pacoro y toda la caballería de los Partos en el extenso llano comprendido entre el Orontes (56) y el Eúfrates.

Percieron más de veinte mil hombres; resultado que se debió á la pericia de nuestro General, pues habiendo simulado temer al enemigo, dejó que éste se aproximara al campamento, de tal suerte que no quedándole espacio suficiente para tender sus arcos, inutilizó por completo el empleo de sus dardos.

El Rey murió peleando esforzadamente; su cabeza fué paseada por las poblaciones rebeldes, y la Siria quedó subyugada sin derramamiento de sangre. Con la muerte de Pacoro quedó vengado el desastre de Craso.

CAPÍTULO X.

Después que Craso y Pacoro dieron de una y otra parte muestras de valor durante la guerra entre Partos y Romanos, admirándose mutuamente ambos pueblos, renovaron su alianza, firmándola el mismo Antonio con el Rey de los Partos. Pero, ¡oh vanidad del hombre! ávido este triunviro de nuevos títulos, y celoso porque bajo sus estatuas se escribieran los nombres del Araxis y del Eúfrates; sin causa, sin premeditación, sin el más pequeño pretexto para declarar la guerra, y como si el fraude encontrara carta de naturaleza en la estrategia de un caudillo, abandonó repentinamente la Siria y cayó sobre los Partos.

Esta gente astuta, confiada en sus armas, finge asombro y se retira á los llanos. Antonio, creyéndose vencedor, se engolfa en la persecución, hasta que al declinar la tarde un cuerpo no muy numeroso de enemigos cae á manera de una nube sobre nuestros soldados, fatigados por la marcha, y envuelve á dos legiones en las flechas lanzadas por todas partes. Pequeño

fué este contratiempo ante el inminente peligro que hubimos de correr al siguiente día, á no haberse compadecido los Dioses de nosotros. Un Romano que se libró del desastre sufrido por Craso se aproximó á caballo, vestido con el traje parto, á nuestro campo, y después de saludar en latín al General para inspirarle confianza, le avisó del peligro que le amenazaba, diciendo: «Que el Rey de los Partos se echaba encima con todo su ejército; que volviera sobre sus pasos y ganara la montaña, y que tal vez ni aun así evitaría el encuentro con el enemigo.» Gracias á este aviso, nuestras legiones experimentaron una persecución menos tenaz de lo que se esperaba: sin embargo, no pudieron evitar sus efectos, y el resto de nuestras fuerzas hubiera sido derrotado, si el soldado romano no recibiera la granizada de flechas que sobre ellos arrojó el enemigo, cayendo como por instinto de rodillas y cubriendo sus cuerpos con los escudos que entre sí formaban á manera de una tortuga. El Parto contuvo el arco; mas como los Romanos volvieran á levantarse, uno de aquellos bárbaros, asombrado ante aquel hecho extraordinario, les dijo á grandes voces: *«Marchad en paz, Romanos; no sin razón os apellida la fama vencedores de las naciones, pues habéis librado de las flechas de los Partos.»* No fué menor que el de los enemigos el desastre que las aguas causaron. La región que nuestro ejército atravesaba, perniciosa por su aridez, se hizo casi más funesta con la presencia de algunos ríos que contenían aguas ácido-saladas (57), y hasta las dulces fueron nocivas; pues nuestros exánimes soldados las bebieron nuevamente y con avidez. Los ardores de la Armenia, las nieves de la Capadocia y los cambios bruscos de temperatura en ambas regiones desarrollaron á modo de una epidemia. El ilustre caudillo Antonio se refugió en Siria con la tercera

parte escasa de diez y seis legiones, después de prescindir la división de su vajilla de plata bajo los golpes del hacha y de mandar á su gladiador, en varias ocasiones, que pusiera fin á sus días. Una vez á salvo, se mostró más que nunca altanero, como si hubiera vencido, él, que sólo consiguió á duras penas evadir la persecución enemiga.

CAPÍTULO XI.

El furor de Antonio, que no logró apagarse ante el resultado de su ambición, se extinguió con su lujo y liviandades. Detestando la guerra después de la expedición contra los Partos, pasó la vida en la ociosidad, y cautivado por su amor á Cleopatra, se arrojó en los brazos de esta reina como el que descansa después de obtenido el triunfo. Esta mujer egipcia éxigió al ebrio capitán, como precio de sus caricias, el imperio de Roma, y Antonio se lo prometió cual si fuera más hacedero sujetar al Romano que al Parto. Bien á las claras comenzó á preparar los medios para la consecución de su propósito: menospreció su patria, su reputación, su toga, sus fasces, y para complacer á aquel monstruo se olvidó de sus sentimientos, de su traje, y hasta de sí mismo. Empuñó un cetro de oro, ciñó el alfanje á su cintura, se cubrió con un ropaje de púrpura guarnecido de pedrería, y por fin colocó en sus sienes la diadema para gozar de la reina como si fuera un rey.

Tan pronto como se tuvo la primera noticia de este nuevo movimiento, César salió de Brindis en dirección al teatro de la guerra. Después de acampar en el

Epiro, rodeó con una formidable escuadra la isla y promontorio de Leuca y las extremidades del golfo Ambracio (58). Nuestras naves pasarían de cuatrocientas, no siendo menos de doscientas las del enemigo; pero esta inferioridad en número se compensaba con su magnitud: todas tenían de seis á nueve órdenes de remos, con una torre de muchos pisos, asemejándose á fortalezas ó ciudades flotantes; el mar gemía (59) bajo su peso, y el ímpetu del viento apenas si era suficiente para moverlas. La misma mole de esta escuadra fué causa de su ruina. Las naves de César no tenían más que de tres á seis bandas de remos, y estaban prontas á verificar cuantas operaciones reclamaba el servicio naval. Atacaban, retrocedían, giraban prontamente, y aproximándose varias á uno de aquellos pesados navíos é inhábiles para toda maniobra, le desbarataban sin gran esfuerzo con sus reiterados disparos, el choque de los espolones y el fuego que sobre él lanzaban.

Hasta que no se alcanzó la victoria no se formó idea de la grandeza de las fuerzas enemigas. Aquella inmensa escuadra deshecha en el combate, se esparció por todo el mar, y las olas, agitadas por los vientos, arrojaban sin cesar sobre las costas la púrpura y el oro, los despojos de los Arabes, de los Sabeos y de otras mil naciones de toda el Asia.

La Reina fué la iniciadora de la huída, pues ganó la primera la alta mar con su nave de áurea popa y vela de púrpura. Antonio huyó en pos de ella, mas César le siguió la pista. De nada le sirvió á aquél preparar su retirada por el Océano y reforzar las guarniciones de Paretonio (60) y Pelusium (61), promontorios del Egipto. Antonio se dió muerte con su espada. En vano intentó la Reina cautivar á César arrojándose á sus pies y dirigiéndole sus miradas. La belleza de

Cleopatra no venció la continencia del príncipe. No luchaba aquélla por salvar la vida que se le ofrecía, sino por conservar parte del reino. Persuadida de que nada podría recabar del César, y conociendo que se la conservaba para el día del triunfo, aprovechó un descuido de los que la custodiaban, y encerrándose en un mausoleo (nombre que dan los Egipcios á los sepulcros de sus reyes), se invistió según costumbre con magníficos ornamentos, y sentándose junto á su Antonio sobre perfumado solio, aplicó á sus venas varias serpientes, y espiró con muerte dulce semejante al sueño.

CAPÍTULO XII.

Tal fué el término que tuvieron las guerras civiles: en adelante Roma no tuvo que luchar más que con los pueblos extranjeros, los cuales, aprovechándose de las contiendas intestinas que desgarraban el Imperio, se levantaron en distintas partes del mundo. Recientemente se les había otorgado la paz; mas estos pueblos, orgullosos y no acostumbrados al freno de la servidumbre, intentaron sacudir el yugo que no hacía mucho se les impusiera. De entre todos mostráronse los más indomables hacia el Septentrión, los Nóricos (62), los Ilirios, Panonios (63), Dálmatas (64), Misios (65), Tracios y Dacios, Sármatas y Germanos.

Los Alpes y sus nieves alentaban á los Nóricos, como si la guerra no pudiera franquear sus montañas; mas César, por el esfuerzo de su hijastro Claudio Druso, pacificó todos los pueblos de esta comarca;

Brenos (66), Semnones (67) y Bindelicios (68). Puede formarse idea de la ferocidad de éstos por la que demostraron sus mujeres; pues careciendo de dardos que lanzar al enemigo, arrojaban sobre las cabezas de nuestros soldados á sus propios hijos, despues de haberlos estrellado contra el suelo.

Viven también los Ilirios al pie de los Alpes, rodeados de impetuosos torrentes, y custodian los profundos valles cual si fueran las fronteras de su país. El mismo César en persona dirigió contra aquellos la expedición, mandando tender puentes para atravesar los torrentes. Aterrado el ejército ante la impetuosidad de las aguas y el furor del enemigo, César arranca de las manos de un soldado, que se niega á subir, el escudo; lánzase el primero; sus soldados le siguen; el puente viene abajo con el peso de la multitud, y César es herido en las manos y las piernas; la sangre que le cubre y el peligro que le rodea le hacen aparecer más imponente y augusto: por fin castigó al enemigo en su retirada.

Al amparo de dos bosques y de los tres ríos Drave, Savo y Danubio, talaban los Panonios los territorios más cercanos, poniéndose después á buen recaudo con solo repasar las riberas de aquéllos. César encomendó á Tiberio la misión de sujetarlos; éste los batió en las mismas orillas de sus ríos, y no quemó las armas de los vencidos, según era costumbre, sino que las arrojó á la corriente de las aguas para que anunciaran la victoria á los demás pueblos que aun se resistían.

Los Dálmatas viven de ordinario en las selvas, de donde salen para entregarse al pillaje. Marcio los debilitó, incendiando á Delminio (69), su capital; Asinio Polión (segundo orador romano) (70), les despojó de sus campos, armas y ganados; por último, Vibio, por

orden de Augusto acabó de someterlos, obligando á esta raza salvaje á perforar la tierra y buscar el oro en sus entrañas; operación á que este pueblo, el más avaro de todos, se entregó con tan grande afán, como si le hubiera de conservar para destinarlo á su propio uso.

Horroriza pensar en la fiereza y espíritu sanguinario de los Misios, pueblo bárbaro entre los mismos bárbaros. Uno de sus capitanes, avanzando ante el ejército y después de reclamar silencio, se dirigió á los Romanos diciendo: «¿Quiénes sois vosotros?» á cuya pregunta se le contestó: «Somos los Romanos, señores del mundo.» Replicando aquél: «Lo seréis realmente si sois capaces de vencernos.» Marco Craso tomó el hecho como feliz presagio. Los enemigos, después de inmolar un caballo delante de su ejército, hicieron voto de ofrecer á los Dioses las entrañas de los jefes muertos en la pelea y alimentarse con ellas. Entiendo que debieron los Dioses escucharles: ni pudieron soportar el sonido de los clarines, ni fué menor el espanto que entre ellos introdujo el centurión Domicio, hombre extravagante, de un valor brutal y digno adversario de los bárbaros: colocó sobre el casco una antorcha encendida, cuya llama agitada por los movimientos de su cuerpo se esparcía cual si ardiera su propia cabeza.

Antes de éstos, los Besios (71), que formaban el pueblo más poderoso de la Tracia, se habían rebelado. Adoptaron la disciplina, las armas y las insignias militares de los Romanos, lo cual no impidió que fueran dominados por Pisón.

En la cautividad mostraron su furor mordiendo las cadenas que les aprisionaban, castigando de esta manera su misma rabia.

Apegados á sus montes vivían los Dacios; mas

siempre que el Danubio, congeladas sus aguas, comunicaba ambas orillas, guiados por su rey Cotisón, hacían correrías devastando los territorios de los pueblos circunvecinos. Parecióle á César Augusto provechoso arrojar á estas gentes, cuyo país era de difícil acceso. Encargado Léntulo de este cometido, rechazó á los Dacios más allá de la opuesta ribera del río, y en la del lado de acá estableció guarniciones. La Dacia por entonces no fué vencida, pero sí rechazada y diferida su conquista.

Siempre á caballo aparecen los Sármatas (72) por sus dilatadas llanuras: demás hizo Léntulo al cerrarles los pasos del Danubio, quedando de este modo reducidos á sus montes cubiertos de nieve y á una que otra selva: son tan feroces que ni aún siquiera comprenden el estado de paz.

¡Ojalá que Octavio no hubiera formado tanto empeño en someter la Germania! Se perdió con más deshonra que con gloria se hubo conquistado; mas como aquél no ignorara que César, pasando por dos veces el Rhin, trató de llevar la guerra á dicha comarca, quiso honrar su memoria convirtiendo aquélla en provincia de Roma: así lo hubiera realizado, de poder los bárbaros soportar nuestros vicios como sufrir nuestra dominación (73).

Enviado Druso contra los Germanos, primero sujetó á los Usípetes (74), después persiguió á los Tencteros y Catos (75), y colocó sobre un elevado monte, agrupándolos en forma de trofeo, los ricos despojos de los Marcomanos (76). Atacó sucesivamente á pueblos poderosos como los Cheruscos (77), Suevos y Sicambros, los cuales, después de quemar veinte centuriones, como que se conjuraron para hacer esta guerra animados con tal esperanza de triunfar, que de antemano determinaron el modo con que habían de re-

partirse la presa: eligieron los Cheruscos los caballos; los Suevos el oro y la plata y los Sicambros los prisioneros; mas todo aconteció de muy distinta suerte: Druso, una vez que los hubo derrotado, distribuyó y vendió los caballos, los ganados y los collares y hasta á sus mismos poseedores. Sin embargo, para seguridad de las provincias instaló guarniciones y cuerpos de observación por todos los puntos de los ríos Mosela, Elba y Weser, y levantó en las márgenes del Rhin más de cincuenta castillos; unió por medio de puentes las ciudades de Bohemia y Gesonia (78) y las defendió con escuadras; abrió el paso de la selva Hercinia hasta entonces desconocida é inaccesible para los Romanos; en una palabra, apaciguó de tal modo la Germania, que sus habitantes parecían demudados por completo, otro su suelo y hasta el cielo más benigno y dulce de lo acostumbrado. No por un acto de adulación, sino en recompensa de sus méritos, concedió el Senado á aquel esforzado joven muerto en la Germania el honroso sobrenombre de la provincia que había subyugado.

Conservar las provincias es más difícil que conquistarlas: se someten por la fuerza; se mantienen por el derecho. Poco duradera fué nuestra alegría. Los Germanos, vencidos, pero no dominados, respetaron más nuestras costumbres que el poder de nuestras armas todo el tiempo que duró el mando de Druso; mas una vez que éste faltó, odiaron á Varo Quintilio, por su genio caprichoso, su orgullo y sobre todo por sus crueldades. Comenzó por celebrar asambleas y administrar justicia en su campamento, como si las varas del lictor ó la voz del pregonero fueran suficientes á reprimir el violento carácter de los bárbaros. Éstos, á quienes apenas se veían enmohecidas sus espadas y ociosos sus caballos, luego que se hubieron persuadido de

que la toga y el derecho romanos eran más crueles: que la guerra, se sublevaron capitaneados por Arminio. Era tan plena la confianza que en la pacificación del país tenía Varo, que no se conmovió ante el descubrimiento que de la conjuración le hiciera Segesto, uno de los jefes de los Germanos. Descuidado y sin temor alguno—¡oh ciega seguridad!—fué citando á los bárbaros ante su tribunal, hasta que atacado de improviso por éstos y envuelto por todas partes, perdió su campamento y presencié el destrozo de tres legiones. Varo después de esta derrota corrió la misma suerte y manifestó el mismo valor que Paulo en el día de la jornada de Cannas. Nada se conoció tan sangriento como la carnicería que se verificó en las lagunas y las selvas, ni menos soportable que la insolencia que desplegaron los bárbaros, muy especialmente para con sus patronos. A unos les sacaron los ojos, á otros les amputaban las manos, llegando al extremo de coser á un Romano la boca después de arrancarle la lengua: uno de aquellos bárbaros, teniéndola en su mano, exclamaba: «Al fin, víbora, dejaste de silbar.» El cuerpo del mismo Consul, á quien la piedad de sus soldados había dado sepultura, fué exhumado.

Aun poseen los Germanos las banderas y dos águilas romanas: antes que la tercera fuera arrebatada, el porta-estandarte la sacó de la pica, y envolviéndola entre los pliegues del tahalí, la sumergió en el fondo de un pantano ensangrentado (79). El Imperio, que en su marcha victoriosa no encontró dique en el Océano, se detuvo ante las márgenes del Rhin.

Mientras estos acontecimientos tenían lugar en el Norte, tumultos, más que rebeliones, estallaron en el Mediodía. Las armas de Cosso sujetaron á los Musulanos (80), los Gétulos (81) y los habitantes de las Syr-

tes (82), por lo que se le otorgó el sobrenombre de Getúlico.

A más se extendieron los triunfos de César: encargó á Curino la sumisión de los Marmáridas (83) y Garamantas (84). Bien pudo éste honrarse con el nombre de Marmárida, pero se mostró modesto al apreciar sus victorias.

Difícil fué en el Oriente la lucha para sujetar á los Armenios. Envió á uno de sus dos nietos, césares entonces. Corta vida les otorgó el Destino; Lucio enfermó y murió sin gloria alguna en Massilia (85), y Cayo en Siria, de resultas de una herida que recibió al reconquistar la Armenia, que había caído en poder de los Partos. Vencido el rey Tigranes, Pompeyo consiguió reducirlos á una especie de servidumbre, imponiéndoles nuestros gobernadores. Cayo logró reivindicar este derecho que se había perdido en una sangrienta guerra y que no quedó sin venganza. Domnes, á quien el Rey encomendara el gobierno de Artaxata, fingiendo una defección, atacó, sacando repentinamente la espada, al General romano en el acto en que éste leía una relación que aquel mismo le entregara, y en la que se suponía dar razón del estado de los tesoros de Tigranes. Cayo se rehizo algún tanto. Irritadas nuestras tropas, persiguieron y envolvieron por do quiera al bárbaro, que satisfizo al mismo César, que aún vivía, hiriéndose con su espada y arrojándose á una pira.

En Occidente, casi toda la España quedó subyugada, si se exceptúa la parte que toca en las extremidades del Pirineo y que está ceñida por el Océano citerior. Dos poderosas naciones, los Cántabros y los Astures, vivían independientes de nuestra dominación. Fueron los primeros los más temibles, fieros y pertinaces en la rebelión. No satisfechos con defender su

libertad, intentaron sujetar los pueblos circunvecinos, vejando con frecuentes correrías á los Vacceos, Curgonios (86) y Autrigones (87).

Adivinando César Octavio que la campaña prometía ser dura en demasía, no confió á nadie la expedición, sino que él mismo se encargó de ella.

Llegado á Segisama (88), sentó sus reales, y desde este punto, dividido el ejército, invadió en día determinado toda la Cantabria, combatiendo con aquella gente indomable cual se lucha en un ojeo con las fieras: ni aun en el mar les dió reposo, pues habiendo huído les acometió con una escuadra poderosa.

En un principio se combatió con los Cántabros bajo los muros de Vélica (89); desde aquí se retiraron al elevadísimo monte Vinio (90), persuadidos de que antes llegarían á él las aguas del Océano que los ejércitos de Roma. Aracilo (91) resiste vigorosamente, siendo por fin tomada. Cercados en el monte Medulio (92) por los Romanos, que habían abierto en su rededor un profundo foso de quince mil pasos de circuito, y atacados en todas direcciones, los bárbaros, reducidos al último extremo, anticiparon su muerte en un banquete con el fuego, la espada y un veneno que comúnmente exprimían del árbol llamado *tejo*; librándose así la mayor parte de este pueblo de la esclavitud que le amenazaba. Tales acontecimientos súpolos César en sus cuarteles de invierno en Tarragona por sus lugartenientes Antistio, Furnio y Agripa. Marchó inmediatamente á ordenarlo todo: obligó á los unos á descender de las montañas; exigió á otros rehenes, y vendió el resto, coronándoles con flores, según el derecho de la guerra.

Dignas juzgó el Senado tan grandes empresas del lauro y del carro triunfal; pero César se encontró tan alto, que bien pudo desdeñar tales honores.

Por estos mismos tiempos descendieron los Astures de los montes, formando un poderoso ejército. No combatieron temerariamente, como lo tenían de costumbre los pueblos bárbaros, sino que, colocando sus reales á orillas del Asturis (93), después de fraccionar el ejército en tres secciones, se aprestaron para atacar simultáneamente los tres campamentos romanos.

Si los Trigecinos (94) no hubieran vendido á los Astures ante la repentina aparición de enemigo tan poderoso disciplinado y valiente, el combate hubiera sido dudoso, sangriento, y las pérdidas de igual consideración por una y otra parte. Advertido por aquéllos, Carisio les salió al paso y desconcertó sus planes, no sin haber experimentado pérdidas de consideración.

La esforzada Lancia (95) acogió dentro de sus muros los restos del ejército astórico, y fué tal el encarnizamiento con que se peleó, que los soldados romanos pedían teas para pegar fuego á la ciudad. A duras penas consiguió impedirlo el Cónsul, quien conocía que conservada esta ciudad y no incendiada serviría de monumento que atestiguara la victoria obtenida por Roma. De este modo terminó Augusto sus expediciones militares y España puso fin á sus rebeliones. Esta provincia mostró en lo sucesivo una fidelidad á toda prueba, y disfrutó de perpetua paz, ya sea porque el carácter de sus habitantes se hizo más tranquilo, ó debido á la determinación que tomó César de obligarles á poblar sus campamentos situados en el llano, por temor al baluarte de las montañas, que ofrecían á aquéllos un seguro refugio. Bien pronto se experimentó la benéfica influencia de semejantes medidas. Toda aquella comarca es naturalmente abundante en oro, bermellón, chrysocola y otros va-

rios colores. Augusto obligó á sus moradores á explotar su suelo, y por este medio, trabajando los Astures para otros, descubrieron sus propias riquezas sepultadas en las entrañas de la tierra.

En paz quedaron todos los pueblos, así en el Occidente como en el Mediodía; en el Septentrión desde el Rhin hasta el Danubio, como en el Oriente entre el Cyro y el Éufrates, y aquellos mismos que no se sometieron á Roma, reconociendo su grandeza, la reverenciaron como á la vencedora de las naciones.

Los Escitas y los Sármatas solicitaron nuestra amistad por medio de embajadores; los Chinos y los Indios, pueblos que habitaban bajo el mismo sol, nos trajeron presentes de perlas y piedras preciosas, dejándonos entre sus dones hasta los mismos elefantes en que verificaron sus jornadas. Ponderaban aquéllos el viaje emprendido, y que calculaban en cuatro años de camino, no sin razón, pues bastaba ver el color de estos hombres para convencerse que procedían de otro hemisferio.

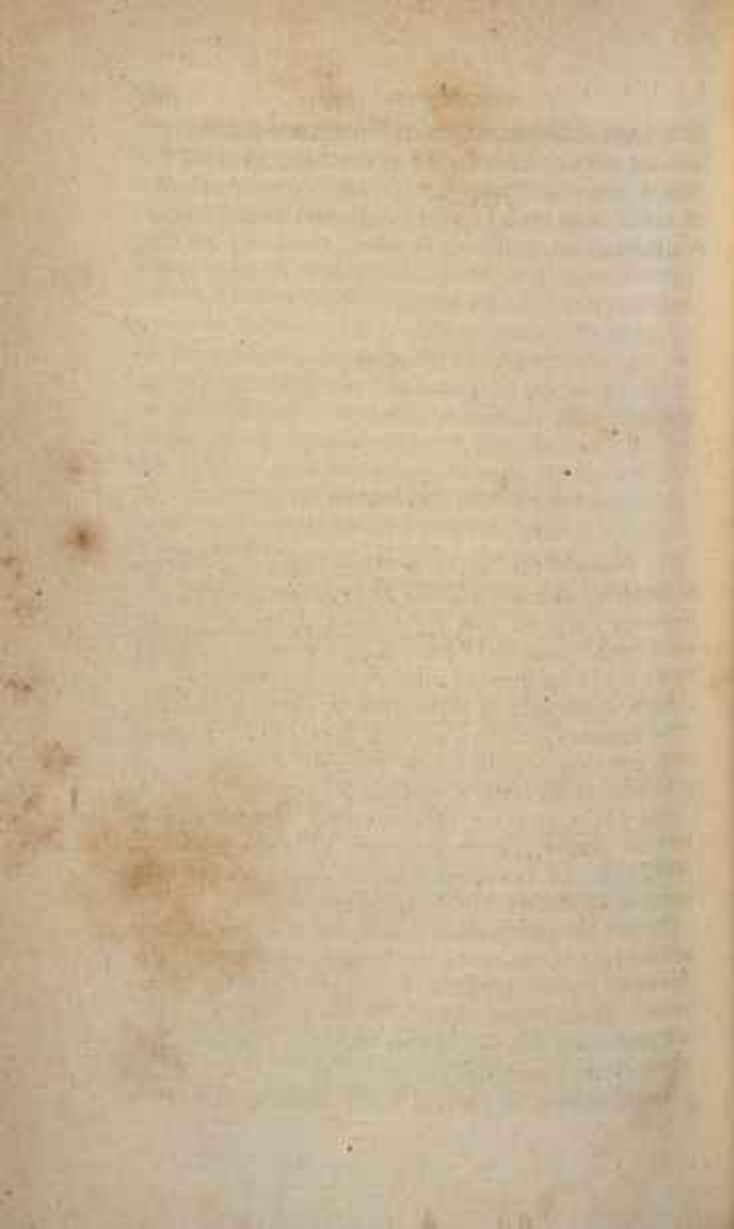
Los Partos, como si estuvieran apesadumbrados de sus triunfos, nos entregaron las banderas que cayeron en su poder al derrotar á Craso.

De esta suerte todo el orbe quedó unido por una paz ó alianza estable y duradera.

A los setecientos años de la fundación de Roma, César Augusto se atrevió á cerrar el templo de Jano, que antes de aquél sólo estuvo cerrado dos veces: una bajo Numa, y la otra una vez terminada la primera guerra púnica.

Consagrado en lo sucesivo á consolidar la paz, reprimió un siglo inclinado al mal y á la molicie con sus enérgicas y sabias disposiciones. Por tan grandes hechos se le nombró Dictador perpetuo, y fué llamado Padre de la Patria; el Senado deliberó acerca de si se

le otorgaría el título de Rómulo, por haber fundado el Imperio; pero se creyó más venerable y santo el de *Augusto*, como un título que llevaría durante su permanencia en el mundo y que auguraba de antemano su inmortalidad.



NOTAS.

LIBRO PRIMERO.

(1) Desde la fundación de Roma hasta el gobierno de Octavio, se cuentan más de setecientos años: setecientos once, si nos referimos á la época en que aquél formó parte del triunvirato, y setecientos veintisiete si á la en que fué proclamado emperador.

Floro, siguiendo la costumbre de algunos historiadores romanos, incurre en esta inexactitud cronológica, por usar de un número redondo, tal vez con el propósito de salvar la elegancia del período.

Tito Livio dice en otra ocasión: «*Populum Romanum octigentesimum annum bellare;*» y Tácito: «*octigentorum annorum fortuna disciplinaque eam coaluisse,*» hablando del Imperio romano.

(2) En la publicación que de los clásicos latinos se hizo bajo la dirección de Nisard, Baudement, traductor de Floro, califica de achaque de vanidad la expresión de este historiador, y la que referente al mismo asunto emplea Suetonio: «*Populus romanus, vel, ut ita dicam hominum genus.*»

Fuera de camino anda el comentador francés; pues

no sólo la mayor parte de los expositores de Floro convienen en que la expresión citada no es hiperbólica, sino que nadie medianamente versado en el conocimiento de la historia debe desconocer la elevada misión que, providencialmente, llenó el pueblo romano. Guardan sus hechos tan estrecho enlace con los del resto del humano linaje, que, según dice Dukero, «encuétrase todo el mundo envuelto en la grandeza de Roma, de tal manera, que nada puede acaecer á ésta que no lo experimente aquél.»

(3) Pues así como el hombre, las naciones y las ciudades nacen, crecen, decaen y mueren. Esta bella comparación ha sido empleada por varios escritores latinos, entre otros, por Amiano Marcelino, y sobre todo por Séneca, de quien debió tomarla Floro. Considera, como lo hace aquél, dividida la historia de Roma en cuatro períodos: el de la infancia, adolescencia, virilidad y senectud, si bien difiere en los límites que á cada uno de ellos asigna.

Bajo el primero, nos pinta al pueblo romano feroz, arrojado, pero rudo y sujeto al imperio de los sentidos (véase el capítulo VIII, lib. I). Los rasgos característicos que le atribuye en el segundo son los propios de la nobleza y del amor á la libertad, si bien aparece inconstante y desagradecido para con los mismos que salvaron su independencia (véase el cap. XXII, libro I).

Bello, magnánimo y piadoso muéstrase, según nuestro historiador, en el tercero; durante él madura y realiza su pensamiento político, y perfecciona su idioma, hasta el punto de poderse afirmar que éste fué el verdadero siglo de oro para Roma. Mas al declinar esta época feliz, el pueblo romano da muestras de su decadencia con las desgarradoras luchas civiles, y con la corrupción y molicie importadas del

Oriente. Esta decadencia llega á su plenitud bajo el imperio de los sucesores de Octavio (véanse los capítulos I y XII del libro III).

La inexacta división, en edad antigua, media y moderna, que la mayor parte de los historiadores modernos que siguen la escuela panteísta han hecho de la Historia, no es otra cosa que una generalización de los períodos en que el historiador hispano-romano considera dividida la vida del pueblo-rey, y los caracteres que aquéllos asignan á cada una de las edades históricas son idénticos á los que éste describe, con la sola diferencia de que lo que en Floro fué más bien una gala poética, hija de su imaginación, en éstos ha constituido, según su modo de ver erróneo, una ley ó principio biológico, bajo el cual se desenvuelve fatalmente la vida del género humano.

(4) *Circum ipsam matrem*, dice el texto latino: semejanza poética y elegante, porque el pueblo romano ensayó y terminó sus primeras empresas haciéndose fuerte en los muros de Roma, no de otra suerte que los pequeñuelos, faltos de seguro paso, jugueteaban en torno del regazo materno.

(5) Ocultaban aquellos pueblos la oscuridad del nacimiento de sus ilustres personajes con tales fábulas; siendo la que nos ocupa una de las más vulgarizadas.

Grocio dice á este propósito: «*Herculis pater, Jupiter, Alexandri Magni, Seleuci Nicatoris et Octaviani Augusti Drace.*» Y no menos acertadamente se expresó Ausonio:

Martem Remumque, et conditorem Romulum,
Primus parentes nuncupans.
Credo quod illi nec pater certus fuit,
Et mater est vere lupa. |



(6) Al dios del Tíber se le llamaba Tiberino. Virgilio dice:

Huic Deus ipse loci fluvio Tiberinus amæno,
Populeas inter senior se attollere frondes visus.

Para entender el pasaje de Floro, debe tenerse en cuenta que la mayor parte de los autores romanos refieren que el río estaba desbordado en el acto de colocar sobre sus aguas la cuna que contenía los dos infantes, y que se encauzó al recibirla; hecho que el historiador atribuye al dios Tiberino.

(7) Llamábase Faustulo, según opinión de varios autores, el pastor que recogió á los gemelos. Algunas ediciones agregan en el texto su nombre: «Faustulus regis pastor.» Siguiendo la opinión más autorizada, no tomamos en consideración dicho vocablo, al contrario de lo que hacen Lemaire y Nisard; pues es contrario á la costumbre generalmente seguida por Floro, de no citar el nombre del personaje á quien se refiere.

En este mismo capítulo, algún tanto adelante, dice, al referir el triunfo alcanzado por Rómulo sobre los de Veyes: «Spolia insuper opima de rege Feretrio Jovi (manibus suis) rex reportavit.» Por la historia sabemos que el rey vencido, á quien alude el autor, era Acrón. En el libro IV, cap. II dice: «Extat ad trepidum tanto discrimine gubernatorem vox ipsius.» Sabemos por la historia que el piloto que conducía á César se llamaba Amídates.

(8) Capital del Lacio antiguo: cuenta la tradición que fué fundada por Lavinia, madre y regente de Ascanio, al que Floro conoce con el nombre de Julio.

Alba estaba situada entre el monte Albano y el lago del mismo nombre, extendiéndose en forma de

segmento de círculo á lo largo de la estrecha faja de terreno comprendida entre la falda y orilla del monte y lago citados; por lo que se le apellidó *longa*.

(9) Lacio: una de las seis regiones en que estaba dividida la Italia propiamente dicha. Limitábanla por el E. la cordillera de los montes Equos y Sabinos; por el S. los picos que se levantan en el país de los Volscos; por el O. el mar interior y por el N. los quebrados territorios de la Etruria.

Los ríos Tíber y Anio riegan sus llanuras. Entre las colinas sobresale la del Janículo, próxima á Roma; en la costa del SO. está el promontorio Cireyo, y entre sus conos volcánicos es el monte Albano el más notable. La llanura, que en los primeros tiempos se llamaba Lacio, está entrecortada por profundas zanjas y colinas de poca elevación.

(10) Lavinio era una ciudad perteneciente al Lacio y situada á tres mil pasos de las costas del Tirreno. Según la tradición, fué levantada por Eneas y recibió su nombre de Lavinia, mujer de éste é hija del rey de los Latinos.

(11) Esta debe ser, á nuestro juicio, la genuína versión del «uter auspicaretur aut regeret,» etc. del texto, conforme en un todo con lo que acerca del mismo propósito dice Tito Livio: «Ut quorum dii tutelæ hæc loca essent, auguriis legerent, qui nomen novæ urbe daret, qui conditam imperio regeret.»

Cicerón, en su libro I de *Divinatione*, cita las siguientes de Ennio:

Certabant urbem Romam, Remoramque vocarent.

Y Ovidio en su lib. IV, Fast. 811 dice:

...Mænia ponere utrique convenit, ambigitur nomina.

(12) *Cujus dum irridet angustias, Remus idque increpat*

salto. Hemos traducido «Remo, despreciando tan débil defensa, la traspasó de un salto;» pues el *increpat* no se refiere á las palabras de menosprecio que supone Salmasio que pronunció Remo al saltar la empalizada, sino que el verbo citado, seguido del complemento *salto*, demuestra el hecho despreciativo de rebasarla sin pronunciar palabra alguna; y que en tal sentido debe entenderse, lo ponen de manifiesto varios escritores de pura latinidad.

Tíbulo, I, Eleg. 1.^a:

Aut stimulo tardos increpuiſe boves.

Tácito:

Fremitu aspernari et armis laudare.

De la palabra es peculiar aconsejar, y no obstante dijo Columela: *admonere flagello*, y Virgilio: *admonere tello*; y por último, Cicerón empleó el verbo *refutare* de análogo modo, cuando hablando de las provincias consulares dice: «Semper illas nationes nostri imperatores refutandas potius bello, quam lacesſendas putaverunt».

(13) Etruria. Hasta el siglo II de Roma, se extendió desde el río Arno por el N. hasta la selva Ciminia por el S.; mas desde esta época extendió sus dominios desde la parte del Arno hasta tocar con las estribaciones de los Apeninos, y del lado de acá de la selva Ciminia llegó hasta el mismo Tiber.

La población de la Etruria debió constituirse por la fusión de muchas tribus antiguas y las primeras colonias griegas.

Los doce pueblos etruscos eran: los Volateranos, los Vetulones, los Rusclanos, los Tarquinos, los Cérites, los Veyentes, los Faliscios, los Vulsienses, los Clusinos, los Perusinos, los Cortonenses y los Arretinos.

(14) Traían su origen los Frigios del Asia menor. Se cree que los que capitaneó Evandro, después de la destrucción de Troya, procedían de aquéllos.

Los Arcadios eran oriundos de la Arcadia, comarca situada en el centro del Peloponeso (Morea). Tenían por límites al N. la Acaya, al O. la Hélida, al E. Argos y la Laconia al S.

(15) *Populumque Romanum ipse fecit*. El *facere*, según exponen algunos, es sinónimo de *colligere*; luego *facere populum* es lo mismo que si dijera *colligere populum*. Mas concedido esto, *fecit* significaría simplemente, reunió, y en este caso ningún nuevo concepto expresó Floro que no le hubiera manifestado en el anterior miembro: «ita ex variis quasi elementis congregavit corpus unum;» en atención á lo cual, pudiéramos traducir el *fecit* por uno de los verbos *producir* ó *crear*, como le empleó Ennio, al exclamar:

Tu produxisti nos endo luminis oras,
O parter! O genitor! O sanguen Dis oriundum!

y otros, como Tito Livio y Cicerón, apellidaron á Rómulo: padre, creador de Roma.

(16) Cenina, capital de los Ceninenses; otros los llaman Genienses. Según testimonio de Stephanus, debían llamarse Ceninenses, pues dice: Καίνινη (de aquí Cænina) πολις Σαβίνων, ἡ ἀπὸ Ρωμύλου ἀλουσα τὸ ἐθνικὸν Καίνεται (de aquí Cæninenses).

(17) Floro vindica del crimen de traición á Tarpeya, como lo verifica Dionisio de Halicarnaso: mas ha permanecido el estigma que sobre ella lanzó Tito Livio:

«Sp. Tarquinius Romanæ præerat arci. Hujus filiam virginem auro corrumpit Tatius, ut armatos in arcem accipiat: aquam fortè ea tum sacris extra mœnia peti- tum ierat. Accepti obrutam armis necavere; seu ut vi

capta potius arx videratur, seu prodendi exempli causâ, ne quid usquam fidum proditori esse.»

(18) Llamábanse *días fastos*, entre los Romanos, aquellos en que estaba prohibido al pueblo litigar, contratar y trabajar; y nefastos aquellos en que se cerraban los tribunales.

(19) Dicen que Numa hizo creer que Marte había arrojado desde el cielo un escudo pequeño, de forma circular, y que de su conservación dependía la perpetuidad del imperio de Roma.

Este mismo monarca creó una orden de doce sacerdotes, consagrados á honrar al dios Marte, llamados Salios, del verbo *sallire* (saltar); pues en ciertos días marchaban á la ciudad de Roma procesionalmente y simulando una danza belicosa.

El *Palladium* (estatua de Palas) era asimismo objeto sagrado, y se supuso que había sido traída de Grecia á Italia por Eneas. Trasladada de Alba á Roma, estaba colocada en el templo de Vesta.

(20) *Secreta quædam imperii pignora*. Hemos traducido «prendas ocultas que constituían una garantía del poder de Roma;» porque además de que la voz *pignus* se dice de todo aquello que, una vez poseído, garantiza la permanencia de una cosa, la misma tradición romana nos pone de manifiesto tal significado; pues tanto la estatua de Palas, como uno de los escudos de que hace mención Floro, eran dones, según sentir de los Romanos, que el cielo había depositado en la ciudad, y presagios de su dominación en el mundo: de aquí el cuidado con que los conservaban.

(21) *Quod vi et injuria occupat*, etc. El *quod* debe traducirse por *qui*, en atención á que «consolidar su poder valiéndose de la violencia y la injusticia,» no puede atribuirse á Numa, que fué elegido monarca

por los Romanos habida en cuenta su religiosidad: luego debe leerse: *ut qui*, etc. refiriéndose al pueblo romano, pues sabido es por demás que, en muchas ocasiones, éste no atendía con preferencia á la equidad para acrecentar su territorio y consolidar sus conquistas.

(22) El texto latino dice: *condidit*. Baudement traduce este verbo por el de fundar: «Il fonda toute la discipline militaire et l'arte de la guerre.» El *condere* de Floro tiene la significación de *restablecer*, *restaurar*, no de fundar; siguiendo en esto á Plinio, que hablando de Trajano, se expresa en el mismo sentido: «Trajanum conditorem disciplinæ militaris firmatoremque.»

(23) Traducimos: «al verle cubierto con los despojos de su prometido,» pues equivale á si dijera: *viderat sororem flentem* (quod ipse gestaret) *circa se, spolia sponsi*, etc. Queda legitimada esta versión por Tito Livio, quien al describir de análoga manera este hecho, escribe las siguientes palabras: «cognito super humeros fratris paludamento, quod ipsa confecerat.»

(24) *Mænia muro amplexus est*. Qué signifique *amplecti mænia muro*, podrá tan solo preguntarlo aquel que crea que *mænia* y *muro* son sinónimos. *Mænia* en el caso presente significa *edificios*.

Livio disiente de Floro en que así como éste atribuye á Marcio la circunvalación de toda Roma, aquél sólo concede que lo hiciera con el Janículo.

(25) Estaban constituidas por un manojo ó hacillo de varas y una segur que salía por encima de aquéllas. Llevaban las *haces* unos oficiales denominados *lictors*, que siempre acompañaban á los magistrados para recibir y cumplimentar sus órdenes.

(26) La *trabea* era una toga ó manto bordado de oro que vestían las personas de distinción. Rómulo la usó, y también la llevaban los sacerdotes *salios*.

(27) Eran las sillas curules de marfil, y en ellas se hicieron conducir, primero, los reyes, y andando el tiempo los pretores, los censores y los ediles: asimismo tenían derecho á usarlas los primeros magistrados.

(28) El anillo de oro constituía uno de los distintivos de los caballeros romanos.

(29) Collares, denominados en latín *phalerae*. Los usaban los caballeros: tenían aquéllos forma plana y estaban guarnecidos con oro, á diferencia de los llamados *torques*, que eran redondos y todos constituidos de aquel precioso metal.

(30) Clámide ó especie de manto militar, de color rojo, que se colocaba el general (*imperator*) sobre la armadura.

(31) Era una toga que vestían los magistrados, los sacerdotes, los augures y los hijos de los patricios, desde la edad de doce á diez y siete años.

(32) Toga de púrpura, del vencedor, adornada de palmas bordadas.

(33) Unos códigos dicen *quasi tempus*; otros, *quasi non tempus*, y no falta edición que, como la Elzeviriana, reconoce que la verdadera lección es la de *quasi in tempus*, que nosotros hemos adoptado como la más autorizada, y en la cual hemos fundado nuestra traducción.

(34) La propia significación que tiene en el texto latino la voz *collegium* es la de reunión de hombres que ejercen una misma profesión. *Collegia mercatorum*, dice Tácito, y su equivalencia en castellano es *gremio*.

(35) Traducimos *officiorumque* por *cargos*, en cuanto que la voz *arte* no sólo comprende las liberales, sino las mecánicas, y lo que sin duda alguna quiso dar á entender fué, que en tal censo estaba consignado el cargo que á cada uno de los que constituían el pueblo

romano le estaba confiado en relación con su edad y condición.

(36) Ardea (*Ardia*), ciudad del Lacio, no lejos del mar y que fué cabeza y metrópoli de los Rútulos: notable por sus fuentes y frecuentados baños.

(37) Ocricolo (*Otricoli*), en la Umbría.

(38) Gabias, ciudad de los Volscos, en el Lacio.

(39) Suessa (*Sessa*), ciudad de la Campania feliz, (Tierra de labor).

(40) Esclarece este lugar, oscuro por su concisión, el relato que respecto al mismo acontecimiento hace Tito Livio: «Et, ut libera á ceteris religionibus area esset tota Jovis, templique ejus quod inædificaretur, exaugurare fana sacellaque statuit, quæ aliquot ibi á Tatio rege, primum in ipso discrimine adversum Romulum pugnae vota consecrata inaugurataque, postea fuerant. Inter principia condendi hujus operis movisse numen ad indicandam tan imperii molem traditur deos: nam cum omnium sacellorum exaugurationes admitterent aves; in Termini fano non ad dixeret. Id omnem augurium que ita acceptum est, non motam Termini sedem, unumque cum deorum non evocatum sacratis sibi finibus, firma stabiliaque cuncta portendere.»

(41) No se nos acuse por haber introducido en la traducción de este pasaje el vocablo *número*, pues de un modo implícito se encuentra en el *mutato tamen et jure et nomine*, si atendemos á que Floro, á renglón seguido, enumera tres cambios ocurridos al mudarse la forma de gobierno, á saber: en la duración del imperio, en el número de los que le ejercían y en el nombre que se les daba. «Quippe ex perpetuo annum placuit, ex singulari duplex..., consulesque appellavit pro regibus, etc.

(42) Aparecen tres distintas lecciones de este perío-

do: una, refiriéndose á sola Clelia que dice; *quæ nisi in analibus foret*; otra que dice respecto á Horacio, Mucio y Clelia, concebida en los siguientes términos: *qui nisi in analibus forent*; y finalmente, la que hemos apreciado como más exacta y apropiada para verificar la traducción, *quæ nisi in analibus forent*, tomando el *quæ* en la terminación neutra del plural, teniendo como antecedente á *prodigia* ó *miracula*.

Creemos mucho más acomodada al pensamiento del escritor esta última lección, pues lo que como fabuloso pudiera tomarse, de no estar consignado en la historia, no es la existencia de los que acometieron tan singulares empresas, sino estas mismas, las cuales por su carácter heroico pueden aparecer ante la consideración del lector tan sobrehumanas que las niegue su asentimiento.

Horacio en su Epist. ad Pison. vs. 143, 144 y 145, tiene un pasaje que encarna una idea análoga á la de Floro y que á la vez confirma nuestro aserto:

Non fumum ex fulgore, sed ex fumo dare lucem
Cogitat, ut speciosa dehinc miracula, promat,
Antiphatem, Scillamque et cum Cyclope Charybdin.

Horacio llama *brillantes milagros* no á los personajes que nombra (siquiera sean fabulosos), sino á las historias que de ellos refiere Homero.

(43) Servidumbre á que el pueblo romano se hubiera visto condenado (según opina Floro), si los Latinos hubieran conseguido su intento de imponerle de nuevo el gobierno monárquico.

(44) Regilo (*Laghetto*), lago situado cerca de Tusculum (*Frascati*), en el antiguo Lacio.

(45) Cora (*Sora*), llamada también Ora en manuscritos antiguos: estaba situada cerca del monte Sera-

no, en el territorio de la Campania, sobre la ribera derecha del Liris (*Garigliano*).

(46) Álgido, pequeña población de los Equos, colocada en el monte de su nombre y no lejana de Túsculo: distaba de Roma cien estadios. Contiguo al monte citado se encuentra el Albano, formándose entre ambos el valle que los Romanos conocían con este mismo nombre.

(47) Satrico, población del Lacio.

(48) Cornículo, ciudad de los Sabinos, situada á dos mil pasos de los montes llamados Cornículos, que deben ser los que hoy se conocen con los nombres de *San Angelo* y *Monticello*.

(49) Vérula (*Verulo*), pueblo de los Hérnicos, no muy distante de Roma. Al vencer ésta la liga de los pueblos que cita Floro, tuvo Vérula el acierto de conservar su independencia en unión de Aretrio y Ferentino.

(50) Bovila, cercana á Roma. Dióselas (según cuentan) semejante nombre, que en nuestro idioma equivaldría á villa ó tierra de bueyes, por haber sido aprehendido en su territorio un toro que se fugó del monte Albano al ser consagrado para el sacrificio.

(51) Tibur (*Tíboli*) debe su origen á los primeros habitantes del Lacio. Formó parte contra Roma de las ligas ariciana y latina.

Marcial, en su epigr. iv, 57, asevera que estaba á veinte millas de Roma. Su posición la hace muy á propósito para eximirse de los rigores del estío; así es que los Romanos tenían hermosas posesiones, según nos lo refiere Marcial en el lugar antes citado, y Séneca, *De benefc.*, iv, 12. Sus cascadas eran notables, y á orillas del Anio se elevaba un templo erigido en honor de Venus.

(52) Preneste (Palestrina) tuvo el mismo origen

que Tíbur, según la tradición fabulosa, y fué fundada por Cæculo, hijo de Vulcano.

Estaba situada al SE. de Tíbur. Mantuvo relaciones con los Falerios y los pueblos de la Etruria meridional, por lo que fué el primer pueblo del Lacio en que se encontraron los primeros vestigios del arte griego, y el primero asimismo á quien los Etruscos proporcionaron los objetos de lujo que construían al modo helénico.

Era muy celebrada Preneste por su templo consagrado á la Fortuna.

En unión de Tíbur, se hizo tan poderosa, que ejerció su dominio sobre ocho ciudades del Lacio.

Más tarde perteneció á la liga latina; pero vencidos por los Romanos los pueblos que la formaban, los *Prenestinos*, más que otros algunos, sufrieron las duras leyes de la guerra.

(53) Fésula (*Fiesoli*), ciudad de la Etruria, al E. de Pistoria (Pistoya), y notable por sus suntuosos edificios, cristalinas fuentes y bellos alrededores. Cuéntala Floro entre las ciudades del Lacio, por aquello que dice Estrabón, de que el Lacio comprendía dentro de sus límites muchos pueblos y ciudades que no era latinos: «Latium enim complectitur multa etiam non latina: nam Æquí, Volsci, Hernici, etc., etc. et circa ipsam Romam Aborigenes et qui vetustam habuerunt Ardeam Rutuli, aliaque majores minoresque civitates, quandam circa Romam habitaverunt, cum eam primum conderetur.»

(54) Aricino, bosque del Lacio, próximo á la ciudad de Aricia (*La Riccia*), una de las más antiguas y cuyas ruinas, en unión de las de Lanubio y Túsculo, se encuentran aún sobre la vía Apia, á veinte millas de Roma.

(55) Fregelas (*Ponte-Corvo*), al SE. de Casino, sobre

el Liris. Los Romanos la convirtieron en una fortaleza que defendía el paso del citado río.

Los Samnitas la sorprendieron en el año 434 de Roma: los Romanos la recuperaron ocho años después, haciendo prisioneros á doscientos de sus ciudadanos, quienes fueron decapitados en el Foro.

Pirro, á su paso por el Liris, la ocupó: tomada de nuevo por los Romanos, les prestó auxilio en la segunda guerra púnica, en ocasión en que la mayor parte de las ciudades latinas se negaron á mandar al Senado sus contingentes militares y á pagar las contribuciones, amenazando con tal conducta dejar sola á Roma en tan críticas circunstancias.

(56) Carras (*Haran*), al SE. de Edesa y cerca de donde nace Chabora. En ella se refugió y fué asesinado Craso, en el año 53 antes de J. C., después de ser derrotado por los Partos.

(57) Hercinia, nombre genérico que se aplicaba á todos los bosques que cubren las montañas de la parte oriental de Alemania.

(58) Gesioraco (Boloña del Mar), ciudad de la Galla Belga.

(59) Coriolos (*Piano di Vace*), ciudad del Lacio, situada á orillas del río Liris.

(60) Ancio, establecimiento marítimo, fundado por los Etruscos, corsarios audaces y fieros que invadieron las costas latinas y campanias.

Ancio fué una de las poblaciones comprendidas en el tratado de comercio que los Romanos celebraron con los Cartagineses el año 348 antes de J. C. y en virtud del cual éstos se comprometían á no hostilizar á los Latinos que se sometieran á Roma.

(61) Crémera, villa del Lacio.

(62) La palabra *scelerata* vale tanto como infortunada: este significado tenía entre los antiguos Roma-

nos, á causa de la desdichada salida de los Fabios.

Suetonio llama *scelerata castra* (reales ó campamentos desdichados) á los en que murió Druso. El mismo sustantivo *scelus* se toma á veces en la misma acepción.

(63) Faliscios, uno de los pueblos de la Etruria; ocupaban una región abundante en pastos.

(64) *Vinctum sibi ultro remisisset*: el *sibi* se refiere á los Faliscios. Locución es ésta empleada por Cicerón, cuando hablando de Sila, dice: «Si *sibi* suus pudor, et dignitas non prodesset, nullum auxilium requisivit;» y por Terencio: «Suo *sibi* gladio hunc jugulo.»

(65) Galos Senones. Llamábase Galos á todos los pueblos que habitaban la Galia (Francia), región que tenía por límites, al N. y E. el Rhin y una parte de los Alpes, al S. el Mediterráneo, al SO. los Pirineos y al O. y N. el mar Atlántico. Los Galos Senones habitaban lo que hoy se llama Campaña (Champagne).

(66) Este sentido tiene el participio *natus, a, um*, y en el mismo le emplearon, Cicerón, en su Orat. pro Ligario, cuando dijo: «Africam *natam* ad bellum contra hanc urbem gerendum;» y Tito Livio, que dijo hablando de Aníbal: «*De duce Annibale nato adversus Romanos hoste.*»

(67) Clusium (Chiusi), ciudad de Etruria (Luca y parte de Toscana).

(68) *Nulla præsidia*, dice el texto latino, y hemos traducido estas palabras por la del romance, *desguarnecida*, por ser comprensiva y propia del tecnicismo militar; y en efecto, contiene en sí cuanto respecto al mismo hecho refiere Tito Livio: «Porta clausa non erat, nulla pro portis statio, nulli in muris armatis.»

(69) «Con vocerío é ímpetu tan grandes, cual antes lo fuera su pavor.» Pues el *pari* del texto no establece la semejanza entre *vocerío é ímpetu*, sino entre estos

dos conceptos y el antecedente, *trepidi*: lo que fácilmente se comprenderá con la lectura del pasaje completo: «Aderant interim Galli, apertamque urbem primo trepidi, ne quis subesset dolus, mox urbis vident, pari clamore et impetu invadent.»

Confírmase esta opinión si se tiene en cuenta que casi á renglón seguido usa Floro de la misma frase, al referir la sorpresa que causó á los Galos la respetable é inmóvil actitud de los cónsules, sentados en sus sillas curules y revestidos de todas las insignias de la magistratura: «Ubi sedentes in curulibus suis prætextatos, senes, velut Deos Geniosque venerati, alioqui nihil respondere dignantes, *pari* vecordia mac-tant,» etc.

(70) Algunos traducen el *pependerunt* del texto por *estar suspendidos*, lo que es defectuoso, pues el verbo *pependere* tiene en el caso presente la fuerza y significación de *hærere*: en el mismo sentido le empleó Virgilio cuando dijo:

Pendent opera interrupta minæque murorum ingentes.

Æneid., vi, 88.

(71) Este arranque de confianza por parte de los sitiados, no se verificó sin conocimiento de causa; pues no se les ocultaba que la situación de los bloqueadores no era muy lisonjera, en cuanto que careciendo de víveres para racionar á tan inmensa muchedumbre, se veían precisados á enviar por todas partes forrajeadores armados, que atacados por los soldados romanos y la guarnición de Ardea, no llevaban muy buena parte en estas parciales refriegas.

(72) Cicérón, *in Verrem*. iv, 31, expresa la misma idea: «Ut illa flama divinitus extitisse videatur, non quæ deleret Jovis Optimi Maximi templum, sed quæ preclarius magnificentiusque deposceret.»

(73) Vadimon, hoy lago *Basano*, situado al Oeste de Falerices (*Falari*), en la Etruria.

(74) Nar (*Nera*), río que tiene su origen en los Apeninos; separa la Umbría de la Sabinia y muere en el Tíber.

(75) Anio (*Teverón*), río del Lacio, riega la campaña de Roma y vierte sus aguas en el Tíber á tres millas de esta.

(76) Fuentes Velinas, origen del lago Velino, en la Umbría.

(77) Gaeta, ciudad del nuevo Lacio, situada sobre el mar; era punto muy concurrido.

(78) Miseno (*Capo Miseno*), ciudad de la Campania, que constituía uno de los lugares que tenían los Romanos para su recreo. En su puerto estaba de ordinario surta una escuadra de guerra.

(79) Bayas (*Bayes*), ciudad de bellos alrededores y situada sobre el golfo de su nombre.

(80) Lucrino, estaba entre Puteoli y Bayas, y cercana á aquélla la ciudad de Averno.

(81) Jordanes cambió la lección *quædam maris otia*, por la siguiente: *quædam maris ostia*, fundándose en que Lucrino y Averno están situadas en lugar que se comunican con el mar, por aberturas á manera de entradas ó puertos; mas Floro expuso con mayor elegancia este pensamiento, pues ocio ó reposo del mar son estos golfos que se llenan con el caudal de las aguas marinas y bajo cuyo resguardo fondean las naves, libres de todo movimiento y de toda borrasca.

De semejante manera describe Homero el puerto de Ithaca, cuya descripción traducimos con Gonzalo Pérez:

«Hay un puerto muy grande en aquel viejo Phoreyno, que en el mar tiene morada.

En la marina de Ithaca montosa,
 Que dos montes que salen igualmente
 Contrarios en el mar, y hacia las puntas
 Vienen cuasi á juntarse, hacen puerto
 Tan seguro y guardado de los vientos
 Que corren por de fuera tempestosos
 Que están dentro las naves tan seguras
 Que solas sin amarras se sostienen
 Sin que pueda venirles daño alguno.»

(LIBRO III.)

Virgilio, del puerto africano canta á la manera
 que de Ithaca lo hace Homero.

«.....geminique minantur.
 In cælum scopuli, quorum sub vertice late
 Æquora tuta silent;»

y finalmente, Plinio, en el cap. LXXXVIII de su *Panegírico* dice: «Quantum dissimilis illi, qui non Albani lacus *otium*, Bajanique porporem et silentium ferre, non pulsum fragoremque remorum perpeti poterat.

(82) Gauro (*Monte-Barbaro*), en la Campania.

(83) Célebres montes de la Campania.

(84) Conocíase por los antiguos con los nombres de Vesubus ó Vesvius. Su primera erupción se verificó en el año 81 de J. C. bajo el imperio de Tito.

No parece que la desconoció Floro, pues en este pasaje en que se habla del Vesuvio dice de él: *et pulcherrimus omnium Vesuvius Ætnæi ignis imitator*; pasaje en que se funda M. de Rozoir, para afirmar que nuestro historiador debió florecer medio siglo después del imperio de Trajano. (Vease nuestra Introducción).

(85) Formia, proxima á Nola; ciudad de la Campania.

(86) Cumas, sobre el golfo del mismo nombre y muy notable por sus sibilas, las que tenían su cueva cerca de la ciudad.

(87) Poteoli (*Pouzzole*), sobre el golfo de su nombre.

(88) Fué fundada por los Griegos con el nombre de Parthénope, y destruída por los Cumeos, sustituyeron su nombre con el de Neápolis (ciudad nueva).

(89) Herculano estaba no muy distante de Portici; fué destruída por la erupción del Vesubio.

(90) Pompeya, distante ocho kilómetros del Vesubio y que sufrió la misma suerte que la de Herculano. Notable por sus hermosas plazas y caprichosas fuentes.

(91) «Este, como más anciano, le aconsejó cuerda-mente,» etc., etc. No traducen algunos el *senior*, y sin embargo tiene una fuerza extraordinaria en el escrito latino.

Entre los antiguos se consideraba á la ancianidad como la edad más idónea para aconsejar, por su larga y madura experiencia, y si no, léase aquello de Plutarco: «Maxime salva est civitas, ubi consilia senum, et juvenum arma obtinent;» de donde Erasmo tomó su adagio: «Senum consilia, juvenum lanceæ.»

(92) Floro dice: «*in subjectos suo jure detonuit*,» que traducimos: «cayó á capricho sobre los que á sus pies tenía.»

El *suo jure* tiene tal significación en nuestro historiador, como lo demuestran las siguientes palabras del mismo en el libro III, cap. XVIII: «*Interceptis vectigalibus suo jure peculabantur rempublicam.*»

(93) Alude el historiador á la célebre lucha que sostuvieron los Dioses del paganismo contra los Titanes, hijos de la Tierra, los que en su soberbia se propusieron escalar el Olimpo hacinando los montes unos sobre otros.

(94) Léese, en muchas diciones *Campanos*, en lugar de *Calabros*. Dukero, si bien coloca en su texto la primera lección, sin embargo, en una llamada la-

menta que Floro cuente á los pueblos de la Campania entre aquellos que hicieron causa común con los Tarentinos, siendo así que los Campanos se habían sometido á Roma sesenta años antes de esta guerra, apareciendo en ella como aliados del ejército romano.

Ante semejante contradicción, cree el citado expositor que Floro, al hacer mención de los Campanos como complicados en tal alianza, se refiere, no á todos, sino á un exiguo número de los habitantes de la Campania.

Dukero, como se ve, no hiere la dificultad, pues la voz *Campanos* debe sustituirse con la de *Calabros*, que fué, á no dudarlo, la que Floro empleó, debiéndose su sustitución á un error de los copistas.

A pesar de que, atendiendo á la desemejanza gráfica de una y otra palabra, pudiera decirsenos que era poco menos que imposible la comisión de la errata material; no obstante confirma nuestra conjetura lo que más adelante dice Floro: «Tarentus Lacedemoniorum opus, Calabriae quondam, et Apuliae totiusque Lucaniae caput,» etc.

Y en efecto, citados uno por uno los pueblos que se alzaron contra Roma, enumera, siguiendo el orden correlativo de éstos, las respectivas comarcas que les servían de asiento: así pues, si la genuína lección fuera la de *Campanos* hubiera escrito: «Tarentus Lacedemoniorum opus, Campaniae (y no *Calabriae*)», etc.

Estas consideraciones nos han obligado á seguir la fundada opinión de Lemaire. A pesar de sentirlo de esta manera, el humanista francés encaja en su texto la lección combatida. La nueva edición de Floro, dada á la estampa en Leipzig el año 1877, reconstituye la verdadera lección.

(95) *Ad prospectum maris positum, majus theatrum.*

Este pasaje ha dado margen á diversidad de pareceres, acerca de su lectura.

Unos, admitiendo la que al frente colocamos, opinan que el *majus* se toma en la acepción comparativa por *mayor*, suponiendo que Floro admitía en Tarento la existencia de otro teatro de menores proporciones.

Otros quieren que donde dice *majus*, se lea *urbis*; y finalmente, Salmasio opina que debe sustituirse el *urbis* por la preposición *amplius*.

A la simple vista se observa la violencia de todas estas interpretaciones y lo poco natural de las hipótesis que se han forjado.

No tenemos necesidad de atormentarnos para legítimar nuestra traducción, pues con sólo recordar que siempre que al adjetivo, empleado en el grado comparativo, le falta el segundo término de la comparación, ó bien está sobrentendido, ó se traduce por el positivo, precedido de *muy bastante*. De esta manera queda resuelta la cuestión que al parecer se presentaba como muy intrincada. Luego acertadamente hemos traducido el *majus*, por *demasiado extenso*, en cuanto que, constándonos que en Tarento no había más que un teatro, no cabe el caso de encontrarse sobrentendido el término de la comparación.

(96) *Apud Heracleam et fluvium Sirim, Lævino consule, prima pugna*, etc. (Edición estereotípica de la obra de Floro, publicada en Leipzig, 1877.) Así debió escribir Floro, y no como aparece en muchas ediciones: «*Apud Heracleam et Campaniæ fluvium Lirim, Leveno*, etc.»

El principio en que se apoya nuestro aserto, le tenemos expuesto en la nota 94 al capítulo mismo que estamos comentando. Floro, al narrar, concisa pero discretamente, la guerra que mantuvo Roma contra

Tarento y Pirro, en cuyo rededor se agrupó la poderosa coalición de los pueblos del S. de Italia, nombra á los Calabros, Apulios y Lucanios, pero no á los Campanos, como lo tenemos demostrado al reconstruir la lección genuína del texto.

Obstinados muchos de los que comentan la obra del escritor hispano-romano en sostener la segunda de las lecturas anteriormente citadas, prefieren acusarle de haber cometido una inexactitud geográfica, á confesar que en tal pasaje han tenido lugar una interpolación y una alteración, que la lectura atenta de todo el capítulo pone de manifiesto.

Floro, no sólo nombra los pueblos que se alzaron contra la República, sino que, al hablar del origen, situación é importancia comercial de Tarento, á cuya población considera como cabeza de aquella famosa liga, determina cuál fuera el teatro de la guerra designando una por una y en orden correlativo las regiones ocupadas por aquéllos, y en las que tuvieron lugar los hechos de armas más notables, sin que entre aquéllas hable para nada de la Campania.

Ni el historiador podía siquiera pensar que los Campanos formaran parte integrante de semejante coalición, una vez que con el exterminio de los Samnitas dió por ultimada, en el cap. xvi, la sumisión de la Campania, á no ser que se quieran considerar como copartícipes de esta guerra los ochocientos Campanos que, en unión de los Sidicinos, se sublevaron dentro de Rhegium y arrojaron á la guarnición romana de esta plaza fuerte: consideración destituida de fundamento, pues además de que Floro ni aun nombra este incidente, aquéllos, lejos de apoyar al Epirota, se mantuvieron independientes y entablaron estrecha amistad con los Mamertinos.

Determinados los lugares que constituyeron el tea-

tro de la citada guerra, el historiador da noticia de las tres grandes batallas que los Romanos libraron con el Monarca helénico, y al hacerlo, sigue el orden cronológico de aquéllas, y el que, á no dudarlo, estableció al hacer mención de los pueblos sublevados y de las comarcas en que se desenvolvieron los acontecimientos.

Ahora bien; demostrado irrefragablemente que el primer pueblo de la liga Tarentina, citado por Floro, es el Calabrés y no el Campano, y citando á la Calabria como la primera de las regiones en que dieron principio á la lucha coligados y Romanos, no cabe duda que aquél considera á la ciudad de Heráclea como perteneciente á la comarca que acabamos de nombrar, y que el río por él designado no fué otro que el Siris

Y ¿cómo pudiera escribir de otra manera, cuando habla de las batallas de Ásculo y de los Campos Arusinos, libradas respectivamente en los territorios de la Apulia y de la Lucania?

No se nos diga que puede ser hijo del acaso y no del intento del escritor el paralelismo que se observa en la enumeración de los pueblos sublevados, los lugares de la campaña y los combates en ellos habidos; pues tantas casualidades, tratándose de un escritor que á vuelta de sus pocos ó muchos defectos despliega ante nuestra consideración tan acabado cuadro de la vida de Roma, tocan poco menos que en el imposible.

La lectura de los textos debatidos, suprimiendo todo lo que no es de nuestro propósito por ser accidental, corrobora la verdad de estas aseveraciones. Dicen así:

«Sequitur bellum Tarentinum, unum quidem titulo et nomine, sed victoria multiplex. Hoc enim *Calabros, Apulos* at que *Lucanos* et, caput belli, Tarentinos.....

et cum istis omnibus Pyrrhum...., una veluti ruina pariter involvit.....

»Tarentus Lacedemoniorum opus, *Calabriæ* quondam et *Apuliæ* totiusque *Lucaniæ* caput, quum magnitudine et muris portuque nobilis, tum mirabilis situ...

»Apud Heracleam (*Campaniæ*) et fluvium Sirim (*Lirim*), Lævino consule prima pugna..... In *Apulia* deinde apud Ásculum, melius dimicatum est..... *Lucaniæ* suprema pugna sub Arusinis, quos vocant, campis..., etc.

Cualquiera conocerá que la voz *Siris* ha podido fácilmente alterarse por la de *Liris*, y que el genitivo *Campaniæ* ha sido interpolado á fin de legitimar la opinión de los que se esfuerzan por conservar la lectura de *Campanos* en vez de la de *Calabros*.

Réstanos tan sólo advertir que Heráclea podía decirse, con verdad, que pertenecía á la Calabria, si se tiene en cuenta que el territorio de la Italia meridional conocido por el nombre de Lucania, comprendía, no sólo parte de la moderna Basilicata, sino también el N. de la Calabria citerior.

(97) Ásculo, ciudad de la Apulia: no debe confundirse con la que del mismo nombre existe en el Pice-no; situada en la comarca de Ancona al SO. de Firmum (Fermo).

(98) Campos Arusinos, en la Lucania: llanos que se extienden por las cercanías de Benevento.

(99) *Sine controversia*. Algunos, como Freinshemio, dan á estas palabras el significado de *incruenta*; Baudement las traduce por las de *sin resistencia*; nosotros preferimos la opinión de los que las traducen por *no dudoso*. Cicerón (lib. III, *De Offic.*) dice en este sentido: «Panetius, qui sine controversia, de officiis acuratisime disputavit.»

(100) *Et domi intra urbem*; que nosotros traducimos por «dentro de la misma ciudad.»

Emplea Floro con frecuencia dos voces sinónimas para expresar una sola idea.

En el lib. II, cap. II, hablando de la rapidez con que Appio Claudio venció á Hierón de Siracusa, dice: «*Statimque ac sine mora Hieronem Syracusanum regem tanta celeritate vicit, etc.*» La misma frase adverbial reaparece en el libro citado, cap. III: *Sed statim ac sine mora*, patuit, etc., refiriéndose á la puerta del templo de Jano.

En el lib. I, cap. XI, al exponer cuáles fueron los fines que impulsaron á guerrear al pueblo romano, dice: «*Hactenus pro libertate; mox de finibus eum eisdem Latinis, asidue et sine intermissione pugnatum est.*»

En el mismo libro, cap. XII, hablando de la toma de la ciudad de Veyes, se explica en los siguientes términos: «*Denique non scalis, nec irruptione, sed cuniculo et subterraneis dolis, peractum urbis excidium.*»

Son muchos los lugares en que emplea semejantes locuciones.

(101) *Molosos*, pueblo del Epiro (*Janina*), región de la Grecia Septentrional, comprendida entre la Iliria, el Pindo, Acarnania y los mares Jónico y Adriático.

Thesalios, habitantes de la Thesalia (*Romelia*).

Macedonios, ocupaban la región limitada al N. por la Dardania y Mesia, al S. por el mar Egeo, la Thesalia y el Epiro, al E. por la Tracia y al O. por la Iliria.

Brucio, habitante del territorio de este nombre, situado en la parte más meridional de la Gran Grecia. Conócese hoy con el nombre Calabria.

(102) Pueblo establecido en la costa oriental de Italia, en la Mesapia, una de las cuatro partes en que se consideraba dividida la Grecia Magna.

(103) Puerto comercial, situado en el golfo Jónico.

(104) *Sed hic melior Veis in capta urbe consenuit*, y no *consuluit*, como escriben algunos; pues Camilo no consultó á los sitiados por los Galos, sino que en cuanto tuvo ocasión, cayó sobre éstos y les arrojó de Roma.

Floro en este capítulo pone de manifiesto la inconstancia del pueblo, que desconociendo los servicios importantes que le prestaron esclarecidos varones, les desterró por haberse opuesto á sus designios. Entre otros, cita á Cariolano y á Camilo, cuya conducta contrasta admirablemente. El primero hizo armas contra su patria para vengar la ofensa que se le infiriera; mas el segundo, mejor patricio que aquél, sufre con resignación el destierro, consumiéndose de dolor en Veyes, hasta que, movido por los ruegos de sus conciudadanos, marcha á librarlos de la opresión en que le tenía el enemigo dando al olvido afrentas y pasados resentimientos.

Hemos traducido el *consenuit* por *se consumió de dolor*, por ser este el sentido en que debió emplear Floro la palabra, por más que, debido á la concisión del escritor, le falte el complemento *dolore, moestitia* vel *taedio*. Confirma nuestro juicio lo que al mismo propósito dice Tito Livio en su libro v: «Qui (*Camillus*) maestior ibi fortuna publica quam sua, cum Diis hominibusque accussandis senescerat, indignando mirandoque ubi illi viri essent, qui secum Veios Faleriosque cepissent.»

De Livio debió Floro tomar la idea que desenvuelve en el lugar citado.

No puede nuestro escritor referirse realmente á la senectud, en cuanto que el tiempo que permaneció Camilo en el destierro no fué suficiente para que envejeciera.

(705) *Senatu quoque vehementius æquo bonoque certatum*

est; que hemos traducido: «También luchó el pueblo romano en contra del Senado, traspasando los límites del bien y de la justicia.»

Freinshemio considera el pasaje de distinto modo: según él, debe entenderse en el siguiente sentido: «Luchó también el pueblo romano vehementemente por el bien y la justicia.»

Mas debemos tener presente que el *vehementius* afecta directamente al *æquo bonoque*, dando á estas palabras una significación contradictoria á la que contienen en sí mismas consideradas. Salustio se vale de la frase siguiente para expresar un pensamiento análogo al de Floro: «Injurias *gravius æquo* habere;» sentir las injurias *más de lo que es razón*.

Baudement traduce de la primera manera por nosotros expuesta; pero es tan libre su traducción, que introduce dos epítetos que no se encuentran ni aun virtualmente contenidos dentro del complemento *æquo bonoque*. Véase, si no: «Le pleuple soutint anssi contre le Senat un lutte *violente*, injuste et *funeste*.» Pase lo del epíteto de injusta; mas lo de *violenta* y *funesta* no tiene soldadura, á no ser que se apele al lugar tan común de «*Pictoribus atque poetis*,» etc.

(106) Colina situada entre los ríos Tíber y Anio.

(107) En el año 260 de la fundación de Roma, los plebeyos, ante el inminente peligro de una difícil guerra, dieron de mano á sus querellas con la gente patricia, tomaron las armas, batieron al enemigo común y regresaron hasta las puertas de la ciudad.

El dictador Manio Valerio reclamó del Senado el planteamiento de las reformas indispensables á fin de mejorar la situación del pueblo, que estaba agobiado por las deudas. Negóse aquella corporación, y en su vista, aprovechándose el pueblo de su organización militar, se retiró al lugar anteriormente nombrado.

Una vez allí, se hizo fuerte y no permitió transigir ni volver á Roma hasta que se accedió á sus peticiones, y obtuvo autorización para crear dos magistrados que velaran por sus intereses y á quienes se dió el nombre de tribunos del pueblo.

En un principio fueron dos; después se les asociaron otros tres, y Lucio Trebonio aumentó su número hasta diez.

Debían proceder de familias plebeyas, si bien andando el tiempo pudieron ser elevados á este cargo los senadores y los patricios, siempre que el pueblo así lo solicitara. La edad para poder ejercerle era la de treinta años.

Grandes eran sus atribuciones. Podían reunir al pueblo, oponerse á los decretos del Senado, anularlos y citar á los magistrados ante el pueblo; y por último, las disposiciones que en tales asambleas se tomaban por su iniciativa llegaron á tener fuerza de ley, dándoselas el nombre de plebiscitos.

El tribuno no podía ausentarse de Roma durante un día entero, y debía tener su casa abierta á cualquier hora, para que el pueblo pudiera presentarle sus quejas cuando le pluguiese.

Su poder estaba circunscrito al interior de la ciudad, cesando fuera de ella, donde sólo mandaban y disponían los cónsules y los dictadores.

(108) Una de las siete colinas sobre las que estaba fundada Roma, á las que unidas otras dos, por haber extendido su radio aquella ciudad, constituyeron el número de nueve; á saber: los montes Palatino, Aventino, Esquilino, Janículo, Viminal, Capitolino, Quirinal, Celio y Vaticano.

(109) «*Moelium largitione, Spurium Cassium agraria lege suspectos regiæ dominationis, præsentí morte multavit. Ac de Spurio quidem supplicium pater ip-*

sus sumpsit: *hunc* Quintii Dictatoris imperio in medio foro Magister equitum Servilius Ahala, confodit.»

Deeste modo escribe la edición publicada en Leipzig en 1877. Otros leen de la siguiente manera: «*Spurium Cassium, Agraria lege; Mælium, largitione suspectum regiae dominationis præsenti morte multavit...*» siguiendo á la anterior en todo el resto del pasaje.

Salmacio desechó la segunda de estas lecciones, y en su consecuencia la primera, si la hubiera conocido, fundado en que á Casio se le nombra anteponiéndole el *prænomen*, cosa en su opinión opuesta á la perpetua costumbre que tiene Floro de designar con un solo nombre á los personajes del pueblo romano.

Antes de apreciar en su justo valor el juicio emitido por el mencionado expositor, debemos advertir que tenían por costumbre los Romanos hacer uso de tres nombres, á saber: el *prænomen*, que equivalía á nuestro nombre de pila; el *nomen*, semejante á nuestro moderno apellido paterno, y, finalmente, el *cognomen*, que no era otra cosa sino un apodo que se daba al individuo, ora porque hubiera llevado á cabo un hecho notable, ó ya en virtud de una cualidad física ó moral, buena ó mala, de que se encontrara dotado.

La aserción de Salmasio, respecto á que Floro designa los personajes con un solo nombre, es inexacta, y para demostrarlo remitimos á nuestros lectores á los capítulos II, III, V, VII, IX, X, XI, XIV, XV y al mismo que estamos comentando de este primer libro, y verán en ellos multitud de varones ilustres citados, ya con el *prænomen* y *nomen*, ora con el *nomen* y *cognomen*. Con la misma frecuencia lo verifica en los tres libros restantes de su obra, y no faltan algunos lugares en los que emplea el *prænomen*, *nomen* y *cognomen*. (Véanse los capítulos II y V del lib. II, y el capítulo XXVII del lib. III.)

La afirmación absoluta que Salmasio hace con las siguientes palabras, cae por su base: «Deinde mos perpetuus Flori, homines unico nomine appellantis,» y en su consecuencia las dos lecciones citadas á la cabeza de esta nota no pecan de inexactas tan solo porque á Casio le antepongan el *prænomen*.

Por lo que dice relación al *suspectum regiae dominatiónis*, que la segunda de las lecciones transcritas atribuye solamente á Melio, y Salmasio á Casio, vemos que debió Floro referir semejante propósito á uno y otro, y que por lo tanto escribió *suspectos* y no *suspectum*.

Confirma esta suposición el hecho de que ambos se hicieron sospechosos de querer erigirse en árbitros de los destinos de Roma, prodigando sus favores al pueblo. Tito Livio dice de Casio: «...Id vero haud secus, quam, præsentem mercedem regni, aspernata plebes; adeo propter suspicionem insitam regni, velut abundarent omnia, munera ejus in animis hominum respuebantur» (lib. II, cap. xli); y de Melio: «Ipse, ut est humanus animus insatiabilis eo, quod fortuna spondet, ad altiora et non concessa tendere; et quoniam consulatus quoque eripiendus invitis Patribus esset, de regno agitare» (lib. IV, cap. xiii).

Tampoco comprendemos por qué Salmasio se empeña en que Floro debió citar á Melio valiéndose del *prænomen* (que era el mismo que el de Casio), y á Casio por el *nomen*, y no viceversa. Semejante antojo le obligó al expositor citado á lanzar sobre nuestro historiador la acusación de que había cometido un error histórico de monta, al hacerle decir que Espurio (esto es, Melio) fué muerto por su mismo padre, siendo así que esto tuvo lugar con Spurio Casio.

Reconstruída la lectura del pasaje tal cual en nuestro concepto debió escribirse por su autor, quedan resueltos tan especiosos argumentos.

«Mælium largitione, Spurium (id est Cassium) agraria lege, suspectos regiæ dominationis, præsentí morte multavit. Ac de Spurio quidem supplicium pater ipsius sumpsit: *hunc* Quintii, etc., etc.....» El *hunc* se emplea en este lugar refiriéndose á Melio, y por lo tanto en la significación de *aquél*, propia asimismo del demostrativo *hic, hæc, hoc*.

De dos modos distintos refiere la tradición la muerte de Casio: algunos creen que fué muerto por su propio padre, y otros que ejecutaron la sentencia pública los cuestores Fabio y Valerio.

Tito Livio, después de hacerse eco de ambas opiniones, y de aparentar inclinarse á la segunda, deja sin resolver este punto, como puede observarse en las últimas palabras del texto, que á la letra dice: «Sunt qui patrem auctorem ejus supplicii ferant: eum cognita domi causa, verberasse ac necasse, peculium filii Cæleri consecravisse:..... Invenio, apud quosdam, id que proprius fides est, á quæstoribus Cæsone Fabio et Lucio Valerio diem dictam perduellionis; damnatum populi judicio; dirutas publicæ ædes: ea est area ante Telluris ædem..... *Sive illud domesticum, sive publicum fuit judicium*, damnatur Ser. Cornelio, Q. Fabio consulibus.»

LIBRO SEGUNDO.

(1) El verbo *peragraré* se emplea en la significación de *recorrer con velocidad*. Tito Livio dice: «Numidiam omnem egregia victoria peragratam (xxx, 17). Obvias urbes raptim paragravit» (xxxii, 13).

(2) Alude Floro á la isla de Sicilia, separada del

resto de Italia por un pequeño estrecho que llevaba su nombre. Según el testimonio de antiguos historiadores, estuvo unida al continente, hasta que fué disgregada de éste por un terremoto; hecho confirmado por las observaciones de modernos geólogos y geógrafos.

(3) «*Quatenus nec mole jungi, nec pontibus posset, etc...*» *Nec mole* le hemos vertido por la palabra *firmes*, siguiendo la lección más autorizada por doctos escritores.

En algunos manuscritos aparece *more* en lugar de *mole*, que á su vez convirtieron inexpertos copistas en la palabra *mare*.

De conservar la lección del código Nazariano, «*Ut quatenus nec mare et nec mole jungi, nec pontibus posset...*» preferimos la corrección que de este pasaje hizo Heinsio: «*ut quatenus nec mari injecta mole jungi...*» pues en su fondo conforma con nuestra traducción.

(4) Ciudad de Sicilia, conocida por los antiguos con el nombre de Mesana. Se hallaba situada en el estrecho de su nombre y fué una colonia fundada por los Mesenios.

(5) Refiérese el escritor á los celebrados escollos de Scila y Caribdis, tan temibles para los navegantes.

(6) La ciudad más importante de Sicilia, fundada por los Dorios.

(7) Hemos traducido: «admirable fué la *manera* de librarse la batalla,» y no «admirable fué la *fama*,» etcétera; conformándonos con las ediciones que escriben: «*Prælii vero forma mirabilis*,» etc., y no *Prælii vero fama*,» etc., como lo hacen otras. El contexto de todo el período así lo manifiesta: Floro describe en él los medios verdaderamente extraños de que se sirvieron los Romanos para vencer la armada cartagi-

nesa, sustituyendo las malas condiciones de la suya con los puentes movibles y otros aparatos y máquinas hasta entonces desconocidos en el arte náutica. Luego lo que admira al escritor no es la fama ó renombre de la ventaja obtenida por Roma en este combate naval, sino la manera que tuvo de librarse.

(8) *Detorquere* escriben algunos, mas *detergere remos* es locución mucho más propia tratándose de operaciones navales.

El verbo *ludificari*, que hemos traducido por el romance *eludir*, está muy en carácter; empléanle casi todos los escritores de pura latinidad para significar el modo de combatir de todas aquellas fuerzas que no presentaban una batalla franca y regular en sus operaciones. Semejante manera de pelear, al decir de Livio, era muy propia de la caballería.

(9) *Ferreæ manus*: consistían tales máquinas en un puente movable que desde la proa del buque se lanzaba en cualquiera dirección sobre la nave enemiga, la cual quedaba apresada por medio de los garfios de hierro que aquél llevaba colocados en su extremidad. Una vez sujeto el buque, era abordado por los Romanos.

(10) Islas Liparas (Lipari). El lugar donde se libró la batalla, según testimonio de Polibio, debió ser entre Mila (Melazzo) y las islas citadas.

(11) El hecho á que se refiere el historiador está comprobado por los testimonios de Amiano Marcelino, Valerio Máximo, Plinio, Tácito y Cicerón, el cual en su libro *De Senectute*, cap. XIII, pone en boca de Catón estas palabras: «C. Duillium qui Poenos primus classe devicerat redeuntem á coena senem saepe vidi puer; delectabatur crebro funali, et tibicine, quæ sibi nullo exemplo, privatus sumpserat.»

En conmemoración del primer triunfo naval se eri-

gió en Roma una columna, ornada con las proas de las naves apresadas á los Cartagineses, por lo que se le dió el nombre de Columna rostral: en su basa tenía una inscripción notable, no sólo por consignar tan importante hecho, sino porque es uno de los primitivos monumentos de la lengua latina.

Traducida á nuestro idioma, dice así:

«Rigiendo el cónsul Cayo Duilio, hijo de Marco, la guerra en Sicilia contra los cartagineses, libró de un apretado cerco á los de Egesta, socios y consanguíneos de los Romanos. Todas las legiones de los Cartagineses que asediaban á Egesta, y el mismo Amílcar, general en jefe de aquéllas, abandonaron los reales, dejando, con la precipitación, nueve elefantes. Después se apoderaron á viva fuerza, de la plaza fortificada de Macela, y bajo la misma magistratura fué el primer cónsul que con fortuna combatió en el mar.

»En sesenta días aparejó una armada y con ella venció, luchando en alta mar, las naves cartaginesas, tripuladas por numerosas fuerzas y gobernadas por Aníbal su mas esclarecido capitán.

»Capturó treinta navíos con los aliados, esto es con los mismos tripulantes, y la nave capitana de siete órdenes de remos, con veinte más de cinco y de tres órdenes.

»El oro acuñado que se capturó al enemigo ascendió á tres mil setecientas libras, la plata á cien mil y el bronce á dos millones y cien mil libras, y toda esta presa, adquirida en el triunfo naval, la depositó en el erario del pueblo romano.

»Condujo delante de su carro á los nobles cartagineses que fueron hechos prisioneros.

»Fué el primer cónsul que triunfó de los de Sicilia y de la escuadra de Cartago, y por tales hechos el Senado y el Pueblo romano erigieron esta columna.»

(12) Cneo Cornelio Asina, tales eran el *prænomen*, *nomen* y *cognomen* del cónsul. Floro, siguiendo una costumbre muy generalizada entre los escritores romanos, le llama Asina Cornelio, anteponiendo el *cognomen*.

Tito Livio, en su lib. iv, 14, dice: *Ahala* Servilius; Cornelio Nepote, Attic., xviii, *Marcellus* Claudius y *Scipio* Cornelius; en lugar de Servilius *Ahala*, Claudius *Marcellus* y Cornelius *Scipio*.

(13) Agrigento (Girgenti), ciudad próxima al mar, con un suntuoso templo consagrado á Júpiter; era eminentemente comercial, y fué, en varias ocasiones, rival de Siracusa.

(14) Drépano (Trépano), ciudad de Sicilia, una de las plazas más importantes de los Cartagineses, y en donde Amílcar trasladó toda la población de Eryx por ofrecer mayor solidez sus murallas.

Los Griegos la llamaron Δρέπανον; muchos escritores latinos hicieron este nombre plural, Deprana; siguiendo la denominación que también la dieron algunos Griegos, τὰ Δρεπανα.

Panormo (Palermo). Estaba situada esta plaza fuerte en el centro de una bahía y en la desembocadura del río Orethus.

(15) Eryx (Trápano del monte), célebre por su templo dedicado á Venus Erycina. Había en Sicilia dos poblaciones que tenían denominación muy semejante: una que los Griegos designaban con el nombre de Ἐρύκη, y otra que llamaban Ἐρύξ, y es á la que se refiere Floro.

(16) Lilybea (Marsala), plaza fuerte de los Cartagineses, situada á 80 kilómetros de las costas africanas.

(17) Olbia (Terra-nova), en la costa NE. de la isla de Cerdeña.

(18) Aleria, ciudad de Córcega: en la actualidad sólo existen algunas ruinas.

El pasaje en que se habla de esta población y de las Olbia ha sido interpretado de muy distintas maneras por los expositores.

Entre las múltiples lecturas que de él se presentan, aparece como más fundada la de la edición de Leipsick, que hemos aceptado para traducirla, y dice así: «Olibiæ ibi, hic Aleriaë urbis excidio incolas terruit.»

Existe el monumento epigráfico en que se recuerda la empresa de Lucio Cornelio Scipión. Sus caracteres aproxímanle en antigüedad á la columna rostral de Duilio.

He aquí la inscripción tal cual la transcribe de la lápida que se desenterró junto á la puerta Capena, el *Corp. inscrip. Rom.*, en su pág. 18, núm. 32:

HONC OINO PLOIRVME.
 COSENTIONT. R. DVONOR.
 OPTVMO FVISE. VIRO LV-
 CLOM. SCIPIONE FILIOS
 BARBATI CONSOL. CEN-
 SOR. AIDILIS. HIC FVET
 AHEC CEPIT CORSICA. A-
 LERIAQUE VRBE. DEDET.
 TEMPESTATEVVS. AIDE
 MERETO.

Traducido lo que hace á nuestro propósito, dice así: «Concuerdan todos en que Lucio Escipión fué el mejor entre todos los buenos de Roma. Era hijo de Barbato; fué cónsul y edil; se apoderó de Córcega y de la ciudad de Aleria, etc., etc.

(19) Cartago, colonia Tiria, fundada en la costa septentrional del África, no lejos de la desembocadura del río Bágrada.

Estaba emplazada, según las investigaciones de

Dureau, conformes con la descripción geográfica de Polibio, en la extremidad de una península que existe cerca del cabo Kamart, entre el moderno pueblo de Mersa y la aldea de Malga.

(20) Clypea (Aklib), bahía en la costa septentrional de África, y en cuyo lugar tenían los Cartagineses una fortaleza apoyada sobre una colina.

(21) Bágrada, río del África.

(22) Jordanes lee: «Aut cepisset, aut haberet in vinculis;» para la traducción seguimos á este escritor. El pasaje íntegro es el siguiente: «Quumque magnam vim juventutis, ducesque ipsos aut cepisset, aut haberet in vinculis.»

El primer verbo (cepisset) hace relación á *magnam vim juventutis*; y el segundo (haberet), á *duces que ipsos*; en su consecuencia, el pasaje en cuestión debe entenderse como si Floro hubiera escrito: «Quum magnam vim juventutis cepisset, ducesque ipsos haberet in vinculis.»

El *magna vis juventutis*, se refiere indudablemente á los soldados que constituían el ejército, pues jóvenes les llamaban los antiguos; aun en nuestra España se les designa con el nombre de muchachos.

(23) Nada conformes los expositores, leen de modos muy diferentes este período en el texto latino: Jordanes le modifica diciendo: «Faedaque clades, Romanique usu incognita. Nam vivus in manus hostium venit fortissimus Imperator.»

Camers y Estadio le formulan así: «Vincimur cum foeda clade, Romanisque usu incognita.»

Nosotros, siguiendo á Duquero, hemos aceptado la siguiente lectura: «Tum (fæda clades, Romanisque usu incognita!), vivus in manus hostium venit fortissimus Imperator;» pues la *intercalación de tales oraciones admirativas* se emplean con frecuencia por Floro: en

el lib. I, cap. III, dice: «Sic (rarum alias decus!) unius manus parta victoria est...;» en el mismo lib., cap. XI: «Sora (quis credat!) et Algidum terròri fuerunt», y en el cap. I del mismo libro que estamos anotando exclama: «Ita (mirum et incredibile dictu!) qui prope quingentis annis domi luctatus est (adeo difficile fuerat dare Italiæ caput!) his ducentis annis... etc.» Tarea interminable sería esta si nos empeñáramos en continuarla. El lector notará en los restantes libros cómo nuestro Floro prodiga tales incidentes cortando el curso de las oraciones principales; esta es una de las propiedades que caracterizan su estilo.

(24) Opinan algunos que en el texto latino debe leerse: «ne pax fieret, nec *commutatio* captivorum reciperetur.» Más aceptable es leer de esta manera: «ne pax fieret, nec *commutatione* captivorum reciperetur;» esto es *ipse*, (Regulus) *reciperetur*. Concuerda esta suposición con lo que la tradición atestigua, á saber, que los Cartagineses enviaron á Régulo con la misión de que Roma canjeara los prisioneros en cambio de su libertad, propósito que desvaneció aquél con su desinteresada conducta. Además, la lectura de los consiguientes demuestra que Floro se refiere, no al canje de los prisioneros romanos, sino al de solo Régulo por los prisioneros cartagineses, pues dice: «Sec nec illo voluntario ad hostes suos reditu, nec ultimo crucis suplicio deformata majestas.» Ni su voluntario regreso entre los Cartagineses, ni el suplicio de la cruz fueron capaces de menoscabar su dignidad.

(25) «Que renunciaron á todo ulterior proyecto sobre aquella isla:» ut nec amplius eam insulam *cogitarent*; no *concitarent*, como fácilmente se adivina teniendo en cuenta aquel otro lugar de este mismo capítulo en el que se dice: «Affectabat autem ut Romanus, ita Pœnus Siciliam, et eodem tempore, pa-

ribus uterque votis ac viribus imperium orbis cogitabat.»

Frecuente es en los antiguos manuscritos el empleo de la *c* por la *g*, así es que de *cogitarent* pudieron hacer *concitarent*; mas teniendo presente este dato no ha lugar á duda alguna: el *cocitarent* es *cogitarent*; de la misma manera que usaban el *cessit* por *gessit*. En la inscripción de la columna rostral, encontramos: «Atque in eodem magistratu prospere rem navibus mari consul *ceset*;» en lugar de *gessit*.

(26) Conducían á bordo los Romanos pollos de gallina que veneraban como aves sagradas. Antes de empeñarse el combate de Panormo negáronse á comer, hecho que, según los augures, presagiaba mal éxito en la empresa. Contrariado Claudio, ó más bien no dando crédito á semejante superstición, los arrojó al mar. Tito Livio narra el hecho de este modo: «Claudius Pulcher consul, contra auspicia prefectus, jussit mergi pullis, qui cibari nolebant, infeliciter adversus Carthagienses classe pugnavit.»

(27) *Egimuro*: pequeña isla entre Africa y Sicilia.

(28) «Naufragio suo Africam et Syrtes, et omnium *interiacentium* insularum littora implevit;» tal es en nuestro juicio la genuína lectura de este pasaje, y no como algunos leen: «Africam et Syrtes et omnium *imperia gentium*, et insularum littora implevit.» Más atinada y conforme con la que encabezamos esta nota nos parece aquella otra lección: «Africam et Syrtes, et omnium *ripas* gentium, et insularum littora implevit.»

(29) *Egates*, *Egades* ó *Egaræ*, tres islas en el mar de Sicilia próximas al cabo Lilybeo, conocidas hoy con los nombres de Santo-Levenzo, Maretamo y Fovorgnana.

(30) A menosprecio y confianza atribuya Floro

que los Romanos no hubieran caído sobre Cartago á raíz de esta victoria naval, lo cual no es cierto, pues por prudencia no lo intentó el Senado de Roma.

(31) *Ligurios*; llamados así por habitar la Liguria (parte del Piamonte), región situada en el SO. de la Galia Cisalpina. Era aquel pueblo de origen Ilirio, laborioso y guerrero infatigable.

(32) *Ilirios*, moradores de la comarca de su nombre en la costa septentrional del Adriático; eran muy dados á la piratería, y su ciudad más importante era Escodra (Scutari).

(33) *Varo*, hoy Var, río que separaba la Galia Narbonense de la Liguria.

(34) *Macra* (Magra), separaba este río la Galia-Cisalpina de la Italia.

(35) *Salios*, pueblo de la Germania, ocupaban la parte del condado de Franconia, regada por el río Sala; más tarde se les dió el nombre de Francos.

Oxubios, pueblo de la Liguria.

Ingannos, se extendían en Italia por una parte de los territorios de Génova.

(36) Entre la multiplicidad de variantes con que se ha expuesto este período (que por cierto aparece oscuro en demasía), aceptamos la siguiente lectura para la traducción, porque en nuestro entender es la que forma sentido más perfecto: «*Sed experimento deprehensum est, sicut primus impetus eis major quam virorum est, ita sequens minor quam fœminarum; quippe Alpina corpora humenti coelo educata habent quiddam simile nivibus suis,*» etc.

Ha bastado para reconstruir el sentido colocar en sus lugares respectivos las partículas *quippe* y *sicut*, que sin duda por una lamentable equivocación fueron sacadas de su quicio en no pocos códices. Compárese, si no, la lección adulterada con la anterior:

«Sed experimento deprehensum est, *quippe sicut* primus impetus eis major quam virorum est, ita sequens minor quam fæminarum,» etc. Carece completamente de sentido, pues no es razón que los Galos, por estar dotados de ánimo feroz y corpulencia, decaigan en la segunda acometida y se debiliten; antes por el contrario, esto debiera ser causa de la persistencia en el brío durante la pelea.

De tal manera restaurado el período, no hay necesidad de sustituir unas voces por otras que ni guardan entre sí la menor analogía, como sucede con la sustitución del *sed* por el *id*, ni de la intercalación de la partícula *quod*, que no aparece en códice alguno.

(37) El recuerdo de este hecho de armas se encuentra esculpido en las monedas de plata que de aquella época se conservan. En el anverso de la moneda esta esculpida la cabeza de Júpiter ceñida con el laurel de la victoria, y en el reverso la efigia alada de esta, sosteniendo con su mano izquierda un ramo de palma y extendiendo con la derecha una corona sobre un trofeo de guerra suspendido de un árbol. Adórnarle agrupados el sayo, el yelmo alado, el escudo redondo y la espada de los Galos. Léese en la moneda la siguiente inscripción:

C. FLAMINI. C. F. ROMA.,

(38) Virgilio en su *Eneida*, lib. VI, v. 869, dice:

• Tertiaque arma patri suspendet Capta Quirino.

(39) Háblase en este capítulo de la guerra que mantuvo Roma contra los piratas del Adriático, los que, favorecidos por los de Escodra, contituyeron una poderosa liga marítima, entrando á formar parte en ella los Ilirios, Liburnios, Acarnanios, Epirotas y otros pueblos.

(40) Los dos legados que ante el rey Agrón se quejaron de los desmanes cometidos por los piratas, tenían por nombre, según Polibio, Cayo y Lucio Coruncanio, y al decir de Plinio, Plubio Junio y Tito Coruncanio.

(41) Al escribir Floro: «Cuatro años escasos de reposo disfrutó Roma, terminada la primera guerra púnica, cuando estalló la segunda...» no quiere significar que transcurrieran solo cuatro años desde la primera guerra á la segunda, sino que el pueblo romano durante el tiempo que corrió de una á otra campaña apenas si por espacio de cuatro años dejó las armas de la mano para luchar con otros pueblos.

(42) *Raptæ insulæ*; alúdese á la isla de Sicilia, la posesión de mayor importancia que perdieron los Cartagineses en virtud del tratado de paz celebrado con Roma en el año 241 antes de Jesucristo.

(43) *Sagunto* (Murviedro), debió su origen á una colonia procedente de la isla de Zazinto; perteneció á la España ulterior, según la división hecha por Augusto de la provincia Tarraconense. Los Romanos, después de su destrucción, como si trataran de borrar la memoria de su poco noble proceder con la ciudad aliada, la reedificaron, poniendo especial empeño en que reapareciera su antigua magnificencia. Casi todas las ruinas que existen en el día son de esta segunda época de Sagunto.

(44) Floro se lamenta de la conducta que observó Roma con su ciudad aliada, «ilustre sí (dice), pero ejemplo triste de lealtad para con los Romanos.» *Fidei erga Romanos magnum quidem sed triste monumentum*. En este, como en otros muchos lugares, no puede reprimir el espíritu patrio que le domina.

No se achaque á las necesidades políticas el abandono en que los Romanos tuvieron á Sagunto;

en vano se ha tratado de disculpar su negligencia.

Hasta en la misma Roma comprendieron muchos la vergüenza de semejante proceder, y se conservó por mucho tiempo en la memoria del pueblo el célebre proverbio, que es aplicado á los que dan un consejo cuando se reclama de ellos un pronto auxilio: *Dum Romæ consulitur Saguntum expugnatur.*

(45) *Et suis et ipsorum manibus evertit.* Los mismos Saguntinos coadyuvaron á la ruina de su ciudad; pues agotados todos los recursos de la defensa, se dieron la muerte, después de arrojar á las llamas todas las riquezas.

Tal es el pensamiento que entraña la citada frase: no lo entendió Jordanes en este sentido, pues de lo contrario no la hubiera enmendado escribiendo: «et suis et suorum manus,» etc.

(46) *Pó* atraviesa la Italia por su parte septentrional de Occidente á Oriente, desemboca en el Adriático y recibe como afluente por su izquierda al Tesino.

(47) A este mismo propósito escribe Tito Livio, libro XXI, cap. XLVI: «Hic erit juvenis, penes quem perfecti hujusce belli laus est, Africanus ob egregiam victoriam de Annibale Pœnisque appellatus.»

Encierran el mismo pensamiento que las de Floro, mas no corren parejas en cuanto á la elegancia. Fénélon califica las de nuestro escritor de elegantísimas, y se complace en citarlas: «Il nous donne (dice) tout le spectacle de la vie de Scipion, quand il dit de sa jeunesse: *C'est le Scipion qui croit pour la destruction de l'Afrique.* Vous croyez voir un enfant que croit et s'élève comme un géant» (*Essai sur le goût*).

(48) *Trebia*, afluente del *Pó* por su margen derecha.

(49) *Trasimeno*, hoy lago de Perusa.

(50) *Et aquilæ prodire nolentes....* El águila era una

de las insignias usadas por los ejércitos romanos: consistía en una pica, en cuyo extremo superior tenía la efigie de un águila, terminando el inferior en una punta de hierro. Clavábanse en tierra en el sitio donde se constituía el campamento, y se arrancaban tan solo en el caso de trasladarse aquél ó al dar principio á la batalla. Entre las muchas preocupaciones que tenían los Romanos, era una la de considerar como infausto presagio la resistencia que opusieran las águilas á ser extraídas de la tierra. Con estos antecedentes puede comprenderse en su valor el *aquilæ prodire nolentes*.

Tito Livio dice: «Territis omnibus, qui circa erant, velut foedo omine incipiendæ rei, insuper nuntiatur signum omni vi moliente signifero combelli nequire.»

(51) *Aufido* (Ofanto): desagua este río en el mar Adriático, al Sur de las bocas del Pó.

(52) *Vergelio*, torrente de la Apulia.

(53) Si según es fama que dijo Maharbal, hijo de Himilcon. «Si quod Pænum illum dixisse Maharbalem Himilconis ferunt.» *Adherbatem*, se encuentra escrito en otras ediciones.

Jordanes optó por que tales palabras fueron dirigidas por Maharbal; mas al notar que éste no era hijo de Bomílcar sino de Himilcon, corrigió el pasaje diciendo: «Quod Poenum illum dixisse Maharbalem *Bomilcari* ferunt;» como si Maharbal hubiera dicho á Bomílcar lo que en realidad dijo á Aníbal.

Las locuciones *Maharbal Himilconis*, *Adherbal Bomilcaris*, empleábanlas algunos historiadores romanos para designar á los hijos de los jefes ó personajes cartagineses, tomadas, á no dudarlo, de las lenguas orientales. Equivalen aquéllas á si se dijera: *Maharbal (filius) Himilconis*; *Adherbal (filius) Bomilcaris*.

Emplea Tito Livio semejante orientalismo en algunos lugares: así, en el lib. xxvi, cap. xvii, dice: «*Absdrubal Amilcaris* ad lapides atros castra habebat in Ausetanis;» y en lib. xxviii, cap. xii: «*Ibitum Absdrubal Gisgonis*, maximus, clarissimusque eo bello secundum Barcinos dux; regressus ab Gadibus....., etc.»

(54) «Que en Capua encontró Aníbal su Cannas:» *Capuam Annibali Cannas fuisse*; frase tomada de Tito Livio, quien en su lib. xxiii, cap. xlv, pone en boca de Marcelo estas palabras: «*Capuam Annibali Cannas fuisse. Ibi virtutem bellicam, ibi militarem disciplinam, ibi præteriti temporis famam, ibi spem futuri extinctam.*»

(55) *Falerno*, monte de la Campania, cerca de Sinuesa; es una derivación del monte Massico.

Gauro, montaña de la región anterior, no lejos de Puteoli (Pozzuoli).

(56) *Et perculit in Campania sua*, ó, como escriben otros, *et pepulit in Campania sua*; de la misma manera que empleamos el giro de *in castris suis aliquem cedere*.

Marcelo batió y persiguió al general cartaginés en la misma Campania, y libró á la ciudad de Nola del sitio que aquél la pusiera.

Que tal es el sentido del historiador lo prueba lo que á seguida dice, á saber: que Sempronio Graco persiguió y picó la retaguardia al Cartaginés por la Lucania.

(57) *Nola*, ciudad de la Campania, al E. de Nápoles; plaza fuerte. Estuvo sometida á los Samnitas y más tarde fué municipio romano.

(58) *Siracusa* (Siragosa), ciudad de la isla de Sicilia fundada por una colonia doria y considerada como capital de aquel territorio por su importancia.

(59) *Caralis* (Cagliari), sobre la costa meridional de Cerdeña.

(60) *Cartago nova* (Cartagena). Polibio atribuye su fundación al general Asdrúbal, y la da el nombre de *Καὶνὴ πόλις*, traducción griega del fenicio Cartha Hadath, que significa ciudad nueva. Su posición era ventajosa en extremo, ya porque el golfo seguro donde se levantó servía de refugio y punto de escala para la marina cartaginesa, ora porque las condiciones de la entrada de su puerto constituían una defensa natural. Aníbal la convirtió algunos años después en una plaza fuerte, que por largo tiempo conservó su esplendor y fortificaciones á pesar de que los Romanos se apoderaron de ella después de haberla sitiado y batido.

(61) Plutarco en su vida de Aníbal refiere el mismo hecho.

(62) *Nomine amplius quam spectatione; no expectatione.* *Spectatio* significa *consideración, valía, respeto*; así es que el sentido de todo el pasaje no es otro que este: «más notable fué esta campaña por la memoria que los antiguos Macedones dejaron de su valor, que por la consideración ó valer que les fuera propio en esta última guerra.»

(63) Tito Livio se hace eco de la misma tradición (lib. xxxii. cap. i).

(64) *Pérgamo*, ciudad de la Gran Misia, una de las cuatro partes en que ésta se encontraba dividida; constituyó un reino independiente el año 253 antes de Jesucristo.

(65) Por más que aparezca este lugar en muchos códices de este modo escrito: «*aderant Rhodii, nauticus populus, quibus á mari, Consul á terris omnia equis virisque quatiebat,*» hemos preferido para traducirle, la lección que de él presenta Freinshemio: «*aderant Rhodii, nauticus populus; qui navibus á mari, Consul á terris omnia equis virisque quatiebat.*»

Fúndase la introducción de la voz *navibus* en la especie de antítesis que establece Floro entre las fuerzas navales de los de Rodas y las terrestres del cónsul romano; entre este y el pueblo rodio, y por último entre el mar y el continente: antítesis de que hace uso en este mismo libro en su capítulo II, elogiando el esfuerzo romano. «Ostendit nihil interesse virtuti, *equis an navibus*, terra an mari dimicaretur.» Tito Livio se expresa de este modo en el lib. xxxviii, cap. xxxii.

(66) *Lisimaquia*, ciudad perteneciente al Quersoneso de Tracia, situada al SE.

(67) *Euripo*, estrecho que separa la isla de Eubea (Negroponto) del continente helénico.

(68) *Éfeso*, ciudad de la Caria, floreciente en las ciencias y las artes; era colonia fundada por los Jonios.

(69) *Salamina* (Coselouri), isla de las costas orientales de Grecia, situada junto á las de Megarida y del Atica. Adquirió nombradía por el combate naval que en su estrecho libraron los Griegos contra los Persas.

(70) *Sipylo*, montaña de la Lidia.

(71) *Meandro*, río de Lidia.

(72) *Trecenta millia peditum; equitum, falcatorumque curruum non minor numerus*. El número de caballos y carros de guerra no debe tomarse en proporción aritmética, con el de infantes, sino proporcionadamente al de éstos: esta es la razón por la cual hemos vertido: «...trescientos mil infantes y un número *proporcionado* de caballos y de carros armados con hoces.»

(73) *Etolia*, uno de los ocho estados en que se dividía la Grecia central ó Hélada; limitaba al N. con la Tesalia; al S. con el golfo de Corinto; al E. con el Oeta y al O. con el río Aquelóo.

(74) *Ambracia*, no pertenecía á la Etolia—como han supuesto algunos—sino al Epiro: estaba próxima

á la embocadura del río Arethon, y tomó en esta guerra parte muy activa en favor de los Etolios.

(75) *Rodas*, isla al S. de las costas de la Caria; fué colonizada por los Dorios y á su vez salieron de ella expediciones para Sicilia y el S. de Italia.

(76) *Cefalonia*, isla del mar Jónico.

(77) *Zazinto* (Zante), isla situada al S. de Cefalonia, frente á las costas de la Elida propia.

(78) *Maleo ó Malio* (Sant. Angel), promontorio del Peloponeso.

(79) Pobladores de la Histria, región de la Galia Transpadana.

(80) *Galo-Grecos*, llamados así por constituir un conjunto de habitantes procedentes de las Galias y de la Grecia. Ocuparon la Galacia, comarca del centro del Asia Menor, comprendida entre la Bitinia, Paflagonia, Capadocia y Frigia.

(81) Tolostogobos ó Telostoboios y Testosagos; eran de origen belga, procedentes de las bandas que invadieron la Grecia.

(82) *Per Astrudem paludem*, dice el texto: debe referirse al lago Ascuris, que, según Ortelio, es el Lychnito, llamado hoy lago de Lócrica.

(83) Tito Livio expone el hecho de esta manera: «Perseus tandem á pavore eo, quo attonitus fuerat, recepto animo, malle imperiis suis non obtemperatum esse: quum trepidans gazam in mare dejici Pellae, Thessalonicae navalia jusserat incendi.»

(84) *Somotracia*, isla del mar Egeo, perteneciente al grupo de las de Tracia.

(85) *In templum recepit*, etc. Floro no alude al templo de Somotracia, sino á la tienda del cónsul romano, pues el campamento de éste estaba situado á gran distancia de aquélla.

Algunos expositores, y entre ellos Dukero, entien-

den que la voz *templum* fué una adulteración de la de *temptum*, hija de la ignorancia de los copistas, y que *templum* aparece en los escritores antiguos en vez de *tentum*, que significa *tienda*.

No hay para qué desechar del texto la palabra *templum*, pues según puede verse en el historiador Tácito, no sólo significa el lugar sagrado, sino además el sitio de los campamentos en que se custodiaban las águilas romanas y otras insignias militares.

(86) *Macedonici belli contagio traxit Illyrios*. Costumbre es de los escritores latinos comparar la sucesión de las guerras con la rápida propagación de la peste:

«Tusci fere omnes consciverant bellum: traxerat contagio proximos Umbriæ populos» (Tito Livio, x, capítulo xviii).

Los *Ilirios* ocupaban la Bosnia, Albania, Dalmacia y Croacia: la Iliria estaba dividida en dos partes; el nuevo Epiro, que comprendía la Albania, y la Iliria propiamente dicha, que se extendía por las otras tres comarcas citadas.

(87) *Escodra* (Scutari), sobre el lago Labeatis, ciudad de la Iliria, con bellos alrededores.

(88) Los latinos, para expresar la muerte del hombre, hacían uso del verbo *finire* en lugar de *extinguire*, *interire*: Floro emplea aquél en sentido trasladado para expresar la ruina de Cartago (finita est, dice), pues los antiguos consideraban cual la del hombre la vida de los pueblos, diciendo de ellos que nacían, se desarrollaban y se concluían por la muerte.

(89) Tito Livio, en su lib. xxi, cap. xl, distingue del mismo modo la diferente significación de los verbos *committere*, *profligare* y *conficere*. Dice así en la oración que pone en boca de Cornelio arengando a sus soldados: «Sed ita forsitan decuit, cum fœderum ruptore duce ac populo, deos ipsos, sine ulla humana ope,

commitere ac profligare bellum; nos qui secundum deos violati sumus, commissum ac profligatum conficere.»

El *profligatum* le hemos traducido por *casi llegó á su término*, autorizados por Cicerón, que en esta acepción le emplea: «Qui profligato bello, ac pene sublato, renovatum bellum gerere conamur» (xxi, Ep. fam., 30).

(90) «Si salvi esse vellent, ut migrarent *finibus*, imperatum.» No tiene razón de ser la sustitución de la voz *finibus* por la de *sedibus* (moradas), pues lo que Floro da á entender es que los Cartagineses salieron de los límites de la ciudad de Cartago y su término, mas no de los que en África abrazaba la nacionalidad cartaginesa. Los testimonios de Orosio y Apiano confirman esta opinión.

(91) «Desmantelado el puerto de sus defensores, como también la primera, segunda y tercera muralla.» *Operis portus nudatus*, vale tanto como limpiar el puerto de sus defensores, por lo cual inútil es que Freinshemio forme empeño en sustituir el *operis* por *operibus*, pues además de que el *nudatus* nada diría respecto á los muros, pues ellos son de por sí obras de defensa, el *nudari muros* tiene el sentido de arrojar de las murallas á los que las guarnecen: *nudari defensoribus muros* (César, *De bello Gallico*, II, 6).

(92) *Byrsa*, ciudadela de Cartago sobre una colina, desde la cual dominaba el mar y la ciudad; estaba ceñida por doble muro y dentro de ella se encontraban los templos de Essum-Esculapio, Astarte y Baal-Moloch.

(93) *Compulsis in unam arcem hostibus, portum quoque maris Romanus obsederat.* «Arrojado el enemigo á la ciudadela, Escipión obstruyó el puerto exterior.»

Para la acertada inteligencia de este lugar, es preciso tener en cuenta que Cartago poseía dos puertos, uno mercante y otro militar. El primero comunicaba

inmediatamente con la marina y formaba una elipse prolongada; el segundo no tenía entrada propia, sirviéndose de la del puerto mercante, por el que comunicaba por un canal abovedado.

Con estos datos comprenderemos que al decir Floro *portum quoque maris*, etc., habla del puerto mercante, cuya comunicación con el mar, una vez cerrada, invalidaba el uso marítimo del puerto militar.

No hay motivo para alterar la lectura de este pasaje suprimiendo la voz *maris* ó sustituyéndola por *mari*, ó, lo que es peor, por la palabra *Mars*.

(94) *Corinto*, ciudad de la Acaya, estaba al pie de una montaña defendida por la naturaleza y el arte, y la unía una doble muralla con el puerto de Lechaeo (Atica). Es una de las mejores poblaciones de Grecia por su comercio y riqueza.

(95) Nos valemos para traducir de la lección que dice: *Cum maxime*, que los Romanos usaban en sentido de *al presente, á la sazón*.

(96) *Numancia*, cerca de Soria, en la ladera de un monte de escasa altura: pertenecía esta ciudad á la provincia Tarraconense. Sus montañas la cercaban por todas partes á excepción de la del Mediodía, en que por un llano regado por el riachuelo Ter, se llegaba á la población. En medio del recinto formado por el caserío se elevaba una ciudadela que en tiempos de apuro servía á los Numantinos para guardar sus riquezas y de último baluarte de defensa.

(97) «Nunca pensó España levantarse en masa contra nosotros, ni medir sus fuerzas con las de Roma, ni sustentar con las armas su libertad: si tal se propusiera, ni aun osado hubiéramos subyugarla, encontrándose—como se encontraba—fuertemente defendida por el mar y los Pirineos.»

Demuestra todo este período el conocimiento que

el escritor hispano-romano tenía del estado político de aquellos primitivos pobladores de nuestra península. Divididos por su respectiva situación geográfica, usos, costumbres y hasta creencias religiosas, no tenían formada idea de la nacionalidad, tan indispensable para estrechar á los pueblos y aprestarles á la defensa de la patria. Aunados todos los esfuerzos de los Españoles, los Romanos hubieran encontrado insuperable obstáculo en la conquista de nuestra Iberia, ya por las defensas naturales que la aislaban del resto del Continente europeo, como por el esfuerzo de sus moradores.

(98) Los Celtiberos pertenecían á la raza de los Galos. La invasión de los Volkes-Tectosagos en las tierras regadas por el Garona, obligó á los pueblos que allí habitaban á penetrar en España por las gargantas del Pirineo: así nos lo describe Lucano en su *Farsalia*, cuando dice:

Profugique á gente vetusta
Gallorum, Celtæ miscentes nomem Iberis.

Uniéronse á los Iberos después de mantener sangrientas luchas, si hemos de prestar crédito á Diodoro Sículo.

Eran por demás aguerridos; usaban grandes escudos, lanzaban en el combate largos venablos, cubrían su cabeza con un capacete de hierro, y además de la espada ceñían un puñal rayado y curvo. Peleaban en campo raso, y formaban el *cuneus* ú orden de batalla triangular. Respecto á su religión nos da Estrabón el siguiente dato: «Cuipiam deo cujus nomen non extat: rotunda luna tempore nocturno ante fores per omnes domos pernoctant sattu agitantes.

(99) *Contrebia* (Montalbán), ciudad de la Tarracense. Siendo pretor de esta provincia Quinto Fulvio

Flacco (año 571 de Roma), abrió sus puertas al Cónsul romano después de la derrota que experimentaron los Celtíberos. Mayor fué la resistencia que á Metelo opuso en tiempo de Viriato, pues aquél se vió obligado en el asalto á dar la orden de que fueran pasados a cuchillo cuantos legionarios volvieran la espalda.

(100) *Nertobriga* (Ricla). El rasgo de clemencia de Metelo no tiene el alcance ni el interés que el historiador le concede. Se extendió tan sólo á los habitantes de Nertobriga, no á los de Contrebia, y si los arietes cesaron de conmover los muros de aquella, fué por no querer el Cónsul que murieran aplastados entre los escombros los hijos de un tal Retógenes, que servía en las filas romanas y á quienes los Nertobrigenses colocaron en el sitio más peligroso de la muralla.

(101) *Túrdulos*. Llamábanse asimismo Turdetanos. Su origen debió ser celta. Los nombres de Tourtos, Tourtoutanos y de Titanes, con el que dominaban los Griegos á los Pelasgos, primeros pobladores de la Hércules, traen su procedencia etimológica de las palabras This, Teus ó Teuth (Dios), radical común á varios idiomas asiáticos. Igual filiación atribuyen á estas gentes los historiadores griegos. Herodoto dice que los Celtas se extendían hasta las columnas de Hércules, y Eratóstenes y Eforo, citados por Estrabón, dicen que los Galos se extendían hasta Gades.

La rudeza céltica de los Túrdulos se suavizó, andando el tiempo, por las frecuentes relaciones que mantuvieron con los Fenicios, hasta el punto de llegar á constituir una propia civilización.

Extendíase este pueblo desde el Betis (Guadalquivir) hasta el Fretrum Herculeum (Estrecho de Gibraltar).

(102) *Vacceos*; ocupaban el territorio situado al Norte del Duero. Celtas por su procedencia, conservaban en mayor pureza que los Túrdulos sus primitivas costumbres. Silio Itálico dice que su vida era nómada.

Latique vagantes

Vaccœi.....

Se dedicaban á la agricultura, pero no sedentariamente, sino cambiando anualmente de comarca y dividiendo los terrenos y sus productos: *Vaccœi quotannis regionem dividentes, eam colunt, et fructus communes faciunt*, etc. (Diodoro de Sicilia.)

(103) *Lusitanos*: según las conjeturas más verosímiles, procedían de Aquitania. El nombre de Elusatos que se daba á los moradores de ésta, es muy análogo al de Lusitanos.

Por la descripción detallada que hace Estrabón de sus costumbres, parece que se inclina á esta opinión, y llega á decir que los Lusitanos se servían de vasijas de tierra, á manera de los Galos, y que sus mujeres usaban mantos y vestidos bordados.

Desde la Aquitania se dirigieron á nuestra península, y debieron instalarse en las fuentes del Tajo, en donde aparecen con la denominación de Lusones, y en su movimiento de avance recorrieron todo el curso de aquel río hasta su desembocadura.

El gran territorio en que se constituyeron de un modo definitivo comprendía las provincias de Beyra, Extremadura portuguesa, parte de Alentejo, la Extremadura hispana y una buena porción de la provincia de Salamanca.

(104) *Río del Olvido*. Estrabón cree fuera el Limia, y refiere el origen de aquel nombre de la siguiente manera: «Ferunt inter Celticos et Turdulos, cum fe-

cissent expeditionem eo, Limaeo flumine transito, ortam seditionem; ad quam cum accessisset obitus ducis, mansisse ibi illos dispersos, indeque Oblivionis fluvio factum nomen.»

También los soldados de Bruto, sobrecogidos por esta supersticiosa tradición, se negaron á vadearle, hasta que en circunstancia tan crítica, el Cónsul, arrancando de las manos de un Romano el estandarte, penetró en el río; hecho que obligó á sus tropas á seguirle.

(105) Este hombre extraordinario, que á pesar de su nombre latinizado conserva todo su aspecto galo, apareció, el año 596 de Roma, siendo pretores Licinio y Rutilio, al frente de un poderoso levantamiento celtíbero.

Su muerte, tal cual la refiere Floro, frustró las esperanzas de los españoles, que huyeron, abandonando el campo antes de empeñar el combate.

(106) El nombre de Viriato (Estrabón le llama *Ουριαθο*, y Apiano *Υρταθο*) es uno de los más gloriosos de nuestra historia patria. No obstante el odio que inspiraba á los Romanos tan pertinaz enemigo, fueron tantas sus virtudes militares, que no pudieron pasarlas por alto ni dejar de hacerle justicia. Cicerón, en su obra *De officiis*, lib. II, cap. XI, dice: «La equidad... dió al Lusitano Viriato aquel poder maravilloso que triunfó de las armas romanas y de muchos de nuestros generales.»

Justino, en su lib. XLIV, cap. II, dice: «Por espacio de muchos siglos no tuvieron los españoles un solo general de importancia, si se exceptúa á Viriato. Durante diez años disputó el triunfo á los Romanos... No era un caudillo elegido por los Españoles; éstos le seguían confiados en su pericia para prever y evitar los peligros. Su valor y modestia fueron de tal naturale-

za, que aun cuando batió repetidas veces las legiones consulares, no por esto mudó de armas, de traje, ni de género de vida. De tal manera conservó la sencillez de la primera campaña, que el último de sus soldados parecía más rico que su mismo general.»

No sin razón: su pericia militar la puso de manifiesto con los triunfos que alcanzó contra Vetilio, Plancio, Unimano, Nigidio, Fabio Emiliano y Serviliano; su generosidad, perdonando la vida á las legiones romanas, que cercadas tenía, después de obligarlas á levantar el sitio de Erisana; su constancia inquebrantable, reanimando la liga de las ciudades españolas, á pesar de los contratiempos que le hiciera experimentar Fabio y de las desventajas de Becor y de Évora.

Amante del soldado, atendía escrupulosamente á todas sus necesidades repartiendo equitativamente la presa hecha al enemigo, y en medio de tantos triunfos jamás se dejó dominar por el orgullo; ni en las prendas que constituían su traje se vió insignia alguna que de los demás le distinguiera.

(107) Catorce años duró la guerra sostenida por Viriato, según Floro, y en opinión de Apiano sólo nueve. Esta falta de conformidad entre ambos escritores depende de que Apiano cuenta el tiempo de la campaña á partir del año 606 de la fundación de Roma en que realmente el caudillo lusitano se puso al frente de aquel movimiento, y Floro lo hace desde el año 601, fecha en que se inició la rebelión celto-lusitana, hasta el 615 en que fué asesinado Viriato.

(108) No fué Popilio el que manchó con la traición el decoro de las armas romanas, sino Quinto Servilio Cepión, según los testimonios de Apiano, Tito Livio, Veluyo Patérculo y Valerio Máximo.

Si bien Fabio Serviliano obtuvo algunas ventajas sobre los Lusitanos, tales como la de Becor y otras, y

la toma de algunas plazas, entre ellas la de Ituca, fué, por último, vencido por Viriato, después de obligarle á levantar el sitio de Erisana, hasta el punto de acorralarle en la garganta de un monte sin salida. El Cónsul firmó un tratado de paz, si bien bajo honrosas condiciones, que al decir de Apiano ratificó solemnemente Roma.

(109) *Segidenses* ó *Seguedanos*, moradores de Segida ó Segueda, ciudad de la Celtiberia, no muy distante de Numancia.

(110) El aprecio que los Españoles hacían de sus armas y caballos lo expresan las siguientes palabras de Justino: «*plurimis militaris equi et armas sanguine ipsorum cariora;*» y Tito Livio dice á este mismo propósito: «*ferox gens, nullam vitam rati sine armis esse.*»

(111) Violado por Roma el tratado que Quinto Pompeyo celebrara con los de Numancia, fué nombrado como sucesor en esta guerra Quinto Hostilio Mancino. Después de varias tentativas sin gran resultado, fué vencido en batalla campal, y habiendo levantado no con gran precaución el campo que tenía delante de la ciudad, en su retirada fué atacado por los Numantinos, estrechándole en un lugar sin salida.

Más de veinte mil hombres con todos los pertrechos de guerra y la impedimenta propia para un sitio, quedaron á merced de aquellos valientes y generosos bárbaros, á quienes los Romanos no daban otro nombre que el de salteadores; sin embargo, prefirieron hacer nuevos tratos de paz, á tomar una sangrienta represalia. Mancino, imposibilitado para tomar otro partido, accedió, y las negociaciones se entablaron por medio de Tiberio Graco, cuestor del ejército. Acordóse la libertad de los Romanos á trueque de ga-

rantizar la independencia de Numancia, y que quedara en poder de los Españoles el campamento romano, con las máquinas de guerra y cuantos objetos de valor en aquel hubiera. Roma cometió la injusticia de romper aquél tratado por considerarle ignominioso, y condenó á Mancino á ser entregado á los de Numancia para que de él dispusieran á su antojo.

Tiberio Graco tuvo el profundo pesar de no poder librar al cónsul de aquella afrenta, y se desahogaba diciendo á cuantos de ello le hablaban: «No veo nos avergüence en nada el hecho de ratificar una paz que no nos deshonra; sólo cedemos por ella lo que ya no poseíamos, salvando la vida á veinte mil ciudadanos que podrían conquistar nuevas provincias.

»¿Qué dirán los pueblos que en mí se fiaron, si recuerdan la lealtad con que se ratificó la paz que mi padre les otorgara? ¿Cómo no han de notar la gran diferencia que existe entre aquellos tiempos y los vuestros?»

(112) Este hecho, que con trasportes de alegría hizo exclamar á los Romanos «que hacía mucho tiempo no habían visto la espalda á los Numantinos,» quedó reducido á desalojar de Henar—aldehuela situada en un lugar pantanoso—á cortas fuerzas españolas que en él se emboscaban, desplegando contra ellas nada menos que très mil jinetes. Los Numantinos sostuvieron el combate mientras creyeron que luchaban con iguales fuerzas.

(113) *Veram et sine exceptione victoriam*, dice el texto. *Sine exceptione*, vale tanto como *sine conditione*, *sine pactione*. Séneca en su lib. iv, *De beneficiis*, xxxiv: «Ad omnia cum *exceptione* veniet, si nihil inciderit, quod impediatur;» y Plinio, i. Epist. ii: «Nec est quod putes, me sub hac *exceptione* veniam postulare.» En el mismo sentido la emplean Petronio y Suetonio.

(114) *Justa et pia*, apellida Floro á las guerras que Roma sostenía con todo pueblo extranjero, fueran ó no justificados sus motivos; así es que en este número incluye las que mantuvieron César con los Germanos, Pompeyo contra Tigranes, y Craso con los Partos. Confirma este mismo pensamiento cuando, en el libro III, cap. XII, contrapone las contiendas interiores á las guerras habidas con otros pueblos, calificando á estas últimas de justas. «Hos igitur populi Romani omnes domesticos motus, separatos ab externis justisque bellis, ex ordine prosequemur.»

LIBRO TERCERO.

(1) El verbo *sperare*, en este lugar, tiene la significación de pensar, creer, juzgar: en tal significación le emplea Virgilio en la *Eneida*, lib. II, v. 657:

Mene efferre pedem, genitor, te posse relicto
Sperasti?.....

(2) A Masinisa, rey de Numidia, sucedieron, en 605, sus tres hijos Micipsa, Gulusa y Mastanabal. Muertos los dos últimos, Micipsa, anciano y débil, unió al gobierno del Estado al vigoroso y esforzado Yugurta, hijo de Mastanabal, quien después de muerto su tío heredó, en unión de los dos hijos mayores de Micipsa, el trono de Numidia.

(3) La voz *peritus* tiene en el texto latino la significación de *aleccionado*; en la misma la emplea Floro, cuando en su lib. III, cap. XVIII, dice: *Rex callidus, Romanæque avaritiæ peritus*.

(4) Era Masiva nieto de Masinisa, y hacía valer sus derechos al trono de Numidia. Bomílcar, íntimo confidente de Yugurta, fué el asesino que cortó el hilo de su existencia. Ante este nuevo crimen, el Senado ordenó la expulsión del Númidas de los Estados de Roma.

(5) *Igitur sequens ultio mandatur Albino*. No pocos expositores opinan que el *sequens* huelga en el texto, y que debió ser una interpolación. Grevio, sin embargo, cree que Floro lo escribió, fundándose en que se refiere á la nueva venganza que Roma encomendó á Albino por el segundo delito cometido por Yugurta, opinión que está confirmada por las palabras anteriores: «esta fué otra de las causas de la guerra contra el rey.» *Hæc altera contra regem fuit causa bellandi*.

(6) *Et Zamam quidem frustra diu voluit*. Heinsio afirma que la palabra *voluit* debe sustituirse por *volvit*; en cuyo caso debía traducirse: «Si bien en vano sitió por largo tiempo á Zama.» Dukero, á quien hemos tenido en cuenta para la versión de este pasaje, dice que debe mantenerse la primera lección en toda su pureza, supliéndose el infinitivo *capere*: *Et Zamam quidem frustra diu (capere) voluit*.

(7) *Mauritania*: comprendía el territorio que hoy constituye el reino de Fez y una parte del imperio de Marruecos.

(8) *Getulia*, comarca de la Libia interior, en la parte que corresponde al desierto de Sahara.

(9) *Capsa* (Gafsa); ciudad fuerte, situada en un oasis, en el centro del beilikato de Túnez y próxima al gran Desierto.

(10) *Mulucha*, fortaleza levantada en una montaña de extraordinaria elevación; dominaba el río Muluchat (Moloia), límite entre la Numidia y la Mauritania.

(11) *Cirta* (Constantina). Capital de la Numidia y residencia de sus reyes; las ruinas excitan la curiosidad del viajero.

(12) Aun cuando en muchas ediciones aparece escrito: *Nihil hac plaga infestius, atrox cælum, pervicaci ingenia*, nos servimos de la Gruteriana, que escribe: *Nihil hac plaga infestius, atrox cælum, perinde ingenia*. La voz *perinde* expresa la relación en que suele encontrarse el carácter de los pueblos con el clima y demás condiciones físicas de los territorios que ocupan. Floro alude en este lugar al pensamiento desenvuelto por Quinto Curcio, en estas palabras: *Ubique, locorum situs ingenia hominum format*.

(13) Refiérese el historiador á las guerras sostenidas por los Romanos con los pueblos de la Tracia y la Iliria situados al Oriente de Italia.

(14) Alude el escritor á los Galos y Germanos.

(15) *Salios*, llamados también *Saluvios*; tenían su asiento en las inmediaciones de Aix y valle de Duranzo. Por los años de 629 y 630 luchó contra ellos el cónsul Marcco Fulvio Flaco.

(16) *Masalia* (Marsella), fundada por los Focenses en las costas del Mediterráneo por los años 600 ó 604 antes de Jesucristo. Mantuvo estrechas y amistosas relaciones con Roma, por lo que no es de extrañar que Floro la honre con los títulos de *fidissima atque amicissima*.

En efecto, sirvió de punto estratégico y de cuartel general para los Romanos todo el tiempo que duraron las guerras púnicas. Extendió su poder marítimo por todo el litoral comprendido entre los Alpes y el Pirineo. Pompeyo, antes de penetrar en España para hacer la guerra á Sertorio, la honró haciendo sus tributarios á los Volscos, Arecómicos y Helvecios.

La Galia debe á Masalia los primeros gérmenes de

la cultura helénica. A pesar de la antigüedad é importancia de esta ciudad, apenas si en la actual Marsella se encuentran monumentos que recuerden su pristino esplendor.

(17) *Alobroges*, pueblo céltico que habitaba el territorio que se extiende entre los ríos Ródano é Iser.

Los *Arvernos* procedían de la Galia aquitania: llegaron, en la época que historia Floro, á ejercer predominio en toda la región que se extiende entre los Pirineos, el Rhin y el Mediterráneo. Nemosius, cerca de la actual Clermón, era su capital.

(18) *Eduos*; habitaban la Borgoña.

(19) *Varo* (Var), río de las Galias.

(20) *Isara* (Iser), afluente del Ródano.

(21) *Vindelico* (Sorga); llamado por Estrabón Sugal. Floro le llama Vindelico por correr junto á la ciudad de Vindelim.

Coloca nuestro escritor la batalla de Vindelim después de la que se libró cerca del Iser, en contra de lo que hace el abreviador de Tito Livio, y con razón, pues, según se lee en los *Fastos capitolinos*, Máximo obtuvo el triunfo antes que Domicio, y su victoria la alcanzó sobre los Alobroges y Arvernos.

(22) *Cimbrios*, pueblos de raza germánica, al decir de Piteas y de César; éste expresamente les concede asiento entre los Germanos: vivieron en un principio en Dinamarca.

(23) *Teutones*, de origen germánico; habitaban la parte septentrional de Alemania, en las playas é islas del Báltico.

(24) *Tigurinos*, pueblos de Helvecia; habitaban á orillas del lago Morat, al pie del monte Jura.

(25) Según la opinión más autorizada, en el texto latino debe leerse este pasaje del modo siguiente: *ab extremis Germaniæ (non Galie) profugi*, etc.... pues

á renglón seguido nos dice el escritor que tales pueblos fueron rechazados de la Galia y España, por cuya causa penetraron en Italia. Estas palabras demuestran bien á las claras que la Galia no fué el lugar de su procedencia, sino objeto de sus irrupciones.

(26) A las luchas sostenidas por los partidarios de Mario contra el Senado y la fracción oligárquica, con motivo de las leyes Apuleyas, se refiere el historiador, no á las que con anterioridad á las incursiones cimblicas se mantuvieron en Roma por los Gracos; en su consecuencia, carece de fundamento la acusación que Freinshemio dirige á Floro, de haber sacrificado la verdad cronológica ante el capricho de dar cabida en su relato á un pensamiento sentencioso.

El empleo del participio *dimicaturus* pone de manifiesto que se refiere á las contiendas que amenazaban á Roma, una vez que Mario, vencidos los Cimbrios, se presentó como jefe del partido popular y como continuador de las reformas iniciadas por los Gracos.

(27) El verbo *habere* tiene aquí el significado de *tener*, poseer, pues dice relación á una cualidad, no á un juicio, por lo cual no es equivalente de *creer*, afirmar, juzgar, etc. Autoriza esta traducción lo que dice Séneca al mismo propósito: «Quid Cimbrorum Theutonorumque tot milia superfusa Alpibus ita sustulit... nisi quod erat illis ira pro virtute?» (I, *De Ira*).

(28) *Aquæ-Sextiæ* (Aix). La guerra sostenida por los Romanos con los Alobroges y Arvernos y la derrota de éstos, dieron por resultado el establecimiento de una nueva provincia entre los Alpes marítimos y los Pirineos, á la que se designó con el nombre de Galia Narvonense ó Romana, y de la que *Aquæ-Sextiæ* fué, en un principio, una de tantas fortalezas levantadas sobre la vía militar por Domicio, no tardando en

agruparse en su rededor la ciudad romana de aquel nombre.

(29) Tito Livio, hablando de los Númidas, dice que tenían costumbre de usar dos caballos y que saltaban, sin abandonar sus armas, de uno á otro, cuando el que cabalgaban se fatigaba con la pelea.

(30) *Athesis* (Adigio), río de la Galia Transpadana, que vierte sus aguas en el Adriático.

(31) Arrojaron los árboles sobre la corriente del río, no con el fin de atravesarlo, sino para destruir el puente que el cónsul romano Lutacio Cátulo había tendido con objeto de asegurar su retirada.

(32) 30 de julio del año 653.

(33) *Raudio* (Rhó), vasta llanura en la Galia Transpadana, á doce kilómetros de Milán.

(34) No es exagerada la cifra de las pérdidas que sufrieron los bárbaros, ni la de las que los ejércitos consulares experimentaron: al menos los datos de Floro están de acuerdo con los de Plutarco, según los cuales murieron seis *miriadas* de bárbaros, y con los de Eutropio, que sólo hace subir la pérdida de los Romanos á trescientos hombres: «*Romani milites ex utroque exercitu trecenti periere.*»

(35) Pedían con esto ser entregadas á las sacerdotisas de Vesta (Valerio Máximo).

(36) Este es el sentido de las siguientes palabras del texto: «*frequensque in spectaculo rumor victoriae Cimbriae, Feliciter dixit;*» pues, aunque no con muy buena construcción latina, el pensamiento de Floro, según Dukero, es el siguiente: «una vez que por el teatro circuló la noticia de la victoria cimblica, todos los expectadores clamaron,» etc.... El *victoriae Cimbricae* es en este caso un genitivo que determina el *rumor*, y no un dativo complemento del *Feliciter*; pues siempre que á éste se une, es un dativo de persona, para la

cual se desea con semejante locución que la sobrevenga algún bien, y un dativo de cosa: luego son inexactos los fundamentos en que se apoyan Gruter y Freinshemio para sostener la opinión opuesta, é inoportunos los textos que de Suetonio alegan para confirmarla.

(37) *Escordiscos*, gentes, que al decir de Tito Livio y Justino, eran oriundas de las Galias, y probablemente de las hordas que después de Ptolomeo Caramo invadieron la Tracia, y de las que una permaneció en aquella región por espacio de setenta años.

(38) *Hebro* (Maritza), río de Tracia; desagua en el mar Egeo formando el golfo de Enos.

(39) *Rhódope* (Despoto-Dajh), monte de Tracia.

(40) *Dacia*; estaba comprendida entre el Theiss, el Danubio, el mar Negro y los Kárpatos; se dividía en Dacia mediterránea, Alpestris, y Ripensis. Sus pobladores procedían de la Tracia.

(41) *Sármatas*; habitaban la parte de Europa que se extiende entre los ríos Vístula y Don y los montes Kárpatos.

(42) *Tanais* (Don), río de Sarmacia.

(43) *Mæotis* (Mar de Azoff), en los confines de Europa y Asia, comprendido entre las costas del Chersonesus Tauricus (Crimea) y las costas meridionales de la Sarmacia.

(44) Para traducir este pasaje nos hemos servido de la edición estereotípica de Floro publicada en Leipsick.

(45) Esto es, desguarnecida de ejércitos por hallarse empeñados en contiendas civiles.

(46) *Cheronea* (Caprena), ciudad de la Beocia, notable no sólo por el triunfo de Sila, sino por el que obtuvo Filipo sobre los Atenienses y Tebanos.

(47) *Orchomenon* (Skipon), ciudad de la Beocia, situada junto al lago Copais.

(48) De diversa manera se ha leído en el texto latino este lugar. Unos: *recepit Bithyniam á rege Nicomede, ab Ariobarzane Cappadociam*: «recibió (Sila) del rey Nicomedes la Bitinia y de Ariobarzanes la Capadocia.» Otros, del siguiente modo: *recepit Bithynian, regi Nicomedi, Ariobarzani, Cappadociam*: «recibió la Bitinia para el rey Nicomedes y la Capadocia para Ariobarzanes.»

Justo Lipsio reconstruyó acertadamente este pasaje escribiendo: *recepit Bithyniam á Rege Nicomedes, Ariobarzanes Cappadociam*: «Nicomedes recibió de manos del Rey la Bitinia y Ariobarzanes la Capadocia.» Tal es la traducción que hemos hecho del texto. Y en efecto, no podemos leer el pasaje como lo verifican los que aceptan la opinión primeramente expuesta, pues falseando la verdad histórica, resultaría que Nicomedes y Ariobarzanes se hallaban en plena posesión de sus estados, siendo así que les habían sido arrebatados por Mitrídates, al que Sila, por una de las cláusulas del tratado de paz, obligaba á devolverlos á sus primitivos poseedores.

Tampoco puede admitirse la segunda lección, pues no por mano de Sila, sino directamente del Rey del Ponto, recibieron los despojados sus dominios.

(49) *Cyzico* (Zisich), conocida ciudad de Misia, con dos puertos, y notable por el suntuoso edificio donde se congregaban sus magistrados.

(50) *Gránico* (Oustvola), río de la Misia.

(51) *Esopo* (Alsohop), río de Misia en los confines del reino de Troya.

(52) *Iberos*; habitaban el territorio conocido hoy con el nombre de Georgia, al S. del monte Cáucaso.

(53) *Cólquida* ó *Colchos* (Imerethi, Mingrelia, Ghouria); una de las doce regiones en que los antiguos consideraban dividida el Asia central. Limitábanla, el Cáucaso, el mar Euxino, la Iberia y Armenia. Su ve-

getación era vigorosa y sus riquezas extraordinarias.

Tiénese por cierto que sus primeros pobladores fueron Egipcios.

(54) *Libano*, monte situado entre el Mediterráneo y el río Jordán; de él se desprenden como ramificaciones todas las montañas de Judea.

(55) *Damasco* (Demeck), ciudad de Siria.

(56) *Cilicios*; habitaban la Anatolia: eran astutos, dados al robo y á la piratería, con la que castigaron el Mediterráneo hasta que Pompeyo les derrotó por completo en una breve campaña, que es la que Floro narra en este capítulo.

(57) *Rupto fœdere generis humani*, «y hollando el derecho de gentes.» La voz *fœdus* tiene en este lugar la acepción de *jus*; en este sentido dijo Séneca: «Fulente fœdus umbrarum perit.»

(58) Dice el texto latino: «Ac primum duce Isidoro, contenti proximo mari, *mox* Cretam inter atque Cyrenas et Achajam sinumque Maleum, quod á spoliis *Aureum* ipsis vocavere, latrocinabantur.»

Pretenden algunos que sobra la partícula *mox* en este período, en cuyo caso cambia la significación de él, pues habría que traducir: «Mandados en un principio por Isidoro, se contentaron con piratear por su propio mar, comprendido entre Creta y Cirene, la Acaya y el golfo Maleo, que recibió el sobrenombre de *aureo*, por la rica presa que en él hacían.»

Los que tal leyeron, tildaban á nuestro escritor de inexactitud geográfica, pues extendía el mar que bañaba las costas de los piratas hasta los mares de Egipto, Cirene y Grecia, siendo así que sólo se circunscribía á las de Cilicia, Pamfilia y Licia.

Reconstitúyase la partícula *mox*, que sin duda alguna debió escribir Floro, y desaparecerá semejante acusación. *Mox*, en el autor que traducimos, equivale

á *postea*, *deinde*, mucho más empleando antes el adverbio *primum*, en la significación de *antea*. Esta conjetura esta fundada en otros pasajes análogos del mismo escritor. En el lib. II, cap. VIII, dice: «*primum* *trepidatio*, *mox* fuga dehinc *triumphus* fuerunt.» En el mismo libro que anotamos, cap. X: «...*primum* *fame* *domuit*; *mox* *audentem* *eruptiones* *in* *vallo* *gladiis* *sudibusque* *concidit*.» En el mismo, cap. XIX: «*Hoc* *miraculum* *primo* *duo* *milia* *es* *obviis*; *mox* *jure* *belli* *refractis* *ergastulis*, *sexaginta* *amplius* *millium* *fecit* *exercitum*,» y por último, en el lib. IV, cap. II, dice «*Ac* *primum* *proximorum* *ædificiorum* *atque* *navalium* *incendio* *infestorum* *hostium* *tela* *submovit*, *mox* *in* *peninsulam* *Pharon* *subitus* *evasit*...» etc.

(59) Designa Floro esta clase de embarcaciones con el nombre de *Myaparones*, que, según algunos, se deriva de las voces *Paros* y *Myunte*, lugares de su construcción. Escalígero descompone la voz en las dos de *μῦς* y *Παρος*, por armarse en la isla de este nombre y asemejarse en su configuración oblonga y estrecha al cuerpo del ratón ó de la comadreja.

(60) *Faselis* (Fiondo) y Olimpo, ciudades marítimas de la Licia, sirvieron de albergue á los piratas después de ser batidos por Pompeyo. A los Faselinos se debe la invención del bergantín.

(61) *Isauro* ó *Isaura* (Bei-Sheri), situada en *Lycaonia*, próxima á la *Cilicia*. La calificación que de *arcem Ciliciæ* le da Floro debe entenderse por *fortaleza de los Cilicios*, pues con este nombre designaban los Romanos á todos los piratas. La región *Isauria* les servía de segura estancia, de la cual partían para hacer sus correrías y también de baluarte para resistir á sus perseguidores.

De ella dijo Tito Livio: «*Ea* *arx* *fuit* *Asdrubali* *ad* *excursiones* *circa* *mediterraneos* *populos* *faciendas*,

(xviii, iii;) y de la misma (xxxiii, xiv.) «Eam urbem pro arce habiturus Philipus adversus Græciæ civitates.

(62) *Ligústico*, hoy golfo de Génova.

(63) *Propóntide*, el actual mar de Mármara.

(64) Con la misma imparcialidad y de un modo enérgico lanza al rostro de los Romanos la acusación de mostrarse sobrado injustos al ocupar la isla de Chipre. «Tan grande (dice), y no sin motivo, era la fama de sus riquezas, que el pueblo vencedor de tantas naciones y acostumbrado á distribuir los reinos acordó, á propuesta del tribuno Publio Clodio, la confiscación de los bienes de aquel Rey, á pesar de ser nuestro aliado.» Todo esto, unido al caluroso elogio que tributa á la nobleza, valor y heroísmo de los pueblos españoles en la lucha que por su independencia mantuvieron contra Roma, constituye una serie de pruebas que pone de manifiesto el origen hispano del historiador. Y, en efecto, parece como que á través de sus palabras resalta el sentimiento de cariño á su nacionalidad, y si en diversas ocasiones prodiga hiperbólicas alabanzas en honor del pueblo rey, lo hace á fuer de narrador imparcial y leal admirador de las virtudes donde quiera que resplandezcan.

(65) *Cnosa*, cuyas ruinas existen junto á Kirid, era ciudad de la famosa isla de Creta (Candía).

(66) *Erytrea*, ciudad de la Jonia del Asia Menor.

(67) *Cidonia* (Canea), en Creta con un magnífico puerto.

(68) Dividían los Romanos las Baleares en dos grupos: al primero le daban el nombre de islas Gimnesias, de γυμναῖαι, honderos, y le constituían las islas Major y Balearis Minor, hoy Mallorca y Menorca, y al segundo le conocían con la denominación de islas Pithyusas, formado por las islas Ebusa, Ofusa y Capraria, que en el día se conocen con los nombres

de Ibiza, Formentera y Cabrera. La común denominación de Pithyusas trae su origen de la voz griega *πίτος*, pino, por la abundancia de este árbol en el suelo de aquéllas.

Gozaban los habitantes de estas islas de gran fama por su destreza en el manejo de la honda.

Diodoro hace mención de tres hondas que usaban los Baleares, y Strabón de la destreza con que de ellas se servían, cuyo pasaje ha traducido literalmente Floro.

(69) Entre la diversidad de sentidos que en el texto latino han asignado á este pasaje, hemos aceptado para traducirle la interpretación que de él da Dukero.

(70) *Venetes*, pobladores de la Galia Céltica en el litoral de Morbrian. *Dariorigum* (Vannes) era su capital: dedicábanse al comercio marítimo, sosteniendo frecuentes relaciones con la Gran Bretaña. Sus ciudades se levantaban sobre lagunas de agua salada, ó estaban situadas en terrenos que se inundaban cuotidianamente por el flujo del mar.

(71) Habitaban la Aquitania, llamada *Amórica* en tiempos anteriores; se extendía entre la Céltica, la Narvonense y el Océano.

(72) *Morinos*; pertenecían á la Galia-Belga y poblaban la región contigua al río *Authié*. Todo el territorio que ocupaban estaba poblado de espesísimas selvas, viéndose precisados los Romanos á abrirse paso con el hacha en la mano. Grande fué la resistencia que opusieron á sus conquistadores. Los cronistas de la Edad Media aún designaban aquellas comarcas con el nombre de Morinia.

En el código Nazariano se lee: «*Nec mora dilabantur,*» etc., en lugar de «*Morini dilabantur in Silvis,* como acertadamente enmendó Vineto, de

acuerdo con la mención que César hace de este pueblo en su lib. III *De bello Gallico*, cap. XXVIII.

(73) *Treberinos*, pueblo de las inmediaciones de Tréveris, perteneciente á la Galia-Belga.

(74) *Eburones*; pertenecían á la Galia-Belga y estaban situados entre los ríos Mosa y Escalda.

(75) El hecho que Floro atribuye á Dolabela fué realizado por Labieno: Dolabela no fué lugarteniente de César.

(76) Si bien es cierto que en el texto se escribe: «Cottam cum Titurio Sabino *legato* amisimus,» hemos, no obstante, traducido: «Peciendo en esta jornada los *legados* Aurunculeyo Cotta y Titurio Sabino,» aceptando el parecer de Granovio, ya por estar en conformidad con la historia, pues Suetonio afirma que entrambos fueron *legados* de César: «Titurio et Aurunculejo *legatis* perinsidias *cæsis*,» ora porque «Cottam cum Titurio Sabino *legato*,» etc., en lugar de escribir «Cotta et Titurius,» etc., es locución muy usual entre los escritores latinos. Virgilio, en su *Encida*, dice:

.....Remo cum fratre Quirinus
Jura dabunt.

en lugar de *Remus et Quirinus jura dabunt*.

(77) *Eduos*; habitaban parte de L'Antunois.

(78) *Teucteros*, tribu germánica emplazada en la ribera derecha del Rhin inferior.

El hecho á que el escritor alude es el que César llevó á cabo de 698 á 699, pasando el Rhin, para imponerse á los Sicambros y evitar que las tribus germánicas atravesaran el río, como lo verificaron no mucho antes los Elsípetas y Teucteros.

No fueron éstos los que se quejaron de los Germanos, sino los Ubios ó Ubienos.

(79) *Morino* llama Floro al puerto de donde partió la flota que condujo á César y su ejército á la Bretaña, y es sin duda alguna el puerto *Itius* (Ambletense?), no lejos del país de los Morinos.

(80) *Improbam classem*: el adjetivo *improbus* lleva al nombre que califica la idea de exceso; mas comúnmente denota la audacia ó temeridad de apetecer más de lo que debe encerrarse en justos límites.

(81) *Caledonia* (Escocia). César no llegó á esta comarca, pues tan sólo pudo pasar al otro lado del Támesis.

(82) El caudillo apresado fué Cingetorix, uno de los cuatro régulos del país de Kent que por orden del bretón Casivelaum atacaron con sus gentes el campamento naval de César.

No hemos aceptado la lección de Vineto: «unum quoque regibus *Callidonianis* in vincula dedit,» pues según los datos históricos del mismo César, se demuestra que no penetró en Caledonia; mas con Freinshemio hemos leído: «unum quoque regibus *Casivelauni*, etc.;» lectura más verosímil, si atendemos á las distintas variantes de los códices, que por corrupción de *Cassivelauni* escribieron *Cavetanis* y *Cavelianis*, y con la narración que de semejante hecho aparece en Julio César, en su lib. v, cap. xi, *De Bello Gallico*.

(83) *Vercingetoris* significa lo mismo que *jefe de cien jefes*.

(84) Los *Arvernos* poblaban la Auvernia; los *Biturigos*, la Galia Aquitania; los *Carnutos*, la Céltica, y los *Sequanos* la Galia-Belga en la parte de Besanzón.

(85) *Avaricum* (Bourges), capital de los Biturigos.

(86) *Alesia* (Alisa, cerca de Semur), ciudad de la Galia Céltica en el territorio de los Mandubios: era como la llave de las nuevas posiciones que ocuparon los Galos en esta campaña.

(87) Los restos de toscas fortificaciones que, al excavar en la montaña de Gergoia (Clermont), se han descubierto, demuestran que en tal punto estuvo asentada la capital y primera plaza fuerte de los Arvernos.

(88) *Zeugma* (Roum-Kaláh), en la Siria propia, próxima al Eúfrates y distante 72 millas de Samosata (Semisat).

(89) *Nicephorium*, ciudad de la Siria, conocida posteriormente con el nombre de Constantina.

(90) *Seleucia*, antigua población de la Mesopotamia, en el Asia Menor, á orillas del Tigris y no lejos de Ctesifon.

(91) *Carras* (Haran), en la Mesopotamia, cerca del nacimiento del río Chaboras. El encuentro tuvo lugar á seis millas de la misma, en dirección Sur.

(92) Idea tomada de Horacio, que en su *Epodon*, verso 16, dice:

Suis et ipsa Roma viribus ruit.

(93) Aun cuando en la generalidad de los códices aparece: *extorris aris et focis*, hemos preferido leer *agris* en vez de *aris*, pues de lo contrario cambia por completo el pensamiento que viene desenvolviendo Floro.

Refiérese éste á la apariencia de equidad que revestía la petición de los Gracos para que entre el pueblo se repartieran todos aquellos territorios que, procedentes de la conquista, estaban en poder del patriciado, y á este propósito exclama: «Nada tan justo, al parecer, como que la plebe romana recuperara los derechos que le fueron usurpados por los patricios, á fin de que el pueblo vencedor de todas las gentes y poseedor del mundo no viviera como desterrado en su mismo suelo y hogar.» El *extorris* pide aquí el *agris*, como el dedo el anillo.

Además que el *extorris aris* no es construcción latina, y sí le vemos construído con las voces *agro*, *sedibus*, *patria*, *finibus*, etc.; palabras todas que en sí entrañan la significación de lugar ó suelo y asiento de un pueblo.

(94) No olvidemos que Tiberio Graco salió fiador del tratado de paz que los Numantinos ajustaron con el cónsul Mancino después de ser derrotado. Es más: Tiberio Graco impelió á los Numantinos á celebrar esta paz por medio de los Celtíveros, sobre los cuales ejercía gran ascendiente.

Por lo demás, acertado anda Floro al determinar los motivos que hicieron á Graco adicto al partido popular, aun en contra de su origen, educación y relaciones. Uno de estos motivos era verdaderamente social, fundado en la necesidad de restaurar las clases rurales de Roma—*æquo et bono ductus, quia depulsam agris suis plebem miseratus est...*;—y el otro puramente personal, y consistía en el resentimiento que abrigaba su corazón hacia la aristocracia por la injuria que se le infirió al conculcar el tratado de paz que él mismo redactó delante de Numancia.

(95) Alude Floro á la reforma establecida por la ley agraria, en virtud de la cual ninguno había de poseer más de noventa yugadas de tierra, repartiéndose el sobrante entre los ciudadanos pobres.

(96) La asamblea nombró tres individuos para que se llevara á debido efecto la repartición de los territorios, recayendo semejante nombramiento en el mismo autor de la ley, en su hermano Cayo y su suegro Apio Claudio.

(97) Tiberio, que no Cayo, pidió semejante beneficio para el pueblo.

(98) Un tal Quincio, que por su parecido se hizo pasar por hermano de los Gracos, y el cual fué nom-

brado tribuno, por una inmensa mayoría, por el pueblo, contra el parecer del mismo Mario.

(99) Condena el historiador, no la justicia con que los aliados pedían el derecho de ciudad, pues á renglón seguido dice: «*socii justissime postularent...*», sino el medio empleado para reclamar el derecho que se les denegaba.

(100) Quinto Popedio Silón, adicto á la política de Druso, fué uno de los jefes más hábiles que tuvo la insurrección, y el primero que se puso á la cabeza de los Marsos: Tito Lafrenio sostuvo en unión de Cayo Fedacilio y Publio Betio la guerra en el Piceno, con varia fortuna, hasta que murió combatiendo contra Estrabón.

Telesino fué uno de los cinco jefes que eligieron los Samnitas, último pueblo de la confederación que sostuvo ruda y heroicamente la campaña, hasta que perdieron la batalla empeñada contra el general romano Mamercio Emilio.

(101) *Corfinium* (San Pelino), situada á orillas del Pescara; fué erigida esta ciudad por los aliados en capital y centro de su gobierno: diéronla el nombre de Italia, y constituyeron en ella un gran Forum y su Curia.

(102) *Ausculum*; ciudad de los Abruzos, donde fueron asesinados el pretor Cayo Servilio, su legado Fonteyo y la corta escolta que le acompañaba.

(103) Si bien es cierto que en la mayor parte de los libros aparece escrito Julius Cæsar, atribuyendo el hecho á este personaje, sin embargo no puede sostenerse semejante lección, á no suponer en Floro crasa ignorancia respecto á hechos de tanta monta, pues los *anales consulares* hablan del cónsul Rutilio Lupo. ¿Se escribiría en los códigos *Nam ipse Rutilius Cos*, abreviatura de *consul*? Sin duda alguna que la impericia

de los copiantes hizo del *Cos* el *Cæs*; y por lo que mira al *Rutilius*, alguna semejanza gráfica puede presentar con el *Julius*.

(104) *Enna* (Castragiovanni), Sicilia, colocada sobre una eminencia que domina una campiña feraz al norte de Gela (Moroglio).

(105) Todo este lugar debe escribirse y puntuarse en el texto latino del siguiente modo, para hacer su versión: «Vixdum respiraverat insula, quum statim servi (adsunt), et á Syro reditur ad Cilicem...,» etc.

(106) Fueron aquéllas el campamento é insignias de las legiones del pretor Publio Varinio, derrotado en el centro de Lucania. También fué batida y exterminada en la Campania la división que aquél dejó bajo las órdenes de su cuestor Cayo Toranio.

(107) En el texto latino se ha escrito este pasaje de muy diversas maneras: unos toman como una ciudad la voz *oram* y escriben *Coram*, mas como esta es ciudad del Lacio, no puede en modo alguno aceptarse tal opinión, pues Espartaco no llevó tan allá sus correrías; quieren no pocos que se lea *Cossa*, mas *Cossa* pertenecía á la Etruria. Debe en su consecuencia leerse: «Deinceps *oram* totamque pervagantur Campaniæ.»

(108) Alude el escritor á las carnicerías realizadas por Mario.

(109) Quienquiera que sea el abreviador de Tito Livio, dice en el cap. LXXVII: «L. Sulla consul cum exercitu in urbem venit, et adversus factionem Sulpicii et Marii in ipsa urbe pugnavit, eamque expulit, ex qua duodecim á Senatu hostes, inter quos C. Marius pater et filius judicati sunt.

»P. Sulpicius eum in quadam villa, lateret indicio servi sui detractus et occisus est...»

Veleyo Patérculo, en su libro II de la *Historia de*

Roma, cap. XIX, dice que Sulpicio fué degollado en las lagunas Laurentinas: «Sulpicium etiam adsecuto equites, in Laurentinis paludibus jugulavere.»

(110) Según el testimonio de Apiano, Mario había dado orden de matar á todos aquellos á cuyo saludo no contestara.

(111) Se refiere el historiador á la muerte de Mario, ocurrida en el día 13 de enero del año 668.

(112) Junto á *Præneste* (Palestrina), en el viejo Lacio.

(113) Era una granja situada en el Campo de Marte, donde se hacía la matrícula del pueblo.

(114) *Afortunadas* (Islas Canarias).

(115) *Lauron*, población de la provincia de Valencia, de situación desconocida, si no se quiere que corresponda á la llamada Liria en nuestros días.

(116) *Sucro* (Sueca), en la embocadura del Júcar.

(117) *Termes* (Nuestra Señora de Tiermes), entre Osma y el Duero.

(118) *Auxima* ó *Uxama*, es la actual Osma, ciudad de los Arébacos.

(119) *Calaguris* (Calahorra), ciudad adicta á Sertorio; fué la última ciudad tomada por las huestes de la República. Su heroica defensa recuerda los gloriosos días de Sagunto y de Numancia. Salaron los cadáveres para alimentar á los jóvenes que esgrimían las armas: «Quoque diutius armata juventus viscera sua visceribus suis aleret, infelices cadaverum reliquias salire non duvitavit.» (Valer. Max., LVII, cap. VI.)

LIBRO CUARTO.

(1) *Consules trucidare*. Creen algunos que debe leerse *consulem trucidare*, refiriéndose á Marco Tulio Cicerón elegido cónsul en contra de los poderosos esfuerzos que la fracción democrática hizo en Roma para sacar triunfante la candidatura de Cayo Antonio y Catilina. Alegan en favor de esta opinión: primero, que deben entenderse las palabras de Floro en sentido oratorio, y segundo, en que el objeto que el historiador se propone en este capítulo es reseñar tan solo el último complot fraguado por Catilina en contra del orador romano.

Opinamos por que debe conservarse la primera lección en un sentido recto y no traslaticio, pues en el Compendio ó Epítome de Livio, cap. cii, se dice: «Catilina conjuravit de cæde Consulum et Senatus;» y Salustio, en su obra sobre la conjuración de Catilina, dice que aquél trató de dar muerte á los cónsules Cotta y Torcuato.

El propósito de Floro no es narrar sólo el último conato de conjuración fraguado por Catilina, si bien no negamos que constituya el objeto preferente de este capítulo. Debemos tener en cuenta el estilo conciso del escritor en un compendio tan reducido de la historia romana; mas á pesar de ello, bien á las claras da á comprender lo contrario, pues al citar á los cómplices de Catilina, no hace mención exclusivamente de los que trataron de secundar sus planes dentro de la ciudad una vez que aquél se puso al frente de las huestes que en Etruria había reclutado Cayo Mario,

antiguo oficial de Sila, sino también de Antonio, hijo del orador del mismo nombre, que, en unión de Catilina, aspiró al consulado en las elecciones que habían de tener lugar en el año 691, y á Cornelio Sila, que, en unión de Publio Antonio Peto, entraron en la conspiración el año 688, despechados por haber sido anulada su elección consular por habérseles comprobado el delito de corrupción.

(2) *Antronii, Vargunteji*, etc. Salmario, fundado en que no sólo Autronio, sino también Antonio, como en la nota anterior hemos visto, tomó parte en la conjuración, opina que debe leerse: *Antonii, Autronii, Vargunteji*, etc.

(3) «Sólo la ruina de la República extinguiría el incendio por él suscitado.» *Seque... incendium suum restincturum ruina*. La voz *incendium* debe entenderse, no del que proyectaba Catilina producir en la ciudad, sino de los trastornos, guerras y demás desgracias que se proponía lanzar sobre la República con su desatentada conducta. Que así debe comprenderse, lo pone de manifiesto el mismo Floro, que, como hemos visto, al describir la sedición promovida por Livio Druso, se expresa así, en el lib. III, cap. XVII: «...Tantum conflagavit *incendium*, ut ne prima illius flamma posset sustineri; et subita morte correptus, hereditarium in posteris suos *bellum* propagaret.»

(4) Salustio dice á este mismo propósito: «Ex libris Sibyllinis, regnum Romæ tribus Corneliis portendi: Cinnam atque Syllam antea; se tertium esse, cui fatum foret urbis potiri;» pensamiento que se halla en conformidad con el carácter pretencioso del aristócrata Léntulo.

(5) En Salustio pueden leerse los discursos pronunciados por Catón y César; el de este último muestra bien á las claras la participación que tenía en la

conjuración, pues como dice Mommsem, «César echó el resto para salvar á los culpables, y su discurso, lleno de amenazas disfrazadas y de alusiones á la inevitable y próxima venganza de la democracia, hizo profunda impresión en todos los espíritus.» En confirmación de este juicio, transcribiremos los párrafos más intencionados.

«Padres conscriptos (decía César), todos cuantos deliberan sobre un hecho dudoso, deben estar exentos del odio, de la amistad, del resentimiento y de la compasión. Dificil le es al que está ofuscado por las preocupaciones discernir la verdad, y nadie ha podido jamás servir á la vez la pasión y sus intereses. Si vuestro espíritu está libre, lo podrá todo; mas si le embarga la pasión dominándole, nada podrá la inteligencia. Padres conscriptos: ocasión propicia se me presenta de traer á vuestra memoria el ejemplo de reyes y de pueblos que por haberse dejado arrastrar por la cólera ó la compasión han tomado funestas resoluciones; mas prefiero exponeros la buena y prudente conducta que siguieran nuestros antepasados no dando oídos á los consejos de la pasión..... Cuidad mucho, no sea que pueda más en vosotros el crimen de Léntulo y de sus cómplices, que vuestra propia dignidad: cuidad, no sea que consultéis á la ira antes que á vuestro buen nombre. Si se encuentra un castigo proporcionado al crimen que cometieron, apruebo desde luego la innovación que aquí se propone; pero si la gravedad del atentado es tal que no se encuentra pena que pueda castigarle, creo que debemos atenernos á los medios de represión que nos suministran las leyes.»

Dirigiéndose el orador á Julio Silano, que había pedido la pena de muerte para los conjurados, le dice: «Sin duda alguna, Silano, que el temor ó la gravedad del atentado te impulsaron á excogitar un nuevo gé-

nero de castigo. Por lo que respecta al temor, inútil es que hablemos de él, pues gracias á las disposiciones acertadas de nuestro ilustre cónsul, tenemos sobre las armas multitud de hombres: en cuanto al castigo, emitiré francamente mi opinión. En la aflicción y el infortunio, la muerte no es suplicio, sino un descanso que pone término á los males que afligen al mortal: más allá de esta vida no existen ni alegrías ni temores.....»

Después de otras varias razones, termina su hábil peroración de esta manera:

«En conclusión: ¿debe ponerse en libertad á los prisioneros, para que aumenten las filas de Catilina? De ninguna manera; pero diré cuál es mi parecer: que se les confisque los bienes; que se les aprisione en las plazas fuertes municipales; que nadie pueda volver sobre este asunto en el Senado, ó apelar al pueblo, bajo la pena de ser declarado culpable de atentado contra la República y el bien público.» (Salus. Catil. cap. LI.)

(6) Quiere decir Floro que el furor de Mario y de Cinna, circunscrito á la ciudad, fué á manera de un ensayo y preparación de las luchas civiles, no de otro modo que los juegos de los gladiadores preparan el verdadero combate.

(7) Así como á otras guerras puede designárselas con el nombre de sociales, ó civiles, ó extranjeras, á ésta hay que darla todos estos nombres, pues es un conjunto de todas; y así como los desastres producidos por otras campañas sólo se extienden á una región ó á un solo pueblo, los de ésta envolvieron á todas las gentes á modo de poderoso diluvio.

(8) Aparece en algunas ediciones: «*Quatuor annis, et pro clade rerum breve tempus;*» mas la opinión de Nicolás Heinsio y de Salmasio es la de que

debe leerse el pasaje de este modo: «*Quatuor anni, sed pro clade rerum breve tempus,*» fundándose en que la primera lectura tuvo por falso principio ver en algunos códices escrito: «*Quatuor anni set,*» etc., y creyeron ver en el *set* la conjunción copulativa *et*, uniendo en su consecuencia la *s* inicial al *anni*; mas no tuvieron presente que en la escritura antigua la adversativa *sed* se escribe *set*.

(9) De un modo elegante determina Lucano en su *Farsalia* las causas que dieron origen á los males que tuvo que lamentar Roma en este período de su historia, que en su concepto no fueron otras que la disposición del mismo Hado; *la excesiva prosperidad* del pueblo romano; la disorde alianza entre César, Craso y Pompeyo; la muerte de Julia y de Craso; la soberbia de los triunviros y los vicios públicos de Roma. Sobre esta misma materia puede leerse á César, Apiano, Suetonio y Plutarco.

(10) A la voz *obliquus* le hemos dado en este lugar el significado de *receloso*, que es en el que la emplea Floro: no la traducimos por *envidioso*, pues dado el carácter de Catón, su severidad de costumbres, la disposición en que siempre se encontraba de sacrificar su personalidad en aras del bien común y de las tradiciones políticas de la República, no era posible que cupiera en su corazón la baja pasión de la envidia; pero sí pudiera inquietarle la grandeza de determinados hombres, en la cual veía una amenaza para las instituciones aristocráticas de la República romana. A pesar de estas consideraciones, no ha faltado quien, apoyado en el empleo que Floro hace del verbo *detrectare* en esta misma frase, ha traducido el *obliquus* por *envidioso*; mas no se ha tenido en cuenta que el mismo historiador nos dejó determinado el sentido en que hacía uso de aquel verbo. En su libro i, cap. xxii,

dice: «...quod, duce Voleron, *detrectantibus* plerisque militiam, fracti consulis fascis,» y que nosotros vertimos: «que capitaneados por Volerón, muchos del pueblo se *resistieran* á engancharse en la milicia, rompiendo las haces consulares.» Luego el tal verbo no le emplea Floro en el sentido de *rebajar*, *deprimir*, sino en el de *oponerse*, *resistir*, etc.

(11) *Transversum egit. Transversi agi*, dicese de aquellas almas generosas que, por una contrariedad, abandonan el recto camino de la razón y se lanzan en el de malos consejos y depravados proyectos.

(12) La voz *opes* del texto, que dice *vellet tamen auctiores opes*, la vertemos por ventajas, pues en la voz citada no sólo se contienen las riquezas, sino los honores, la calidad del linaje; en una palabra, todo cuanto somos y poseemos. El mismo escritor legitima la versión que hacemos del sustantivo *opes*, pues dice á renglón seguido: «Deseando César adquirir *prestigio*, Craso aumentarle, etc.» Ahora bien; el prestigio no está fundado tan sólo en las riquezas, sino asimismo en las demás condiciones que adornaban á Craso, esto es, en la dignidad y el nacimiento.

(13) *Tamquam duos TANTI imperii fortuna non caperet*; mas no como se ve en otras ediciones:*TANTA imperii fortuna*. En orden al primer dictado hemos hecho nuestra traducción. Confirma la primer lectura Lucano, que en su *Farsalia*, cant. I, v. 110, expresa este mismo pensamiento cuando dice:

Quæ mare, quæ terras, quæ totum possidet orbem,
Non cepit fortuna duos.....

y Minucio Félix: «generi et soceri bella toto orbe diffusa sunt; et tam magni imperii non capere fortunam.»

(14) *Senatus, id est Pompejus*: frase es ésta intencio-

nada y elegante, con la que pone de manifiesto el escritor que el Senado era manejado por Pompeyo á su arbitrio.

(15) Ningún ciudadano que se encontrara fuera de Roma tenía derecho á solicitar el consulado; mas el pueblo romano había publicado un decreto exceptuando á Julio César, disposición menospreciada por Pompeyo, y de lo cual se lamenta César en sus comentarios *De bello civile*, cuando dice: «Doluisse se, quod populi romani beneficium sibi per contumeliam ab inimicis extorqueretur, ereptoque semestri imperio, in urbem retraheretur, cujus absentis rationem haberi proximis comitiis populus jussisset..., etc.

(16) *Corfinio*, ciudad del Samnium, perteneciente á los pueblos llamados Pelignos, que ocupaban en unión de los Marrucinos la parte septentrional de aquella región.

(17) *Brundisium* (Brindis), ciudad y puerto de mar de la región conocida por los antiguos bajo el nombre de Masapia, hoy tierra de Otranto en lo que fué reino de Nápoles. Estaba situada en las costas del mar Jónico, y en ella se embarcaban los Romanos para hacer sus viajes á la Grecia..

(18) *Ilerda* (Lérida), ciudad de la Tarraconense; fué municipio romano y acuñó moneda, y por las que se han encontrado resulta que lo era desde los tiempos de Augusto y de Tiberio.

(19) *Sicoris* (Segre), río de la Tarraconense.

(20) De dos legiones que mandaba Barrón, sólo podía en tan críticos momentos disponer de una, pues la otra le faltó, según el mismo testimonio de César.

(21) *Omnia felicitatem Caesaris sequebantur*. En este mismo sentido emplean el verbo *sequor*, Salustio: *gloria, imperium, potentia sequebantur*; y Tito Livio: *Omnia illa victoriam sequi*.

(22) *Curicta* (Veglia). Isla de las costas de Iliria, situada en el golfo de Quaarnero. Creen algunos, fundados en el testimonio de César y de Lucano, que debe leerse en el texto *corcyreo litore*, y no *curictico litore*, pues los citados escritores dicen que Antonio verificó su capitulación en Corcira: de todos modos, no puede entenderse de la gran isla llamada hoy Corfú, adyacente á las costas de Albania y frente al cabo de Leuca. En todo caso, sería la pequeña isla situada en el golfo Ilírico, que también llevaba el nombre de Corcira, y hoy se la designa con el nombre de *Corzala*. Diodoro dice que la rendición de Antonio se verificó en una isla de corta extensión, lo que no puede decirse de la isla de Corcira (Corfú), y además ésta en el año 705, época en que se realizaban los hechos á que hace referencia Floro, permanecía bajo el influjo de Pompeyo, y aliados de él sus moradores, aumentaban el contingente de su escuadra con sus naves, en unión de los de Tiro, Rodas y Atenas.

(23) *Opitergio*. Ciudad de los Estados de Venecia, conocida en la actualidad con el nombre de Operza.

(24) El mismo César, que conociendo las relevantes prendas que distinguían á Curión le había encomendado la empresa de reducir el Africa, confirma este juicio de Floro, diciendo: «Curio, nunquam, amisso exercitu, quem á Cæsare fidei suæ commissum acceperit, se in ejus conspectum reversurum, confirmat; atque ita prelians interficitur.» *De bello*, Civ. libro II, cap. XLII.

(25) *Orico*, ciudad de Epiro, situada á orillas del mar Adriático.

(26) *Dirrachio* (Durazzo), ciudad de Epiro.

(27) *Gompho* (Janina), ciudad de Tesalia, á corta distancia de la margen izquierda del río Peneo: es la

primera población de aquella comarca, viniendo del Epiro.

(28) «...desmayara (el adversario) ante la escasez de víveres...» Hemos traducido, desechando el *terreret* de algunas ediciones y aceptando el *tereret* que en las suyas traen Stadio y Grutero: en este mismo sentido dice Floro en su lib. II, usando del sinónimo *commi-nuo*: «maceravit Annibalem, ut qui frangi virtute non poterat, mora cominueretur.»

(29) En los llanos de Filipos (*Philippicis campis*), dice Floro que se libró la batalla conocida generalmente por el nombre de batalla de Farsalia. Bien pudo el historiador determinar el lugar del combate con semejante nombre, pues entre Farsalia y la población de Tebas, llamada Filipos por los antiguos, se extendía la llanura donde ambos rivales vinieron á las manos.

(30) Dukero legitima nuestra versión; dice: «Tantum virium, hoc est, tantos exercitus... et tantam dignitatem, hoc est, tot viros magna dignitate praeditos...» etc.

(31) *Lesbos* (Metelin), isla adyacente á las costas del Asia Menor (Misia). Fué colonizada por los Eolios: Mitylene y Metimna fueron sus más importantes poblaciones.

(32) Dice el texto: «Pulsus *Syedris* in deserto Ciliciae scopulo:» el *Syedris* se ha leído por unos *Hedris*, y por no pocos *Celendris*. Refiérese sin duda á la ciudad de Syedra, que Ptolomeo sitúa en la Cilicia próxima al litoral, y que en algunas monedas antiguas aparece designada con el nombre de ΣΥΕΔΡΕΩΝ: á la misma se refiere Lucano en su lib. VIII de la *Farsalia*, cuando dice:

Ad profugum collecta ducem parvisque Signedris.

(33) *Pelusio*, ciudad del Bajo Egipto, designada por

la Biblia con el nombre de Sin ó Búa, patria del geógrafo Ptolomeo. Estaba situada donde se encuentra hoy emplazada la villa Tineh, no lejos del brazo más oriental del río Nilo, conocido con el nombre de Pelusiaco. Tuvo gran importancia por su posición geográfica, siendo como la llave del Egipto con relación á la Palestina.

(34) *Faros*, isla del mar Interior (Mediterráneo), adyacente á la ciudad de Alejandría (Egipto) y unida á ésta por medio de una calzada, por lo que Floro le da el nombre de península. Era célebre por su famosa torre de mármol y por su fanal, cuya luz se divisaba á distancia de cincuenta y tres kilómetros.

(35) *Capadocia*, región central del Asia menor, limitada al N. por el Ponto, al S. por la Cilicia, al E. por la Armenia y al O. por la Frigia.

(36) Suetonio, Cæs. xxxvii, 4, narra el hecho de esta manera: «Pontico triumpho inter pompae fercula trium verborum praetulit, titulum, veni, vidi, vici, non acta belli significationem, sicut ceteris, sed celeriter confecti notam.»

(37) Imitación de aquel pasaje de Lucano:

..... Sparsit potius Pharsalia, nostras,
Quam subvertit, opes.....

(38) *Thapso*, ciudad del territorio cartaginés situada en la costa del E. al S. de Hadrumeto.

(39) *Útica*, ciudad marítima, en el golfo cartaginés.

(40) Dos hechos, que demuestran su elevación de miras y generosidad de corazón, llevó á cabo siendo gobernador de Útica. Conocedor del desastre que en Thapso sufrieron las huestes pompeyanas, antes de abusar de su posición en Útica, reunió el Senado para que deliberaran los en él reunidos sobre si debía defenderse á toda costa la ciudad ó capitular con las

mejores condiciones. Propúsose la manumisión de todos los esclavos para nutrir las legiones, y Catón, viendo que este acto era un ataque á la propiedad individual, rechazó semejante proposición. En tan críticas circunstancias penetraron en la ciudad Fausto Sila y Lucio Afranio, con una gruesa división de caballería que había escapado de la derrota de Thapso; trataron éstos de matar en la ciudad á cuantos fueren inútiles para el manejo de las armas, con el fin de sostener en aquélla sus gentes. Catón prefirió capitular á deshonar, como dice Mommsen, en estos últimos momentos la República con una sangrienta hecatombe.

(41) *Plurimum quantum favoris*, etc. que hemos traducido: «Favorecía extraordinariamente...» *Plurimum quantum*, como *nimum quantum*, *mirum quantum*, *immane quantum* etc., es un helenismo (πλεῖστον ὅσον).

(42) «...fluctus, procellæ, viri, naves, armamenta confligerent.»

Algunos sustituyen el *armamenta* por *elementa*; mas no pudo Floro usar voz más adecuada que la primera para significar todos los arreos y utensilios de las naves. La misma emplean César cuando dice «eripere armamenta; Suetonio «...fuis armamentis, et gubernaculo diffracto,» y Tito Livio: «Tradito et naves longas, armamentaque earum.

(43) *Munda* (Montilla). Dos poblaciones se conocían con este nombre por los Romanos en la España antigua; una situada en el país de los Oretanos, y que se cree ser la actual Montiel, y otra en la Bética, que es la en que combatieron Cneo Pompeyo y Julio César, que, siguiendo en este punto la opinión de D. Miguel Cortés y López, creemos que ocupaba el lugar de la actual Montilla. Las razones en que se funda esta opinión, brevemente resumidas, son las siguientes:

Las ciudades que, al decir de Strabón y Plinio, rodeaban á Munda, eran las mismas que hoy circundan á Montilla (Teba la Vieja, Osuna, Montemayor, etc.).

Las condiciones topográficas de la actual Montilla concuerdan con la descripción que de la situación de Munda nos hacen los historiadores romanos, y muy particularmente Aulo Hircio (*De bello Hispaniense*).

La retirada á Córdoba de los pocos Pompeyanos que no se encerraron en Munda y la pronta aparición de César delante de aquella ciudad, se explican fácilmente si el teatro de la lucha se coloca en Montilla, por la corta distancia que las separa; no así situando á Munda en el país de los Bástulos, próxima al mar Ibérico, pues dista considerablemente de Córdoba.

Si alguna dificultad puede oponerse á esta opinión, es la de la etimología de Montilla, y el Sr. Cortés dijo que era este nombre una adulteración de Munda illa, Mond-illa, Mont-illa.

(44) Dice el texto: «...nescio quid deliberare fortuna;» frase muy frecuente entre los escritores latinos siempre que no se atrevían á emitir su parecer ó ignoraban la verdad de un aserto.

Nescio quid furtivus amor parat.

(TIBULL.)

Nescio quid majus nascitur Iliade.

(PROPERT.)

Quum dixisset nescio quid.

(PETRON.)

(45) Floro no designa por *Arsinoe* la ciudad situada cerca del lugar donde desemboca el canal que une el Nilo con el Golfo Árabe, sino que, según Perizonio,

debe referirse á la hermana de Cleopatra, de aquel mismo nombre, que combatió contra César.

Yerra Floro al decir que Arsinoe era conducida en efígie en el triunfo, pues sabido es que después de la entrada de César en Alejandría fué conducida á Italia aquella princesa.

(46) El texto latino restaurado á su prístina pureza por Salmasio y Perizonio, y el que para traducir hemos tenido presente, se expresa de la siguiente manera: «Nemo cæsus imperio præter Afranium,—satis ignoverat semel,—et Faustum Sullam,—didicerat *generos* timere,—filiamque Pompeji cum *parvulis* ex Sulla...» etc.

Da Floro el nombre de yernos de César á Pompeyo y á Fausto Sila, y si al primero le conviene tal denominación de un modo propio, por haberse casado con Julia, hija de César, al segundo sólo puede aplicársele impropriamente, pues Fausto Sila contrajo matrimonio con una hija de Pompeyo, y no por cierto habida de Julia, sino de su otra mujer, Mucia; luego á lo sumo pudiera habersele dado el nombre de *pro-gener*, nombre que se daba al *marido de la nieta*, si con la que casó hubiera sido hija de Julia.

Sea de esto lo que quiera, por más acertada tenemos la lección, *didicerat generos timere*, que no aquella otra de *didicerat generosum timere*.

«.....filiamque Pompeji cum *parvulis* ex Sulla,» léese por muchos *patrue libus* (primos hermanos); mas esto debió ser un error, tomando el *parvulis* de las antiguas escrituras, por *patrue libus*. Sabido es que Pompeyo no tenía hija otra alguna que la casada con Fausto, conque mucho menos pudiera decirse de ella «que fué muerta con sus primos hermanos por parte de Sila.»

Los antiguos empleaban la voz *parvulus* como sinónima de las de *infans* y *puerulus*.

(47) A uno de los meses del año se le dió el nombre de César, que fué Julio, al que desde los tiempos de Rómulo y Numa se le denominaba Quintilis.

(48) *Salvus esse non potuit, nisi confugisset ad servitum*; debe referirse al pueblo romano, no al triunviro Antonio. Séneca, en su libro *De beneficiis*, trae una frase semejante, si bien tratando de diversa materia: «*Eo redegit populus Romanus, ut salvus esse non posset nisi benefitio servitutis.*»

Prescíndase en buen hora de la semejanza ó, mejor dicho, identidad de los dos lugares cotejados. Sólo el contexto de todo este capítulo es suficiente para convencerse de que el *Salvus esse non potuit...* etc. Hace referencia al pueblo de Roma. En efecto, comienza el escritor por asegurar que el pueblo romano, muertos César y Pompeyo, hubiera recobrado sus antiguas libertades á no haberlo impedido los disturbios promovidos por la pertinacia de los hijos de Pompeyo y la emulación de Antonio, y después de enumerar á grandes rasgos los trastornos en que se vió envuelta la República, dice que sólo cayendo en la servidumbre logró aquél su salvación.

Sabido es por demás que para la clase aristocrática de Roma se consideraba como pérdida de las antiguas libertades el quebranto de los privilegios que disfrutaba el patriciado romano y el menoscabo del poder político que el Senado ejercía en el gobierno del Estado; ambas cosas, á no dudarlo, fueron deprimidas por la autoridad de Augusto, en quien vinieron á reunirse todos aquellos poderes.

El mismo Floro indica que no en otro sentido deben entenderse sus palabras, pues á renglón seguido dice: «Debió no obstante alegrarse de que, en medio de tanta perturbación, el supremo poder viniera á manos de Octavio César Augusto, quien con su habi-

lidad y talento dió paz á la República, por doquiera revuelta y quebrantada.»

¿Quién debió alegrarse de que el poder viniera á manos de Octavio? No sería por cierto Antonio su irreconciliable enemigo; luego sin duda alguna el pueblo romano, que al recuperar la paz de algún modo disfrutó de cierta libertad, perdida por la anarquía hija de las contiendas y trastornos intestinos.

La causa de que se atribuyeran á Marco Antonio las palabras citadas al principio de esta nota, fué la mala corrección del texto en algunas ediciones.

Una vez que en el primer período manifiesta Anneo que Roma hubiera recobrado su primitiva libertad y que de hecho la hubiera reemperado á no haber dejado hijos Pompeyo y César heredero, en el siguiente período (que es un conjunto de oraciones causales) da la razón por la que el pueblo romano no logró su disederátum, y dice: «Quippe dum Sextus paterna repetit, trepidatum toto mari; dum Octavius mortem patris ulciscitur, iterum fuit movenda, Thesalia; dum Antonius varius ingenio, aut successorem Cæsaris indignatur Octavium, aut amor Cleopatæ desciscit in regem; aliter salvus esse non proluit, nisi confugisset ad Servitutem.»

Indiscretos correctores interpolaron la partícula *nam*, entre *regem* y *aliter*, cambiando por completo el sentido del período, haciendo que las dos últimas oraciones complementarias se refirieran á Antonio, y no al pueblo romano.

Esta es la opinión sustentada por Freinshemio, Rupperto, Beclero y otros expositores.

(49) Casi las mismas palabras emplea Tácito: «Unum esse reipublicæ corpus, atque unius animo regendum» (1, 12, 4.).

(50) *Veteranis castris*, vale tanto como *soldados vete-*

ranos, suprimiendo la preposición *in* que por ignorancia de los correctores ó copistas se ve introducida en varios códices entre ambas palabras. Lucano, en su *Farsalia*, dice: «*Castra fremunt confusa.*»

(51) Aceptamos para traducir este pasaje el texto, tal como fué enmendado por Grevio: «*¿Quid contra duos exercitus Cæsar? Necesse fuit venire in cruentissimi fæderis societatem.*»

El mismo expositor legitima la introducción de la voz *Cæsar* con estas consideraciones: «Jamás pude persuadirme de que se omitiera el nombre del que frente á los otros dos (alude á los triunviros Lépido y Antonio) se vió impelido á formar parte de aquella alianza, esto es, el nombre del tercer triunviro... Hizo mención (Floro) de Antonio y Lépido, ¿por qué razón había de callar el nombre de César Octavio al principio del capítulo, cuando á seguida hace mención de cada uno de ellos?»

(52) Alude Floro á lo que dijo del primer triunvirato en este mismo libro en su cap. II: «Deseando César adquirir prestigio, Craso acrecentarle, conservar el suyo Pompeyo y todos tres ocupar el poder, llegaron fácilmente á común acuerdo para distribuirse el mando de la República. Guiados por el medro personal, se prestaron mutuo auxilio con sus respectivas fuerzas y César ocupó el gobierno de las Galias, Craso el del Asia y Pompeyo el de España...,» etc.

(53) *Promiserant in meliora*; frase es esta que no debe desecharse como extraña á la índole de la construcción latina, pues aparece empleada por buenos escritores: Suetonio (Caes. LIX), «verso ad melius omine. Celso (de Medic. II, 2) «*Aliter se corpus habere, atque consuevit; neque in pejus tantum, sed etiam in melius.*»

En el *Pari presagio*, el adjetivo se refiere á las señales ó presagios en sí mismos considerados y no á los

augurios desfavorables; así es que el *pari* tiene en este lugar el sentido de *evidencia*, por cuya razón Perizonio opina que no debe en modo alguno cambiarse la lección de la Vulgata.

(54) *Alter juvenum.....* Cneo Pompeyo, que después del desastre de Munda, pudo á duras penas, acompañado de ciento cincuenta caballeros, refugiarse en Carteya.

Con los restos de su escuadra llegó á Cartagena, y habiendo salido de este puerto con ánimo de buscar su salvación en alguna apartada provincia, se vió acosado por las naves de César: destruída su armada, se vió obligado nuevamente á tomar tierra, y herido y sin soldados que le defendieran, fué alcanzado y muerto en una cueva, donde se había refugiado, por un soldado de César llamado Cesenio.

En cuanto á Sexto, el más joven de los hijos de Pompeyo, permaneció oculto en la Celtiberia; mas una vez que Julio César hubo salido de la península, renovó la campaña, logrando derrotar á Carinetes y á Polión, gobernador de la España ulterior, que intentó atajar los progresos de sus armas.

Reorganizadas las fuerzas navales, sometió la Córcega, Cerdeña, Sicilia y Acaya, haciéndose temible hasta el punto de que los hombres que constituyeron el segundo triunvirato le propusieron, si deponía las armas, la devolución de todos sus bienes y el mando de la escuadra de la República: aceptó Sexto la proposición y marchó á Italia.

Puesto de nuevo frente á Octavio, fué derrotado en el estrecho de Sicilia. Apresado en su fuga y conducido á Mileto, fué degollado, en el año 35 antes de Jesucristo, por mandato de Antonio.

(55) *Anulis in mare abjectis*. No pocos creyeron que debe entenderse de los grillos que sujetaban á los re-

meros; mas aquellas palabras se refieren á los anillos de Pompeyo, dando á comprender Floro con semejante hecho que el fugitivo se vió obligado á desprenderse, para no ser conocido, hasta de aquellas prendas tenidas en tanta estima por los caballeros romanos.

(56) *Orontes* ó *Axius* (Nahr el-Así), río de Siria.

(57) Dice el texto: «Non minor ex aqua postea, quam ab hostibus clades. Infesta primum siti regio; tum quibusdam *salinacidis fluviiis* infestior, novissime quia jam ab invalidis et avidè hauriebantur, noxiæ etiam dulces fuere.»

Algunos manuscritos, en vez del calificativo *salinacidis*, tenían escrito *salmacidis fluvius*; más en no pocos se encuentra *salinacidis fluviiis*.

Optamos por esta lección: 1.º, porque conforma con lo que Plutarco refiere respecto al mismo hecho, pues en su Vida de Antonio dice: «Los que marchaban á vanguardia encontraron un río de agua fría y clara, pero tan salada y nociva, que revolviendo los intestinos de los que la bebían les causaba una sed abrasadora y un extremado dolor;» 2.º, porque ninguna noticia tenemos de que existiera río alguno que llevara el nombre de Salmacidis; y 3.º, por la gran facilidad con que de la sílaba *in* de *salinacidis* se formara por los copistas una *m*, adulterando de esta manera la palabra.

(58) *Leucada* (Santa Maura), isla del mar Jónico, llamada también *Leuca*. Prolóngase su territorio á manera de brazo en dirección Sur, terminando en el cabo Ducato, llamado por los antiguos promontorio Leúcate.

El golfo Ambracio, comprendido entre las costas del Epiro y la Acarnania, se conoce hoy con el nombre de golfo de Arta.

Plinio determina y distingue la posición de estos lugares con estas breves palabras: «Egresus sinu Ambracio in Jonium, exceptit Leucadium litus, promontorium Leucates. Dein sinus ac Leucadia ipsa peninsula.

(59) No alcanzamos la causa de achacar de exagerada é inusitada traslación de sentido lo que aquí dice Floro: «el mar gemía bajo su peso, etc.», pues Virgilio en el lib. v de su *Eneida*, hablando de los escuadrones troyanos, perseguidos é impelidos por Aquiles contra las murallas y de los millares de guerreros que fueron inmolados, dice: «y gemían los ríos atestados de cadáveres.»

.....gemerentque repleti
amnes..... etc.

(60) *Paretonio*, puerto de la Marmárica en África.

(61) *Pelusio* (Tinch), situada en la margen derecha de brazo del Nilo llamado Pelusiaco.

(62) *Nóricos*, habitantes que ocupaban una gran parte del antiguo Círculo de Austria, de la Baviera y el Tirol.

(63) *Panonios*; ocuparon el Occidente de la Bohemia, arrojando á los Boios; procedían de las montañas de la Iliria.

(64) *Dálmatas*, pueblo de la Iliria propiamente dicha, que se extendía por el Norte de la Albania, Dalmacia y Croacia.

(65) *Misios* ó *Mesios*; se extendían entre el Hemo y el Ister; eran muy diestros en el manejo del arco.

(66) *Breunos*, léese en los textos, por lo general, *Brennos*; debe ser una adulteración, pues no aparece en la Germania pueblo alguno de este nombre. Los Brennos eran pueblos que habitaban el Norte de la Rhætia.

(67) *Semnones*; poblaban parte de la Silesia: si así es, Floro no anda muy acertado, pues los Semnones no pueden colocarse entre los pueblos Rhéticos. Tácito cuenta á los Semnones entre los Suevos, y Velleo los sitúa al Norte de la Germania, á la derecha del río Elba. Debía referirse Floro á los Vennones, pueblo del Sur de la Rhetia.

(68) *Vindelicios*, pueblos de la Rhætia, llamados hoy Bábaros.

(69) *Delminio*, ciudad de Dalmacia.

(70) *Asinius Pollio*... (*hic secundus orator*). El historiador llámale *segundo orador* en el sentido de ser tal en mérito con relación á Cicerón, y en efecto alábanle Séneca y Plinio, y con sus lecturas públicas dió origen á las declamaciones, ejerciendo notable influencia en el desarrollo de la oratoria romana.

(71) Dión Casio, lib. LIV, dice: «Habiéndose ordenado á L. Pisón, gobernador de la Pamfilia, que hiciera la guerra, condujo su ejército á la región de Besios: conocedores éstos de su llegada, se retiraron, y la primera batalla fué siniestra para Pisón; mas obtenida después la victoria, devastó los campos de los Besios y los de los pueblos circunvecinos que les auxiliaron.»

(72) Habitaban toda la parte de Europa comprendida entre el Vístula, el Don y la cordillera de los Kárpatos. La parte mejor conocida de los antiguos era la del S. Los Griegos conocían la Sarmacia con el nombre de Scytia. El nombre de Sármatas ó Scytas designaba un gran número de pueblos de distinto origen.

(73) Tácito, en su Vida de Julio Agrícola, expresa análogo pensamiento con respecto á los Britanos. «Los Britanos, *dice*, dan de buena gana tributos, gente y todas las cosas que se les ordena cuando no les hacen ultrajes, que éstos sufren muy mal, pues están

sujetos para obedecer, pero no para servir.» (Traducción de Manuel Sueyro, edic. de 1614. Madrid).

(74) *Usipetes*, pueblo que se extendía en el territorio comprendido entre los ríos Issela y Rhin.

(75) *Tencteros* y *Cattos*; los primeros estaban al S. de los Usipetes, y los segundos, situados más al E., poblaban el territorio del ducado de Brunswick.

(76) *Marcomanos*, antiguos pueblos de la Germania; ocupaban casi toda la Bohemia.

(77) *Cheruscos*; poblaban el territorio que se extiende entre los ríos Weser y Elba.

(78) *Bonna*, la moderna Bonn de la provincia Rheniana, situada en la ribera izquierda del Rhin. En la plaza de San Remigio en un monumento notable se encuentra la inscripción *Deæ Victoriæ sacrum*.

Gesonia, situada estaba frente á la ciudad anterior y sobre la margen izquierda del río antes citado.

Aun cuanto la frase de Floro, *Bonnam et Geroniam cum pontibus junxit*, no sea de pura latinidad, pues debía desaparecer la preposición, sin embargo, como así aparecía en los manuscritos, debe conservarse, en cuyo caso, bien puede traducirse: «unió por medio de puentes las ciudades de Bonna y Gesonia,» cual lo hemos verificado.

(79) El médico é historiador Cuspiniano, natural de Schweinfurt, asegura que se poseían en su época las águilas romanas que en tan aciaga jornada para Roma arrebataron los Germanos, asegurando que jamás se devolvieron á los emperadores romanos. En contra militan los testimonios de Tácito en sus *Anales* y de Dión en su *Historia*.

(80) *Musulanos*, *Misulanos* ó *Musilianos*; pueblo de la Getulia (desierto de Sahara), situados al S. del monte Atlas.

(81) *Gétulos*, al O. de los Garamantas; comprendía

esta nación distintos pueblos, entre los cuales se encontraban los que en la nota anterior hemos citado.

(82) *Syrtis*; conocíanse bajo este nombre dos golfos formados en Africa por el mar Mediterráneo, conocidos hoy con los nombres de golfos de Gabés y Sidra; al primero le daban los antiguos el nombre de *Syrtis minor*, y al segundo el de *Syrtis major*.

Floro se refiere á los pueblos que habitaban estas costas del Africa.

El simple cambio de lugar de una partícula conjuntiva en el pasaje que vamos anotando, dió origen á que se acusara á Floro de haber cometido una inexactitud geográfica al contar á los Musulanos y Gétulos como habitantes de las costas de los golfos de Syrtis; pero si se reconstruye tal cual debió escribir este pasaje su autor, se conocerá al punto lo injusto de semejante acusación. El texto primitivo no debió decir «Musulanos *afque* Gætulos, accolas Syrtium, Cosso duce, conspicuit;» sino del modo siguiente: «Musulanos Gætulos *atque* accolas Syrtium,» etc. Y en efecto, así parece indicarlo el orden que sigue el historiador al dar cuenta de las guerras sostenidas con estos pueblos del Africa, pues á continuación dice: «Más allá se extendieron los triunfos de César: encargó á Curino la sumisión de los Marmáridas y Garamantas,» etc. Sigue Floro su orden de exposición en relación con la mayor proximidad de los citados pueblos á la parte de Africa dominada por los Romanos; en este sentido nos habla, primero de los pueblos de la Gutulia, después de los de las Syrtis, y por último de los Marmáridas y Garamantas, situados á inmensa distancia de las regiones dominadas y más conocidas de los Romanos.

(83) *Marmáridas*; poblaban en Africa la región

comprendida entre el Egipto y la Cirenaica, conocida hoy con el nombre de Desierto de Barca.

(84) *Garamantas*; poblaban el territorio que se extiende al S. del Africa propia: la capital de aquellos pueblos era Garama, llamada actualmente Gherun.

(85) *Massilia* (Marsella), ciudad de la Galia Narbonense, colonia griega situada en el Mediterráneo y de gran importancia comercial.

(86) Vasceos, habitaban las orillas del Pisuerga y parte de la provincia de Segovia. Sus poblaciones más notables eran: Arbocala, Helmántica, Viminicum, Dessobriga, Lacobriga y Brigecia. Su origen parece ser galo-celta, y conservaron durante siglos las costumbres de la vida nómada. En las guerras que sostuvieron contra Roma se aliaron frecuentemente con los Celtíberos.

(87) *Autrigones*, pueblos que en unión de los Bárdules y Caristos habitaban las provincias Vascongadas; mas los Autrigones se extendían hasta la misma provincia de Santander, y, según Plinio, hasta la provincia de Burgos, pues enumera entre sus ciudades á Virovesca (Briviesca).

(88) *Segisama*, según lo que Floro nos dice, de que Augusto viniendo de Tarragona sentó sus reales en aquella ciudad, desde la cual atacó á los Cántabros invadiendo su territorio, Segisama lindaba con la parte oriental de la Cantabria. Según lo que se deduce de la comparación de los testimonios de Ptolomeo y Plinio, debió ser ciudad perteneciente á los Turmodigos, pueblo limítrofe con los Vacceos.

En el pueblo de *Amaya*, provincia de Burgos, situado al pie de la elevada peña de su nombre, cree el Sr. Madrazo ver la antigua población celtíbera; explicando la formación del nombre *Amaya*, de Segisama Iulia; por contracción, Segisamaiulia; por afére-

sis (Segis), Amaiulia, y por síncope Amai (uli) a.

(89) *Vellica* (Velilla de Guardo), provincia de Palencia, al Norte de Saldaña, en una llanura próxima al río Carrión; fué población de los Cántabros.

(90) *Vinio* ó *Vindio*. La parte de cordillera conocida hoy bajo el nombre de Cantabro-Astúrica que, paralela á la costa Norte de España, se extiende de Este á Oeste desde León á Lugo, hasta morir bifurcándose en el cabo de Ortegal y el de Finisterre, conocidos en lo antiguo respectivamente bajo las denominaciones de promontorium Trilecicum y promontorium Artabrum.

(91) *Aracillum* ó *Arracillum*, del que dijo Paulo Orosio: «Aracillum magna vi, ac die repugnans, postremum captum ac dirutum est.» Al decir de Garibay, corresponde á Arraxil ó Arrazola; mas entendemos con Flórez que corresponde al actual pueblo de Aradillos, á una legua de Fontibre, lugar en gran manera estratégico, pues ocupado por los Romanos cortaba á los Cántabros su retirada á los montes y costas de la Cantabria; así fué que cortada la retirada se vieron precisados á buscar un asilo en el monte Medulium.

(92) *Medullus* (Médulas).

(93) *Astura* no puede ser otro que el río Ezla, afluente de la derecha del Duero, si atendemos á los datos que nos da el mismo Floro.

(94) *Trigecinos* por *Brigecinos*, uno de los pueblos que constituían la federación astúrica, según testimonio Herodoto.

Brigecum, ciudad de aquellos: creen algunos que debió estar situada en las márgenes del río Órbigo, no faltando quienes opinan que corresponde al pueblo de Villabrazaro, frente á Benavente, en la orilla derecha del Ezla, donde confluye el río Cea, y en

cuyo punto, al decir de Rosales, se descubren restos romanos.

(95) *Lancia*; no sólo por el esfuerzo de sus moradores, sino por su importancia y extensión era esta ciudad la más notable de los Astures. *Lancia maxima Asturum urbs*, dice de ella Dión Casio.

Lancia debió estar situada en el Castro, punto comprendido entre los ríos Porma y Esla, perteneciente al término de Villasabariego, que dista dos leguas y media de León.

Confirman esta opinión los restos de mosaico encontrados por virtud de algunas excavaciones verificadas bajo la dirección de la Comisión provincial de Monumentos, y algunos barros, que presentan por cierto, en su configuración, analogía con los de Itálica.



ÍNDICE.

	PÁGINAS.
Cuatro palabras sobre el nombre, época, patria y mérito de Lucio Anneo Floro.....	VII
Elogios tributados á Lucio Anneo Floro.....	LXIII
Ediciones que se han formado de la obra del historiador hispano-romano.....	LXVII
Libro I.—Prólogo.....	1
Libro II.....	39
Libro III.....	81
Libro IV.....	129
Notas al libro I.....	171
— al libro II.....	202
— al libro III.....	230
— al libro IV.....	249

Index

1870

1871

1872

1873

1874

1875

1876

1877

1878

1879

1880

1881

1882

1883

1884

1885

1886

1887

1888

1889

1890

1891

1892

1893

1894

1895

1896

1897

1898

1899



